LA CARTA



CONCHI ARAGÓN

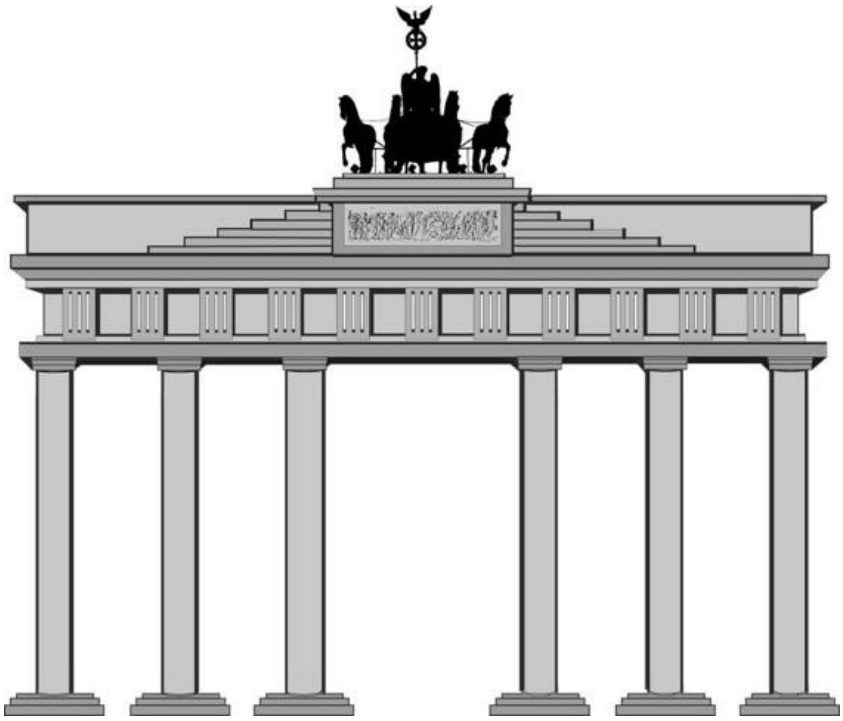
Berlín Este, 1982. Johannes Göbel y su esposa, Jara, reciben la noticia de su futura paternidad con dicha e inquietud. Ninguno desea que su pequeñín crezca en un mundo gris, bajo un régimen comunista en el que no está permitido salirse del guion. Por este motivo, toman una decisión que cambiará para siempre el rumbo de sus vidas: cruzar el Muro.

Madrid, en la actualidad. Jara Goebel tiene que enfrentarse una vez más a su pasado. Es la encargada de organizar una exposición sobre el treinta y cinco aniversario de la caída del Muro de Berlín. Por si no fuera suficiente, ha de afrontar la muerte de su marido en extrañas circunstancias.

Tanto la familia como los socios del fallecido son los principales sospechosos de la inspectora Garrido y el subinspector Corrales, quienes se ocuparán de resolver un caso que desde el inicio no tendrá pies ni cabeza. Sin embargo, los acontecimientos evolucionarán hacia una situación que ninguno de ellos había sido capaz de prever.

Secretos, mentiras y pasiones se aúnan en una nueva novela de Conchi Aragón. Un *thriller* en el que el pasado y presente se entremezclan con giros sorprendentes.

LA CARTA



Conchi Aragón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el consentimiento expreso del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 Conchi Aragón
All rights reserved.

Título: La carta
Autor: Conchi Aragón
Diseño de cubierta: Conchi Aragón
Fecha de publicación: Julio de 2024

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
Epílogo
Nota de la autora
Biografía de la autora

Muchas gracias a
mis lectores de Amazon
por querer desvelar el
secreto que se oculta en
la carta.

Conchi Aragón

A Ele, porque sin tus aportaciones no me atrevo a publicar



1

Jara Goebel se encontraba en su despacho, sentada tras su escritorio, revisando en el ordenador el listado de tareas pendientes. Se sentía satisfecha porque el recuento de las completadas superaba con creces a las que todavía le quedaban por acometer. Sin embargo, el gran día se acercaba y no había mucho margen; no debía relajarse.

Restaban pocas semanas para la inauguración de la exposición y solo faltaban por rematar los últimos detalles. Los objetos que se exhibirían en ella ya habían sido catalogados, analizados y colocados en las salas que se abrirían al público en unos días. Incluso se había realizado una grabación en 3D que se incorporaría a la web el mismo día de la apertura. Estaba entusiasmada con el resultado. Esperaba conseguir un notable éxito de asistencia. Deseaba mostrarles a los madrileños que acudieran algunos vestigios de un pasado reciente. Muchos comprendían aquellos acontecimientos, el significado de los mismos, habían estado presentes, aunque a miles de kilómetros de distancia. Pero otros tantos apenas tenían conocimiento de aquel hecho histórico y ella quería instruirlos, que entendieran lo que allí ocurrió para que, quizá, no volviera a repetirse.

Levantó la mirada de la pantalla y se fijó en que el reloj marcaba las ocho y cuarto de la noche y aún le quedaban varios puntos que tratar. Se quitó las gafas y se masajeó las sienes, empezaba a dolerle la cabeza, a continuación, se frotó los ojos, le escocían tras llevar tantas horas delante del monitor.

Decidió darse un breve respiro, así que se levantó y se dirigió al lavabo. Allí, abrió el grifo y se lavó el rostro con el agua helada que manaba de él, estaba convencida de que de esa forma se despejaría y el escozor se reduciría. Cuando salió del baño, se encaminó a la sala a la que acudían a relajarse los empleados del museo, si su trabajo se lo permitía.

En el interior de una alacena, entre varias tazas de diferentes promociones comerciales, descansaba la suya. Una vieja pieza regalo de su hija, una manualidad que habían hecho en el colegio hacía varias décadas e, increíblemente y en contra de todo pronóstico, todavía se conservaba intacta, excepto por un desconchón casi imperceptible en la base. Ella le tenía mucho aprecio y la trataba con mimo, aun cuando la utilizaba prácticamente a diario. La colocó en la máquina expendedora y aguardó a que el doble de café solo que había seleccionado la rellenara. En cuanto estuvo servida, le dio un sorbo. No dudaba de que ese café inmundo acabara matándola, a su pesar, necesitaba ese veneno para mantenerse despierta unas horas más.

El sonido de unos pasos a su espalda hizo que se sobresaltara.

—Buenas noches, señora Goebel.

—¡Qué susto me has dado, Manuel! No esperaba encontrarme con nadie —repuso cuando el corazón volvió a palpitar a ritmo regular.

—Discúlpeme, no fue mi intención. Hacía la ronda. No creía que quedara nadie a estas horas. —Tan pronto como lo dijo, supo que ese comentario era una estupidez, pues lo extraño habría sido que ella no prosiguiera trabajando. La conocía como una mujer infatigable, la última en abandonar el edificio. Mas, desde que organizaba la próxima exposición temporal que albergaría el museo, ese lugar se había convertido en su hogar. Era evidente que se lo tomaba muy en serio.

—Aún permaneceré por aquí un rato más.

—No hay ningún problema. —El vigilante se dispuso a dar la vuelta y continuar con su paseo nocturno, aunque no pudo evitar añadir—: Perdóneme por lo que le voy a decir, pero su

cara revela exceso de agotamiento, debería descansar un poco. Váyase a casa y duerma ocho horas seguidas. Seguro que mañana me lo agradece.

—Muchas gracias, Manuel. Tomaré nota de tu consejo. Pero mañana. Hoy todavía tengo un par de cosas que concluir y sé que cuando las retome estarán tal y como las dejé. Si hubiera enanitos que finalizaran mi faena por la noche, te aseguro que me iría a casa —comentó con una sonrisa dibujada en los labios. Era verdad que sentía gratitud por su preocupación sincera, si bien, nadie haría sus tareas.

El guarda nocturno se encogió de hombros, se daba cuenta de cuándo una batalla estaba perdida, luego, se giró y reanudó la supervisión del edificio. Como había dicho ella, nadie se ocuparía de hacer su cometido.

Jara observó cómo se alejaba y sonrió. Era un buen hombre a punto de jubilarse. Lo conocía hacía muchos años, desde que entró a trabajar en el museo y a formar parte de esa pequeña familia que componían los empleados. En todo momento la había tratado con amabilidad y cariño, algo que no olvidaba, pues al principio le costó algún tiempo aclimatarse a una nueva cultura.

Tras esos exiguos minutos que se había tomado para airearse, en los que no dejó de dar vueltas a sus contratiempos familiares, decidió reemprender su labor en el despacho.

Le había sorprendido a dónde le habían llevado sus cavilaciones, lo habitual era que sus pensamientos se focalizaran en sus quehaceres laborales, sin embargo, se había centrado en Erich. Negó con la cabeza con intención de eliminar esas reflexiones de su mente. Se debía concentrar en lo que le correspondía si quería salir de allí a una hora decente.

Manuel estaba en lo cierto al recomendarle descanso, por lo que cuanto antes terminara, antes regresaría a su domicilio.

Una vez se hubo acomodado tras la mesa de su despacho, continuó concentrada en rellenar y completar algunos de los trámites que estaba obligada a presentar previamente a la apertura de puertas de la exposición. Quería dejarlo finiquitado lo antes posible. Odiaba descuidar hasta el último momento ese tipo de informes. El no llegar a tiempo implicaría un retraso en la inauguración y eso era impensable. Era una mujer previsora que no dejaba cabos sueltos.

Cuando concluyó, miró el reloj y se quedó boquiabierta al comprobar lo tarde que se había hecho, ya eran más de las once de la noche. Miró el móvil y se extrañó de que Erich no la hubiera llamado, preocupado porque fuera casi de madrugada, pero recordó, entonces, que tenían invitados en casa: sus socios. Cena que había sabido esquivar con la excusa de su propio trabajo. Le apenaba no ver a Almudena y a Pablo, amigos a los que apreciaba, mas estaba segura de que la velada sería tediosa. No dejarían de charlar sobre medicamentos, tratamientos médicos y próximos acuerdos. Las parejas permanecerían calladas sin inmiscuirse en su festiva reunión, como solían denominarla, aunque en ellas no había ni un ápice de diversión.

Apagó el ordenador y guardó los papeles en los cajones de la mesa, pues odiaba dejar algo a la vista y que al día siguiente estuviera reubicado debido al esfuerzo de la señora de la limpieza por no dejar ni una mota de polvo. Hecho esto, se levantó con el propósito de marcharse. Tras corroborar que se hallaba todo en orden, cogió su abrigo y se dispuso a abandonar el edificio.

—Adiós, Manuel —se despidió del vigilante antes de franquear la puerta.

Él, acomodado tras las pantallas que mostraban diferentes salas del museo, la despidió con un gesto de la mano.

Jara acostumbraba a avisarle cuando se iba, y estaba segura de que él se lo tenía en consideración. Suponía que le gustaría saber si permanecía o no alguien en el edificio. Se imaginaba que no era plato de buen gusto ir a hacer la ronda y llevarse un susto de muerte

porque apareciera un intruso entre las sombras.

En cuanto puso un pie en la calle, un aire gélido de dio una bofetada en el rostro. Hacía una temperatura que congelaría hasta a los pingüinos. Se hundió en la bufanda y se ajustó el gorro, otro regalo de su hija, pero en esa ocasión de las navidades anteriores. Acto seguido, inició el camino a su vivienda con zancadas rápidas, pensando en lo calentita que se encontraría allí. Ni se planteó coger algún tipo de transporte público puesto que apenas le separaban diez minutos de recorrido. Y, debía reconocer que era el único ejercicio que hacía, por ello, no evitaba ese paseo ya hiciera calor o estuvieran cayendo chuzos de punta. No practicaba más deporte que ese y no estaba por la labor de obviarlo. Las únicas veces que lo había evitado era cuando había nevado y el suelo se había convertido en una pista de patinaje, pero desde que ella vivía en esa ciudad, había ocurrido en contadas ocasiones.

Esa noche no se cruzó con un alma por la calle, algo que la intranquilizó. Era un barrio concurrido y, aunque a esas horas los vecinos habrían regresado de sus trabajos y estarían viendo la televisión o preparándose para dormir, era raro no tropezarse con ninguno que saliera de un bar o un restaurante de la zona.

Aceleró, los pies se le empezaban a quedar helados, sensación que odiaba ya que le costaba volver a hacerlos entrar en calor. En consecuencia, imprimió mayor velocidad a sus piernas para arribar lo antes posible, fantaseando con tomarse una taza de caldo caliente en cuanto llegara. Estaba convencida de que había un tetrabrik abierto en la nevera con caldo de pollo que le sentaría de maravilla y haría que su cuerpo volviera a atemperarse.

Nada más cruzar el vestíbulo del señorial portal, se introdujo en el ascensor que parecía estar allí aguardando su llegada. Ya en el rellano, sacó las llaves del bolso, no sin esfuerzo porque las manos no le respondían. Aun llevando puestos los guantes, las tenía congeladas y le costaba moverlas con naturalidad.

—¡Erich! —llamó mientras colgaba su abrigo en el perchero situado en el recibidor.

No distinguió respuesta alguna, pero tampoco le extrañó. Solía quedarse traspuesto en el sillón cuando veía la televisión. Eso si no se había metido ya en la cama, pues últimamente no la esperaba porque volvía del museo demasiado tarde.

Confiaba en que no estuviera enfadado con ella por no haber asistido a la cena de esa noche. Suspiró y negó con la cabeza procurando eliminar esa idea de la mente. Él nunca se molestaba con sus acciones, o al menos lo ocultaba a la perfección. Se encaminó a la sala, imaginando que lo hallaría ahí, dormitando.

—¡Hace un frío de mil demonios! —exclamó en cuanto se adentró en la estancia.

Como había supuesto, lo descubrió en el sillón. Sobre la mesita supletoria descansaba una copa con menos de un dedo de coñac y una pipa humeante. Era evidente que sus invitados ya lo habían abandonado y estaba disfrutando de un momento de relax frente a la chimenea.

Sin embargo, no se inmutó con su presencia. Se acercó a él, sospechando que se habría quedado dormido. Debía despertarlo para que subiera a acostarse. Siempre que se amodorraba en esa posición, acababa con un dolor de espalda y cuello espantoso.

—Erich, venga, despierta. —Le tocó el brazo con suavidad. No hubo reacción alguna—. Erich, no me asustes. —En esa ocasión le colocó la mano en la cara y, al no percibir ningún reflejo, se alarmó—. ¡Erich! —gritó a la vez que lo cogía de los hombros y le zarandeaba de un lado a otro sin recibir respuesta.

Nerviosa, con las manos temblándole por la conmoción, fue a tomarle el pulso, pero no se lo encontró.

Sin más dilación, sacó el móvil del bolso, que la había acompañado hasta allí y que ahora

descansaba en el sofá, y marcó el número de emergencias.

Ni siquiera esperó a que en el otro lado le preguntaran por el motivo de su llamada, en cuanto se percató de que era escuchada, soltó a bocajarro:

—¡Creo que está muerto! —Aun hablando entre sollozos, sus palabras sonaron claras a los oídos expertos que la atendían—. ¡¿Podrían enviar una ambulancia?!



2

Seis meses antes

Jara acababa de colgar el teléfono. Se sentía satisfecha tras la conversación. Se repantigó en la silla y sonrió. Llevaba semanas intentando llegar a un acuerdo y, por fin, lo había conseguido. La exposición se realizaría en el Museo de Historia de Madrid. Contaba con que no sería el único en Europa que ofreciera un acontecimiento tal, pero las piezas más relevantes estarían expuestas en su museo. Era un logro sin igual, sobre todo por lo que representaba para ella aquel episodio.

«Esto hay que celebrarlo», se dijo sin poder ocultar la emoción que reflejaba su rostro.

Así que, sin pensárselo dos veces, llamó a su hija y a Erich. Esa noche lo festejarían en casa, en familia, en la intimidad. Se encargaría de hacer codillo asado, tal y como le enseñó a cocinarlo su madre y tal y como ella había enseñado a su hija. En breve ilustraría a sus nietos, si se mostraban interesados por la gastronomía alemana, porque no le pasaba inadvertido que a ninguno le llamaba la atención trajinar en la cocina, de hecho, solían desaparecer de allí en cuanto empezaban a bregar con cacerolas. Ella no tenía intención de obligar a nadie, sabía por experiencia que esa no era la manera. Al menos a Carla le encantaba cocinar tanto como a ella.

Tras hacer las dos llamadas, cogió el abrigo y el bolso y salió de su despacho. Mientras caminaba por los pasillos del museo, se quedó perpleja al comprobar la cantidad de personas que lo visitaban en ese momento. Debía admitir que siempre se retiraba más tarde del cierre al público y le había sorprendido el que hubiera tantos visitantes congregados a esa hora, era consciente de que entre semana apenas se acercaba nadie a echar un vistazo.

«Seguro que la exposición es un éxito», dedujo al ver la afluencia de público de ese viernes.

—¿Ya se marcha, señora Goebel? —le preguntó el vigilante de la entrada al verla partir. Estaba extrañado porque no acostumbraba a ausentarse tan temprano.

—Sí. Hoy estoy de celebración —le contestó con una alegría inusitada—. A ti no te queda mucho, ¿verdad? Enseguida Manuel aparecerá para el cambio de turno.

—Un par de horas todavía —repuso el hombre a quien la jornada se le estaba haciendo eterna.

—¿Hoy hay mucha gente o me lo parece a mí? —No pudo evitar lanzar la cuestión, quizá el vigilante la sacara de dudas.

—Han venido varias excursiones de turistas. Su promoción con las agencias de viajes está funcionando.

Jara hizo un leve gesto de asentimiento tras escuchar la información, aun cuando revisaba el número de visitantes con asiduidad. Le complacía saber que su dura labor para promocionar el museo se veía recompensada. En los últimos años, el número de madrileños que se acercaba a los museos se había visto duramente mermado y, aunque había lanzado alguna campaña para revitalizarlo, no había conseguido grandes mejoras. Así que había decidido apostar por los turistas que visitaban la capital. No obstante, le constaba que los fines de semana sí lograba su propósito, pero los días de diario fracasaba estrepitosamente con su objetivo.

—Ya me parecía. Si no fuera por el turismo… —Dejó inconclusa la frase. No pudo contener el sentimiento que la embargaba, era una lástima que hubiera tan poca gente interesada en las exposiciones que ofrecían, tanto las itinerantes como las permanentes. Guardaba la esperanza de que eso cambiase con la que empezaba a fraguar en su mente.

Continuó avanzando a paso rápido o, como mínimo, al más veloz que su edad y sus piernas

le permitían. Aunque pasaba de los sesenta años, nadie se lo habría imaginado, aparentaba bastantes menos. Si bien, notaba que la edad comenzaba a pesar.

Iba con tiempo más que suficiente para concluir los preparativos antes de que su familia acudiera a casa. De todas formas, se apresuró a realizar las compras en un supermercado de una conocida cadena que le pillaba de camino. No le apetecía seguir allí cuando el comercio se encontrara atestado. Tenía presente que no vendían el codillo de cerdo de mayor calidad de la ciudad, pero no contaba con tiempo para ir a algunos de los mercados del centro donde la carne era de primera. Así que aceptó que ese le serviría. Si no hubiera insistido en celebrarlo ese mismo día, habría sido diferente. No le importó, confiaba en sus dotes culinarias.

Cuando franqueó la puerta de su hogar, el silencio llenaba la casa, así que supo que Erich todavía no había llegado y la asistenta ya se había marchado.

Se dirigió a la cocina donde colocó las compras que acababa de realizar y, a continuación, fue a su dormitorio para cambiarse y ponerse cómoda. Le tocaba tarde culinaria.

Tan pronto se hubo vestido, se acercó al dormitorio de Erich y llamó a la puerta, quería cerciorarse de que no había llegado sin que se enterara. No hubo contestación. También solía trabajar hasta tarde, su vida se centraba en ella y en su profesión, sobre todo en lo segundo. Así que la verdad era que no podía asegurar a qué hora se presentaría. Eso sí, le había prometido que vendría a tiempo y era hombre de palabra.

Una vez el codillo estuvo prácticamente terminado, lo mismo que los acompañamientos, escuchó el sonido del timbre. Su hija estaba allí.

Fue a abrir con prontitud. Ansiaba estrechar entre los brazos los pequeños cuerpecitos de sus nietos.

—Hola, mamá. —Carla fue la primera en saludar.

—Hola, abuelita. —Los mellizos se lanzaron a sus piernas y la abrazaron desde su altura.

—¿Qué hay de nuevo, suegra querida? —Se acercó y le soltó dos sonoros besos.

Su yerno la tenía en gran estima, tanto a ella como a Erich. Más aún en los últimos tiempos en los que habían necesitado ayuda económica. Ambos habían estado a su lado y les habían echado una mano sin avergonzarles ni quejarse. Durante la pandemia habían pasado una mala racha. Había perdido el trabajo y los ahorros habían ido menguando de modo significativo mientras estaba en paro. Si bien, tras la vuelta a la nueva normalidad, había tenido la gran suerte de recobrar su antiguo puesto. En la actualidad, su empresa se recuperaba paulatinamente; volvía a dar beneficios. Por este motivo, Carla estuvo a punto de entrar a formar parte de la compañía de Erich, Pharma Jara, en donde ya había trabajado con anterioridad. No obstante, tenía reservas ante la inminente incorporación, ya que desde el nacimiento de los mellizos no había reanudado su actividad profesional. Al final, no fue necesario.

—¡Bienvenidos! ¿Queréis tomar algo? —les ofreció mientras se aproximaba a la cocina.

—No, mamá, esperaremos a la cena. ¿Y Erich?

—Debe de estar a punto de llegar.

—Chicos, id con papá al salón y poned la tele mientras yo ayudo a la abuela a terminar de preparar la cena, ¿de acuerdo?

Tanto los niños como su marido asintieron.

—Mamá, ¿qué hago? —le preguntó entretanto se ataba un mandil a la cintura para no mancharse el vestido.

—Pasa por el pasapuré las patatas, pero que no te queden grumosas. —Carla levantó las cejas al oír esas palabras.

—Mamá, la duda ofende. Te recuerdo que eres tú quien me has enseñado a cocinar.

—Tienes razón, hija. Bueno, y ¿qué tal va todo?

—Bien. El otro día la tutora de Marcos me llamó para decirme que últimamente lo veía un poco descentrado en clase. Jaime y yo hablamos con él y creo que va mejor. Ya veremos. Y Paula, como siempre, ¡sacando notazas! —Carla había colocado algunas patatas cocidas y peladas en el artilugio y se afanaba en dar vueltas a la palanca, ejerciendo la presión adecuada para que el puré quedara perfecto.

—Celebro oír eso —repuso Jara sin quitar ojo a la labor de su hija.

—¿Qué cocinan mis chicas favoritas?

—¡Erich! —Carla se dio la vuelta al oír al recién llegado y lo abrazó.

Él, tras ese recibimiento, se acercó a cotillear por encima del hombro de Jara y aprovechó para darle un beso en la mejilla.

—Huele que alimenta.

—Mejor sabrá —expuso Jara con gesto afectuoso. Estaba dichosa por hallarse rodeada de su familia y con una excelente noticia que anunciarles.

—Voy a cambiarme y bajo.

—No tardes que está todo listo —le azuzó Jara.

—¡A sus órdenes! —contestó, guiñándole el ojo a Carla quien no pudo evitar soltar una carcajada.

—Mamá, no entiendo cómo no te has casado con él. Te adora. Y es evidente que tú también le quieres.

Erich, desde el fallecimiento de su padre, siempre había estado apoyándolas y era de la opinión de que su madre acabaría rehaciendo su vida con él, pero, por algún motivo que no descifraba, no había sucedido así.

—Ya sabes por qué.

—Mamá, papá murió hace mucho tiempo. —Se giró y la obligó a mirarla a la cara—. Te mereces ser feliz.

—¿Y se puede saber por qué crees que no soy feliz? —Se zafó de ella y aparentó centrarse en el codillo que descansaba en el interior del horno.

Esa conversación la habían mantenido hasta la saciedad, pero Carla seguía erre que erre. Mientras que no la viera compartiendo su vida con Erich, no se daría por vencida.

Y ahora que se hacía mayor y que la jubilación de ambos estaba a la vuelta de la esquina, debía reconocer que se lo había empezado a plantear. Aunque no compartían cama, y nunca lo habían hecho, su relación era igual a la de un matrimonio, un matrimonio bien avenido. Convivían bajo el mismo techo, se marchaban juntos de vacaciones, sus posesiones estaban a nombre de los dos y un largo etcétera.

«Sí, quizá lo haga», se dijo para sí. Sin embargo, en voz alta dio por zanjado el tema:

—Mejor dejamos de hablar de estas tonterías. Anda, ve a poner la mesa que ahora mismo sirvo la comida.

—De acuerdo, mamá —resopló, rindiéndose una vez más—. Que sepas que esto ha sido el primer asalto. La conversación no ha terminado.

—Me imaginaba, hija. Te conozco como si te hubiera parido —le soltó, acompañando la frase de una espontánea y cálida risa.

—¡Qué tonta eres a veces! —la regañó con cariño.

Obedientemente Carla se marchó al comedor y empezó a colocar los platos y cubiertos sobre la mesa sin dejar de pensar en la charla que acababa de sostener con su madre. Aunque se trataba de una cuestión recurrente, no comprendía su reticencia por aceptar a Erich como marido. Era un

buen hombre que la amaba con locura. Solo había que ver cómo la miraba, cómo encajaba sus manías, siempre tan comprensivo. Eran la pareja ideal. Quizá por esa misma razón, porque no mantenían una relación amorosa, sino de amistad.

Una vez se hubieron sentado a la mesa, con los platos rebosantes de las exquisiteces que había preparado la anfitriona, se detuvieron a observar a Jara, expectantes, aguardando a que les comunicara esa noticia por la que los había reunido allí de forma imprevista.

Ella no se hizo de rogar, estaba deseando contárselo a todos:

—¡Lo he conseguido! El museo será la sede principal de la exposición en conmemoración del treinta y cinco aniversario de la caída del Muro de Berlín. —Jara no pudo ocultar su emoción.

—¡Enhorabuena, mamá!

Carla se levantó de inmediato de su silla y se lanzó a sus brazos. Sabía lo que significaba para ella. Llevaba peleando por conseguir ser la anfitriona de esa exposición desde hacía meses. Y, por lo que ella le contaba, Londres y París también estaban francamente interesados. Por ende, era toda una proeza el haberlos superado.

Su yerno y sus nietos hicieron lo propio, mientras que Erich, al otro lado de la mesa, la miraba con el dolor reflejado en los ojos. Cuando se acomodaron de nuevo en sus sitios, fue él el que habló:

—¿Estás segura? ¿No crees que será demasiado doloroso?

—Han pasado muchos años, Erich. No olvido, pero pasé página hace tiempo. Creo que soy más que capaz de llevar a buen término una exposición de estas características. —Si hubiera sabido lo que ocurriría en pocos meses, no habría hablado tan a la ligera—. Tengo mucho más conocimiento sobre lo acontecido que la mayoría.

—No lo pongo en tela de juicio. —Respiró hondo y dio un sorbo a su cerveza. Por muy entera que se la viera en ese instante, dudaba de que algo así no le afectara. De todas formas, prefirió guardarse para sí su opinión; la apoyaría como siempre hacía—. Si lo tienes tan claro, entonces, adelante. Me alegro mucho por ti.

—En unas semanas llegarán las primeras piezas, incluidas cartas y documentos de la época. Tendremos que identificarlas y catalogarlas. Por lo visto, muchas han estado almacenadas sin que nadie les prestara la más mínima atención. —Era consciente de la cantidad de trabajo que se avecinaba, a pesar de ello, no le asustaba ni le hacía disminuir su disposición.

—O sea, que les estás haciendo un favor tú a ellos —concluyó Carla.

—En parte, así es. Imagino que es una de las razones por las que he conseguido que traigan aquí los objetos más relevantes. Pero no me importa. Estoy deseando tenerlos entre mis manos. Sé que van a ser semanas de duro y arduo trabajo, sin embargo, me apetece comenzar.

—¡Brindemos por ello! —Jaime levantó su copa de vino y el resto lo imitó, incluso los niños con sus vasos rellenos de zumo copiaron a sus mayores.



Después de que sus invitados abandonaron la vivienda, Jara se sentó en el sofá a descansar de ese día tan ajetreado que había comenzado como cualquier otro. Sus piernas reposaban en el regazo de Erich mientras este le daba un masaje de pies.

—¿Estás segura de llevar a cabo tú misma las gestiones de la exposición? Te va a traer recuerdos que es mejor no volver a sacar a relucir. —Erich insistió con sus reflexiones, no quería verla desconsolada y angustiada.

—Nunca he estado tan segura en mi vida. ¿Es una exposición que me va a traer tristes recuerdos? Sí, no lo niego. Tú y yo vivimos las calamidades que conllevaba el subsistir al otro lado del Muro. Pero, por esa razón, creo que soy la persona idónea para sacarla adelante y que el público comprenda lo que sucedió allí.

—¿Tantos años después? —Erich la miró a los ojos, no estaba seguro de qué podría implicar algo así en su relación. Advertía que cuando creía que daba un paso hacia adelante retrocedían otros dos. Sus recuerdos podrían separarlos una vez más.

—Por eso mismo. No quiero que la gente olvide lo que ocurrió. Al fin y al cabo, es parte de nuestra historia reciente y pretendo que esto ayude a que no se repita. —Jara no dejaba de darle vueltas a la guerra que estaba viviendo Europa.

—De acuerdo, no voy a decirte lo que debes o no debes hacer —se rindió. Advertía que no había marcha atrás, si algo se le metía en la cabeza, no retrocedía, y más a esas alturas, cuando ya había dado por cerrado el trato con el museo alemán.

—Sabes que siempre atiendo a tu opinión. Tu parecer es importante para mí. —Le acarició la mejilla con afecto—. Será mejor que me marche a la cama, estoy exhausta.

Jara empezó a levantarse del sillón, reparaba en lo tarde que se había hecho y al día siguiente tenía que madrugar.

—Espera un momento, quería tratar contigo otro asunto que te concierne. —Erich se mostró misterioso, a la vez que su tono de voz resultó algo agitado.

A Jara ese nerviosismo repentino le extrañó porque era un hombre imperturbable. De hecho, su evolución en los negocios así lo demostraba. Se detuvo a la espera de lo que tuviera que decirle. Y, a continuación, ocurrió algo que la pilló completamente desprevenida. Erich se puso en pie, se aproximó y, por último, se arrodilló ante ella con el propósito de que sus rostros se hallaran a la misma altura.

—Sé que no es la primera vez que te hago esta pregunta. Y probablemente tampoco será la última —aclaró torciendo la sonrisa—, pero creo que es la ocasión más adecuada. Después de tantos años y tanta vida compartida, de relaciones baldías y… de Carla. —Hizo una pausa, le costaba continuar. No obstante, carraspeó y prosiguió—: Sabes cuáles son mis sentimientos hacia ti. Nunca han cambiado y tampoco los he escondido. Te amo. Te amo desde el instante en que te conocí, demasiado tiempo atrás —su nostalgia era evidente—, y nunca he dejado de hacerlo. Por ello, te pido que te conviertas en mi esposa.

Era verdad que se lo había pedido en multitud de oportunidades y su negativa había sido incuestionable. Ahora bien, si admitía que había seguido adelante y superado el pasado, tenía que permitirse avanzar en el presente. Nunca había olvidado a Johannes. Había formado parte de su vida, y más teniendo en cuenta que Carla era el vivo retrato de su padre. Mas él había fallecido hacía demasiados años y le habría gustado que no se estancara. ¿Y con quién preferiría que compartiera su vida mejor que con Erich, su camarada desde la infancia?

Por primera vez, no tuvo ninguna duda de la respuesta:

—Sí, acepto.

El asombro de Erich quedó dibujado en sus facciones. Le había lanzado tantas veces esa cuestión que no se esperaba una contestación afirmativa. Siempre la había deseado, pero se había convertido en un sueño irrealizable, un imposible que acababa de ser desbaratado por esas dos efímeras palabras. Una enorme sonrisa se esbozó en sus labios. Entonces, echó mano al bolsillo de la chaqueta de punto que utilizaba para estar en casa y sacó una cajita verde oliva con el logo de una conocida joyería del centro de Madrid. La abrió y le mostró la belleza de la alhaja que contenía.

Jara, al ver el pequeño obsequio, se echó a llorar. No se imaginaba que tuviera un anillo que ofrecerle después de tantos intentos fallidos de proposición. Era evidente que estaba equivocada. Ante sus ojos había un magnífico anillo con un precioso zafiro azul, su piedra favorita, rodeado de diamantes y fabricado en oro blanco. Con esa joya se percató de lo bien que la conocía.

—¡Es precioso! ¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo sabías…?

—No lo sabía. Lleva conmigo unos cuantos años. Ambos aguardábamos este momento.

Entre lágrimas de felicidad y con manos temblorosas, Jara se colocó la sortija en el dedo anular de la mano derecha. Se sentía dichosa. Levantó la mirada y vio el deseo reflejado en los ojos de su prometido. Él se acercó y la besó como no había podido hacer jamás, con pasión.



3

Berlín Este, Nochebuena 1981

Jara se dirigía a casa tras hacer unas compras de última hora. Iba observando los diferentes bloques, edificios grises que le resultaban espantosos, todos iguales, como si ni siquiera ellos pudieran expresar la variedad de personas que se guarecían en su interior.

Sin proponérselo se detuvo delante del Muro. Ella apenas contaba con unos meses de vida cuando lo levantaron. Le dijeron que su construcción había separado a sus padres del resto de su familia y de la mayoría de sus amigos. Se habían quedado incomunicados. Y, para bien o para mal, permanecieron en el lado equivocado.

Estuvo contemplándolo unos segundos, justo hasta el momento en el que observó un movimiento fugaz por el rabillo del ojo. Supo entonces que debía continuar si no quería meterse en un lío con los guardias que lo custodiaban y que se encargaban de que ningún berlinés osara traspasarlo.

Cuánto deseaba ser una de ellos. Atreverse a dar el paso y lanzarse sin miramientos a hacer lo que algunos habían logrado: alcanzar la zona occidental. Se comentaba que allí vivían en libertad, no con el temor que los dominaba a ellos: miedo a ser denunciados por un pensamiento inapropiado o por una acción inadecuada. Soñaba con ello cada día.

No podía contabilizar con los dedos de la mano la de veces que le había expuesto a Johannes su idea de escapar de esa cárcel que la propaganda socialista les vendía como democrática e igualitaria. En cambio, él estaba más preocupado por mantener a su familia segura que otorgarle la libertad que ella tanto codiciaba. Por un lado, lo entendía, también le aterraba el no conseguirlo, el ser abatida, pero más le aterraba el no intentarlo.

Automáticamente continuó el trayecto de vuelta a casa. No se había dado cuenta de lo tarde que se le había hecho hasta que comprobó que las farolas de gas alumbraban su camino.

Cuando llegó a su calle, descongestionada del tránsito habitual ya que los vecinos estarían ultimando en esos momentos los preparativos de la cena, divisó a lo lejos a dos hombres que se dirigían hacia ella. No le pasó desapercibida su arrogancia al andar, por lo que supo de inmediato que se trataba de la Stasi. Deceleró el paso, un repentino miedo se había apoderado de ella. Desconocía qué lo motivaba porque era consciente de que no había hecho nada reprochable. Sin embargo, ahí estaba, haciendo su aparición y dejándolo patente con un visible temblor de manos que escondió en los bolsillos del abrigo para que no se apreciara.

Respiró aliviada cuando los vio desaparecer después de introducirse en uno de los portales. No obstante, fue una breve tregua, el temor regresó al fijarse en que se habían adentrado en su propio edificio.

Atravesó el vestíbulo y captó los variados olores a comida que colmaban las escaleras, síntoma evidente de que los vecinos se estaban preparando para disfrutar de una velada en familia. Sintió una punzada de dolor en el corazón, de nuevo la nostalgia reclamaba su atención. Sus padres habían fallecido un par de años antes en un accidente de tráfico y los echaba de menos, no había día que no se cruzara por su mente un pensamiento que los recordara. Pero la Nochebuena era diferente. Su madre, como ella, adoraba la Navidad y esas fechas hacían que su tristeza se viera acrecentada.

El sonido de un timbre la sacó de sus ensoñaciones. Dedujo que los dos policías esperaban a ser atendidos un par de pisos más arriba. Continuó subiendo por las escaleras, no solía coger el

ascensor, con todo, en esa oportunidad le habría gustado hacerlo, no le apetecía cruzarse con ellos. Pocos segundos antes de que llegara al descansillo, se oyó un portazo. Volvió a respirar aliviada porque sus temores habían sido disipados. Prosiguió su ascenso, mas al llegar al rellano en el que se habían detenido los hombres de la Stasi, escuchó unas voces. Aunque quedaban diluidas por la puerta que los separaba, no pudo evitarlo y se detuvo.

—Su marido ha viajado varias veces a un país capitalista —decía una voz masculina.

Al no reconocerla, Jara supuso que se trataba de uno de los hombres de la Stasi.

—Es por su trabajo… —decía su vecina entre gimoteos.

Era obvio que la presencia de la policía en su casa la alteraba y era incapaz de ocultar sus sentimientos.

—¿Tiene su marido contactos en la zona occidental? —Esa voz también era de hombre, pero no del mismo que había hablado antes, era más profunda.

—No, claro que no —contestó contundente.

Le habría gustado estar a su lado en ese interrogatorio y abrazarla, procurando darle consuelo; aun cuando en el fondo se veía incapacitada para reconfortarla ya que era la primera que entraba en pánico al ver a la policía aparecer.

—¿Cómo definiría su matrimonio? —seguía indagando uno de los hombres.

—Perdón, no entiendo a qué se refiere.

—¿Son felices?

—Todo lo felices que puede ser una pareja, es decir, discutimos, como todo el mundo, pero nos queremos.

El policía la interrumpió, no le interesaba esa aportación y no tenía intención de que la conversación se convirtiera en un consultorio sentimental.

—¿Han hablado de la posibilidad de huir del país? —retomó el hilo.

—Pero… —se interrumpió, y con voz temblorosa añadió—: ¿Por qué piensan tal cosa?

En ese momento su vecina se rompió y se echó a llorar. Acto seguido, escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta, por esa razón, reanudó su camino. No era conveniente que la pillaran ahí plantada, cotilleando.

Suponía que Johannes ya habría llegado, junto con Erich. Ninguno de ellos tenía familia con la que celebrar esas festividades, así que habían optado por juntarse.

Johannes y ella compartían piso desde que sus padres habían fallecido. No pudo soportar vivir en la casa en la que se había criado sin que ellos estuvieran a su lado, por eso, se aventuró a irse a vivir con él. Llevaban juntos tres años y, por fin, se habían decidido a dar el siguiente paso.

—¡Cariño, estoy en casa! —avisó nada más cruzar la entrada.

—Jara, te estábamos esperando. —Johannes se levantó en cuanto la vio asomarse al salón, se acercó a ella y le dio un cariñoso beso en los labios—. Erich ha llegado hace un rato.

—¿Se lo has contado? —En cuanto vio a su alma gemela y a su camarada relajados en su hogar, olvidó los acontecimientos vividos hacía escasos segundos.

Él negó con la cabeza.

—Estaba esperando a que regresaras. Quería que le diésemos juntos la noticia. —Le agarró la mano y se giró para dirigirse a su amigo.

Erich levantó las cejas sin entender a qué se referían.

—Necesito un padrino de boda y cuento contigo. —Esa fue la mejor forma que se le ocurrió para informarle de las novedades.

—¡Enhorabuena! —les felicitó mientras se aproximaba a ellos. Primero le dio un fuerte abrazo a Johannes y, seguidamente, un sonoro beso en la mejilla a la novia—. ¿Cuándo?

—En un par de semanas. No queremos esperar más.

—¿Por qué tanta prisa? —Se sorprendió Erich.

Él creía que ninguno tenía intenciones de comprometerse de por vida, por lo que no entendía la urgencia que les había entrado de repente. Fue un pensamiento fugaz, pero se le pasó por la cabeza que estuvieran esperando un hijo y no pudo evitar posar su vista en la barriga de Jara.

—No seas mal pensado. Sé por dónde vas. —A Johannes no se le había escapado su gesto—. No está embarazada. Lo que ocurre es que, ahora que nos hemos decidido, no queremos posponerlo más. Tenemos intención de crear una familia.

—Esto tenemos que celebrarlo —repuso mientras le rellenaba el vaso con vino caliente.

—Voy a preparar la cena. —Jara se dio la vuelta y los dejó brindando. Ella todavía tenía que elaborar el menú que serviría esa noche.

En su casa era habitual que en Nochebuena se cenaran salchichas con ensalada de patatas, y ella no concebía modificar esa tradición que tenía tan arraigada.

Mientras estaba pelando las patatas, Erich se introdujo en la cocina sin hacer ruido, de hecho, ni se dio cuenta de su presencia hasta que levantó la mirada y se lo encontró apoyado en el quicio de la puerta, observándola.

—¡Qué susto me has dado! —le amonestó.

—Dudo que algo te asuste, y mucho menos yo —le replicó con una media sonrisa. Ella, por el contrario, recordó los sucesos acaecidos en la escalera y un escalofrío le recorrió la espalda—. Ha sido toda una sorpresa vuestro compromiso.

—¿Acaso pensabas que nuestra relación no iba en serio? —le extrañó escuchar esa afirmación, en particular de alguien tan cercano, porque desde que conocía a Johannes, habían sido inseparables.

—No, claro que no, solo lo anhelaba…

Las últimas palabras, aunque fueron dichas en un susurro apenas imperceptible, Jara fue capaz de escucharlas. Entonces lo miró a los ojos y, por primera vez, vio lo que se escondía tras ellos. Él tenía sentimientos hacia ella que nunca había sospechado. En ningún momento había dicho o hecho algo que los revelara.

Siguió con su tarea de pelar patatas procurando no perder la compostura, no quería hacerle daño, pero amaba a Johannes, nunca había sentido nada parecido por otro hombre, y menos por Erich, al que consideraba un hermano.

Él se sentó frente a ella, no sabía cómo abordar la situación pues había advertido que sus pensamientos habían sido pronunciados en voz alta. Supo que solo tenía esa oportunidad, debía sincerarse y confiarle lo que se había guardado para sí durante tanto tiempo. Sin embargo, notaba sus nervios a flor de piel. Reparaba en que era una deslealtad hacia su camarada. Aun así, era consciente de que deseaba confesarle ese secreto que le estaba destrozando por dentro. Respiró profundamente, con intención de ganar confianza, si bien, no lo consiguió.

Sobre la mesa descubrió un *stollen* ya empezado y cortó un trozo, no sabía qué hacer con las manos que comenzaban a sudarle de forma alarmante, y esa opción para mantenerlas ocupadas le pareció la más adecuada y natural. Mientras masticaba el sabroso pan dulce, recuperó las fuerzas que había perdido poco antes. Luego, prosiguió con el objetivo que lo había arrastrado hasta allí: declararle su amor irracional. Acercó la mano hacia su barbilla e hizo que levantara la cabeza, no podía sincerarse si ella estaba concentrada en otra labor. Su propósito no había sido importunarla, mas era la última vez que podría expresarle sus sentimientos. Debía arriesgarse y asegurarse de que no tenía ninguna posibilidad con ella. Estaba traicionando a su amigo, lo sabía, sin embargo, no podía quedarse al margen e ir en contra de los dictámenes que marcaba su

corazón.

—Te he traído un regalo. —Colocó una cajita cuadrada sobre la mesa, al lado de las patatas que acababa de pelar.

Jara lo miró desconcertada y con una pizca de curiosidad, nunca antes le había obsequiado con nada.

—Ábrelo, no te quedes ahí mirándolo. Espero que sea de tu agrado.

Ella lo sujetó con suavidad y empezó a desenvolverlo. No se había percatado de lo emocionada que estaba por descubrir su contenido hasta que apreció la misión imposible en la que estaba embebida. Tardó más de lo esperado en eliminar el fino lazo verde que rodeaba la caja y el envoltorio. Entonces levantó la tapa y lo que halló en su interior la dejó anonadada. Era el adorno navideño más hermoso que había visto en su vida. Extrajo con esmero la bola de cristal rellena de hojas secas en las que descansaba un portal de Belén y la estudió con atención. Las figuritas del nacimiento eran de una delicadeza exquisita, de hecho, temió que se le cayera al suelo y se rompiera en mil pedazos.

—Sé que con tus padres teníais la tradición de regalaros un adorno en Nochebuena —susurró.

Ella se asombró de que conociera ese dato, nunca había sido consciente de que él prestara atención a sus anécdotas.

—¡Oh, es preciosa, Erich! —reconoció, conmovida por ese detalle tan significativo y por la belleza del objeto que descansaba entre sus manos.

—No tanto como tú. —Ella levantó la mirada turbada, no estaba preparada para lo que intuía que vendría a continuación—. Sé que te vas a casar con mi camarada, quizá por eso mismo lo haga, pero quiero que lo sepas y que conozcas que existe otro camino. Supongo que he esperado demasiado, que es tarde; a mi pesar, ya no puedo esconderlo más. Has de saberlo. Te amo. Desde el día en que Johannes nos presentó supe que no habría otra mujer. No puedo dejar de pensar en ti.

—¡Oh, Erich!

En ese preciso instante, asumió la cruel realidad. Su mirada le mostró la lástima que sentía por él, signo irrebatible de que no lo amaba.

—Lo siento. —Jara no fue capaz de decir nada más. Se daba cuenta de que lo estaba lastimando, pero no sabía cómo enfrentar esa confesión.

—Olvida lo que acaba de suceder. Ha sido un error. Lo lamento. —Se levantó y se marchó, dejándola confundida.

La conversación que habían mantenido le resultaba irreal. Con todo, se había producido, y prueba de ello era ese regalo que había escogido con tanto mimo y que sujetaba entre sus dedos. Acto seguido, escuchó a Erich dándole una endeble excusa a su amigo para abandonar la casa en un día tan señalado. Una vez oyó cómo se cerraba la puerta principal, guardó la bola de cristal en la caja y prosiguió pelando patatas.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —Johannes franqueó la puerta extrañado por el repentino comportamiento de su camarada.

—No lo sé. Mira qué regalo tan extraordinario nos ha hecho.

—Erich, ¿un regalo? —le sorprendió escuchar ambos vocablos en una misma frase, no era dado a hacer dádivas superfluas.

—Sí, ha sido un bonito detalle. —Jara le mostró la caja y su contenido.

—Sí, lo ha sido —admitió Johannes.

Dicho esto, se sentó a la mesa para ayudarla a cortar en tacos las patatas ya peladas con el

fin de preparar la *Kartoffelsalat*.

No abrió la boca mientras se ocupaba de la tarea y jamás lo mencionó, pero en ese instante comprendió muchos de los comportamientos de su camarada que hasta entonces no había sido capaz de descifrar.



4

Carla se presentó en casa de su madre en un suspiro.

Acababa de acostarse cuando sonó el teléfono. El inesperado y atronador sonido en el silencio de la noche hizo que le diera un vuelco el corazón y se levantara malhumorada, además, los mellizos se habían despertado y reclamaban su atención con llantos ensordecedores. Mientras Jaime se ocupaba de atender la llamada, ella se encaminó al dormitorio de los niños con el propósito de tranquilizarlos y que volvieran a retomar el sueño. Atravesaba la puerta del cuarto de los pequeños, cuando la voz de su marido la sacó de su irritable somnolencia. Algo había sucedido. Retrocedió con paso veloz hacia él y le arrebató el móvil con un movimiento brusco al ver su rostro pálido, signo evidente de que la noticia que recibiría no sería de su agrado.

Le costó reconocer, primero, y luego, entender, la voz balbuceante que hablaba desde el otro lado. Su madre sonaba histérica y compungida por la conmoción. Apenas fue capaz de descifrar sus palabras, pero lo que sí entendió era que a Erich le había sucedido algo, y ese algo no presagiaba nada bueno.

Se vistió con un pantalón de chándal y una sudadera sobre el pijama con la finalidad de desplazarse con la mayor celeridad al domicilio de su madre. Estaba preocupada y aterrorizada por lo que había deducido, y que prefería negarse a sí misma, del breve diálogo que habían mantenido.

—¡Quédate con los niños! Te llamo en cuanto sepa algo —le dijo a Jaime mientras les daba un beso en sendos carrillos a Paula y Marcos. Los mellizos ya se habían relajado tras despertarse de forma tan súbita, les costaba mantener los párpados abiertos.

Hecho esto, se volvió y franqueó la salida a la carrera.

Apenas encontró tráfico. Por las horas, la mayoría de ciudadanos se localizarían en sus casas, arropados entre las sábanas, descansando para comenzar una nueva jornada en pocas horas. Lo mismo que estaría haciendo ella si no hubiera recibido la llamada de su madre esa madrugada.

Por su cabeza cruzó el deseo de retroceder en el tiempo y que ese terrible aviso no se hubiera producido. Pero bien sabía que era un deseo inalcanzable. La realidad era muy distinta. Dolorosa. Se quitó con la palma de la mano las lágrimas que resbalaban por sus mejillas e intentó tranquilizarse, no era el momento de sufrir un accidente.

Cuando se estaba acercando a su destino, buscó una plaza donde aparcar. Era una zona complicada. Ya pensaba que no le resultaría una tarea sencilla, cuando unos metros más adelante vio un coche abandonar un hueco. De inmediato se lanzó a por él. La tensión que se acumulaba en sus músculos, sumado a los oscuros pensamientos que ocupaban su mente, hicieron que esa maniobra fuera harto complicada. Al asumir que no sería capaz de estacionar como era debido, desistió y abandonó el automóvil. Comprobó que lo había dejado a una distancia desmesurada del bordillo y se encogió de hombros; esa era la menor de sus preocupaciones. Entonces, corrió hacia el hogar de su familia.

Apenas había andado unos pasos, cuando se topó con una multitud, demasiada gente para las horas que eran, que se congregaba alrededor del portal al que se encaminaba. Le pareció de lo más extraño. No entendía por qué había coches de policía, ni el porqué de esa aglomeración que le entorpecía el avance. Su estado de histeria se vio incrementado con esa nueva información y, por ello, comenzó a hacerse paso empujando a esos individuos que interrumpían su marcha.

Algunos policías y sanitarios la interceptaron, pero en cuanto se identificó, logró atravesar

su control. Sus nervios iban *in crescendo* y el cruzarse con tantos funcionarios uniformados no los aplacaba.

Después de atravesar el umbral de la puerta principal, se condujo al salón con la confianza de alguien que sabe dónde se halla. Allí, una camilla ocupaba un lugar preferente de la habitación y, encima, una bolsa negra. Intentó aproximarse a ella, necesitaba asegurarse de qué ocultaba su interior, pero un desconocido se lo impidió. Ni siquiera se enteró de quién había sido pues su vista se posó en la persona que se situaba en un aparte, sentada en la esquina del sofá, prácticamente ida, la única que no parecía tener ningún cometido en ese instante: su madre. Se acercó a ella y se acomodó a su lado. No tuvieron que decirse ninguna palabra, Carla la abrazó procurando reconfortarla, aun cuando ella sentía la misma necesidad.

Jara, al notar esos brazos que la rodeaban y que procedían del ser que más amaba en el mundo, no pudo contenerse más y se puso a llorar. Hasta ese instante no había sido capaz de derramar ni una lágrima. Si bien, le urgía desahogarse, eliminar ese dolor que le reconcomía las entrañas, esa horrible sensación que la envenenaba por dentro.

Carla la imitó. La tensión que la había mantenido inalterable hasta entonces se esfumó de forma repentina y el llanto le empapó las mejillas.

Se mantuvieron en esa posición unos minutos, un breve lapso de tiempo en el que ambas se calmaron. Fue entonces cuando Carla se atrevió a preguntar lo que ansiaba saber desde que esa sombría llamada había impedido su descanso:

—¿Qué ha pasado? —Jara se soltó de su abrazo y la miró a los ojos sin estar segura de qué contestar.

—Hija, no lo sé. He llegado del museo y me he encontrado a Erich sentado en su sillón, mirando a la chimenea como suele hacer algunas noches. Pero esta vez ha sido diferente. No me ha respondido. Estaba muerto. —Esa última frase fue apenas un susurro audible.

—¡Mamá! —La abrazó más fuerte pretendiendo consolarla—. ¿Un ataque al corazón?

—No tengo ni idea, cariño. El doctor tiene dudas de que haya sido una muerte natural, por eso, esto… —Señaló con la mirada la cantidad de extraños que llenaban su salón.

A Carla le costó procesar el significado implícito en esas palabras. No se podía creer que la persona que se había comportado como un padre para ella durante tantos años hubiera muerto de forma sospechosa. ¿Existía una ínfima posibilidad de que hubiera sido asesinado? Iba a lanzarle la pregunta a su madre, precisaba de una aclaración, cuando fueron interrumpidas.

—Buenas noches, señoras. —Una voz de mujer les devolvió a la triste realidad—. Soy la inspectora Garrido y él es mi compañero, el subinspector Corrales —se presentó a sí misma y al hombre que se situaba a su lado, quien hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

—Buenas noches —respondió Carla mecánicamente.

—Queríamos hacerles unas preguntas. —Como ambas permanecieron inmóviles y en silencio, añadió—: ¿Cuáles son sus nombres?

Jara aparentaba estar en *shock*, por ese motivo, su hija tomó las riendas de la situación.

—Yo soy Carla Goebel y ella es mi madre, Jara, la esposa de… —Volvió su vista a la bolsa negra que seguía siendo el punto focal de la habitación.

—¿Me pueden detallar qué ha sucedido?

—Mi madre ha llegado del trabajo y se ha encontrado a Erich en el sillón, muerto. —Se daba cuenta de que poco más podía aportar.

—Erich Müller —confirmó la inspectora, leyendo sus notas.

—Sí. Su marido —corroboró, aunque dudaba de que fuera necesario.

Carla se sentía incómoda ante ese interrogatorio. La postura de la inspectora transmitía

serenidad, si bien, le ponía nerviosa el no saber a dónde les llevarían esas cuestiones que, en principio, parecían inofensivas.

—Señora Müller, ¿había quedado su marido con alguien esta noche? —La inspectora dejó constancia de a quién se dirigía el interrogatorio.

—Goebel —la corrigió. Como se percató de la curiosidad de la inspectora, añadió—: Mantengo el apellido de mi primer marido.

—¿Y él dónde se encuentra? —A la inspectora ese dato le había resultado cuando menos peculiar. Una cosa era mantener el apellido después de casarse, otra muy distinta era conservar el del cónyuge anterior.

—Falleció hace años.

La inspectora Garrido asintió, no era el momento de atropellarla con cuestiones que podría contestar más adelante, en caso de ser necesario. Aún no había ningún indicio que apuntara a un asesinato. Por ahora solo le interesaba tantear el terreno e indagar en los hechos.

—¿Había quedado su marido con alguien esta noche? —le repitió la pregunta.

—Vinieron varios colegas de su oficina. Estuvieron cenando aquí, pero desconozco a qué hora se marcharon. Yo pude escaquearme, me aburren mortalmente esas reuniones —no se dio cuenta de lo inapropiado de sus palabras—. Últimamente tengo mucho trabajo en el museo. Estamos organizando una exposición de bastante envergadura y nos acercamos a la fecha de su inauguración. Por ello, paso gran parte de la jornada allí. —El sincerarse pareció sacarla de su aturdimiento.

—¿Podría darme el nombre de las personas que asistieron?

—Claro. Creo que fue la dirección de la empresa. Tendría que confirmarlo en la agenda de Erich.

—Sin problema. —La inspectora agradecía que fuera tan colaborativa, en su profesión solía encontrarse la actitud contraria—. ¿Le importa que echemos un vistazo por la casa?

La mujer negó con la cabeza y volvió a su mundo de sufrimiento. Otra vez se había ido lejos de allí.

La inspectora y el subinspector, tras recibir permiso por parte de la propietaria, se dispusieron a inspeccionar la vivienda.

La primera sala en la que se adentraron fue el comedor. Se situaba contiguo al salón y, por lo que pudieron comprobar, adyacente a la cocina por el otro lateral. Observaron que la mesa estaba repleta de vajilla y cubiertos para siete comensales, todos ellos sucios y desordenados, nadie se había molestado en recogerlos tras su uso.

El subinspector se acercó a curiosear.

—Los restos están fríos, pero son *delicatessen* todavía apetecibles, así que no pueden llevar mucho tiempo cocinadas. —La inspectora asintió. Eso concordaba con lo que acababa de decirles la viuda.

Hicieron algunas fotos y reanudaron el registro.

En la cocina, aparte de diversas fuentes, que escurrían en el fregadero y en las que habría estado colocada la comida ofrecida a lo largo de la velada, no había nada más. Estaba impoluta. El servicio de *catering* que habían contratado se había encargado de recoger antes de desaparecer. Solo quedaba rastro de su presencia en la basura, donde la inspectora descubrió varias cajas con el logotipo de la empresa.

Subieron por las escaleras y revisaron el piso superior. Lo primero que le llamó la atención al subinspector fue la existencia de dos dormitorios ocupados. Uno en el que el armario estaba repleto de ropa de mujer y cuyo baño contenía enseres femeninos y otro similar, pero con

pertenencias masculinas.

—Es más que evidente que no compartían dormitorio —informó Corrales de lo obvio—. Quizá tenían problemas maritales.

—La verdad es que si yo tuviera un casoplón de estas dimensiones, no dudaría en meter a mi marido en la habitación más alejada a la mía. No hay quien duerma con sus ronquidos —sugirió la inspectora con naturalidad y sin darle la mayor importancia.

Tras analizar cada una de las estancias del dúplex, sin encontrar ninguna evidencia que les hiciera pensar que lo que allí había sucedido no fuera una muerte natural, decidieron abandonar el lugar. Les quedaba esperar a recibir los resultados de la autopsia, entonces podrían dar por zanjado ese caso.

Cuando estaban a punto de salir de la residencia, fueron abordados por Carla Goebel. Quería hacerles unas preguntas antes de que se marcharan.

—¿Hay algo sospechoso en la muerte de Erich? —les consultó aturdida. No comprendía cómo las autoridades se habían personado en el domicilio por una muerte que, a todas luces y teniendo en cuenta la edad y antecedentes de su padrastro, era natural.

—Estamos siguiendo el procedimiento habitual. —El rostro de Carla mostraba su desconcierto, por esa razón, la inspectora se explicó—: El médico que ha acudido a certificar la defunción del señor Müller tiene dudas del motivo del fallecimiento, por lo que ha contactado con nosotros. Por nuestra parte, no podemos confirmar si se trata o no de un homicidio, por lo que el cuerpo del difunto…

—Erich Müller —la interrumpió Carla.

—El cuerpo de Erich Müller será trasladado al Instituto Anatómico Forense donde se le practicará la autopsia. Con el resultado, podremos aclarar las causas del fallecimiento de su padrastro. Como digo, es un trámite rutinario. Lo más probable es que, por la avanzada edad del señor Müller y su historial médico, se determine que se trata de una muerte natural. —Por lo que sabía del finado, se le consideraba un hombre influyente que dirigía una de las más importantes empresas farmacéuticas de España, luego no descartaba un posible ataque al corazón causado por el estrés. Además de ser fumador, ya que al sobrevenirle la muerte, se hallaba fumando en pipa—. De todos modos, es mejor aguardar a las conclusiones del forense y no adelantar acontecimientos.

Algo que no había dicho en voz alta era que el médico que había atendido al señor Müller había tenido dudas de tomar la resolución más obvia, y aunque podía ser una forma de hacerse notar en su puesto, no rechazaba que sus recelos fueran auténticos y tuviesen un asesinato ente manos. Solía fiarse de las primeras impresiones de los facultativos.

—¿Cuándo se lo van a llevar?

Tanto a Carla como a su madre, que la bolsa negra que contenía el cuerpo de Erich siguiera en el salón las estaba desquiciando. Era horrible saber que el hombre, al que profesaban tanto cariño, permanecía ahí confinado.

—En cuanto llegue el juez de guardia y proceda al levantamiento del cadáver, desapareceremos de inmediato. —Sonó más fría de lo que le habría gustado.

Sabía, por experiencia, lo duro que era verse involucrado en un escenario de esa naturaleza y lo poco considerada que era la gente que ejercía su labor alrededor del cuerpo. Sobre todo médicos y policías, quienes estaban habituados en su día a día a lidiar con ese tipo de circunstancias y, a veces, olvidaban que los familiares de las víctimas estaban presentes.



5

Rosario Soler estaba desayunando en el *office* de la cocina. Delante de ella se desplegaba una amplia variedad de comida preparada por la asistenta. Sin embargo, no prestaba ninguna atención a los mencionados manjares, ni siquiera a las imágenes del televisor que en silencio exponían noticia tras noticia. A lo único a lo que se permitía encaminar sus cavilaciones era a la velada de la noche anterior, acontecimiento que hacía que le hirviera la sangre.

Erich se había comportado como el perfecto anfitrión. Le habría gustado ser capaz de sacar defectos a cualquier detalle por ínfimo que fuera; a su pesar, era incapaz de encontrarlos y eso la reconcomía por dentro. Odiaba a ese hombre con todo su ser. Se había hecho con la empresa de su esposo y se pavoneaba ante ellos recordándoselo a cada instante. Y odiaba a su mujer. Aparentaba ser la perfección personificada: inteligente, hermosa y agradable, mas ella sabía que debajo de esa fachada se escondía una arpía; manipuladora y entrometida. Agradecía que la noche anterior no hubiera aparecido. Tratar con uno le producía un serio dolor de cabeza, pero hacerlo con los dos se volvía insoportable. Según Erich, Jara se hallaba trabajando, lo cual, a decir verdad, le ocasionó un cosquilleo de rechazo. Estaba segura de que no había acudido a la cena por su causa. Era evidente que no la soportaba. Y debía admitir que se sentía insultada ante esa acción deliberada contra su persona.

—Buenos días, cariño —la saludó su marido dándole un beso en la mejilla—. Te veo radiante —la halagó.

Ante esa intromisión, levantó la cabeza, a la vez que detenía el movimiento mecánico de untar, con la misma mantequilla una y otra vez, una rebanada de pan. Tarea con la que llevaba más que tiempo suficiente, de hecho, la tostada había quedado chiclosa, así que decidió apartarla y servirse una pieza de fruta.

—Y yo te veo muy feliz. —Siendo sincera con ella misma, no comprendía su estado de ánimo. La noche anterior había sido una afrenta constante. Erich se había encargado de que así fuera, recordándoles con sus comentarios que él era el que llevaba la batuta en la empresa y su marido no debía inmiscuirse en temas que no le competían. Esas eran sus conclusiones de lo acaecido. Resopló con el solo recuerdo.

—Pues la verdad es que sí. Anoche disfrutamos de una agradable reunión, ¿no crees?

Ella le echó una mirada asesina, no podía entender que tuvieran opiniones tan dispares del mismo suceso. Era tan imbécil que no había leído entre líneas.

—¿Tú crees? ¿Y en qué te basas para decir tal cosa?

—¿No eres de la misma opinión? —Cándido no se esperaba esa actitud, era evidente que su mujer no estaba de humor. Habría jurado que había disfrutado de cada segundo que pasaron en casa de Erich. La comida había resultado ser una exquisitez, hasta ella se lo había confesado en el coche al regresar a casa. Y la conversación no se había focalizado únicamente en el trabajo, como solía venir siendo lo habitual, habían charlado de diferentes materias con el propósito de que las parejas de los socios pudieran participar y no se sintieran excluidas. Mantuvieron una interesante tertulia—. Creía que te habías divertido —reconoció mientras se servía una taza de café.

—Lo habría hecho si fueras tú el jefe de ese cerdo alemán y no al revés —escupió su mujer.

A Cándido Soler sus sentimientos no le provocaron estupor alguno, conocía lo insistente que podía llegar a ser. Y también era sabedor de que no sería feliz hasta que volviera a ocupar el puesto que ella consideraba le correspondía por derecho.

—Tiempo al tiempo.

Rosario lo miró como si hubiera dicho la mayor necedad del mundo. Sabía que mientras Erich Müller prosiguiera al frente de la farmacéutica, su marido sería un segundón. Y él parecía no percatarse de la triste realidad. Resopló enfadada por su postura tan pusilánime. Si quería verlo de nuevo en el puesto que le competía, era obvio que tenía que tomar ella las riendas del asunto. De otra forma, nunca avanzarían.

Fue a abrir la boca para exponer sus pensamientos en voz alta, cuando se fijó en que su marido había dejado de atenderla. Se concentraba en lo que emitía el televisor. Hasta acalló sus palabras incrementando el volumen. Entonces, escuchó al locutor mencionando el nombre de Erich Müller. Por tanto, Rosario dirigió su mirada hacia el aparato interesándose en la noticia.

En las imágenes aparecía el portal de Erich rodeado de curiosos, ambulancias e incluso la policía. Se quedó de piedra al ver tanto movimiento en el mismo lugar en el que habían estado la pasada noche.

Una vez se enteraron del motivo de esa heterogénea multitud y el porqué de la noticia, su asombro se esbozó en sus rostros. No se podían creer que la reportera, que se hallaba en el lugar de los hechos, hubiera pronunciado esas palabras: Erich Müller había fallecido.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó Soler con un tono de voz que revelaba su extrañeza. Hacía escasas horas que habían abandonado la propiedad y lo habían dejado en el mismo estado que lo encontraron: sano y salvo. No se podía creer que hubiera muerto.

Tras conocer la noticia, los pensamientos que se desencadenaron en la cabeza de Rosario fueron mucho más allá. Era su oportunidad. Si Erich ya no estaba en medio, nadie le quitaría a su marido la posición que se merecía. Él era el verdadero precursor de la compañía. Luego a él le correspondía tener el control.

—Es tú momento —le soltó a bocajarro.

Cándido la observó con curiosidad, digiriendo esa afirmación tan poco apropiada. Si bien, se daba cuenta de que tenía razón. Habían esperado demasiado. Con Erich fuera del mapa, ya no había nadie que se interpusiera en sus ambiciosos planes. Retomaría el control de la empresa y nadie se lo impediría. Ya se ocuparía él de que así fuese.

Se aproximó a su mujer y le dio un beso en los labios, sellando de esa forma una promesa silenciosa: volverían a ocupar la posición que se habían ganado por méritos propios.



Almudena de la Villa se hallaba sirviéndose el primer café de la mañana. Tenía pensado ir temprano a la peluquería, había pedido hora para que le tiñeran las raíces blancas. Esas canas, que tanto odiaba y que le recordaban que ya no era una jovencita, habían hecho acto de presencia en su hermosa melena. Después, daría una vuelta por el centro, haciendo tiempo ya que se había citado con una vieja amiga de la infancia para almorzar. Llevaban meses sin verse y tenían que ponerse al día.

Se acomodó en la mesa del salón y encendió la televisión. Era un hábito que utilizaba para no sentirse sola, porque la verdad era que no la escuchaba, con el runrún de fondo le valía. A continuación, cogió el móvil. Como sabía que esa mañana iba a tenerla complicada, decidió que lo mejor era llamarle en ese paréntesis.

—Buenos días, cariño. ¿Te has caído de la cama? —Pablo de la Villa estaba acostumbrado a que su mujer lo llamara un par de veces al día. Al fin y al cabo, era consciente de la cantidad de tiempo que dedicaba al trabajo y, por parte de ella, jamás había salido de su boca reproche

alguno. Lo único que sí esperaba a cambio de sus madrugones y de la llegada a horas intempestivas era que no la ignorara cuando contactara con él. Era un acuerdo tácito que le había hecho y que no había incumplido. Incluso si la llamada era realizada estando en medio de una reunión, lo primero que hacía nada más finalizarla era dedicarle unos minutos.

—Buenos días, mi amor. Voy a ir a la peluquería y quería hablar contigo antes de que el ruido de los secadores y los cotilleos no me lo permita.

—¿No habías quedado con una amiga para comer? —recordó que le había comentado sus planes al regresar de la fiesta.

—Sí, después. Por cierto, ahora que caigo. Anoche te oí discutir con Erich, ¿cuál fue el motivo? —Quería habérselo preguntado en el camino de vuelta, pero lo había olvidado por completo. No obstante, acababa de venirle ese recuerdo a la cabeza, así que no pudo evitar saciar su curiosidad. No acostumbraban a disentir.

—¿Nosotros discutiendo?

—Sí que me extrañó. Sois como uña y carne. Tenéis las mismas directrices en vuestras cabecitas tozudas. Con todo, antes de la cena, cuando todavía no había llegado nadie, al volver del lavabo, os oí en el despacho.

Pablo de la Villa sabía que no podía mentir a su mujer, tenía un sexto sentido que detectaba cualquier engaño. Tampoco lo hacía. Mas, en esa ocasión, habría preferido no tener que contarle lo sucedido, así que prefirió no entrar en detalles.

—Estábamos en desacuerdo sobre un tratamiento. Ayer, tras la discusión, tomamos la decisión que considero más acertada.

Escuchaba la justificación que le daba su marido, la cual le pareció algo ambigua, cuando un fotograma despertó su interés. En pantalla aparecía el portal de Erich Müller. El corazón le dio un respingo. Algo había sucedido. No necesitó subir el volumen ni oír el monólogo del presentador para comprender. Se veían imágenes de una camilla sobre la que viajaba una bolsa negra, de inmediato adivinó su contenido. Y, como si la televisión se hubiera percatado de que necesitaba resolver la duda de quién era el infeliz, en el pie de la pantalla una frase se lo desveló: Anoche Erich Müller, CEO de Pharma Jara, fue hallado muerto en su casa.

La taza que tenía entre las manos se le cayó sobre la mesa derramando su oscuro líquido. No se molestó en arreglar ese pequeño desastre.

—Cariño, ¿estás ahí? —Pablo de la Villa reclamaba a su mujer desde hacía unos segundos, se había percatado de que no atendía a la conversación.

—¡¿Te has enterado?! —Su mujer sonó histérica, aunque él no sabía a qué se refería—. ¡Erich ha muerto!

Casi se le cae el teléfono de las manos al oír esa declaración. Todavía no había hecho acto de presencia en el despacho, algo poco usual en él, pero no creyó que le hubiera sucedido nada. Pensaba que, tras la velada, se le habían pegado las sábanas.

Pulsó el botón de altavoz y, mientras escuchaba farfullar a Almudena, comenzó a teclear en el ordenador el nombre de su colega. Se quedó conmocionado al comprobar que la noticia se exhibía en multitud de periódicos.

—No puede ser… —articuló a la par que en el monitor aparecían imágenes de la policía y paramédicos en su portal. En una se veía cómo dos personas del SAMUR empujaban una camilla que trasladaba una bolsa cerrada y negra que vaticinaba lo peor.

—Eso mismo he dicho yo, pero… —Ya no se pudo contener, las lágrimas empezaron a aflorarle y no fue capaz de detenerlas—. ¡Jara! —le vino a la cabeza su amiga. No se imaginaba cómo se sentiría en ese momento tan amargo. Y más cuando, por fin, había accedido a darle el sí

quiero a Erich.

«Por el amor de Dios, están recién casados», se dijo.

Pablo de la Villa estaba en *shock*, no se lo podía creer por más titulares que leyera. Solo hacía unas horas que habían abandonado su vivienda. Y la noche anterior lo había encontrado como siempre. No había percibido nada que indicara que le restaban pocas horas para irse al otro mundo.

—¡Es imposible! Si ayer… —No pudo proseguir. Se le amontonaban las reflexiones en el cerebro. Su mejor amigo acababa de fallecer de forma inesperada, un imprevisto que le costaba asimilar.

—Cariño, voy a llamar a Jara. O mejor aún, me acercaré a su apartamento. Necesitará un hombro sobre el que llorar. Estoy segura de que precisa del apoyo de sus allegados —resolvió con todo el aplomo que le fue posible.

—Estoy de acuerdo contigo, querida. Voy a buscarte y vamos los dos juntos —apoyó Pablo a su mujer. No se podía imaginar por lo que estarían pasando Jara y Carla. Se hallarían destrozadas.



Ainhoa captaba a la perfección los ruidos que se producían en la otra punta del piso, una serie de suspiros y entrechocar de perchas que la estaba poniendo de los nervios. Aun así, no dejaba de sonreír.

Podía visualizar a Irene en el dormitorio como si la tuviera delante, neurótica perdida y realizando aspavientos exagerados. Estaba segura de que, si continuaba así, le iba a dar un patatús.

—¿Y este qué te parece? —le preguntó, asomándose al salón con tanta inseguridad que casi se echa a reír. No sin esfuerzo, logró controlarse y mantener la compostura.

Irene Molina era la persona con más confianza en sí misma que había conocido, una de las cualidades que más le atraían de ella. Sin embargo, se comportaba como una colegiala ante su primera cita.

—Está bien —le respondió tras levantar la vista de la tableta electrónica.

—Eso has dicho de todos los trajes que me he probado —se quejó su mujer.

—Es que todos te quedan bien —replicó, encogiéndose de hombros.

—Tengo una entrevista con un inversor poderoso. Si sale como espero, estoy convencida de que nos dotará de una aportación sumamente generosa. Necesito estar más que bien. He de estar perfecta. —Irene no se había dado cuenta, pero su tono de voz había ido *in crescendo* mientras soltaba la perorata.

Ainhoa respiró hondo, procurando tranquilizarse antes de que la sacara de quicio, hecho esto, contestó:

—Para una reunión de trabajo, cualquiera de esos conjuntos que te has probado es perfecto. —Se detuvo unos segundos al ver la mirada asesina que le lanzó la otra—. Ahora bien, si lo que quieres es provocar y que no te nieguen el dinero, yo me pondría el vestido rojo.

—¿El del escote en V? —curioseó sorprendida.

—Eso es. Realza tu pecho. Y si al otro lado de la mesa hay un hombre, seguro que no le dejas indiferente. Ya sabes lo que se dice: tiran más dos tetas que dos carretas.

Irene Molina soltó una sonora carcajada al escuchar a su chica. Sabía que a veces podía ser algo burda, pero estaba en lo cierto. Un poco de coqueteo nunca desagradaba a nadie. Con un

traje no cautivaría a su cita, y esa mañana necesitaba algo más. No le bastaría con promesas sobre lo avanzada que iba su investigación y lo significativa que era. Deseaba un cheque con muchos ceros y, si para ello necesitaba jugar al juego de la seducción, no se amilanaría.

—Te haré caso.

Se dio media vuelta y regresó al dormitorio donde reinaba el caos. Los trajes que se había probado, y alguno más, reposaban sobre la cama deshecha formando una montaña multicolor. Se dirigió al armario y se cambió una vez más. Estaba subiéndose el vestido, cuando un grito la arrancó de su tarea.

—¡Irene, ven, corre!

Salió a toda velocidad de la habitación, alertada por la agitada exclamación, y voló hacia el salón. Allí encontró a Ainhoa pálida, observando con mirada desconcertada la tableta que estudiaba cada mañana mientras desayunaba, como parte de su rito para iniciar el día, con intención de ponerse al corriente de los sucesos que acuciaban al mundo.

Irene se colocó a su espalda y miró sobre su hombro, ya que ella no parecía estar por la labor de comunicarle lo que la había dejado petrificada.

Cuando leyó el titular, se desplomó en la silla contigua a la de su pareja, no se podía creer lo que anunciaban esas enormes letras.

—Pero… ¿Cómo ha podido ocurrir?... Anoche estuvimos con él —decía Ainhoa entrecortando las frases, como si fuera incapaz de completar uno de sus pensamientos.

—Yo tampoco me lo explico. Cuando nos fuimos estaba como siempre. Algo cansado, sí, pero lo normal teniendo en cuenta las horas.

Las dos se concentraron en la lectura del artículo, aunque este no les dijo apenas nada. Por lo visto los primeros indicios apuntaban a que se trataba de una muerte natural, pero todavía se investigaban las causas. Lo había descubierto su mujer, Jara Goebel, al regresar del trabajo. La familia estaba abatida por el suceso y, por ese motivo, no se había pronunciado ante la prensa.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Ainhoa miró a su mujer sin comprender a qué se refería.

—Este hecho tan espantoso afectará a mi investigación —susurró alicaída.

Aunque Ainhoa sabía que lo que pasaba por la mente de su pareja era un pensamiento de lo más insensible, entendía su desazón. Llevaba mucho tiempo centrada en la investigación de un tratamiento revolucionario que se desarrollaba a pasos agigantados y, por lo que le contaba, los avances realizados, en comparación con el resto del mercado, eran destacados. En pocos meses serían capaces de sacar a la luz un nuevo milagro en medicina. No obstante, la defunción de Erich Müller podría resultar un contratiempo.

—No te preocupes por eso. —Se esforzó en animarla—. Estoy segura de que aunque Erich no esté a la cabeza de la corporación, quien lo sustituya no descartará tu estudio. Hay demasiado dinero invertido. Además, está asentado, ya verás cómo la empresa seguirá apostando por él.

—Otra vez he de darte la razón —asintió Irene—. Esperemos que no pongan en su puesto a Soler. Es un presuntuoso sin ideas propias. Si no fuera por la mujer que tiene detrás, sería un pobre hombre que no serviría ni para tomar por saco. —Se detuvo un momento mientras su mente caminaba por otros derroteros—. Quizá lo sustituya Carla Goebel. Ella mantendría las pautas de su padrastro en la dirección. Crucemos los dedos. ¡Ojalá sea ella!

—En serio, Irene, a veces me sorprendes. ¡¿Cómo puedes estar pensando en eso en este preciso instante?!

La muchacha volvió la mirada a su esposa con expresión contrita:

—Cierto. Pobre Erich. Aunque pasaba de los sesenta, aún le quedaban muchos años por

delante. Jara y Carla estarán hechas polvo. Después de la reunión iré a verlas y a darles el pésame.

—Eso está mejor —convino Ainhoa.

—Anda, sé buena y súbeme la cremallera del vestido.

Una vez efectuó la tarea encomendada, Irene se giró y le hizo de nuevo la misma pregunta que llevaba atormentándola durante la última hora:

—¿Qué te parece?

Movió la cabeza en gesto negativo. Era un caso perdido. Sabía que ese encuentro era de capital importancia para ella, era incapaz de abstraerse de su objetivo, aun cuando la noticia de la muerte de su jefe acabara de saltar a la palestra.

—Estás perfecta.



—¡Benji, Oliver! —llamó a los perros. Se había decantado por esos nombres gracias a unos dibujos animados que veía cuando era un chaval—. Volvamos a casa. Se está haciendo tarde. Mami ya estará levantada y seguro que nos ha preparado un desayuno de lo más prometedor.

Ambos animales menearon la cola, aparentando comprender que iban a recibir un piscolabis, su intuición no les fallaba cuando se trataba de engullir. Aunque, la verdad sea dicha, cada día sucedía exactamente lo mismo, tras un largo paseo matutino, obtenían como recompensa unas chuches. De esa forma, regresaban a casa la mar de contentos.

—¡Berta! —avisó a su mujer nada más atravesar la puerta. Como no recibió respuesta, supuso que seguiría en la cama.

La noche anterior se habían ido a dormir más tarde de lo habitual. La velada en casa de Erich había sido entretenida y habían trasnochado, así que, la dejaría dormir un rato más. La despertaría en cuanto hubiera preparado el desayuno.

Lo primero que hizo fue darles las chuches prometidas a los perros y, acto seguido, puso en marcha la cafetera mientras picoteaba unas galletas de canela que su mujer le había escondido. En la última analítica, el azúcar le había salido por encima de los índices permitidos y, por esa razón, ella se ocupaba, de forma demasiado insistente para su gusto, de que no volviera a suceder. Ocultaba las galletas en el mismo sitio que les escondían el chocolate a sus hijas cuando eran párvulas, por lo que resultaba una acción un tanto absurda a su parecer.

Mientras esperaba a que la cafetera hiciera su trabajo, encendió la televisión. Le interesaba conocer las últimas noticias deportivas. Había quedado para comer con un compañero de la universidad y no podía estar retrasado en su saber deportivo, pues le sacaría los colores. Se rio ante esa idea ridícula.

En el aparato, la mujer que aparecía en pantalla estaba dando el parte meteorológico. Según decía, iban a bajar las temperaturas.

Como era un tema que le aburría, se encaminó a la cafetera a recoger la taza en la que ya estaba servida la humeante bebida. Tras darle un sorbo, se acomodó en una banqueta sin apartar la vista del televisor, en él ya habían comenzado a enumerar las noticias más relevantes de la jornada.

Estaba dando un nuevo trago, cuando la pantalla mostró algo que no esperaba. Dejó la taza sobre la mesa, con cuidado de no tirársela encima puesto que la mano le temblaba, y se concentró en lo que recitaba el presentador.

Su mujer entró en la cocina y lo encontró absorto en el telediario. Se acercó por detrás y le

dio un beso en el cuello.

—Buenos días, mi amor —le susurró al oído.

—Cariño, mira —le indicó.

Ella, al notar el apremio en su voz, focalizó su mirada en el mismo punto que él. Sin embargo, solo vio al locutor comentando un triste acontecimiento que desconocía por qué había avivado el interés de su marido.

—¿Qué tengo que mirar? —curioseó, estaba demasiado dormida como para comprender.

—Erich ha sido hallado muerto en su casa. —Le costó pronunciar esas palabras. De hecho, si no hubiera detectado que salían de su boca, habría creído que las pronunciaba otra persona.

—¡¿Qué dices?! Si estuvimos anoche con él. —Esa declaración hizo que se despertara de pronto. Entonces, reparó en la noticia. Al comenzar a asimilarla, se dejó caer en una de las banquetas de la cocina ya que sintió cómo las piernas le flojeaban y dejaban de aguantar su peso—. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué habrá pasado?



6

La inspectora Blanca Garrido llegó a la comisaría agotada. Había pasado una noche de perros.

La víspera regresó tarde por una llamada de última hora y, utilizando esa excusa, su marido empezó la riña. Pretexto que le resultó de lo más inapropiado pues él, mejor que nadie, conocía sus horarios tan inflexibles y no solía inmiscuirse en ellos.

Cuando se conocieron ya trabajaba en el Departamento de Homicidios de la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Madrid, con la única diferencia de que por aquel entonces su rango era el de subinspectora. Si bien, sus horarios no habían mejorado, ni empeorado, a decir verdad, siempre habían sido un asco. Era consciente de la dificultad que añadían a una relación de pareja: no se podían hacer planes con ella a largo plazo, ni a corto en muchos casos, porque la realidad era que casi nunca se cumplían. Pero él jamás se lo había recriminado. De hecho, aprovechaban los escasos momentos de libertad que le concedía su puesto para escabullirse del mundanal ruido de la capital. No perdían la oportunidad de escaparse y disfrutar de tiempo juntos. Y, aunque habría entendido sus quejas, en la vida las había pronunciado en voz alta. Hasta anoche.

Lo cierto era que se explayó. Soltó todo lo que se guardaba dentro, incluido el episodio más doloroso de la inspectora. Ella había intentado encerrarlo en un rinconcito de su mente, y de su corazón, para luego tirar la llave; esencialmente porque no lo había superado y tampoco se veía capaz de hacerlo. El caso es que, sin comerlo ni beberlo, se encontró siendo el centro de la diana de una disputa que duró hasta altas horas de la madrugada, momento en el que Rubén se marchó del piso dando un estruendoso portazo. Si los vecinos no se hallaban en vela a causa de los gritos, el golpe que dio al abandonar la vivienda tuvo que hacer la misma función que un despertador comunitario.

No pudo pegar ojo preocupada por el paradero de su marido. Era la primera vez que se comportaba de esa forma. Nunca había pasado la noche fuera como resultado de una discusión. Era indudable que algo le había hecho explotar, debía existir algún detonante que no era capaz de adivinar. Él no elevaba la voz, era el pacificador de la pareja, es más, esa impasibilidad la sacaba de quicio. Por esa razón, estaba conmocionada, no sabía qué esperar.

Su cabeza la arrastró a derroteros en los que no quería ahondar: la posibilidad de que Rubén tuviera una amante. Se daba cuenta de que no podría recriminárselo. Pasaba mucho tiempo fuera. Daba prioridad a su profesión. Mejor dicho, a las víctimas. Sabía que no contaban con nadie más que con ella. Era la única capaz de ponerles voz, de descubrir quién les había obligado a abandonar este mundo antes de tiempo y por qué. Y ella, hasta la noche anterior, había confiado en que su marido lo comprendiera.

Esa mañana había madrugado más de lo habitual. Como no había logrado conciliar el sueño y se había cansado de dar vueltas en la cama, decidió levantarse y marcharse a comisaría, convencida de que allí otros pensamientos ocuparían su mente. Sin embargo, sus planes se vieron truncados de forma repentina.

En cuanto arribó al garaje del edificio con intención de coger el coche, halló a Rubén durmiendo en su propio vehículo, situado en la plaza adyacente a la suya. Respiró profundamente, sentía que se acababa de quitar un peso de encima, su preocupación se había visto diluida, aunque esta había sido sustituida por un sinfín de sentimientos encontrados que luchaban por desbordarla, desde el enfado más hostil hasta el dolor más lacerante.

Blanca golpeó la ventanilla con cautela, no quería despertarle de modo abrupto, no estaba

por la labor de continuar la bronca. Esas últimas horas la habían dejado emocionalmente destrozada, por lo que no pretendía repetir.

Cuando Rubén abrió los ojos, le costó unos segundos comprender la situación. Tanto el lugar en el que se hallaba como descubrir a su mujer al otro lado del cristal le habían dejado desconcertado. Entonces, se fijó en la tristeza que reflejaba su mirada y, de inmediato, recordó lo sucedido, y también, que él era el causante de su aflicción. Abrió la puerta con celeridad y la abrazó. Su comportamiento había sido de lo más infantil. Sabía que echándole la culpa de todo no solucionaría nada, y menos algo que ya no tenía solución posible. Blanca le devolvió el abrazo, lo que hizo que respirara aliviado al comprobar que no estaba resentida, que era lo mínimo que podía esperar.

—Cariño, siento lo que dije anoche. Sé que no eres responsable…

Ella le colocó el índice en los labios para que se callara, en ese momento lo único que deseaba era besarle y zanjar lo sucedido. Estaba dolida y ese dolor no se borraría con tanta facilidad, pero prefería pensar que sus palabras habían surgido por su arrebato de ira, no porque realmente las tuviera en consideración.

Y eso fue lo que hicieron. Se dieron un beso tan apasionado que, como si fueran críos en plena pubertad, no pudieron resistirse a la tentación y se metieron en el asiento de atrás, donde dieron rienda suelta a sus instintos más primarios, acelerando la reconciliación.

—Dios, hacía mucho que no nos desinhibíamos así —comentó Rubén mientras se ajustaba los pantalones y observaba cómo ella se abrochaba los botones de la blusa.

—Desde antes de vivir juntos. —Le vinieron imágenes de cuando eran jóvenes y no contaban con un lugar donde desfogarse, entonces, el coche era su único resguardo. Sin embargo, esos pensamientos fueron sustituidos por la realidad—. Solo espero que no nos haya visto ningún vecino —repuso con las mejillas encarnadas.

Rubén no podía apartar los ojos de su mujer, con el pelo revuelto y el rubor de su rostro estaba hermosa.

—Por eso no te preocupes. A las horas a las que te marchas a trabajar los residentes del bloque están todavía en el primer sueño. Así que dudo que alguien nos haya visto. —En el *parking* tan temprano nunca había movimiento y las escasas cámaras que protegían a la comunidad de intrusos se ubicaban en los accesos.

—Tengo que irme —le susurró mientras le besaba en los labios.

—Lárgate, a no ser que quieras repetir. —Rubén notaba cómo la excitación volvía a su entrepierna.

La inspectora sonrió, pero se apeó del coche. Tenía que concluir varios informes que empezaban a amontonársele sobre la mesa.

Una vez se hubo montado en su automóvil y arrancado, con un gesto de la mano se despidió de su marido, agradecida porque el altercado hubiera quedado en agua de borrajas. Aun sabiendo en su fuero interno que ella no podría suprimirlo con tanta facilidad de su memoria ya que él no había dejado lugar a dudas de que la culpaba de lo sucedido unos meses atrás. Ya era suficiente con que ella se sintiera culpable, por mucho que sus reflexiones la eximieran, no obstante, su corazón la condenaba. Y cuando la noche anterior Rubén había confirmado sus suposiciones, algo se le había roto por dentro.

«El polvo de reconciliación ha sido bestial. ¡Qué digo! ¡Cojonudo! Pero no sirve para borrar lo que ocurrió», pensó mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Se la quitó con la palma de la mano e intentó apaciguar sus pensamientos. Debía concentrarse en los casos que comenzaban a acumularse en su departamento.

Con el propósito de que su mente no fuera arrastrada a lugares a los que no anhelaba regresar, en lo que le restó de camino se centró en quién delegar algunas de las investigaciones pendientes.



La inspectora Garrido se hallaba tras su mesa, organizando las diferentes carpetas con la pretensión de asignárselas a su equipo, cuando apareció el subinspector Corrales por la puerta. No le pasó desapercibido la cara de pocos amigos que traía, algo debía haber sucedido.

Lo observó sin decir nada. Esperaba a que él mismo se lo contara, pues sabía que tarde o temprano acabaría desahogándose con ella. Lo conocía bien, eran muchos años trabajando juntos, confesándose sus más íntimos secretos con una cerveza o una copa en la mano.

Contempló cómo dejaba su chaqueta de mala manera en el perchero y, a continuación, se encaminaba a la sala de descanso a servirse un café. Hasta ahí nada fuera de lo normal, era lo que estaba habituado a hacer cada mañana al llegar. La única diferencia era que en esa ocasión no le había pedido que lo acompañara.

Ella, sin ser invitada, se levantó y se situó a su espalda, ambos delante de la máquina expendedora. Sin abrir la boca, se llenaron sus propias tazas con el oscuro líquido y se acomodaron en un par de banquetas alrededor de una de las mesas altas que amueblaban la sala. Uno frente al otro. Los dos en silencio.

—He discutido de nuevo con Álvaro.

No tuvo que decir nada más. Sabía cuáles eran sus problemas conyugales, al igual que él conocía los suyos.

—¿Os han denegado la adopción?

Blanca se sorprendió, estaba segura de que esa vez lo conseguirían. Incluso había intercedido por ellos y hablado con la funcionaria. Le había expuesto cientos de razones favorables por las que podrían ser grandes padres.

Apretó su brazo en un gesto que quería insuflarle ánimo y recordarle que ella estaba ahí si necesitaba un hombro sobre el que llorar, aunque sabía que eso nunca ocurriría. No, su compañero era demasiado orgulloso para demostrar, incluso ante ella, un signo de debilidad.

—Según la administración no somos una pareja idónea. Sus conclusiones son que nuestra motivación es inadecuada. ¿Te lo puedes creer?

Blanca se lo creía, no era la primera vez que recibían el mismo resultado.

—Ambos sabemos que eso no es verdad. Vuestros motivos son más que pertinentes: el deseo de fundar una familia.

—Pues ve y cuéntaselo a ellos —repuso abatido. Era evidente que comenzaba a rendirse. Demasiadas tentativas infructuosas.

—Sabes perfectamente cuál es la causa. —Fernando Corrales alzó la vista de su taza y la miró a los ojos. Lo sabía a la perfección, pero se veía incapaz de elegir.

—Mi trabajo.

—En efecto. Ven una alta probabilidad de que el niño se quede sin uno de sus progenitores.

—Al final, Álvaro tendrá razón. Me veré obligado a dejar mi profesión si quiero cumplir nuestro sueño. —Su mirada regresó a la taza en la cual ya no quedaban más que los posos.

Había luchado durante muchos años por convertirse en subinspector en el Departamento de Homicidios y, sin embargo, parecía que ese esfuerzo debía ser tirado a la basura si deseaba tener un hijo.

—Seguro que lo lograréis. —Blanca lo dijo con el objetivo de alentarlo, pero ella misma empezaba a tener serias dudas.

—¿Y a ti qué te sucede? —Al subinspector no le había pasado por alto lo decaída que se mostraba su compañera.

—Yo también he discutido con Rubén, pero aún no estoy preparada para contarlo en voz alta…

—Quizá más adelante. —Ella asintió.

Fernando Corrales supo que ese era el momento más oportuno para cambiar de tema. Estaba al tanto del único asunto que afectaba a la inspectora lo suficiente como para no sincerarse con él. Si no daba por zanjada esa conversación, estaba seguro de que los dos se pondrían a llorar en medio de la comisaría, y no era plan. En su cabeza se dibujó la absurda escena y su rostro esbozó una sonrisa.

«Desde luego no es nada profesional», pensó.

—Vengo del Anatómico Forense —informó a su jefa, intentando apartar los oscuros pensamientos que pesaban sobre sus hombros.

—¿Erich Müller? —preguntó sin mucho interés.

—En efecto.

—¿Algún dato relevante? —La inspectora era de la opinión de que, al tratarse de un hombre pudiente, destacado en círculos a los que ella no podría acceder en la vida, el forense había solicitado la autopsia para asegurarse de que no se cometía ningún error tras su primer reconocimiento. Era incuestionable que el doctor Reus no era de esos a los que les gustaba llamar la atención o sobresalir, por lo que no creía que le atrajera aparecer en la prensa, pero debía reconocer que no comprendía el motivo de la necropsia, ella apostaba por una muerte natural.

—Pues sí, la verdad.

La inspectora levantó las cejas en un gesto de asombro. No imaginaba que hubieran hallado nada fuera de lo común.

Tras conseguir la atención de su compañera, Corrales prosiguió:

—El estudio preliminar plantea ciertas dudas. El doctor Reus me ha confesado que cree que puede tratarse de un homicidio. Está aguardando el informe toxicológico para confirmar sus sospechas.

—¿Lo dices en serio?

—¿Acaso te mentiría en algo así? —El subinspector no llegaba a descifrar por qué Garrido era tan suspicaz con este caso.

—Tienes razón. Es que me has dejado estupefacta. No me esperaba que el señor Müller hubiera sido asesinado, estaba convencida de que había sufrido un ataque al corazón o algo parecido. —La mujer negó con la cabeza temiéndose lo que se avecinaba—. Si el doctor Reus está en lo cierto, algo de lo que no me cabe duda, estamos ante un caso mediático.

—Blanca —solo en la intimidad la llamaba por su nombre de pila—, este caso va a ser el foco de atención de la prensa.

—Y de los de arriba, Fer. No te olvides de los de arriba.

Odiaba cuando un caso era perseguido, expuesto y difundido por los medios de comunicación porque generaba una visión unilateral, la marcada por los periodistas y en la cual la policía no solía salir bien parada. Sufrían acoso, en el más estricto sentido de la palabra, por parte de los medios. Y el peso de la opinión pública influía demasiado sobre los de arriba, lo que implicaba que ellos salieran perjudicados.

Para la inspectora Garrido el día no había podido comenzar de peor manera.
«Ni con un buen polvo ha mejorado», pensó alicaída.



7

Berlín Este, primavera 1982

—Estoy embarazada. —Se lo soltó a bocajarro. No se le ocurría cuál podría ser la mejor forma de arrojar esa bomba. No era lo suficientemente imaginativa como para inventarse frases originales con las que anunciar la feliz noticia. De repente le vino un recuerdo a la cabeza: una amiga en su misma situación le había dejado sutiles mensajes a su marido para que, cuando le confesara su estado, lo asumiera con la mayor serenidad posible. Pero, por lo que le contó, su rostro debió de reflejar la misma congoja que ahora le mostraba el del futuro papá.

Johannes Göbel tardó unos segundos en interpretar lo que le acababa de decir su esposa ya que estaba concentrado en lo que emitía la televisión. Se giró sorprendido, creyendo que no había escuchado bien, sin embargo, al contemplarla, supo que su sentido del oído estaba estupendamente. Por su cara pasaron infinidad de emociones. Confusión. Agobio. Temor. Dicha. Y entonces, experimentó una sensación de felicidad que sobresalió del resto. Nunca había sido tan feliz como en ese preciso instante. Ni siquiera cuando consintió en casarse con él. Tras un breve lapso de tiempo paralizado, sin saber qué decir ni cómo actuar, se recobró y se abalanzó sobre ella, rodeándola entre sus brazos para demostrarle lo afortunado que le había hecho sentir esa noticia.

Jara, que se hallaba acomodada a su lado, le correspondió, tan rebosante de alegría como su marido.

—Te quiero con locura —le dijo Johannes mientras le daba dulces besos en los labios.

Después del éxtasis inicial, ella volvió al ataque. No se molestó en suavizar el tema, fue directa al grano:

—Tenemos que cruzar el Muro —retomó la cuestión una vez más.

Johannes había conjeturado, erróneamente, que lo había olvidado. Llevaba algún tiempo sin mencionarlo.

—No deseo criar a nuestro hijo aquí —continuó—. No quiero que pase por lo que hemos pasado nosotros ni que crezca en un lugar como este.

—Lo hemos hablado mil veces. Es peligroso. Y ahora que estás embarazada… —Dejó inconclusa la frase. Aunque algo en su forma de hablar le indicaba que en esa ocasión no claudicaría, aun estando encinta. Y para ser sincero consigo mismo, la comprendía. La comprendía demasiado bien. Como ella, rogaba por que su hijo creciera en libertad, no bajo el yugo de la desigualdad y la represión.

—Aquí hay escasez de todo. —Prosiguió con un discurso que ya se sabía de memoria de tantas veces que lo había repetido, aunque siempre entre esas cuatro paredes y teniéndole a él como único oyente. Subió el volumen del televisor, procurando que ningún vecino escuchara sus palabras—. Si bien, ya sabes que eso no es lo que más me preocupa. No quiero que nuestro hijo crezca en un país en el que no hay futuro. Un lugar en el que si te sales del guion estarás bajo el radar de la Stasi. Donde te dictan cuál ha de ser el corte de pelo que has de llevar o qué música has de escuchar… —Se detuvo, no era el momento de enumerar el enorme listado de actividades no permitidas, además él se las conocía de memoria—. Un país en el que no se puede pensar de forma diferente —resumió.

—Lo sé, cariño. Pese a todo ello, sé razonable. Ahora llevas una vida en tu interior. Esa debe ser nuestra prioridad. Proteger a ese bebé que está creciendo dentro de ti. —Colocó su mano

sobre la tripa de Jara—. ¿Eres consciente de la cantidad de gente que lo ha intentado y ha muerto sin conseguirlo? No podemos pensar solo en nosotros, tenemos que pensar en nuestro hijo.

—Y por eso mismo lo digo. ¡¿Qué vida le espera aquí?! —Se dio cuenta de que había elevado la voz y repitió la pregunta, retórica, entre susurros—: Dime, ¿qué vida le espera aquí? No pretendo que se convierta en un mojigato y viva callando. Cada vez que sacamos a colación cualquier tema con nuestros camaradas hemos de añadir la coletilla de que ha de quedar entre nosotros, que no se lo mentemos a nadie. Y somos conscientes de que en cualquier momento alguno de ellos nos puede denunciar. O nos vemos obligados a subir el volumen de la televisión para que los vecinos no nos escuchen hablar libremente. —Señaló el aparato, apoyando su argumento—. Esto no es vida para nadie. —La última frase sonó a súplica y él no fue capaz de seguir poniendo reparos. Por más que deseara rebatir esas justificaciones, ella estaba en lo cierto.

—Quizá por la vía legal —expuso, sabiendo que esa idea era absurda antes de pronunciarla.

—Sabes que de esa forma tardaremos años en recibir respuesta, y lo más seguro es que la resolución sea negativa. Sin contar que, en cuanto efectuemos la solicitud, seremos vigilados con lupa. Si ahora no gozamos de libertad alguna, tras esa petición, mantendrán sobre nosotros un férreo control. —Jara entendía que esa no era una posibilidad viable. Vivir al otro lado del Muro era complicado, pero si estaban en el punto de mira de la Stasi, se convertiría en un infierno.

—Sé que tienes razón. Me preocupa que ocurra lo peor, que no sobrevivamos —reconoció.

—A mí también me da miedo. Por descontado. Aun así, me da más miedo no intentarlo.

Johannes miró a su mujer a los ojos y vio reflejados en ellos la vida que les aguardaba si no hacían nada por cambiarla. Debían arriesgarse.

—Se lo diré a Erich. Él sabrá qué hacer —accedió finalmente, aunque con reticencia.

Hasta no hacía mucho, esa conversación era su pan de cada día. Quizá, por ello, llevaba tiempo dándole vueltas. Tenía presente lo peligroso que era cruzar al otro lado, no obstante, ahora que su hijo venía en camino, debían abandonar ese lugar. No olvidaba que muchos habían muerto en el intento o, peor aún, habían sido encarcelados. Sus pensamientos contradictorios desbordaban su cabeza. Las dudas lo reconcomían.

Erich era su mejor amigo desde la infancia, la única persona, aparte de Jara, en la que confiaba, e intuía que ya había ayudado a algunos berlineses a cruzar al lado occidental. Estaba convencido de que tenía contactos en el grupo Girrmann, un conjunto de universitarios que habían ayudado a escapar a varias personas a través de las alcantarillas. No era un secreto que por ese motivo los policías y militares de la República Democrática Alemana vigilaban atentamente los túneles del metro y las cloacas. De todos modos, tenía entendido que habían buscado otras alternativas, incluso que habían cavado nuevos túneles. El problema, y su mayor preocupación, era que muy pocos de los que se adentraban por ellos tenían éxito. Anhelaba que si, después de todo, lo intentaban, se convirtieran en parte de ese diminuto grupo que lo conseguía. No estaba dispuesto a morir ni ver perecer a Jara cuando empezaban a formar una familia.

«Sí, hablaré con Erich. Él nos ayudará», se dijo en silencio.

En ese momento no podía vaticinar las implicaciones de tomar esa decisión.



8

La inspectora Blanca Garrido estaba releyendo el informe forense. Este era claro en sus conclusiones: el señor Erich Müller había fallecido a causa de envenenamiento. El análisis toxicológico revelaba que en su cuerpo se habían hallado restos de la bacteria *clostridium botulinum*. Lo que no determinaba era si la ingestión había sido voluntaria o forzada.

—Eso nos tocará averiguarlo a nosotros —se dijo a sí misma en un susurro.

—¿Decías algo?

La inspectora levantó la cabeza y se encontró a su compañero de pie, al otro lado de su escritorio.

—No. Pensaba en voz alta. Parece que nos toca a nosotros descubrir si la víctima se quitó voluntariamente la vida o alguien se la arrebató. Y mientras no demos con pruebas que digan lo contrario, trataremos el caso como un homicidio.

El subinspector Corrales asintió, estaba de acuerdo. Además, algo en su estómago le anunciaba que se trataba de un asesinato. La víctima era inmensamente rica, y el dinero siempre era un móvil con gran peso en una investigación.

—No dimos con ninguna nota de suicidio en el lugar de los hechos. Así que lo más probable es que nos enfrentemos a un homicidio.

—Revisaremos las fotografías que hicimos en la vivienda del señor Müller y, si fuera necesario, regresaremos allí y lo examinaremos todo de nuevo. Pero ahora con otros ojos. —La inspectora aún recordaba su registro inicial, en aquel momento estaba prácticamente segura de que la muerte se había producido por causas naturales. Se arrepentía por no haber inspeccionado el domicilio con mayor atención. Aunque por más vueltas que le daba a las imágenes que guardaba en su memoria, no había nada en ellas que despertara su interés.

—¿Cómo crees que llegó a su cuerpo la toxina? —El subinspector sabía que en el informe no aparecía esa aclaración, pese a ello, esperaba que su compañera contara con alguna hipótesis.

—No tengo ni idea. Según el informe del forense, la pipa que fumaba y el licor que bebía estaban limpios. Luego es otra cuestión que hemos de responder. Se me ocurre que lo consumiera durante la cena. Es un veneno que actúa rápido. Quien se lo administrara tuvo que tener acceso a la víctima —pensó en voz alta. Y, a continuación, agregó—: Provoca parálisis muscular y nerviosa. Los músculos respiratorios son incapaces de mover el tórax e inhalar aire, por lo que el sujeto deja de respirar.

—Si no fuera por la Wikipedia, no resolveríamos casos —sonrió el subinspector al imaginarse de dónde habría sacado la información.

—La verdad es que lo he leído en la American Thoracic Society, una asociación médica. —Le guiñó un ojo—. Mi pregunta es: ¿habría tenido tiempo de seguir atendiendo a sus invitados, despedirlos y sentarse cómodamente en su sillón a fumar en pipa y a tomarse una copa tras ingerir la botulina?

—Entonces, ¿crees que los invitados no tuvieron nada que ver?

—No he dicho tal cosa. De hecho, son mis principales sospechosos. Lo mismo que la familia. ¿Qué has averiguado de ellos?

—Poca cosa. Parecen ser una familia de lo más normal, unida y sin ningún tipo de problemas con la ley. Pero, aun así, no han llevado una vida aburrida. —El subinspector se sentó frente a Garrido para detallarle sus pesquisas—. Resulta que tanto el señor Müller como su mujer, la señora Goebel, nacieron en Berlín Este y a primeros de los ochenta se presentaron en

Madrid. Es decir, fueron de aquellas pocas personas que lograron atravesar el Muro y escapar.

—Sí que es interesante. Esta pareja está ganando puntos. —La inspectora debía reconocer que empezaba a apoderarse de ella un sentimiento de admiración.

Blanca Garrido era poco más que una cría cuando el Muro de Berlín cayó, pero era consciente del significado de aquella aberración. Tenía entendido, la mayoría de datos obtenidos del celuloide, que los fugitivos no solo debían esquivar a los guardias que día y noche custodiaban el Muro, sino que, además, tenían que sortear cercos con alarmas, armas que se disparaban por medio de resortes, perros violentos e, incluso, campos minados.

—Su hija, Carla Goebel, nació aquí en Madrid, en el Hospital Universitario Santa Cristina, al poco de establecerse.

—¡¿Cruzó el Muro estando embarazada?! ¡Qué huevos! —Comprendía que no quisiera tener a la pequeña en un país en el que no existía libertad, pero realizar una operación de esa envergadura estando encinta era una locura.

—Lo que me ha resultado llamativo es que el señor Müller y Jara Goebel no eran más que amigos, aun cuando vivían bajo el mismo techo, hasta que hace pocos meses decidieron contraer matrimonio.

—Ahora la viuda lo hereda todo. —Ahí tenían un móvil, pensó la inspectora.

—En efecto.

—¿Hay seguro de vida?

—Sí, cincuenta mil euros. *Peccata minuta* si tienes en consideración las cuentas bancarias del señor Müller. Estamos hablando del presidente de una importante empresa farmacéutica, una de las principales de España: Pharma Jara S.A., con sede en el centro de Madrid. Fue fundada a finales de los ochenta como subsidiaria de JosMar Pharmaceutics. Pharma Jara se centró en desarrollar fármacos con fines estéticos. —El subinspector echó mano de sus notas para continuar detallando sus averiguaciones—: En el 2010 Pharma Jara absorbió al grupo JosMar, a la empresa matriz y al resto de sus subsidiarias, en una fusión inversa. Las filiales se dedican a la investigación, desarrollo, fabricación y comercialización de fármacos antitumorales, del tratamiento de Alzheimer y otras enfermedades. Se han convertido en líderes de productos estéticos. La compañía forma parte del Índice de la Bolsa de Madrid y del IBEX 35 desde 2015.

La inspectora se detuvo unos segundos para asimilar la información que le acababa de reportar su compañero.

—¡Bótox! El bótox viene de la toxina botulínica y es un popular tratamiento cosmético. —El subinspector asentía mientras ella hacía la asociación—. Estaríamos hablando de que cualquiera de los sospechosos tendría acceso al arma homicida. Todos cuentan con medio y oportunidad, solo nos falta dar con el motivo. Y si seguimos el dinero, la que sale ganando es la viuda. ¡Buen trabajo, Corrales!

—No quiero desbaratar tu teoría, pero la señora Goebel no ha mostrado ningún interés por la herencia que le ha dejado su marido. Trabaja en el Museo de Historia de Madrid y, por lo que he investigado, es su vida.

—¿Y eso cómo lo sabes?

El subinspector sonrió y colocó sobre la mesa una de esas revistas de cotilleos que ella ojeaba cuando iba a la peluquería. Si bien, le aburrían soberanamente porque desconocía a los personajes que llenaban sus artículos.

Blanca la miró sin comprender.

—Página diez.

La inspectora comenzó a pasar las hojas hasta que dio con la indicada. En ella, una imagen

de Jara Goebel saliendo del portal de su casa, como cada día, pero en esta ocasión abrumada por la prensa, quienes montaban guardia en la calle a la espera de una exclusiva o, en su defecto, de unas palabras.

Obvió la fotografía y su mirada se dirigió a la parte subrayada con rotulador fosforito, imaginó que era donde se hallaba la explicación al comentario de su compañero. Entonces leyó: «Sí, supongo que ahora mis cuentas estarán más que saneadas. Sin embargo, mi herencia pasará directamente a mi hija. Es la mayor perjudicada. Ha perdido al que se convirtió en un padre para ella».

—En fin, cualquiera de las dos es sospechosa hasta que dejen de serlo —zanjó la inspectora. No era de tomarse al pie de la letra nada de lo que leía u oía, y mucho menos la información que se publicaba en la prensa rosa.

El sonido del móvil de la inspectora los interrumpió. Garrido observó el nombre que aparecía en pantalla. Como había supuesto, los de arriba estarían ahí a cada paso que dieran.

—Parece que el comisario ya ha sido informado de que Erich Müller fue asesinado —comentó resignada, mientras cogía la llamada.



Fernando Corrales arribó a su piso de Chueca agotado tras la dura jornada laboral. Había estado analizando, junto con Blanca Garrido, uno por uno, la lista de sospechosos con la que contaban: la familia y los invitados a la cena. Descubrieron que los asistentes a la velada eran los máximos responsables de las diferentes filiales de Pharma Jara, acompañados de sus respectivas parejas. Su deber era ir preparados a las entrevistas. Se trataba de gente influyente que no habían llegado a su posición por su cara bonita. Eran individuos inteligentes que no se dejarían intimidar por la presencia de agentes de la ley, no podían pillarles en un renuncio. Tenían en mente comenzar los interrogatorios lo antes posible, tras el entierro del señor Müller que se celebraría al día siguiente en La Almudena y al que ambos asistirían.

Por ello, lo único que deseaba hacer en ese momento era darse una ducha y tirarse en el sillón, junto a Álvaro, a ver un nuevo episodio de la serie que ahora les tenía enganchados a los dos: *True Detective*.

No obstante, los deseos del subinspector se vieron frustrados en cuanto se internó en su piso.

Se dirigió al salón sin prestar mayor atención al silencio reinante en la vivienda, cuestión que tenía que haberle alertado puesto que a esas horas Álvaro acostumbraba a estar bregando en la cocina. Le encantaba trajinar entre fogones. Siempre le sorprendía con alguna nueva receta que encontraba en Internet. Si bien, en esa ocasión el sonido de los cacharros chocando entre sí era inexistente.

Se lo encontró sentado en el sillón, aguardándolo. En cuanto lo vio franquear la puerta, se levantó como si un resorte lo hubiera expulsado del asiento.

Fernando se detuvo y observó la escena que tenía delante. Su marido se frotaba las manos con nerviosismo, hecho que dejó en evidencia que algo sucedía, pero lo que eliminó cualquier duda al respecto fue la maleta que había a su lado, que aun siendo de un tamaño considerable y de un color llamativo, tardó en percatarse de su presencia.

Álvaro seguía allí de pie, sin abrir la boca. Así que no le quedó otra que dar comienzo a la discusión que estaba seguro que se avecinaba. No soportaba esa tensión que se había instalado de repente en el ambiente.

—¿Te marchas? —Era una obviedad, pero fue lo único que se le ocurrió pronunciar.

Álvaro asintió mientras una lágrima recorría su mejilla. Era la decisión más dura que había tomado en su vida, mas era lo que debía hacer. No podía continuar así por más tiempo.

—¿Por qué? —El subinspector lo sabía, ahora bien, quería escuchárselo decir a él.

—Quiero una familia.

—Y conmigo no la vas a conseguir… ¿Es eso?

—Ya lo sabes. No nos conceden la custodia de ningún bebé por tu trabajo. Y sé que nunca vas a dejarlo. —A Álvaro le costaba mantener la compostura. Lo que le acababa de soltar eran palabras duras, le echaba la culpa de su situación. Sentía cómo la irritación de Fernando se acrecentaba al mismo ritmo que su dolor.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Que lo deje? ¿Es eso lo que buscas?

—Claro que no. Nunca te lo he pedido y nunca lo haré. —Sabía que lo había insinuado en más de una ocasión, se le había escapado porque en su fuero interno lo anhelaba, pero jamás en la vida le pediría algo así, formaba parte de quien era.

—Creo que es justo lo que estás haciendo ahora.

—Te equivocas. Estoy dando por finalizada nuestra relación. No te pondría en la tesitura de elegir. Me lo recriminarías con el paso del tiempo y nos acabaría destruyendo. Así que soy yo quien toma la decisión. Me marcho.

—Podemos volver a intentarlo. —El subinspector notaba cómo su mundo se desmoronaba de golpe.

—¿Cuántas veces necesitas intentarlo para asumir que jamás nos permitirán adoptar? —Su angustia quedó reflejada en esa pregunta.

Sabía que Álvaro tenía razón. Él también deseaba fundar una familia con él, pero no se planteaba abandonar su trabajo. Ambos argumentos colisionaban.

A veces dudaba de que la verdadera razón fuera el plus de peligrosidad que conllevaba su puesto. Más de una vez se había preguntado, por mucho que los expedientes indicaran otra cosa, si no se trataba de prejuicios por ser una pareja gay.

Álvaro cogió la maleta y avanzó hacia él, era absurdo postergar el momento.

El chirrido que produjeron las ruedas con ese movimiento se le quedaría grabado al subinspector en la memoria durante mucho tiempo. Ese sonido lo asociaría bastantes años después a ese hecho desolador.

Álvaro se detuvo a su lado y le dio un húmedo beso en los labios. Se despidieron con lágrimas corriendo por sus rostros en una carrera imparable.

—Adiós. —Fue lo único que fue capaz de articular a la persona que amaba antes de abandonar su hogar para siempre.

Cuando salió del edificio, tras eliminar con la manga del abrigo las lágrimas que le bañaban la cara, cogió el móvil y envió un mensaje a Blanca. Él tenía adónde ir, con quién consolarse. Su familia y sus amigos lo estaban esperando con los brazos abiertos porque sabían lo que suponía para él el consumar esa elección. Pero Fernando no contaba con nadie, solo tenía su trabajo y a su compañera.

Quince minutos más tarde, Blanca Garrido alcanzaba el portal de su amigo. Tras llamar al telefonillo sin ningún resultado, decidió usar sus propias llaves. Ella guardaba una copia por lo que pudiera suceder. Nunca había sido necesario utilizarlas, pero esa ocasión era un motivo de urgencia.

Subió corriendo las escaleras, sabía que de ese modo tardaría menos en llegar que cogiendo el ascensor. Tras el estéril resultado con el telefonillo, no se dignó en llamar a la puerta, abrió con su llave y avanzó hacia el salón. Allí localizó a Fernando desmadejado sobre el sofá.

—¿Qué haces aquí? ¿El que no haya abierto la puerta no te ha dado una pista de que quiero estar solo? —La voz del subinspector sonó destrozada.

Ella no se amilanó al oírle. Al contrario, se sentó a su lado y lo abrazó. Y, aunque al principio fue reacio a su muestra de cariño, finalmente se dejó consolar y se desahogó como hacía años que no hacía. Lloró como un niño asustado y acongojado hasta que se quedó sin lágrimas.



9

—Mamá, no entiendo cómo puedes estar tan entera. ¡Por Dios! Si, incluso, has vuelto al museo como si nada —le reprochó.

Jara Goebel, que en ese momento se colocaba en la oreja un pendiente de oro blanco con un zafiro de color negro engarzado, regalo de Erich, perfecto para la ocasión, desvió la mirada, centrada hasta entonces en su maniobra de ataviarse con la hermosa joya, para contemplar el reflejo de su hija. Era indudable que la imagen que le devolvía el espejo era la de una mujer destrozada por el dolor y a la que le costaba mantener la compostura. Así que se imaginó que esos vocablos no expresaban sus sentimientos reales, sino la impotencia que rezumaban los poros de su piel. Comprendió que únicamente se descargaba con ella.

—¿Qué esperas de mí? ¿Que me convierta en un fantasma deprimido que vaga por los rincones de la casa sin dejar de llorar?

—Me gustaría que me permitieras acercarme a ti, mamá. Sé que tu aguante y tu frialdad es pura fachada. Adoptas ese aplomo como mecanismo de defensa. Me consta que estás rota por dentro y me gustaría poder darte consuelo —le reveló, dejándola perpleja.

Se percató de que su única pretensión era brindarle apoyo, si bien, era consciente de que no sería capaz pues estaba a las puertas de derrumbarse. Le correspondía a ella mantener la calma, aun cuando la tacharan de ser fría y distante. Siempre sería un soporte para su hija.

—¿Y eso de qué serviría?

—Creo que haría que te sintieras mejor.

—¿Eso crees sinceramente?

—No. Sí. Tal vez. —Carla se daba cuenta de su estupidez por recriminarle el autocontrol que poseía. La estaba amonestando por ese temperamento que tantas veces le había servido como sostén y almohada sobre la que llorar. Si no fuera por su madre, en más de una ocasión habría caído en un pozo sin fondo del que le habría costado salir. Por añadidura, tenía que admitir que cada persona llevaba el luto a su manera, y su madre lo llevaba por dentro. Lo sabía a la perfección. No entendía cómo le había soltado esas palabras de censura.

Jara se dio la vuelta y se colocó frente a su hija, a la misma altura, mirándola a los ojos.

—Cariño, sabes que es mi forma de ser. La procesión va por dentro. —Sin embargo, entendía el anhelo que sentía su hija. Ella no conoció a Johannes y siempre advirtió la tristeza que la embargaba al no tenerlo a su lado, al echarle tantísimo de menos. Carla solo deseaba aliviarle el peso de soportar una nueva pérdida—. No puedo pasar ni un minuto en esta casa sin que me vengan recuerdos de Erich, así que prefiero marcharme al museo a trabajar. Allí me enfoco en tareas que me obligan a no pensar en la dolorosa realidad: se ha ido para siempre de nuestro lado y no volveremos a verlo. No obstante, mi actual cometido me devuelve a los recuerdos de una vida pasada en Berlín, al otro lado del Muro, en el lado equivocado. Y aunque muchos de ellos son reminiscencias de una época en la que tenía a tu padre, recuerdos felices, también aparecen otros que son trágicos, evocaciones a la parte más dura de mi vida. Así que, si eso es lo que querías escucharme decir, en efecto, dentro de mí se desbordan una cantidad abrumadora de sentimientos que luchan por derrumbarme y, ocasionalmente, creo que van a salir victoriosos. Algunas veces son sentimientos de dicha, pero la mayor parte del tiempo la pena me reconcome las entrañas —reveló sin tapujos.

A Carla le desbordaban las lágrimas por las mejillas, se había comportado como una idiota. Con el propósito de subsanar su error, dio un paso hacia adelante y abrazó a su madre. Jara le

devolvió el gesto y, en esa posición, lloraron en silencio, enmudecidas tras su breve conversación. Siendo conscientes de que ambas sufrían; cada una a su manera.

Llevaban un rato inmóviles, llorando desconsoladas, una en los brazos de la otra, por la pérdida que acababan de sufrir, cuando escucharon que alguien golpeaba la puerta con suavidad. Entonces, Jaime entró con determinación y las halló en la misma posición que habían mantenido los últimos minutos. Era sabedor de que interrumpía un momento conmovedor entre madre e hija, pero también era consciente de que no podían retrasarse más.

—Perdonad que os interrumpa. Debemos irnos —las instó.

Jara miró el reloj y asintió, no se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo. Se había hecho tarde. A continuación, se miró al espejo y se recompuso el rostro, suprimiendo con un pañuelo de papel las lágrimas que todavía quedaban en él. Como apenas se había maquillado, no se vio obligada a retocarse. Acto seguido, le entregó un clínex a su hija para que hiciera lo propio y con otro la ayudó a eliminar el rímel que se le había extendido por las mejillas.

—Ya está. Vayámonos —repuso en cuanto concluyeron la tarea.

Los tres abandonaron la vivienda con paso rápido, consecuentes con el retraso que llevaban. Una vez estuvieron en la calle, Jaime se encaminó al vehículo a toda prisa, ya que lo había dejado aparcado en doble fila y temía que, en esos cinco minutos que había permanecido ahí, le hubieran puesto una multa. Respiró aliviado al comprobar que no había ninguna denuncia bajo el limpiaparabrisas.

Jara se fijó en el Audi negro que tenía delante, el coche de su yerno, el cual le pareció de lo más adecuado para comparecer en un entierro. Sonrió por ese pensamiento absurdo, pues era su coche habitual, el que siempre le había resultado de lo más acorde en cualquier situación. Se acomodó en el asiento de atrás donde echó en falta las sillas de los mellizos.

—Los niños se han quedado con tus padres ¿verdad, Jaime?

—Sí, creemos que son todavía demasiado pequeños para asistir al entierro de su abuelo —reconoció mientras arrancaba y se unía al tráfico.

—Aunque sí les hemos contado que ya no volverán a verlo, que se ha ido al cielo con mi padre —añadió Carla todavía moqueando. La situación la superaba. Erich había realizado las funciones que le habrían correspondido a Johannes si no hubiera muerto a temprana edad. Había sido el sustituto perfecto, uno que siempre había permanecido a su lado, aconsejándola y respaldándola, además de otorgándole constantes mimos y demostraciones de ternura.

—Habéis hecho bien —confirmó Jara.

Se dirigieron a la funeraria, el mismo edificio en el que habían permanecido velando al difunto y que habían abandonado hacía un par de horas escasas.

Jaime observó a su suegra por el espejo retrovisor, se mostraba bastante entera dadas las circunstancias. Asimismo, y teniendo en cuenta que en los últimos días apenas había dormido, no exhibía ninguna mancha alrededor de los ojos que delatase su descanso insuficiente. Al contrario que su mujer, quien se asemejaba a una sombra de la persona que era hacía menos de una semana. Incluso había perdido un peso que no le sobraba. Se sentía como un incompetente frente a ella, no era capaz de animarla ni reconfortarla. Le preocupaba que cayera en una depresión. No sería la primera vez. Todavía recordaba el colapso que sufrió tras el nacimiento de los mellizos. La tristeza y melancolía que la dominaron durante el primer año de vida de Marcos y Paula. Su constante irritabilidad, cualquier cosa que hacía o le decía se convertía en una especie de atentado contra su vida. El insomnio, la pérdida de apetito, la ansiedad, el llanto constante, su paranoia y confusión, una cantidad ingente de síntomas que le volvieron loco durante aquella

etapa. Llegó a pasarle por la cabeza que se haría daño a sí misma o, lo que era peor, a los recién nacidos. Fueron meses complicados en la vida de la pareja que no deseaba repetir. Por aquel entonces los niños no fueron conscientes de lo que le sucedía a su madre, si bien, ahora habían crecido y aborrecería que la vieran en esas condiciones. No estaba preparado para que volviera a ocurrir algo similar. A pesar de todo, esperaría. Era pronto. No debía adelantar acontecimientos. Se encontraba desolada, tenía que pasar el duelo y lograr sobreponerse. O al menos eso se decía a sí mismo. Rezaba por que no fuera a más.



—Cariño, cuando quieras podemos marcharnos. —Rosario, después de engalanarse como correspondía, fue a buscar a su marido, quien la esperaba en el salón.

Tras franquear la puerta, se lo encontró absorto, mirando por la ventana, con una copa de *whisky* en la mano. Las vistas desde el ventanal a El Retiro eran espectaculares, pero sabía que no estaba contemplando el paisaje. Se hallaba elucubrando en lo que significaba para él, mejor dicho, para ellos, el fallecimiento de Erich Müller. Seguro que ya enumeraba los pasos que debía seguir para ocupar su puesto en la compañía.

—¿Nos vamos? —le preguntó al percibir que no tenía prisa alguna.

—Déjame saborear este momento —contestó enigmático.

Ella se acercó a él y se situó a su costado, donde se fijó en la sonrisa que le henchía el rostro. Era evidente que no había estado errada en sus suposiciones.

—En serio, espero que borres esa sonrisa de tu cara durante el entierro —le amonestó.

—Por supuesto que lo haré. No obstante, ahora estoy de celebración. Por fin, Erich Müller ha dejado de ser un estorbo en mi vida. Podré llevar a cabo mis pretensiones, las cuales me he visto obligado a arrinconar durante demasiado tiempo. Él me quitó la empresa y, hasta ahora, me ha mantenido con las manos atadas. Vigilando cada paso que daba. Controlando cada una de mis decisiones. Sin embargo, eso ha terminado.

—Te recuerdo, querido, que sigue existiendo una junta a la que rendir cuentas.

—No hará falta si me convierto en el CEO de la empresa.

—¿Y qué me dices de la familia? Si no estoy equivocada, los derechos pasarán a Jara. —Sonrió al pensar en lo lista que había sido al casarse con Erich en el último minuto. Un golpe maestro.

—Querida, ¿crees que ese punto no lo había tenido en cuenta? Por supuesto que sí. —Rosario no abrió la boca ante esa afirmación tan contundente, aun cuando la solución se la había propuesto ella sin que él se percatara de su maniobra—. Hablé con Jara y me confirmó que no tenía ningún interés en la compañía, todas sus participaciones las iba a delegar en Carla. Y, tras reunirme con ella, acordamos que me cedería los derechos políticos. Luego tendré voto en la Junta General, algo con lo que ya contaba al ser presidente de Josmar Pharmaceutics, pero también ostentaré poder de decisión. Desde ahora, yo seré quien se encargue de regir los objetivos y el rumbo a seguir de la empresa. Carla Goebel se mantendrá en un segundo plano —dijo triunfante. Habría dado lo que fuera por ver la cara de Erich. Él seguro que pensaba que su hija tomaría las riendas de la sociedad tras su muerte, pero las tornas volvían al lugar que le correspondían. Se sentía eufórico por el giro que habían tomado los acontecimientos.

—Como siempre, has pensado hasta en el más ínfimo detalle —sonrió, pues era consciente de lo mucho que disfrutaba su marido con sus halagos, cuando era ella el cerebro del matrimonio.

—En efecto, querida. ¿Acaso lo dudabas? —manifestó con condescendencia.

—Claro que no. Pero si no te cede los derechos económicos, los beneficios serán para otros. Continuarás, como siempre, conformándote con ser un subcontratado. —Rosario suspiró, se percataba de que no habían avanzado tanto como deseaba.

—Querida, de eso déjame a mí. Las cuentas se pueden tergiversar. Te aseguro que a partir de ahora podrás adquirir esos lujos con los que hasta la fecha soñabas y que no nos podíamos permitir.

La miró con una confianza que hacía años que no le veía. Era evidente que creía tener cada hilo bien atado, sin haber descuidado ningún detalle.

Asintió satisfecha. Una de las razones por la que se había casado con Cándido era por su hambre profesional, no le importaba a quien pisar con tal de lograr sus objetivos. Era ambicioso. Y ella codiciaba llegar a lo más alto en su club social. Quería mirar por encima de los hombros a esas brujas que decían ser sus amigas, cuando eran unas arpías que fantaseaban con verla tropezar y desmoronarse. No había olvidado lo que dijeron a sus espaldas cuando Erich Müller les arrebató la empresa. Jamás se lo perdonaría. No le bastaba con ser una de ellas. Quería sobresalir, destacar. Deseaba ser envidiada por cada una de esas mojigatas. Que aparecieran delante de ella con la cabeza gacha, arrepentidas por sus implacables y lacerantes críticas.

—¿Crees que lo lograrás?

—No me cabe la menor duda. Yo era la mano derecha de Erich. Tanto la familia como la junta confían en mí. Es incuestionable que me convertirán en el nuevo presidente de la compañía. Y, entonces, podré poner en marcha mis planes. Esos proyectos que Erich no valoró por estimarlos arriesgados, incluso ilícitos. —Negó con la cabeza al recordar sus habituales reservas—. Siempre se creyó mejor que yo. Superior a mí. Estaba por encima del resto. Con todo, ahora él no está y yo sigo al pie del cañón. —Soltó una sonora carcajada y, a continuación, apuró de un trago el resto de su bebida, dejando el vaso sobre la mesa de caoba que había bajo la ventana, sin inmutarse por el cerco que empezaba a marcarse sobre la madera.

—Estoy tan orgullosa de ti —le aduló Rosario mientras le daba un beso a dos centímetros de la mejilla. Odiaba el contacto con otro ser humano, por lo que para ella, ese era un tremendo signo de aprecio y respeto hacia su marido.

—Esta semana se anunciará mi nuevo puesto y saldremos a celebrarlo. Pero, ahora, es mejor que vayamos de entierro. Sería fatal que no nos vieran allí mostrando nuestros respetos y la aflicción que sentimos. —Sus palabras le provocaron una nueva carcajada.

Estaba seguro de que llevaba años siendo un gran actor, fingiendo una lealtad a Erich que no sentía. Imaginaba que, más tarde o más temprano, acabaría ocupando su cargo. A su pesar, la espera había resultado más larga de lo que jamás se habría figurado. Era de la opinión de que Erich acabaría jubilándose y más después del anuncio de su boda con Jara. Pero no había sido así. Sin embargo, por fin, veía la luz al final del túnel. Aunque aún le tocaba fingir durante unas horas más que la muerte de Erich le afectaba. La prensa y la Policía estarían en el sepelio, atentos a cualquier gesto o acción fuera de lugar. Los primeros se cebarían con las notas disonantes en programas y revistas de cotilleo, cualquier cosa por llamar la atención de un público al que le interesaba la vida de las personas adineradas. Los segundos podrían interpretarlo como un acto sospechoso y digno de investigación.

Cogió el abrigo, el cual había dejado acomodado encima de una silla, y levantó el brazo con intención de que su mujer se agarrara a él.

—Vayámonos, querida. Empieza la función.

Ambos salieron de la vivienda mostrando un gesto contrito, contradiciendo la sensación de

euforia que rezumaba en su interior.



Aguardaban la llegada del séquito delante de la capilla ubicada a la entrada del cementerio de La Almudena. Mientras esperaban a la comitiva, la inspectora observaba el edificio con toques modernistas que se levantaba ante ella. Prefería permanecer callada en ese momento incómodo, pues su compañero todavía estaba afectado por los recientes devenires en su relación con Álvaro. A su lado, él soportaba su pena en silencio y ocultaba sus ojos tras unas opacas gafas de sol.

Por ese motivo, Blanca Garrido gastaba su tiempo dedicada a la contemplación. Y como tampoco había mucho más que examinar, centró su atención en la capilla a la que, hasta entonces, acostumbraba a ignorar. Siempre que se había visto obligada a asistir a algún otro entierro, había actuado de forma mecánica: llegar, escuchar la misa y salir para, posteriormente, dirigirse a la tumba estipulada. De hecho, la última vez que había estado allí, unos meses atrás, había sido para despedirse de la persona a la que más quería en ese mundo. Y si tenía que ser sincera consigo misma, apenas recordaba nada de aquel día. Ni de los siguientes.

La mole de ladrillo con cúpula verde simulaba no comprender el dolor que se acumulaba a sus pies. Intentó rememorar algo de aquel día, pero no lo consiguió. Una lágrima recorrió su mejilla recordándole el tormento que todavía le producía y que sabía que duraría eternamente.

Justo en ese instante, interrumpiendo sus cavilaciones de forma oportuna, apareció el coche fúnebre que trasladaba el féretro del señor Müller. Se fijó en el desfile de vehículos oscuros que lo seguían y que debían de costar lo mismo que su piso en Madrid.

—¡Madre mía! La cantidad de dinero que se ha juntado en un segundo. —Su compañero despertó de su letargo con ese comentario, la misma reflexión que acababa de pasar por la cabeza de la inspectora.

Del vehículo inmediatamente posterior al fúnebre, el más asequible de la fila, pensaron ambos policías, descendieron la señora Goebel, su hija y su yerno.

La inspectora Garrido se fijó en lo entera que se mostraba la viuda, al contrario que su hija. Tal vez su fortaleza de ánimo le habría resultado cuestionable unos días atrás, pero, ahora que conocía algo de su pasado, la consideraba una mujer firme y luchadora. Había sido capaz de atravesar el Muro de Berlín en plena Guerra Fría, perdido a su marido cuando empezaban una vida juntos y criado a su hija. Por lo que enfrentarse a la muerte de Erich Müller solo era una muesca más en su desoladora trayectoria. No obstante, Carla Goebel apenas estaba en condiciones de mantenerse en pie. Era obvio que su marido, quien la agarraba de la cintura, ejercía la función de sostén. Aunque estaban a cierta distancia, apreció la desmejora de la mujer, que dejaba de manifiesto lo que le había afectado la muerte del señor Müller.

Detrás de ellos se detuvo un imponente Jaguar negro del que se apeó una pareja de mediana edad. Ambos hicieron el camino hasta la capilla agarrados del brazo, con unas elegantes vestimentas y un aire distinguido que no le pasaron desapercibidos a la inspectora. Era indiscutible que se habían criado entre la clase pudiente.

—Esos dos no se han creado a sí mismos. Nacieron rodeados de billetes de cien euros —le susurró a su compañero.

—Más bien de billetes de cinco mil pesetas —murmuró Fernando Corrales con socarronería—. Son Cándido Soler y su esposa Rosario —continuó. Y aunque la inspectora ya conocía ese dato, le dejó proseguir con su perorata. Estaba segura de que era mejor que transmitiera información que los dos se sabían de memoria a que se mantuviera en ese tenso

silencio que proclamaba el desconsuelo que le corroía la entrañas—. Era el presidente de Josmar Pharmaceutics hasta que Pharma Jara la absorbió en una fusión inversa. Permanece en la dirección de Pharma Josmar, filial que se ocupa de la investigación y desarrollo de tratamientos antitumorales. —La inspectora no pudo evitar pensar, sobre todo al ver a ese hombre al que rodeaba un halo de seguridad y prepotencia, lo que le debió molestar que fuera retirado de su cargo y su posición por un recién llegado. Y para más inri, por el responsable de una de las filiales más despreciadas en el campo, al no dedicarse a lo que se consideraban investigaciones serias, puesto que su misión era la de embellecer el cuerpo humano, no salvarlo de enfermedades mortales—. Dicen que su mujer es tan ambiciosa como él. Seguro que ambos están celebrando la muerte del señor Müller. —Hizo una breve pausa para dar énfasis a sus siguientes palabras—: Están en mi lista de sospechosos.

Blanca asintió al escuchar a su compañero. Con todo, algo no le cuadraba. Esa lucha de poder entre ambos debía de llevar lustros y, aunque le consideraba un sospechoso potencial, se daba cuenta de que no tenía mucho sentido el haber llevado a cabo su venganza tanto tiempo después. Ella concebía la posibilidad de consumar el asesinato al poco de proceder a la absorción, pero no le veía sentido a esperar tantos años para saldar su desagravio. Por descontado esa reflexión no le eliminaba como sospechoso, simplemente le indicaba que se tenía que haber producido algún tipo de detonante para que llevara a término lo que habría deseado durante años.

Del siguiente vehículo de la fila, un BMW de un tono gris marengo, descendió otra pareja con una presencia similar a los Soler. Seguramente provinieran de una familia acomodada. Él era el responsable de otra de las filiales y los dos fueron invitados a la que se convirtió en la última cena del señor Müller.

—Ahí tenemos a Pablo de la Villa acompañado de su mujer Almudena. Es el presidente de Pharma Alzh, delegación que se ocupa de la investigación de tratamientos contra el Alzheimer. —Se acercó más a la inspectora para comunicarle sus últimas averiguaciones—: He descubierto que están muy cerca de dar con un tratamiento que ralentiza los avances de la enfermedad. Ya se hallan en las fases finales. De hecho, no descartan que en unos meses pueda salir al mercado. —Blanca Garrido no conocía ese dato. En seguida le vino a la cabeza una idea: la cantidad de dinero que un tratamiento de esa naturaleza podría reportar a la compañía farmacéutica—. Por lo visto —prosiguió el subinspector—, su padre y sus tíos padecieron este trastorno cerebral y él no ha dejado de investigar cómo erradicarlo.

—Para él es algo personal —dedujo.

La inspectora los observó. El dúo no aparentaba llegar a la cincuentena. Él tenía ese aire de ratón de biblioteca que poseían algunos científicos y que cuadraba con lo que le acababa de remitir su compañero.

—Ellas son Irene Molina y su mujer, Ainhoa. —La inspectora Garrido se fijó en la pareja que iba tras el matrimonio de la Villa. Aun cuando viajaban en un vehículo de alta gama como el resto, ellas no portaban ese aire de pertenecer a la flor y nata de la sociedad. Su manera de actuar era más natural y menos comedida. Ainhoa parecía susurrarle palabras de ánimo a su mujer mientras caminaban en dirección a la capilla—. Irene Molina es la presidenta de Pharma Genetics. Esta empresa es la más reciente. Se creó cuando tomaron la decisión de entrar en el mercado del diagnóstico genético, *a posteriori* de la fusión inversa, es decir, no conocieron la dirección de Cándido Soler. Investigan la vulnerabilidad hacia determinadas enfermedades hereditarias basándose en la genética. Siendo la delegación más nueva, entró fuerte en el mercado. Al poco de su creación, lograron un gran éxito al completar la ruta de síntesis química para obtener el primer fármaco que aliviara algunos síntomas de los trastornos psiquiátricos y de

movimiento producidos por la enfermedad de Huntington. Este tratamiento fue desarrollado íntegramente en España.

La inspectora se giró, asombrada porque hubiera memorizado hasta ese detalle la información, pero, entonces, observó que estaba leyendo sus anotaciones en el móvil.

El subinspector Corrales recitaba sus apuntes en susurros. Sabía que no era el momento más oportuno, pese a ello, si se frenaba, se pondría a llorar como un bobalicón. Así que prefería que su verborrea aflorara aun cuando era consciente de que no estaba aportando casi ningún dato nuevo, ya que la mayoría de información la inspectora la conocía. Ella se limitaba a asentir, demostrándole que le escuchaba y prestaba atención, actuando como si fueran testimonios desconocidos.

—Mira, acaban de hacer acto de presencia Alejandro Ortiz y su esposa, Berta. —Blanca Garrido observó a los recién llegados. Como el resto, desbordaban sobriedad y una pizca de altanería—. Él es el presidente de Pharma Veter. Esta filial se dedica a la industria químico-veterinaria. Distribuyen productos en fincas ganaderas, avícolas y veterinarias. Por lo que tengo entendido, el señor Ortiz, igual que Soler, solo se dedica a la gestión. Hace mucho que no se les ve, a ninguno de los dos, pisar un laboratorio. Todo lo contrario que Pablo de la Villa e Irene Molina, a quienes les sigue apasionando antes que nada el trabajo de carácter científico.

—De todas formas, cualquiera de ellos estaría interesado en ocupar el puesto del señor Müller, aunque solo sea para tomar la decisión final en lo que se refiere a partidas presupuestarias —concluyó la inspectora, dando por finalizado el monólogo de su compañero, al percatarse de que la mayoría de asistentes al sepelio había desaparecido tras adentrarse en la capilla ardiente.

—No me parece suficiente motivo para matar.

—A mí tampoco. Aunque también te digo que he visto argumentos menos tentadores.

Se colocaron al final de la fila para acceder al interior del edificio. Los congregados charlaban animadamente entre ellos mientras avanzaban despacio. Solo enmudecían en cuanto alcanzaban la capilla en señal de respeto.

Blanca Garrido intentó escuchar algunos de esos comentarios, puesto que muchos de ellos hacían alusión al señor Müller y a su familia. Pero aparte de la lástima que sentían por la pérdida que acababan de sufrir y la mala suerte de irse al otro barrio poco después de su boda con el amor de su vida, no oyó mucho más.

Se fijó en la palidez de su compañero quien estaba muy lejos de allí. Se figuró a dónde lo habrían llevado sus pensamientos, así que intentó soltar una broma con su característico humor negro para traerlo de vuelta:

—Yo voto por que fue asesinado por una de esas arpías. ¿Te has fijado en sus caretos? —le susurró al oído con el propósito de que nadie escuchara sus palabras.

Fernando la miró de soslayó y sonrió. Sabía que esa revelación solo intentaba sacarle una sonrisa. Algo que, debía reconocer, había conseguido.

La capilla estaba abarrotada por lo que no consiguieron entrar. Se quedaron a la altura de la puerta, detrás del gentío, en un lugar al que no llegaba el sermón. No les importó lo más mínimo. No estaban allí para atender la oración del sacerdote. Su papel era analizar las diferentes reacciones de los sospechosos. No obstante, sus maneras de actuar en público no les dieron ninguna información nueva. Los colegas del fallecido no exhibían dolor alguno por la pérdida, los únicos que mostraban afectación eran el matrimonio de la Villa e Irene Molina. Los que realmente dejaban patente su aflicción eran la hija y el yerno, incluso su mujer aparentaba llevar la perdida con bastante fortaleza y resignación. El resto de invitados a la ceremonia procuraba

pasar desapercibido, signo inequívoco de que sabían de su presencia.

—Vámonos. Aquí no hacemos nada —le dijo al subinspector, quien asintió y siguió los pasos de su superior.



10

—Muchas gracias por atendernos. —La inspectora Garrido fue brusca al pronunciar esas educadas palabras. No le había hecho ninguna gracia que les hubiera tenido aguardando más de media hora en la recepción. Dicho esto, se adelantó a su compañero con el fin de estrechar la mano a uno de sus principales sospechosos.

Procuró evitar manifestar signo alguno de admiración en su semblante, pues la verdad era que se había quedado deslumbrada ante las vistas de Madrid que se contemplaban desde las paredes acristaladas. Además de divisar los edificios de la capital, al tratarse de un día despejado, se distinguía a la perfección la sierra con sus crestas todavía cubiertas de nieve. Eran unas vistas extraordinarias. Sintió un pinchazo de envidia por no poder trabajar en un espacio similar a ese. La comisaría era bastante deprimente, pero lo peor era la negrura a la que se debía enfrentar cada día.

La inspectora Garrido y el subinspector Corrales se habían dirigido a primera hora de la mañana a la zona financiera Cuatro Torres Business Area, donde se ubicaba la sede de Pharma Jara. Al alcanzar el parque empresarial, se habían quedado boquiabiertos por la majestuosidad de las torres que se alzaban imponentes hacia el cielo. No acostumbraban a tratar con sospechosos en edificios de esa categoría, solían hacerlo en callejones infestos o descampados cubiertos de maleza y escombros.

Tras la conmoción inicial, nunca habían estado a los pies de esos rascacielos, se encaminaron a la Torre Cepsa, el segundo edificio más alto de España. Después de informar de su presencia en la recepción, ascendieron hasta la planta número cuarenta y nueve, la última. Allí se localizaban los despachos de los principales ejecutivos de la compañía farmacéutica.

—Ningún problema. Lamento haberles hecho esperar, pero ya saben cómo son los negocios, tenía una llamada urgente que no podía dejar de atender. —Los policías asintieron, pero ninguno quedó satisfecho con la endeble excusa que salió de sus labios—. Sin embargo, no soy capaz de adivinar que les trae por aquí. Tenía entendido que la muerte de Erich se debió a causas naturales, un ataque al corazón, si no me equivoco. —La voz del hombre sonó potente y firme, dejando constancia de que estaba acostumbrado a lidiar con situaciones desfavorables.

—Lamento sacarle de su error. Tengo que comunicarle que el señor Müller falleció a causa de envenenamiento. —La inspectora Garrido no se fue por las ramas, quería estudiar la reacción del sospechoso.

—Entiendo. —Si Cándido Soler se extrañó al oír esa aseveración, no lo dejó notar, permaneció impertérrito e impasible, lo que hizo desconfiar a los policías.

Nada más oír esa noticia, la mente del directivo empezó a elucubrar. Se daba cuenta de las implicaciones que conllevaba el asesinato de Erich. Él sería considerado uno de los sospechosos y más cuando en un par de horas ocuparía su cargo. El puesto que tanto ansiaba y que en su fuero interno sabía que le correspondía por derecho: ser la cabeza de Pharma Jara, estaba a punto de serle concedido. Erich Müller le traicionó en el pasado, si bien, el tiempo había puesto a cada uno en su lugar.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas. —Soler hizo un movimiento con la mano para indicarle que podía comenzar. Gesto que ella ignoró pues no necesitaba su permiso—. Quisiéramos saber si en los laboratorios de alguna de las filiales de esta compañía manipulan la toxina botulínica.

—Creo que ese tipo de cuestiones es preferible que las traten con alguno de los técnicos.

Ellos podrán responderlas mejor que yo. —Esa pregunta le había pillado desprevenido. Apenas conocía lo que se gestaba en ninguno de los laboratorios. Esas tareas las delegaba pues su conocimiento era bastante básico—. Si lo desean, les puedo redirigir a los responsables de nuestras investigaciones. De todas formas, aun con un conocimiento vago, este interrogante soy capaz de respondérselo, inspectora. La botulina se utiliza en cientos de medicamentos. Está indicada para paralizar los músculos. Luego, empleada en dosis bajas, puede aliviar o curar alteraciones debidas al exceso de actividad de algún músculo. Es un tratamiento realmente beneficioso de anomalías tan dispares como la tortícolis, las arrugas, la hiperhidrosis, el estrabismo, la fisura anal, el blefarospasmo, el dolor muscular por mala postura o por la tensión, e incluso para la migraña y los tics. Como ve, inspectora, es una toxina muy provechosa en unos laboratorios farmacéuticos.

—Ya veo. —Blanca Garrido llegó a la conclusión que había conjeturado: cualquier trabajador de la empresa, aun cuando tuviera escasos conocimientos científicos, era consciente de los efectos de la toxina botulínica en un ser humano. Y, como sospechaban, los asistentes a la cena que tuvo lugar la noche de autos tenían acceso al veneno que se le suministró a la víctima.

—Quizá ustedes conozcan uno de los usos más comunes de la toxina botulínica: el bótox —prosiguió Soler—. Se trata de un tratamiento cosmético muy popular. Consiste en inyectar pequeñísimas cantidades de la toxina con el objetivo de inhabilitar la acción de ciertos músculos que, de lo contrario, provocarían las odiadas y temidas arrugas.

—¿Le guardaba rencor al señor Müller? —intervino el subinspector Corrales apuntando directo a la diana. En esa ocasión Soler sí mostró resentimiento en la mirada, no le había agradado la pregunta.

El aludido se giró hacia la persona que acababa de hablar, a quien apenas había prestado atención ya que se había mantenido en un segundo plano, apartado y callado. De hecho, le había resultado un hombre apocado y simplón. No obstante, ahora que le había lanzado un dardo fulminante, se daba cuenta de que había cometido un error al emitir ese juicio sobre él.

—Veo que me han investigado —mencionó lo obvio—. Entonces, como ya habrán averiguado, sabrán que yo era el máximo responsable de Josmar Pharmaceutics cuando Pharma Jara era solo una de las filiales que conformaban una de las mayores farmacéuticas españolas. A pesar de ello, aun habiéndole entregado mi confianza, Erich Müller decidió que quería más. Lo deseaba todo. Así que emprendió una fusión inversa. He de admitir que aquello no fue plato de buen gusto, al contrario, en aquel momento lo habría matado. —Los inspectores levantaron las cejas mostrando su perplejidad—. Pero lo habría hecho entonces, no ahora, después de tantos años. —Hizo una pausa y agregó—: No era mi persona favorita de este mundo, lo admito. Aunque tampoco sentía la imperiosa necesidad de acabar con su vida. He de valorarlo en lo que se merece, y él consiguió que Pharma Jara se convirtiera en la principal farmacéutica española. —Al ver que los inspectores no continuaban con ninguna pregunta, se atrevió a decir lo que en realidad pensaba—: Erich Müller los tenía confundidos a todos. No era el santo que veneraban. Era un hijo de la gran puta en mayúsculas.

—¿A qué se refiere? —A la inspectora le extrañó que un posible sospechoso fuera tan contundente en su declaración.

—Comprenderán que, para llegar a una posición tan elevada, se crean muchos enemigos en el camino. Y, por lo que tengo entendido, yo no era el único que no lo tenía en alta estima. —Sonrió con condescendencia.

A la inspectora Garrido ese hombre no le había causado buena impresión. Era ambicioso y estaba segura de que era de los que no se detenía ante nada para lograr lo que ansiaba. Justo tal y

como había definido a Erich Müller. Tal vez eran tal para cual. Algo que, por otro lado, no le incumbía, siempre y cuando no se cometieran ilegalidades o juego sucio que implicaran un asesinato. Y todo en él anunciaba que no era así. Le daba en la nariz que ocultaba algo y darían con ello. Era innegable que odiaba al señor Müller, pero si era el responsable de su muerte, tendrían que buscar otro móvil, ya que el único motivo con el que contaban era el que les acababa de exponer con tanta naturalidad. Y debía admitir que, como él mismo había dicho, sucedió hacía demasiado tiempo, no era lógico haber dejado transcurrir tantos años para llevar a cabo su venganza.

En ese instante alguien llamó a la puerta y, acto seguido, la abrió sin esperar respuesta. Los policías pensaron de inmediato que se trataba de una interrupción programada por Soler.

—Disculpen que les moleste. —La secretaria se mostró incómoda ante la situación. Lo que no fueron capaces de descifrar los inspectores era si se debía a ellos o a la información que le llevaba a su jefe—. Carla Goebel ya está aquí. Le esperan en la sala de juntas.

Cándido Soler miró su reloj de pulsera y se percató de lo avanzado de la hora.

«No puedo llegar tarde a mi propia coronación», pensó, esbozando una sonrisa.

—Tengo que abandonarles. El deber me llama. —El hombre comenzó a caminar, cuando alcanzó la altura de su secretaria se giró y añadió—: Si necesitan hacerme alguna pregunta más, por favor, concierten una cita a través de Mercedes. —Hizo un rápido gesto señalando a la mujer que se hallaba a su lado—. La próxima vez, estaré acompañado de mi abogado. —Esas palabras las soltó con miras a intimidarlos, no le pillarían de nuevo desprevenido.

—Volveremos a vernos, señor Soler. —A la inspectora le había desagradado su comportamiento, pero poco podía hacer contra esa clase de individuos que se creían superiores a los demás por su mera posición económica.

Cándido Soler hizo oídos sordos a su comentario. A decir verdad, ya había olvidado prácticamente a esos dos seres que le habían importunado. Su mente andaba centrada en la reunión que mantendría a continuación. Era un momento de suma importancia y debía entrar relajado y confiado. Eso era lo que esperaban de él, y se lo daría. Le correspondía portarse como el líder que era.

Tenía presente que esa reunión era una mera opereta. Los cabos sueltos habían sido tratados de forma individual con cada uno de los presentes. Le gustaba tener el control de cualquier situación. La decisión que se abordaría ahí dentro afectaba tanto a su futuro como al de la compañía, luego era su obligación tener todo bien atado. Llevaba demasiado tiempo ilusionado con esa resolución. Nada le detendría para ponerla en práctica. Ni siquiera el ser informado previamente de que la muerte de Erich Müller había sido un homicidio y no le cabía duda de que él sería uno de los sospechosos clave. Sin embargo, no le preocupaba lo más mínimo, sus abogados lo sacarían de ese atolladero. Si no se lo habían llevado detenido era porque no contaban con ninguna prueba inculpatoria. Y procuraría que siguieran así.

Con esas cavilaciones en la cabeza franqueó la puerta que le separaba de su nuevo puesto en la empresa. De ahí saldría con el título que se merecía, por el que tanto había luchado. Volvería a ser el director de la compañía y no solo de una de sus filiales.

—Buenos días, señores. Disculpen el retraso. —No vio la necesidad de explicar el motivo por el que había llegado tarde. No les importaba y tampoco consideraba que tuviera que justificarse ante ellos.

Se aproximó a la hija de Erich y la saludó con dos besos en las mejillas, ofreciéndole consuelo. Todavía se apreciaba en su rostro el dolor que la embargaba. No olvidaba que era la máxima accionista de la compañía tras la muerte de Erich y el traspaso de participaciones de

Jara. No obstante, gracias a la cesión que le había concedido, él iba a ocupar la dirección absoluta de la compañía. Así que le correspondía ofrecerle sus respetos.

Seguidamente, se encaminó a su silla, presidiendo la mesa, justo al lado contrario al que se ubicaba Carla Goebel. En el resto de sillones se acomodaban los demás dirigentes de las principales filiales: Pablo de la Villa, Irene Molina y Alejandro Ortiz. A ellos les dirigió un leve movimiento de asentimiento a modo de saludo. Quería mantener las distancias ya que a partir de ese momento dejarían de estar al mismo nivel, se iba a convertir en su nuevo líder.

Percibió una leve sonrisa en el gesto de Irene Molina. Hacía tiempo que no se dignaba ni a mirarle a la cara por lo que con ese ademán entendió que pretendía un acercamiento, que por fin se tragaba su orgullo y asumía una posición sumisa. Nunca habían mantenido una buena relación. Era una mujer que había llegado lejos, pero sin poseer una pizca de ambición. Lo único que le interesaba era el trabajo de campo. Adoraba estar encerrada con su equipo en el laboratorio, durante horas y horas, investigando la genética humana. Él no lo comprendía, era justo lo opuesto a ella, motivo de sus constantes desavenencias. En su vida había pisado un laboratorio para ejercer labores científicas, él se encargaba de la supervisión.

Se acomodó en su silla y empezó a hablar. No aspiraba a postergar su ascenso a la cima por más tiempo.

—Como sabemos, nuestro querido presidente, Erich, ha fallecido en lamentables circunstancias, dejando a su familia y a sus amigos abatidos, llenos de dolor. —Hizo una pausa para que su discurso calara en los presentes—. No obstante, la vida continua y esta empresa necesita de una dirección, alguien que tome las riendas y prosiga con la gran labor que desempeñó.

Los presentes asintieron, conformes. Sin embargo, de forma sorpresiva, Carla Goebel retomó la disertación, dejando a Soler con la palabra en la boca. Esa acción le enfureció. Tenía preparada una alocución bien ensayada, llevaba trabajando en ella varios días. Deseaba que su encumbramiento quedara perfecto.

—Agradezco ese maravilloso preámbulo dedicado a Erich. —Las miradas se centraron en la mujer que con tanta gracia le había interrumpido sin intención de permitirle continuar—. Él dejó la compañía en manos de mi madre y, como sabéis, ella me la ha cedido a mí. Confía en que retome sus pasos, al igual que Erich habría deseado de seguir con nosotros. Y, aunque me han surgido muchas dudas, me doy cuenta de que él anhelaba que yo ocupara su lugar. Ha sido una decisión difícil, con sentimientos encontrados y a flor de piel. No os voy a mentir, preferiría que él continuara aquí, enseñándome y aconsejándome. Nunca he tenido prisa por tomar la administración de su enorme legado. Pero las cosas no salen siempre como uno quiere, ¿verdad? —Aunque era una pregunta retórica, su mirada se dirigió a la persona que ocupaba la otra punta de la mesa y cuyos ojos echaban chispas—. No quiero alargarme más. Solo decir que, teniendo en cuenta que poseo más del cincuenta por ciento de las acciones de la empresa, me ocuparé de relevar a Erich y hacerlo lo mejor posible. Por descontado, cuento con todos vosotros y con vuestra inestimable ayuda para que esta compañía siga avanzando en el buen rumbo.

Miró uno a uno a cada ejecutivo y, excepto Soler, el resto movió la cabeza en gesto afirmativo, complacidos por el resultado final de la reunión. Ninguno de ellos quería a una persona como Soler ejerciendo el liderazgo de la corporación. Era codicioso e insaciable en la búsqueda de poder y sabían que muy probablemente antepusiera su provecho personal al beneficio conjunto. Razón crucial por la que Erich Müller logró sacar adelante la fusión inversa que cambió las tornas de la sociedad filial y la matriz.

La cara de Cándido Soler había mudado a un color grisáceo. El discurso que les había

soltado Carla Goebel le había pillado de improviso. Unos días atrás, habían mantenido una conversación y creía que habían llegado a un acuerdo, si bien, parecía haber caído en saco roto. Se arrepintió de no dejarlo por escrito como su mujer no se había cansado de repetirle desde entonces. Había sido un ingenuo al confiar en su palabra.

«Es digna hija de su padre», pensó, hundido en la miseria. No se podía creer que la misma familia lo traicionara una segunda vez.

Como si sus pensamientos hubieran sido dichos en voz alta, Carla se explicó:

—Cándido, lamento que mi decisión se haya visto modificada en estos días. Pero he de reconocer que, cuando hablamos del futuro de Pharma Jara, yo estaba destrozada por la pérdida, no pensaba con claridad. Sin embargo, ahora que mi mente está despejada, siento que es lo que tengo que hacer. Espero que el haber roto nuestro compromiso, no cree animadversión entre nosotros, porque tengo claro que eres un elemento fundamental en esta empresa y no quisiera perderte por este malentendido. —Intentó aplacarle, pues era evidente que se había sentido traicionado. Y en esta ocasión, no podía quitarle la razón.

—Por supuesto que no, señora Goebel. —A nadie le pasó desapercibido el cambio de actitud al dejar de tutearla. Cándido Soler se había dado de bruces con la realidad. Sus sueños, los cuales daba por consumados, se acababan de desvanecer delante de sus narices. Otra vez—. Si me disculpan, he de acudir a una reunión —mintió. Necesitaba salir de esa sala lo más rápido posible. Sentía que se estaba quedando sin aire. Se daba cuenta de que todo lo había hecho para nada, para regresar al inicio del casillero.

Se levantó de la silla y echó a andar hacia la puerta con paso rápido, procurando mantener su tez serena e imperturbable. No deseaba darle la satisfacción a la hija de Erich de verlo derrotado. Ni a ella ni al resto.

Los presentes observaron cómo abandonaba la habitación en silencio. Eran conscientes de que el ambiente estaba tenso. No era la noticia que codiciaba recibir.

—Continuemos. —Carla retomó el siguiente punto a tratar en la junta, obviando lo que acababa de suceder—. Agradecería que me pusieran al día de los últimos avances en los tratamientos que están en los ciclos finales. Tengo entendido que tenemos algunos ensayos clínicos en fase tres. —Sonrió, alentando al equipo a que la hiciera partícipe de sus recientes logros.

Desde que Carla había tomado la decisión de responsabilizarse del patrimonio de Erich, había hecho sus deberes y estudiado a fondo las diferentes delegaciones que componían Pharma Jara. Era sabedora de que se hallaba algo oxidada. Había dejado de trabajar al poco de quedarse embarazada de los mellizos y de eso hacía más de ocho años. A pesar de ello, su labor siempre había estado enfocada a, llegado el momento, sustituir a su padrastro al frente de la entidad. Por ese motivo, la animó a estudiar Administración y Dirección de Empresas en la universidad. Aun recordaba la poca gracia que le hacía esa carrera. Ella estaba más interesada por el arte en cualquiera de sus ramas. Mas Erich no se lo permitió. Aunque logró pactar con él y consensuar un plan. Convinieron que lo intentaría el primer año y, si no funcionaba, no le pondría ninguna objeción a cambiar a los estudios que ella considerara. Debía admitir que su futuro profesional fue el motivo de cientos de discusiones en casa. Erich no hacía más que repetirle que el arte no le daría de comer, que lo mantuviera como un entretenimiento, pero no como una ocupación. Y aunque su madre siempre la apoyó, en este caso permaneció al lado de Erich. Ambos eran del mismo parecer.

Al principio le costó adaptarse a unos estudios que no había escogido. No obstante, al terminar el primer curso tuvo que reconocer que estaba enamorada de la materia. Así que siguió

el consejo de sus progenitores y terminó la carrera. Con todo, no olvidó su gran pasión y, de ahí que, en su tiempo libre hiciera algún curso relacionado con la pintura que era una afición que la relajaba.

En cuanto salió de la Facultad, encontró un trabajo en una pequeña empresa en la que aprendió muchísimo. Empezó como becaria y acabó ascendiendo y convirtiéndose en una de las responsables de mayor calado. Si bien, ese puesto se trocó en algo monótono y predecible. Todos los días le resultaban idénticos. Así que cuando le propusieron convertirse en la CEO de una pequeña empresa de internet que se dedicaba a la venta de cosméticos y que estaba comenzando su andadura, no se lo pensó dos veces y aceptó. Fue un reto para ella, y lo superó con creces. Recordaba con orgullo cómo había conseguido que las ventas se cuadriplicaran.

Aun así, se enfrentaba a la gestión de una farmacéutica de la que no conocía más que lo que le había contado Erich y la limitada formación de sus veranos como aprendiz. Y, pese a que todavía no había tomado conciencia de ello, él se había ocupado de instruirla con el propósito de que, llegado el momento, estuviera preparada.

Tampoco olvidaba que ocho años fuera del mundo laboral eran mucho tiempo. El mercado había cambiado y evolucionado. Las estrategias a seguir serían diferentes. Pero confiaba en que rápidamente se pondría al día y lograría tomar el control como correspondía a la heredera de Erich Müller. No se amilanaría.



11

Carla se marchó de la sede de Pharma Jara con una enorme sonrisa dibujada en el rostro. Se sentía feliz y orgullosa por el gigantesco paso que había dado. Hacía tiempo que se planteaba volver a involucrarse en la vida laboral, pero jamás se había imaginado que entraría por la puerta grande. Ese pensamiento le hizo regresar al motivo por el que se encontraba allí: Erich había muerto.

«No te fallaré, Erich», le prometió en silencio mientras levantaba la mano para detener un taxi que se acercaba.

En cuanto subió, contempló el maletín repleto de documentos, todos ellos con información detallada de las filiales que formaban la compañía. Sabía bastante de ellas, pero se percataba de que no sería suficiente. Al menos se había dado cuenta de que Irene Molina estaba de su lado, la apoyaría en lo que necesitara y, lo más importante, es que la ayudaría en ese mundo de tiburones. Tanto Pablo de la Villa como Alejandro Ortiz parecían molestos por el cambio de rumbo que había tomado la empresa. Aunque por su mente comenzaba a gestarse una única idea: eran perros viejos, su contrariedad se debía a que conocían el juego de Cándido Soler, pero con ella estaban a ciegas, les había sacado de un plumazo de su zona de confort. Solo esperaba que se dieran cuenta de que no tenía planeado realizar cambios sustanciales, iba a seguir las pautas marcadas por Erich, que hasta donde ella sabía, eran acordes a su mentalidad.

El taxi se detuvo a la entrada de un restaurante a las afueras de Madrid. Era un sitio precioso con un hermoso jardín que no podrían utilizar porque la primavera todavía no había hecho acto de presencia. Un lugar que anteriormente frecuentaba con su madre, e incluso con Jaime, pero desde que nacieron los mellizos apenas había pisado. Se sentía útil a la sociedad por esa vuelta a su profesión. Echaba de menos a Marcos y Paula, pero ellos ya iban al colegio y eran bastante más independientes de lo que, debía admitir, le gustaría. Así que el volver a formar parte de la población activa le vendría bien.

En cuanto comunicó a la muchacha tras el atril de quien se trataba, la joven le sonrió con dulzura y la acompañó a su mesa, en donde su madre ya tomaba un vino tinto mientras la aguardaba.

—Hola, mamá. ¿Te he hecho esperar mucho? —le preguntó a la vez que le daba sendos besos en las mejillas.

—No, acabo de llegar. Necesitaba salir del museo y despejarme, así que me he escapado un pelín antes. —Observó cómo su hija se quitaba el abrigo y lo doblaba con cuidado para dejarlo sobre una de las sillas libres que rodeaban la mesa y, a la par, le indicaba a la muchacha que la había acompañado que le sirvieran lo mismo que a su madre. Cuando se hubo acomodado, fue al grano—: Bueno, cuéntame, ¿qué tal ha ido la reunión con el comité de dirección?

Jara tenía que reconocer que le hubiera encantado estar presente. Los consideraba unas alimañas con las que Erich debía bregar en su día a día. Más de una vez se planteó despedir a alguno o sustituirlo, manteniéndolo en un puesto que no conllevara ninguna toma de decisiones, pero nunca lo llevó a cabo. No olvidaba que esas mismas personas que ahora deseaban su puesto, lo habían apoyado y ayudado durante los primeros años, tras la fusión inversa.

—Mamá, ha sido emocionante. Ver a Cándido Soler tan confundido no tiene precio.

Un joven camarero las interrumpió para servirles el vino encargado y, *a posteriori*, les entregó dos cartas en las que figuraban la lista de platos. Ni siquiera las miraron y, antes de que se ausentara, pidieron un par de ensaladas.

—Mamá, ¿ensalada? —Jara no era mujer de lechuga.

—Hija, me tiene que entrar el traje que me he comprado para la inauguración. A este paso no me lo voy a poder abrochar, no hago más que engullir por los nervios.

Carla soltó una sonora carcajada. Nunca se había planteado que su madre se preocupara por lo que marcaba la báscula. Comía como una lima y, sin embargo, era una mujer esbelta y de un gran atractivo, y más, teniendo en cuenta que ya contaba con cierta edad. Siempre la había envidiado, ella cogía peso con facilidad, sobre todo tras el nacimiento de los mellizos. Le había costado un esfuerzo descomunal eliminar los kilos acumulados durante el embarazo. Y ahora, apenas se permitía un dulce más que de tarde en tarde y, siempre y cuando, ese día hubiera dado lo máximo en el gimnasio. Aunque era consciente que en los últimos días había perdido algo de peso.

—Era ya este fin de semana, ¿verdad? —Carla había estado demasiado centrada en su mundo y había descuidado la exposición de su madre en la que llevaba atareada tantos meses. Se regañó a sí misma. Para ella era un evento de suma importancia.

—Sí, hija. Imaginaba que con la muerte de Erich, retomar sus funciones en la empresa y el día a día con la familia lo habrías olvidado. —Jara no dio importancia al descuido de su hija. En las últimas semanas el rumbo de su vida había cambiado tan drásticamente que le parecía increíble que su cabeza diera más de sí.

—Casi lo olvido, pero sé la importancia que tiene para ti. Quiero que sepas que cuentas con nosotros. No te fallaremos. —Se percataba de lo abandonada que la había tenido desde el entierro. Se había encerrado en sí misma con el fin de superarlo y tomar la decisión más adecuada sobre el futuro de la empresa.

—Es este sábado. ¡Entonces os espero a todos allí! —No pudo ocultar la emoción de saber que su familia asistiría al museo para respaldarla—. Aún no me has contado qué ha sucedido esta mañana en el comité —le recordó. Deseaba conocer cómo les habría afectado a los presentes el bombazo que les tenía preparado.

—Mamá, no sé cómo explicártelo con palabras. Han sido tantas emociones juntas. Pero lo mejor, sin lugar a dudas, es ver la cara de Soler. Se ha quedado de piedra.

—Estoy segura de ello. Contaba con que le cedieses la empresa. De hecho, es lo que creíamos todos que ibas a hacer.

Cuando Jara le cedió a su hija la parte que pertenecía a Erich, ella había pensado en primera instancia traspasarle los derechos políticos a Cándido Soler. No se sentía capacitada para liderar la compañía. No obstante, tras meditarlo detenidamente, había tomado la decisión de aceptar el reto. Confiaba en que eso mismo era lo que habría esperado Erich de ella. Y, por ese motivo, sentía que no podía defraudarle.

—Lo sé. Y esa era mi idea inicial. Dejé mi profesión para dedicarme a la familia, pero no soy tonta, veo que ya no me necesitan al cien por cien. Era una gran oportunidad que, aunque ha llegado por causas que me rompen el corazón, no podía rechazar. Además, sé que es lo que habría querido Erich, que yo perpetuara su legado.

—De eso no me cabe ninguna duda. Te fue persuadiendo a lo largo de los años sin que fueras consciente de ello. Empezó guiándote para que estudiaras Empresariales y, poco a poco, fue inculcándote los entresijos de la compañía. Conmigo nunca hablaba de trabajo, al contrario que contigo. Quería que tomaras el relevo algún día —le confesó.

—Y estoy dispuesta a ello. Siempre me explicó el porqué de sus dictámenes, cuáles eran sus intenciones, sus propósitos, lo que había conseguido y lo que le quedaba por lograr. Fue claro y conciso. Y ahora me corresponde a mí seguir sus pasos.

—Estaría orgulloso de ti. —Jara levantó su copa a modo de brindis. Deseaba que a su hija le fuera bien por el camino elegido.

A Carla se le enrojecieron los ojos al escuchar esas palabras provenientes de su madre. Le constaba que ella no era de las que repetía frases hechas, si lo decía, era porque lo pensaba de veras.

Todavía se emocionaba al evocar a Erich. Cada vez que aparecía en su cabeza una imagen suya, se entristecía profundamente. Había transcurrido poco tiempo desde su pérdida y lo echaba de menos. Siempre lo había considerado como un padre aunque, por respeto a su madre y el amor que profesaba a Johannes, nunca lo había llamado así.

En ese momento tan sensible, en el que estaba a punto de derramar alguna lágrima por la emoción repentina, apareció el camarero con los platos encargados. Mientras este los colocaba delante de ambas, pudo recomponerse para continuar la charla con su madre.

—El caso es que sospecho que Irene me ayudará a doblegar al resto. Me gustaría dar al traste con sus aires de grandeza. Tengo la sensación de que suponían que, tras el liderazgo de Erich, nadie les impondría su voluntad y ahora no saben por dónde van los tiros. Creo que contaban con que Soler les diera carta blanca y, al entrar yo en escena, esas fantasías se han desvanecido.

—Estás en lo cierto. Te aseguro que en breve, uno por uno, aparecerán en tu despacho para que revises los presupuestos e incrementes sus partidas. Es en lo único que piensan —la apoyó su madre, quien conocía de primera mano los tejemanejes que se traían entre ellos. Tal vez Erich apenas mencionara temas laborales en casa, pero le había acompañado a más de un evento social en el que se trataban esos mismos asuntos, con la diferencia de que se hacía tras una fachada extraoficial—. Irene es una mujer inteligente, si bien, no olvides que lo único que le interesa es la investigación. La política para ella es un trámite que acompaña a su puesto. Una obligación que odia, pese a que es consciente y asume que, si desea avanzar en sus investigaciones y participar en las asignaciones presupuestarias, le corresponde estar en la dirección donde tiene voz.

—Cuento con ello —repuso Carla con seguridad.

—Es una gran aliada. Me consta que se trata de una persona leal y noble. Y cuando logres su respeto, estará de tu lado. —Jara se fijó en el gesto de duda que surgió en el rostro de su hija—. Te lo ganarás anteponiendo a los pacientes frente al dinero. Algo que va en tu persona, así que no te preocupes.

Jara sentía un gran aprecio por Irene Molina. Los estudios relativos a genética que llevaba a cabo le resultaban de lo más fascinante. Confiaba en que en breve consiguieran algún gran avance y, por ende, un descubrimiento de valor incalculable con el que salvar vidas. Por su parte, siempre le daría un voto de confianza.

—Y no te he contado lo mejor. —Carla esbozó una sonrisa al recordar la escena—. Soler, al enterarse de la noticia, no fue capaz de permanecer en la sala. Abandonó la reunión sin más. Y eso que había llegado tarde.

—Es una persona orgullosa. Ten cuidado con él. Aunque ese patán no sea capaz de poner en marcha una buena idea, su mujer, Rosario, sí. Es una arpía. No me extrañaría que empezara a tejer una tela de araña para desbancarte. Es ella quien lleva los pantalones en esa relación. —Le preocupaba que esos dos no dejaran las cosas tal cual. Lo más probable era que idearan un plan para destituirla—. ¿Y qué es eso de que llegó tarde? Seguro que planeaba hacer una entrada triunfal.

—Por lo que me contó Mercedes, ya sabes lo que le gusta cotillear a su secretaria, lo había retenido la policía. La inspectora Garrido y el subinspector Corrales estuvieron esta mañana en la

oficina haciéndole unas preguntas.

—¿Le consideran sospechoso?

Jara se extrañó, aun cuando, sin tenerlas a ellas en cuenta, era el que más ganaba por la muerte de su marido. Por lo menos, así era hasta que Carla decidió no comunicar su renuncia. Esa deducción la llevó a darse de bruces con la realidad. Las únicas que económicamente salían ganando con el fallecimiento de Erich eran ellas: las herederas del imperio Müller. Luego era un hecho que serían las principales sospechosas de la policía.

—Debe de serlo —se encogió de hombros, aunque dudaba de que Soler fuera capaz de cometer un asesinato—. Es lógico que esté en el punto de mira de la policía porque se suponía que él iba a ocupar el puesto de Erich. No es de extrañar que lo tengan en mente. —En ese instante la misma conjetura que había pasado por la cabeza de Jara, se le cruzó a Carla—. Parece que somos las que más ganamos con su muerte. Menos mal que tengo claro que ninguna de las dos le quitaríamos la vida. Somos de las pocas personas que lo queríamos de verdad.

Jara le sonrió con cariño, temerosa de que los inspectores se enfocaran únicamente en ellas.



—¡Menuda hija de puta! Y yo que la tenía por una mosquita muerta. ¡Qué gran error por mi parte! ¿En qué estaría pensando al confiar en ella? Una bruja. Clavada a su padre. ¡¿Cómo he podido ser tan estúpido?!

Rosario observaba cómo su marido caminaba de lado a lado de la habitación, sosteniendo un vaso con una considerable cantidad de *whisky* y soltando multitud de improperios, dirigidos todos ellos a Carla Goebel.

Había entrado por la puerta blasfemando, claro indicio de que la sesión de la junta no fue como deseaba. Y ella apenas había podido abrir la boca, solo escuchaba y esperaba a que concluyese con su desahogo, el cual empezaba a prolongarse en exceso. Era un quejica. A veces se peguntaba qué hacía a su lado, por qué no lo había abandonado. Era evidente que había vuelto a cometer un error que, igual que siempre, ella se encargaría de solucionar.

—No me lo esperaba. Me engañó como a un bobo. Creí que realmente no tenía interés en dirigir la compañía. Que anteponía a su familia. Y, sin embargo, allí estaba, con cara de no haber roto un plato en su vida, diciéndonos que su deber era ocupar el puesto de Erich. ¡Cabrona! ¡Ambiciosa de mierda! —continuó con una larga lista de insultos.

Cándido Soler no había aguantado ni un minuto en su despacho. Había salido a tomar el aire después de escabullirse de la reunión en la que se suponía que se iba a proclamar su ascenso, su regreso a la dirección del emporio farmacéutico.

No obstante, su sueño se había visto truncado por la insignificante hijastra de Erich. Todavía era incapaz de digerir lo que había sucedido. Fantaseaba con que solo fuera una pesadilla de la que se despertaría de un momento a otro.

Consideraba que se había ocupado de dejar bien atados los puntos relativos a su nombramiento. Por más vueltas que le daba, no entendía dónde se había equivocado, qué había hecho mal.

Había tratado el tema con todas las personas involucradas. Primero con Jara Goebel, quien le había manifestado el poco interés que sentía por el emporio de su marido, y, a continuación, con su hija Carla, quien obviamente le había engañado. Y lo peor, lo que hacía que su furia se viera acrecentada por segundos, era que lo había dejado como a un estúpido delante del resto. La humillación a la que lo había sometido escasas horas antes no podría perdonárselo. Su orgullo

herido clamaba venganza.

Tras caminar sin rumbo y sentir que su ira se retroalimentaba con sus reflexiones, decidió regresar a casa, lugar en el que se hallaba, explayándose con su mujer y con el mejor *whisky* escocés que atesoraba en su mueble bar.

—Te dije que tenías que haber firmado el trato que acordasteis. Las palabras se las lleva el viento.

Rosario estaba indignada por el resultado tan poco favorable para ellos. Se daba cuenta de que no se podía dejar ningún proyecto importante en manos de su marido. Siempre fallaba y luego aparecía suplicándole soluciones. Si bien, esta vez su desatino había sido mayúsculo. Le había puesto la miel en los labios y se la había arrebatado por no rematar el acuerdo. Se preguntaba qué pululaba por la cabeza de ese hombre. Los Müller-Goebel siempre los dejaban en ridículo. Y ella no pensaba consentirlo.

Cándido miró a su mujer con desprecio. En ese momento no quería escuchar reproches, ni un «te lo dije» o puntualizaciones de sus errores. Necesitaba comprensión. Y si no era capaz de ello, al menos confiaba en que guardara silencio.

—¡No hace falta que me lo recuerdes! —exclamó colérico.

Rosario se mantuvo unos minutos callada, analizando la situación. No le había sorprendido lo ocurrido, nunca se había fiado de las Goebel, aparentaban ser sinceras, buenas y generosas, pero tras esa fachada escondían dobles intenciones. Eran unas mujeres ambiciosas y, para colmo, fuertes y valerosas. Algo que las envidiaba en silencio, pues ella era consciente de su falta de coraje, el cual reemplazaba con embustes y manipulación. Sabía cómo conseguir lo que se proponía por medio de subterfugios. Y esta vez no sería diferente.

A la par que su marido despotricaba contra Carla, ella trazaba un plan en la cabeza. Un esbozo que se iba concretando poco a poco. Una idea que, como si se tratara de una enorme bola de nieve rodando por la montaña, iba agrandándose y formándose en su mente. Y cuando su marido por fin calló, la pronunció en alto.

—Sé cómo puedes recuperar el puesto que nos merecemos.

Cándido, que se estaba rellenando el vaso con las últimas gotas de licor que quedaban en la botella, se giró hacia ella con interés.

—¿En qué estás pensando? —Tenía embotada la cabeza por la bebida. Sin embargo, se centró en lo que iba a exponer su mujer. A veces se le ocurrían ideas brillantes, admitió para sí.

—Solo tenemos que desprestigiarla.

Tras asimilar su plan, soltó una carcajada, producto del exceso de alcohol consumido.

—¿Y cómo crees que podemos hacer algo así? Es una mujer querida en la empresa. Incluso el resto de directores, por muy mal que les haya sentado este reverso, la apoyarán con los ojos cerrados.

Rosario negó con la cabeza. No entendía cómo su marido podía estar tan ciego cuando las circunstancias les eran tan propicias.

—Si no recuerdo mal, Erich acaba de fallecer y no ha sido precisamente por causas naturales.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—¿En serio? —Rosario, en ocasiones, opinaba que su marido era un imbécil integral, y esa era una de ellas.

«¿Tendré que deletreárselo?», caviló.

Un par de segundos después, un brillo se le encendió de repente en su nebulosa mirada, acababa de comprender lo que le proponía.

—¿No estarás valorando…? —Dejó inconclusa la frase.

—Eso es exactamente lo que estoy sopesando.

—¿Y cómo crees que podemos hacer para que las pruebas apunten a ella?

Rosario sonrió a su marido. Su proyecto comenzaba a cuajar en su cabeza. Estaba segura de que de ese modo a Carla Goebel no le quedaría otra opción que cederle la compañía a Cándido.

Empezaba el juego.



Tras colgar el teléfono, el rostro del subinspector Corrales esbozaba una sonrisa. Levantó la mirada y observó cómo Blanca Garrido se preparaba para marcharse a casa. Sin embargo, no podía irse sin conocer las nuevas noticias:

—No te vas a creer de lo que me acabo de enterar —repuso todavía asombrado.

Blanca se giró, sorprendiéndose al encontrarlo tan emocionado. Era la primera vez que le veía una sonrisa dibujada en la cara en los últimos días.

—Prueba a contármelo —le contestó, mientras continuaba su camino hacia el perchero para recoger su abrigo.

—¿A qué no sabes quién me ha llamado?

La inspectora puso los ojos en blanco, pero continuó con su tarea y, después de abrocharse el abrigo y colocarse la bandolera, al ser consciente de que su compañero no continuaba con el intercambio verbal, se detuvo frente a él y se cruzó de brazos.

—¿Me vas a tener aquí toda la noche sacándote información con sacacorchos? —preguntó retóricamente.

—A veces te pones insoportable. ¿No estarás con la regla? —El subinspector sabía lo que le molestaba que le soltase frases del estilo, por lo que acostumbraba a hacerlo por el mero hecho de provocarla. Le hacía gracia ver su reacción.

—¡Vete a tomar por culo! —exclamó agotada del jueguecito que se traía su compañero. No era el momento más oportuno. Estaba deseando llegar a casa para relajarse un rato en compañía de Rubén y después irse a la cama, algo que se había ganado tras la dura y larga jornada.

—Pero qué mal hablada eres, jefa. —El apelativo de jefa tampoco le agradaba.

Blanca no dudada de lo que disfrutaba sacándola de sus casillas, pero estaba tan agotada que lo único que deseaba era dar por finalizado el día de trabajo. Así que retomó la cuestión que la retenía allí, en pie, delante de la mesa de Corrales, quien parecía no tener ninguna prisa por abandonar la comisaría:

—¿Me vas a decir o no lo que has averiguado? —Hizo el gesto de darse la vuelta con el propósito de que soltara de una vez lo que tuviera que decir.

—Ya veo que hoy no se puede jugar contigo. Así que no me queda más remedio que detallarte la información que me acaba de proporcionar Merche. —Se encogió de hombros abatido por la poca diversión que le ofrecía.

—¿Merche? ¿Quién es Merche? —le interrumpió.

—Si me dejaras hablar, iríamos más deprisa.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Era lo que le faltaba por escuchar. Llevaba ahí parada cinco minutos y no había obtenido nada.

—Merche es la secretaria de Cándido Soler.

Blanca la recordaba. Una muchacha joven que se sonrojaba cada vez que se dirigía a su compañero. Era evidente que no se había dado cuenta de que no jugaban en el mismo campo.

—Y se puede saber —levantó los brazos con gesto apaciguador—, ¿cuándo le has dado tu número? —No recordaba haberlo perdido de vista.

—Eres una cotilla. Cuando fuiste al baño, saqué a relucir el encanto de los Corrales. No sé si lo sabes, pero mi familia viene de una larga estirpe de galanes. —Blanca resopló al oír la cantidad de sandeces que podían llegar a salir de su boca—. El caso es que una secretaria de dirección siempre conoce lo que se cuece en las altas esferas. Supuse que sería bueno tenerla de nuestro lado. Y, por lo que veo, mi apreciación ha resultado de lo más fructífera.

—¿Y qué te ha dicho? —La inspectora se estaba impacientando.

—Te voy a dejar sin palabras. Ha sido el cotilleo de todo el día en la oficina. Los colaboradores no podían hablar de otra cosa…

—En serio, Fer. ¿Me lo vas a contar o tengo que sacar el arma para obligarte?

—¿Obligarme? Nena, no sé con quién te crees que estás hablando. —Al verla con cara de pocos amigos, supo que ya se estaba pasando de castaño oscuro. La conocía bien y debía admitir que había aguantado ese embate más tiempo de lo habitual. Por ese motivo, decidió parar e ir, por fin, al grano—: Cándido Soler ha sido relegado, no va a ser él quien ocupe el puesto del señor Müller.

Blanca se quedó boquiabierta. Habían hablado con Soler esa misma mañana, justo antes de entrar a la reunión de la junta, y era visible que estaba convencido de que el puesto sería suyo. Cuando lo dejaron en sus oficinas, se dirigía a lo que asumía que sería su nombramiento.

—Menudo golpe para su ego. ¿Y quién ha sido el ganador? —Fer había despertado su curiosidad.

—Pues no te lo vas a creer. La hijastra de Müller. Carla Goebel.

—Creía que no estaba interesada en el puesto.

—Como todo el mundo. Ha sido una sorpresa. Nadie se lo esperaba. —Merche había insistido en lo alucinados que se hallaban tanto los directivos como el resto de personal con este cambio de rumbo. Por un lado, se sentían preocupados y, por otro, entusiasmados. Preocupados porque no la conocían, no estaban seguros de su modo de proceder y de las implicaciones que esa decisión conllevaría en el devenir de la empresa. Y entusiasmados porque se habían quitado del medio a ese lastre que era Soler.

—Parece que ha cambiado de opinión.

—Eso parece, sí.

Blanca Garrido se sentía exhausta. El estrés en la comisaría y en casa le estaba pasando factura. Así que decidió que ya era hora de irse, ya consultaría con la almohada lo que supondría ese nuevo dato en el caso. Como de costumbre, antes de encaminarse a la salida, echó un último vistazo sobre su mesa por si se le olvidaba algo. Más de una vez había tenido que dar la vuelta porque se había dejado el móvil bajo alguna carpeta. Y aunque se cercioró de que allí no se quedaba nada, le llamó la atención una carta que descansaba encima de una de las bandejas de su mesa. Le extrañó pues hacía tiempo que no recibía una misiva, ahora todo llegaba por correo electrónico o aplicaciones de mensajería instantánea. La cogió con interés. No tardó en imaginarse de quién venía al advertir que el remitente era el Museo de Historia de Madrid. Rompió el sobre sin cuidado alguno y se encontró con una invitación a la inauguración de la exposición del treintaicinco aniversario de la caída del Muro de Berlín.

—¿Tienes algo que hacer este sábado? —le preguntó a su compañero.

—La verdad es que tenía pensado quedarme en casa. Encerrado entre esas cuatro paredes. Amargado. Comiendo helado y viendo *Love Story* en la televisión.

—¡Un planazo! —Blanca sabía que no bromeaba. Cuando se deprimía le daba por ver los

mayores dramas románticos de la historia del cine—. Ya no. Te acaba de salir un plan mejor. —Levantó la invitación y se la plantó delante de las narices—. Te vienes conmigo a la inauguración de la exposición de Jara Goebel.

—Parece interesante. Pero ya me dirás qué pintamos ahí. —Aunque cualquier evento le habría resultado más atractivo que quedarse en casa, debía reconocer que en ese se sentiría fuera de lugar. Se imaginaba que estarían presentes los amigos adinerados de la anfitriona y ellos eran unos simples funcionarios.

—Para empezar, aprenderemos algo de ese emblemático momento histórico. Y, para continuar, veremos cómo se comporta la familia de nuestra víctima. Familia que, por otra parte, es sospechosa de cometer un asesinato. Y quién sabe, a lo mejor descubrimos alguna pista que aporte a nuestra investigación.

—Te veo positiva.

—Al contrario que tú.

—Eso es cierto. No me encuentro en mi mejor momento.

La cara mustia de Fernando acompañaba por completo esa afirmación. Así que decidió cambiar de planes y dejar para más tarde la retirada a su acogedor hogar.

—¿No me digas? Anda, vamos, que te invito a un tercio en el bar. —Cogió la chaqueta de su compañero y se la tiró a la cara. No tenía intención de recibir una negativa por respuesta.

Al subinspector no le apetecía salir a tomar algo, en su fuero interno deseaba estar solo, pero también temía ese momento. Por esa razón, prefirió aceptar la propuesta antes que llegar a casa, donde cada objeto le recordaba a Álvaro, y pasar la noche autocompadeciéndose. Luego se levantó de su silla y la siguió.

Entraron en el bar de Pedro, que se situaba en la esquina opuesta a la comisaría, y se encaminaron al final de la barra, su sitio habitual y donde sabían que podrían charlar tranquilos y sin interrupciones. No necesitaron pedir. Se estaban quitando los abrigos, cuando Pedro les dejó dos tercios de Mahou en la barra.

—¿Me vas a contar qué te pasa?

Fernando últimamente se había explayado con su ruptura, si bien, notaba que a ella también le sucedía algo. Y aun cuando se había mostrado empática con él, era obvio que no atravesaba una buena racha.

—No es nada.

—¡Oh, sí que lo es! Y ya puedes empezar a confesármelo o me vas a tener hablando toda la noche sobre Álvaro. ¡Otra vez! —la amenazó.

—No, otra vez no. ¡Por Dios! —Blanca sonrió. Y aunque no le apetecía sacar el tema a colación, suponía que sincerarse con él, le vendría bien.

—Puedes empezar —la animó Fernando tras dar el primer trago a su cerveza.

—¡Está bien!¡Está bien! Veo que no tengo más alternativa. —Hizo una pausa con el deseo de estar a tiempo de liberarse de esa confesión que aguardaba su amigo.

—No, no la tienes.

—¿Recuerdas que te comenté que el otro día discutí con Rubén? —Asintió con un leve movimiento de cabeza, sin abrir la boca, no quería interrumpirla. Entonces, ella respiró hondo y lo soltó de golpe, como si se arrancase una tirita—: Me echó en cara la muerte de Daniel.

A Fernando se le desencajó el rostro ante esas palabras. Se imaginaba lo doloroso que le habría resultado escuchar esa acusación por boca de su marido. Ella ya se sentía culpable y se condenaba por ello. Un castigo completamente inmerecido. Pero que, además, Rubén la considerara responsable, rayaba en lo cruel.

Se daba cuenta de lo que le habría costado revelárselo. Blanca no mentaba a su hijo. Era un tema tabú. Y no porque no lo recordase o no quisiera nombrarlo, sino porque todavía le dolía demasiado como para poder hablar de él con total libertad.

—Seguro que fue un arrebato. No creo que sea lo que piense de verdad.

—Lo sé. Sé que se trató de un calentón. Pero fue desgarrador. Ya me fustigo yo lo suficiente como para tener que escucharle esa misma cantinela a otro, y menos a Rubén. Además, me angustia pensar que cada vez que se cabree, me lo vaya a echar en cara. —Bebió un sorbo de su cerveza y prosiguió—: Y ahora que ya he aclarado tus dudas, me gustaría que habláramos de otra cosa —dijo, dando por zanjado el tema.

—Eso está hecho. ¿Y el Madrid cómo va este año en la liga?

Blanca no pudo evitarlo y comenzó a desternillarse. Le salió una risa franca que duró unos largos segundos. Era la pregunta que menos se esperaba que formulara su compañero. Fernando odiaba el fútbol, si veía algún partido con ella era por el mero placer de ver a veintidós hombres en pantalón corto. No le veía la gracia a que se pasaran un balón como si fueran críos. Por el contrario, ella sí disfrutaba con ese deporte, aun cuando, en muchas ocasiones, le sacaba lo peor. Se ponía de los nervios si los jugadores no hacían el trabajo por el que se les pagaba esas ingentes cantidades de dinero.

—No te rías. En serio, tengo verdadero interés por saber la clasificación de la liga.



12

Berlín Este, primavera 1982

Jara se encontraba aguardando su turno en la cola del supermercado. Aunque estaba de pocos meses y apenas notaba ningún otro síntoma común a su estado, debía admitir que el sueño le ganaba la partida. Padecía de cansancio a todas horas. Su agotamiento a veces le resultaba enfermizo. En ese instante, lo único que deseaba era salir de allí y llegar a la seguridad de su hogar donde el sillón la abrazaría y se quedaría dormida en cuestión de segundos.

Los murmullos que comenzaron a hacerse notar a su alrededor la devolvieron a la realidad y la sacaron de sus ensoñaciones. Se fijó en que las personas que había en las proximidades hablaban unas con otras en susurros y sus miradas se dirigían a ella.

Se quedó petrificada por un momento y luego se miró a sí misma con la intención de descubrir qué era eso que tanto les había llamado la atención. Mas, aparte de un vestido en tonos marrones y una chaqueta de punto del mismo color, no advirtió nada que pudiera ser el centro de las murmuraciones.

Entonces se giró y comprendió que no era la protagonista de esa inspección generalizada. En la cola contigua, una joven, también embarazada como ella, pero en un periodo de gestación bastante más avanzado —por el tamaño de su barriga debían de quedarle semanas o incluso días para dar a luz—, iba ataviada con un enorme vestido verde estampado con flores de vistosos colores. A pesar de que ella se manifestaba inmune a sus miradas, abstraída en un diálogo con su bebé no nato, era evidente que el gentío se sentía molesto por su forma de vestir.

Jara se indignó por ese comportamiento irracional de sus conciudadanos. Le parecía increíble escuchar críticas grotescas por una simple prenda. Al menos agradecía que la muchacha no les prestara ni la más mínima atención.

«Desde luego, tengo que aprender de ella», se dijo.

Deseaba que no le afectara tanto la conducta de los demás, pero no podía negar que esa manera de proceder la alteraba y la sacaba de quicio. Una razón más para que su hijo se criase lejos de allí. Fuera de un país en el que sería atacado o insultado por su modo de vestir o de pensar o una gran lista de acciones que coartaban la libertad y que había recitado hasta la saciedad.

Agradecía que Johannes hubiera entrado en razón y la apoyara en su plan. No le cabía duda de que podía resultar una empresa suicida, algunos no lo habían conseguido y habían sido asesinados en el intento o, peor aún, encarcelados. No obstante, procuraba centrarse únicamente en los que sí lo habían logrado. Era consciente de que tenían tantas probabilidades de entrar en un grupo como en el otro. Rezaba por ser dos de las personas supervivientes que llegaban al lado capitalista sin ningún rasguño ni nada que lamentar.

Pagó y abandonó el supermercado enfadada con la sociedad; su estado de ánimo habitual en los últimos años.

Retomó el camino a casa sin fijarse ni con quien se cruzaba ni a dónde se dirigía, era un trayecto que hacía a diario sistemáticamente. Lo único que ocupaba su mente era la fuga: necesitaban organizarla lo más rápido posible. No se le notaba apenas el embarazo y, aparte del cansancio generalizado, no tenía más síntomas. No se veía capaz de hacer algo así con una tripa igual a la de la joven del supermercado. Estaba segura de que en esas condiciones, su agilidad y movimientos se verían ampliamente mermados. No podían esperar más.

Atravesó con decisión el umbral de la puerta y la cerró dando un portazo. El golpe la hizo despertar de su ensimismamiento y reparar en que había llegado a casa de un humor pésimo.

Colocó las compras en los armarios de la cocina y en el frigorífico y se sentó en el sofá del salón. Aunque había planeado tumbarse, cerrar los ojos y descansar, no fue capaz. Comenzó a llorar desconsolada. Sabía que parte de esa indignación era por lo mal que se sentía viviendo a ese lado del Muro, pero también estaba convencida de que sus hormonas se mostraban cooperativas.

Cuando Johannes Göbel entró en su hogar, se la encontró sollozando. Preocupado, se situó a su lado y la abrazó con el propósito de consolarla. El temor se apoderó de él, estaba aterrorizado de que hubieran sufrido un percance, o ella o el pequeño que crecía en su interior.

—Cariño, ¿qué sucede? —le preguntó alarmado, procurando mantener la calma. Jara no era una persona especialmente llorona, al contrario, era demasiado orgullosa para demostrar sus debilidades.

—No lo sé, supongo que son las hormonas —le confesó. Llevaba demasiado tiempo gimoteando por una tontería con la que ya estaba acostumbrada a convivir.

—¿Quieres una bebida caliente? ¿Una infusión que te tranquilice? —le ofreció con ternura.

—Muchas gracias. —Levantó el rostro y le dedicó una dulce sonrisa de gratitud.

Era consciente de lo importante que era para ella tenerlo cerca. Era su mejor amigo, su mayor punto de apoyo, su única familia, el amor de su vida, en definitiva, la persona con la que deseaba compartir el resto de sus días. Todavía le emocionaba que se desvelara por su estado de ánimo, por su salud, por todo lo que ella sentía, pero sin caer en la presión ni en el agobio. Sabía cómo tratarla.

Cuando Johannes apareció con una taza de manzanilla, se volvió a acomodar en el mismo sitio que acababa de dejar, colocó el brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí.

—¿Más tranquila?

—Sí, perdona. Es que me he alterado en el supermercado.

—¿Qué ha sucedido? —Johannes se inquietó con esa confesión, solo esperaba que no hubiera padecido ninguna clase de altercado.

—Había una muchacha embarazada, aunque su estado de gestación era bastante más avanzado que el mío, debía de estar a puntito. El caso es que llevaba un vestido llamativo, ya sabes, un vestido que no cumple con los estándares de esta sociedad. —No supo el motivo, pero sus ojos se volvieron a inundar de lágrimas. Al sentirlas correr por las mejillas, se las quitó con la mano—. Perdona, no sé qué me pasa hoy que no paro de llorar.

—No te disculpes por expresar tus sentimientos. Anda, tómate la infusión, te vendrá bien.

Johannes comprendió al instante lo que había acontecido. Jara se había sentido identificada con la muchacha a la que la concurrencia habría criticado sin piedad. Era habitual que se enervara por situaciones de ese estilo y ahora, con las hormonas revolucionadas, debía de afectarle todavía más.

Jara, obediente, dio unos sorbos a la bebida, pero tuvo que dejarla sobre la mesa porque estaba demasiado caliente para que su cuerpo la admitiera.

—He oído que en una tienda de las afueras se ofrece un Trabi como premio de la lotería. —Johannes cambió de tercio en un conato por distraer a su esposa. Llevaba en lista de espera para adquirir un Trabant desde antes siquiera de conocerla. El tiempo de demora era largo, podían tardar hasta diez años en conseguirlo.

Jara lo miró a los ojos alarmada por esa inofensiva afirmación que acarreaba ciertas implicaciones.

—Sabes lo que opino al respecto. Sería genial tener un coche. —Sus padres siempre habían tenido uno y, aunque era un lujo, debía aceptar que echaba de menos esa independencia en el transporte—. Pero si vamos a irnos de aquí…

—Lo sé —la cortó Johannes. Tenía presente que no podrían abandonar el país por carretera, conduciendo un vehículo. Los controles eran exhaustivos.

—Cuando salgamos de aquí, lo primero que haremos es ir a un concesionario y comprar un automóvil —le prometió.

—¿Lo primero? —preguntó satisfecho, pues se daba cuenta de que su mujer se había animado con solo pensar en lo que harían en el otro lado. Ya había olvidado el episodio en el supermercado.

—Bueno, antes tendremos que asentarnos; buscar un apartamento y un trabajo. Pero en cuanto lo consigamos, una de nuestras primeras compras en el mundo capitalista será esa: nuestro propio coche.



13

Cuando sonó el timbre de la puerta, Jara ya estaba dispuesta para salir. Llevaba más de diez minutos dando vueltas por la casa, rumiando cada detalle con el propósito de que no se le escapara nada. Habían sido demasiados meses trabajando en esa exposición y deseaba que la inauguración fuera perfecta.

Cogió el bolso y el abrigo, que había dejado sobre la cama, y comenzó a descender por las escaleras del dúplex. En cuanto puso el pie en el primer peldaño, comprobó que su hija se hallaba en el vestíbulo.

—Mamá, ¿estás lista? —le preguntó en cuanto la vio asomar. Se fijó en lo bien que le sentaba el vestido que se había comprado para la ocasión. Lucía un traje entallado de color granate que le habían hecho a medida—. ¡Qué guapa estás! ¡Me encanta cómo te queda! —Aun cuando había ido con ella a encargar el conjunto y había participado en las diferentes pruebas, ahora que la veía acicalada, el resultado era espectacular.

Jara sonrió ante los halagos de su hija. Se daba cuenta de que no le salían las palabras por la emoción que la embargaba. Esperaba tranquilizarse en el museo, si no, la inauguración sería un desastre. Debía codearse con mucha gente y promocionar el acontecimiento para que tanto los turistas, durante su estancia en la capital, como los propios madrileños se sintieran atraídos y se acercaran a visitar la exposición. Para ella, el trigésimo quinto aniversario de la caída del Muro de Berlín era un hecho sobradamente significativo que, además, le afectaba de forma directa. Pero era consciente de que no todo el mundo era de la misma opinión, le correspondía contagiarles de su sentir.

—Señora, le deseo mucha suerte. Me consta lo que ha luchado por conseguir que este día llegara —la alentó la asistenta. La mujer no había querido perderse el descenso triunfal de la protagonista del día, quien con sus gráciles movimientos mostraba el estilo y la seguridad que la caracterizaban.

Jara se percató entonces de la presencia de María. Había estado apartada, en un segundo plano, por lo que no la había visto. Sin embargo, agradeció su apoyo incondicional. Siempre había estado a su lado y en muchas ocasiones se había convertido en un oído cauto que escuchaba sus titubeos y recelos.

—Gracias, María, por quedarte a ayudarme y a tranquilizarme. Vete cuando quieras a casa, aquí ya no tienes más que hacer. Disfruta la tarde del sábado con tu familia.

—Eso haré, Jara. Y en cuanto mi nieto se recupere del catarro, iremos al museo a ver ese cachito de historia en el que has puesto tanto empeño. —En privado solía tutearla, tal era la confianza que se profesaban. Nunca lo hacía cuando había gente delante, exceptuando a Carla a quien había visto crecer. Ese modo de actuar no era motivado por sus patrones, al contrario, ellos preferían que les trataran con familiaridad. Pero su madre, y antes su abuela, habían servido en casas y le habían inculcado la corrección y cortesía que le correspondía al servicio. Era verdad que los tiempos habían cambiado, pero sus costumbres estaban demasiado arraigadas como para modificarlas a esas alturas.

—Y allí estaré esperándoos. Lista para haceros de cicerone.

Madre e hija salieron por la puerta agarradas del brazo. Emocionadas.

Jaime y los niños aguardaban en el coche, aparcados en doble fila delante del portal. En cuanto las dos mujeres se dejaron ver, los mellizos comenzaron a aplaudir, enloquecidos al contemplar a su abuela tan elegante.

—¡Qué guapa, abuela! —corearon los hermanos simultáneamente.

—Muchas gracias, chicos —repuso a la vez que se sentaba con ellos en la parte trasera del vehículo—. Te va a costar aparcar. —Esas palabras las dirigió hacia su yerno quien acababa de unirse al tráfico de la calle—. Teníamos que haber cogido un taxi —añadió.

—Hoy la protagonista de la noche no va a aparecer en un coche conducido por un desconocido, teniéndonos a nosotros. —En el reflejo del retrovisor observó cómo Jaime le guiñaba un ojo—. Te dejaré en la puerta como a una reina y después aparcaré en el *parking*.

Jara reparaba en lo afortunada que era al poder contar con ellos.

En pocos minutos alcanzaron la puerta del museo donde las mujeres se apearon para encaminarse al interior. Habían llegado temprano con la intención de hacer un repaso y comprobar que todo estuviera en orden antes de que comparecieran los invitados. A la inauguración iban a asistir personajes públicos de interés, debía cuidar hasta el más ínfimo detalle. Concurriría el alcalde de Madrid acompañado por su séquito, varios políticos de relevancia en la comunidad, catedráticos de Historia de diversas universidades de España y, por supuesto, la prensa, quienes promocionarían a nivel nacional la exposición.

Jara había apostado por esa muestra de elementos históricos que reconstruían la caída del Muro de Berlín, además de recordar al pueblo llano, tanto a los simpatizantes como a los detractores. Había hecho de tripas corazón para ser lo más imparcial posible y exponer únicamente los hechos. Creía haberlo logrado. Se había dejado el alma en relatar con esas piezas lo ocurrido y cómo se vio afectada la población. Por suerte, se había sentido respaldada por el museo desde el principio. Por ello, confiaba en que nada saliera mal.



Una vez se alejó del portal, el subinspector Corrales descubrió a la inspectora apoyada en el coche, esperándole. Se quedó boquiabierto al contemplar su atuendo. Llevaba un abrigo negro bajo el que se vislumbraba un elegante vestido del mismo color. No recordaba haberla visto en la vida con otro conjunto que no incluyera pantalones, eso sí, de diferentes tejidos. Por ese motivo, le resultó un *shock* encontrársela tan elegante. En realidad, si su memoria no le fallaba, tuvo que engalanarse con una indumentaria escueta y excesivamente ajustada en una operación encubierta en la que se hizo pasar por una prostituta. Un vestido de lo más ordinario, brillante, fucsia y falto de tela. Todavía guardaba algunas fotografías en su móvil, que le hizo subrepticiamente y de las que jamás revelaría su existencia; sabía que, si llegaba a enterarse, en unos segundos las haría desaparecer.

—¡Estás espectacular! —la aduló y luego agregó—: Dudaba de que tuvieras algo que ponerte para la ocasión.

Blanca lo miró con gesto ofendido, aunque la verdad era que se había visto obligada a ir de compras esa misma tarde. Las únicas prendas con las que contaba para asistir a un evento de esa naturaleza eran las adquiridas como invitada a las últimas bodas de amigos y familiares. Y debía reconocer que eran demasiado ostentosas para acudir a una inauguración en un museo.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Deberías. De hecho, tendrías que acostumbrarte a vestir más a menudo así. Si no me gustaran los hombres más que a un tonto un lápiz, creo que esta noche estarías en serio peligro.

La inspectora soltó una sonora carcajada.

—A veces tienes unas cosas —le dijo, todavía desternillada—. Tú también vas guapo. —Aunque no había mentido, vestía como acostumbraba, con un traje clásico y elegante

confeccionado en tejido de lana de doble hilo de una casa italiana de gran prestigio. Se lo había oído recitar en tantas ocasiones que se lo sabía de memoria. Era un hombre que cuidaba mucho su imagen, justo lo contrario que ella, que prefería la comodidad de unos vaqueros o unos pantalones cargo.

—Uno que tiene percha —le soltó con deje provocador.

Montaron en el automóvil de la inspectora y en algo más de media hora, debido al tráfico de la ciudad, se adentraban en el aparcamiento de Fuencarral.

No les costó dar con las salas que albergaban la exposición, ya que, entre carteles y personal del museo encargado de guiar a los invitados, era la mar de sencillo.

En cuanto franquearon la puerta de la sala principal, se sorprendieron por la cantidad de gente que la llenaba.

—No pensé que estaría hasta los topes —comentó Blanca con sinceridad.

—Mira, allí está el alcalde —repuso Fernando asombrado por el estatus de los asistentes.

Se sintió agradecido por haber elegido el traje verde oscuro que le cubría en vez del gris que estuvo a punto de seleccionar y que, en diferentes tonalidades, cual uniforme, destacaba en la mayoría de los presentes. A él le gustaba marcar la diferencia.

—Sí, está hablando con la anfitriona.

En cuanto Jara Goebel se percató de la presencia de la inspectora y del subinspector, abandonó al alcalde con una disculpa y se dirigió a los recién llegados.

—Me alegra verles por aquí. ¿Están disfrutando de la exposición? —les preguntó con cortesía.

—Acabamos de aterrizar, aún no hemos tenido tiempo de ver nada.

En ese instante Carla los interrumpió.

—Mamá, ¿me dejas la llave de tu despacho? Los chicos se aburren y se están poniendo muy pesados. Jaime los ha confinado en el baño, pero estarán mejor en tu oficina. Allí no molestarán a los invitados.

—Claro, hija. Está donde siempre. Y ya sabes que guardo algún juego en el cajón del escritorio. Así, cuando vienen a verme, los tengo entretenidos —les explicó a los policías.

—Mil gracias, mamá. En un momentín los dejo a los tres allí y vengo para acompañarte. —Carla se dio cuenta entonces de quién se hallaba junto a su madre—. Inspectores, perdónenme, no los había reconocido. ¿Les gusta la exposición?

—Por ahora hemos visto poco, pero es todo un éxito. Solo hay que fijarse en la cantidad de gente aglutinada a nuestro alrededor —repuso la inspectora.

—Sí, mi madre se ha encargado de la organización y, cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay quien la pare. Solo le ha faltado invitar al papa —declaró con cariño.

—Algo que tú también has heredado. Debe de venir de la rama Goebel de la familia. —Soltó una suave carcajada que a la inspectora le pareció que la rejuvenecía. Hasta ahora había coincidido con ella en situaciones trágicas, por lo que no había descubierto su faceta más campechana.

—Ahora vuelvo. —Carla se giró y avanzó al paso más rápido que le permitió la concurrencia, esquivando a unos y a otros, sin detenerse a saludar.

—¿Quieren que les enseñe algunas de las piezas recopiladas? —Jara necesitaba un respiro de ser tan políticamente correcta, precisaba un descanso y actuar con naturalidad, e imaginaba que esos dos extraños se lo proporcionarían.

—Muchas gracias, pero comprendemos que ha de atender al público. Es usted la anfitriona. —La inspectora se había sorprendido por su propuesta. Allí había personas de relevancia en

diferentes sectores de la comunidad de las que debería ocuparse.

—Créanme, por hoy ha sido suficiente. Necesito descansar de prepotentes eruditos —dijo sin preámbulos.

—Entonces, no se hable más. Sería un placer. —Esta vez el que intervino fue el subinspector que aprovechó para ofrecerle el brazo en un ademán de caballerosidad. Aparentaba estar agotada del trasiego de la tarde y estaba seguro de que agradecería tener a alguien sobre quien sostenerse.

—Empecemos por estas imágenes. —En la pared se exhibían fotografías de la vida cotidiana de Berlín Este—. En esta se ve a una familia con un Trabi. ¡Eran unos afortunados! En Alemania Oriental teníamos que aguardar más de diez años para conseguir uno. Existían listas de espera kilométricas. Sin embargo, los alemanes occidentales podían ir a un concesionario y salir con él el mismo día. El peor coche del mundo, por cierto. —Los policías contemplaron la imagen con curiosidad. Les parecía algo lejano, aunque en realidad no les separaban muchas décadas de ese momento—. Los Trabant —continuó Jara— eran los automóviles más comunes en la República Democrática Alemana, unos vehículos básicos y de bajo coste.

Continuaron andando y observando la muestra de imágenes mientras Jara les puntualizaba algunos datos que despertaron su curiosidad.

—En 1989, el sesenta y cinco por ciento de los apartamentos de la RDA todavía tenían calefacción de horno, el veintisiete por ciento no contaban con baño propio y solo un dieciséis por ciento poseía teléfono. Vivíamos a años luz de la Alemania Occidental.

Se detuvieron frente a una instantánea en la que un grupo de jóvenes posaba delante de un bar.

—Aunque no todo era sombrío. Seguía habiendo bastantes bares donde las personas que confiaban entre sí se reunían para reírse y contar chistes. A veces proferíamos burlas contra el gobierno que podían mandarnos a la cárcel si llegaban a oídos inapropiados. Esos comentarios no nos permitíamos hacerlos en la calle, la Stasi nos habría detenido sin miramientos.

»La sociedad de Alemania Oriental estaba muy militarizada. —En ese momento contemplaban varias fotografías de un desfile—. El servicio militar era obligatorio. El ejército popular nacional celebraba desfiles periódicamente. ¡Irónica imagen! —Jara movió la cabeza en gesto negativo y con una sonrisa triste dibujada en el rostro mientras les señalaba la instantánea a la que hacía referencia—. Los soldados avanzan al paso de la oca frente al Monumento a las Víctimas del Fascismo —aclaró a los inspectores que no habían comprendido la ironía.

»Acompáñenme a la sala contigua. Estoy muy orgullosa de lo que se expone en ella. —Ambos la escoltaron a una habitación con menos luz que la anterior, repleta de vitrinas en las que se apreciaban distintos documentos manuscritos—. En los días posteriores a la caída del Muro, los agentes del general Erich Mielke, el famoso «señor del miedo», destruyeron gran cantidad de documentos secretos de la Stasi. Se deshicieron de las actas acumuladas durante casi cuatro décadas que se hallaban almacenadas en el cuartel general de la policía. Este trabajo de destrucción masiva de documentos, primero de forma mecánica y, posteriormente, manual, duró hasta el inicio de 1990, momento en el que un ejército popular asaltó el edificio, armado únicamente con la rabia acumulada en cuarenta años. Aunque los hombres de Mielke habían destruido documentos que colmaban miles de bolsas, no acabaron con el archivo de la Policía Secreta. Esos papeles permanecieron en una bodega hasta que en febrero de 1995 el Gobierno puso en marcha un proyecto destinado a reconstruir unos seis mil sacos provenientes del departamento principal, lugar que se ocupaba de detectar a los enemigos del Estado. En ellos se descubrieron a informantes de la Stasi, la mayoría de cierta relevancia entre la población, como un rector de la Universidad Humboldt de Berlín, profesores e incluso obispos.

»Aquí presentamos una minúscula colección de esos documentos. Están traducidos al castellano de mi puño y letra. Transcribí algunos que me parecieron destacables y que podrían interesar a mentes curiosas.

»Además, en algunos expositores hay ubicadas varias cartas de presos de la Stasi que escribieron a sus familias y también de habitantes de Berlín del Este que deseaban comunicarse con sus amigos y parientes del otro lado del Muro. Misivas que nunca alcanzaron su destino.

Los inspectores se mantenían en silencio, pendientes de lo que les relataba la anfitriona. Con sus palabras, imaginaban lo que implicó aquella absurda separación construida por el hombre, un muro que distanciaba a hermanos y amigos.

Ambos se detuvieron a leer algunos de los documentos. Jara Goebel había avivado su interés con esas explicaciones.

—Debió ser duro vivir al otro lado del Muro —observó la inspectora Garrido en un susurro. Era de la opinión de que si coartabas a alguien la libertad que le correspondía por derecho, los alimentabas como a gatos enjaulados en los que crecían unas ganas irrefrenables de resarcirse.

—Imagina que, de repente, de la noche a la mañana, tu calle aparece dividida en dos. De un lado, la gente mira confusa, pero continúa haciendo su vida; del otro, el mundo está encerrado. Nos separaron por una gran pared con alambres, perros de caza y hombres armados, y quien osara cruzarla sería automáticamente fusilado. —Jara respiró hondo, aún se le ponían los pelos de punta al recordar aquella época—. Yo era una cría cuando lo levantaron, apenas tenía un año. Pero mis padres lo vivieron de primera mano y solían expresarme su pena por todo lo que quedó al otro lado.

—Mamá, te están buscando. —Los tres dirigieron sus miradas a la intrusa.

—Somos unos egoístas. Creo que hemos entretenido demasiado tiempo a la anfitriona —manifestó el subinspector Corrales con adulación al ver en el reloj los minutos transcurridos.

—Si me disculpan, he de atender al resto de mis invitados. Los he relegado en demasía —se excusó Jara Goebel, comprendiendo que su deber era codearse con cada una de las personas que estaban allí.

Los dos policías observaron cómo ambas mujeres desaparecían, absorbidas en uno de los grupos que aguardaba su presencia.

—Cada vez la admiro más —reconoció la inspectora—. Espero que no haya tenido nada que ver en la muerte de su marido.

El subinspector asintió, era del mismo parecer. La consideraba una mujer inteligente y una superviviente, le agradaba. Y, como su compañera, deseaba que no estuviera involucrada en el fallecimiento del señor Müller.



Cándido Soler llegó acompañado de su esposa a la inauguración. Como de costumbre, habían sido de los últimos invitados en presentarse. Por norma, eso le sacaba de quicio. Siempre le tocaba esperarla porque su acicalado se alargaba en exceso. Si bien, en esa ocasión se lo agradecía.

Aunque ninguno de los dos había sentido la imperiosa necesidad de asistir, debían verlos con la cabeza alta, exhibiendo el orgullo de los Soler. Eran demasiado arrogantes como para demostrar una rendición que todavía no pensaban experimentar.

Tras dejar los bártulos en el guardarropa, se adentraron en la primera sala. Allí se estaba ofreciendo un cóctel con variedad de bebidas y canapés.

Cándido cogió una copa de vino tinto y otra de blanco para su mujer de la bandeja que portaba uno de los camareros que les interrumpió el paso. En cuanto dio el primer sorbo a la bebida, no pudo evitar agriar su gesto: el vino era barato.

A continuación, cogieron sendos canapés italianos, tal y como les comentó la muchacha que se los había ofrecido. Por lo que pudieron deducir, contenían hojas de rúcula, una porción de queso *brie* y un trozo de tomate seco.

—¡Esto es horrible! —exclamó Rosario tras el primer mordisco.

—Querida, pues el vino no es mejor —la secundó su marido.

—Con la cantidad de dinero que acaba de heredar, no entiendo por qué no ha contratado un *catering* mejor —criticó Rosario—. Si me lo hubiera pedido, conozco a varias empresas que le habrían organizado una recepción de mayor calidad. Estaríamos chupándonos los dedos con…

Soler ya no le prestaba atención, no dudaba de que seguiría censurando el trabajo de Jara por largo rato. Algo que, por otro lado, no era de extrañar. Su mujer siempre proporcionaba mayor categoría a cualquier evento que organizaba.

Sin embargo, él estaba concentrado en lo que veían sus ojos. Jara Goebel hablaba distendidamente con los inspectores que investigaban la muerte de Erich. Esa situación lo puso nervioso. Estaba convencido de que la policía lo tenía encabezando la lista de sospechosos.

«Esa zorra se los está camelando», pensó. «Quizá, incluso, los esté poniendo en mi contra».

Se giró con pose tranquila, aunque en su interior la sangre le hervía. No deseaba seguir contemplando la escena. No obstante, sus ojos se dieron de bruces con otro panorama que no aplacó su ansiedad. Al otro lado de la sala, los que debían ser sus subordinados charlaban animadamente con una copa de vino en la mano. Pablo de la Villa, Irene Molina y Alejandro Ortiz, con sus respectivas parejas, de las que no recordaba el nombre, aun habiendo coincidido en infinidad de eventos a lo largo de su dilatada trayectoria profesional, sonreían y disfrutaban de lo que a su entender parecía una agradable velada.

Soler comprendió entonces que había sido invitado con el único propósito de ser humillado. Hazaña que no pensaba consentir.

Cogió a su mujer del codo, apretándolo con más fuerza de lo que había sido su pretensión, y le susurró al oído:

—Nos vamos.

—Pero, querido, si acabamos de llegar. No hemos saludado a Jara. —Rosario no comprendía el extraño comportamiento de su marido. Era obvio que no entendía el significado de la palabra aparentar. Debían fingir y mostrar una conducta intachable mientras las Goebel continuaran poseyendo esa empresa que, un día u otro, volvería a las manos de su marido.

—No vamos a saludar a nadie. Nos marchamos —repitió. Le ofuscaba que su mujer no descifrara sus motivaciones. Le resultaba increíble que no se diera cuenta de las provocaciones hacia su persona que se podían leer entre líneas. No estaba dispuesto a hacer el ridículo ni un segundo más.

Rosario, infiriendo que no le quedaba otra opción, pues no estaba dispuesta a montar una escena en medio de la exposición, acató la orden de su marido. A pesar de ello, se percataba de que le tocaría a ella solucionar ese desatino.

«Jara pensará que no hemos asistido y no le hará gracia», se dijo.

No dudaba de que dentro de poco lo que opinara Jara no sería de la incumbencia de ninguno de los dos. Pero todavía no era el momento. No estaban preparados para desentenderse de las Goebel.

Por esa razón, mientras Cándido recuperaba sus pertenencias del ropero, ella ideaba una

forma de disculparse por su abrupta marcha que no resultara mezquina. Esa misma noche le escribiría para pedirle perdón por su comportamiento. Ya se inventaría una excusa, un motivo por el que no habían permanecido ni cinco minutos en la inauguración. Se le pasaba por la cabeza endosarle una diarrea a su marido por el desdén con el que la había tratado. Se lo merecía. Rio solo con imaginarlo.



Cuando la inspectora Garrido llegó a casa, se encontró a su marido dispuesto a salir. Lo miró extrañada pues desconocía que tuviera planes para esa noche, no se los había mencionado. Una punzada de dolor le atravesó el corazón al verlo tan guapo y acicalado.

—¿Vas a alguna parte? —La pregunta sonó a reproche, algo que él pasó por alto.

—Vamos. —Rubén se emocionó al comprender que la había desconcertado. No solía sorprenderla, así que se alegraba por haberlo conseguido.

—¡¿Qué?! —Por un lado, deseaba disfrutar de una velada tranquila en casa con su marido ya que estaba exhausta. Pero, por el otro, le apetecía salir a cenar puesto que era algo que cada vez hacían menos regularmente.

—Nunca te arreglas así para mí —la regañó cariñosamente—, no creerás que voy a dejar pasar la oportunidad. He reservado en el italiano del centro que tanto te gusta.

—¿Lo dices en serio?

Blanca estaba anonadada, Rubén no solía pillarla desprevenida y esa noche no daba crédito. Impulsivamente se lanzó a sus brazos y le besó.

—Vayámonos, que al final no salimos de casa —le susurró al oído con voz ronca tras separarse del beso tan apasionado que acababa de recibir.

La cogió de la mano y la arrastró al exterior de la vivienda, contento porque su plan había funcionado. Desde la discusión que mantuvieron unas semanas atrás, en la que cometió el craso error de insinuar que tenía la culpa del fallecimiento de Daniel, su relación se había visto perjudicada. Era incuestionable que era el responsable, en consecuencia, haría todo lo que estuviera en su mano para reflotarla, dado que sin Blanca él no era nadie. Era la mujer que amaba y no estaba dispuesto a perderla por un mosqueo estúpido en el que había soltado las palabras más hirientes que pasaron por su mente, producto de un calentón momentáneo.

—Como sé que estás agotada, en el trayecto puedes echar una cabezadita. Estoy seguro de que no me va a resultar fácil aparcar. Aprovecha la coyuntura —le comentó antes de arrancar, mientras le daba un beso en la mejilla.

—Veo que has pensado en todo.

—Por descontado, ¿acaso lo dudabas? —le guiñó un ojo.

Ese gesto fue lo último que vio Blanca ya que, siguiendo el consejo de su marido, dejó los párpados caer y, segundos después, se quedó dormida.

La inspectora no fue consciente de la duración del trayecto, justo como había previsto Rubén. Dormitó a lo largo de todo el camino. Solo despertó cuando él le dio unos suaves golpecitos en el brazo para avisarle de que habían llegado.

—¿Has dormido bien? —curioseó sonriente.

—No me puedo creer que me haya quedado traspuesta. Estoy más cansada de lo que imaginaba. —Blanca estaba realmente asombrada, era una persona a la que le costaba dormirse en cualquier otro sitio que no fuera su cama, pero era evidente que estaba extenuada.

—Salgamos.

Rubén miró el reloj y se percató de que iban con retraso. Por ello, la sacó del coche con mimos y caricias y se pusieron en marcha, agarrados de la mano, igual que cuando eran novios. Una vez alcanzaron la recepción del restaurante, les acomodaron en una mesa íntima y algo apartada, donde podrían hacerse carantoñas sin sentir sobre ellos las escrutadoras miradas del resto de comensales.

—¡Qué raro! No nos han hecho esperar. —Blanca sabía por experiencia que, aunque se reservara, siempre tocaba aguardar a que terminara la mesa anterior. Solían gastar ese tiempo en la barra, degustando un rico caldo italiano, pero en esta ocasión no había sido necesario.

—La verdad es que hemos llegado un poco tarde. Lo que me extraña es que nos hayan guardado la mesa —admitió Rubén—. Supongo que habrá sido por ser el último turno.

—Espero que no nos metan prisa porque esté a punto de cerrar la cocina. —Para una vez que su marido la sacaba de casa, no estaba dispuesta a que le impidieran saborear el momento.

—En cuanto pidamos, nos dará igual que cierren o no la cocina. No tengo intención de correr. Es la primera vez que salgo a cenar con mi mujer en mucho tiempo y pienso tomármelo con calma. —Le dio un dulce beso en los labios.

—¿Y por qué te ha dado por llevarme a cenar?

—Ya te lo he dicho. En cuanto te he visto con ese vestido negro que te has comprado para la inauguración, me has puesto cardiaco perdido y no quería dejar pasar la oportunidad de dar envidia al resto del mundo —soltó una carcajada.

—¡Anda, no seas tonto!

—Te lo digo en serio. ¡Estás hermosa! —le dijo con un brillo en los ojos que denotaba sus sentimientos. Sin embargo, intentando suavizar la situación, puesto que estaban en un sitio público, agregó bromeando—: Y para colmo no me has llevado de acompañante, sino que te has ido con Fer. Una pareja que no iba a disfrutar como yo del paisaje que tengo delante. He de reconocerte que me ha puesto algo celoso que fuera él el que te exhibiera.

—¿Es que de repente me he convertido en una mujer florero? —prosiguió con la broma.

—Naturalmente. Y has de reconocer que de mi brazo quedas mejor.

—Eso seguro —repuso Blanca con una sonrisa sensual dibujada en los labios.

Hacía días que no se sentía con Rubén tan cómoda como en ese momento, volvían a ser los mismos de siempre. Desde la bronca, donde las acusaciones por ambas partes habían salido a flote, su relación aparentaba estar en un *impasse*. Ya se habían dicho todo lo que se tenían que decir, ahora debían averiguar si podían o no superarlo.

El camarero les interrumpió para tomarles nota y, como habían conjeturado, informarles de que la cocina cerraría en menos de una hora. Por lo que no se hicieron de rogar y encargaron los platos principales y los postres en ese preciso instante.

No tardaron en sacar la orden, luego, comenzaron a disfrutar de la comida. Además, esperaban no ser molestados durante un buen margen de tiempo.

Rubén había empezado a saborear unos maravillosos *tagliatelle ai frutti di mare* y Blanca un *carpaccio* de ternera con parmesano, cuando ella sacó el tema que le había estado rondando esa noche por la cabeza:

—En la exposición, Jara Goebel, la anfitriona, nos ha estado contando algunas de las vicisitudes que vivió en Berlín Este. Te comenté que cruzó el Muro, ¿verdad? —Él asintió. Le resultaba raro que le hablara del caso, nunca lo hacía. Sus investigaciones quedaban fuera de casa. Si bien, debía de estar afectándola porque lo había sacado a relucir en más de una ocasión.

—Es evidente que esa mujer te tiene fascinada.

—En efecto, y me da miedo que perjudique la investigación. Me da la impresión de que la

estoy subiendo a un pedestal, cuando se trata de una sospechosa. —A la inspectora no le gustaba reconocer sus puntos débiles, pero estaba preocupada porque los árboles no le dejaran ver el bosque.

—¿Crees que ha sido ella la responsable de la muerte de su marido? —le cuestionó pragmático.

—Para ser sincera, las pruebas apuntaban a los directores de Pharma Jara. Sobre todo a uno en concreto por ser la persona que más ganaba con la muerte de Erich Müller. Pero ese móvil se ha desmoronado como un castillo de naipes. Aunque tampoco creo que mi principal sospechoso se imaginara, ni por asomo, que se iba a producir este giro que ha puesto el caso patas arriba. —Se detuvo unos segundos para ordenar sus ideas, se daba cuenta de que las iba diciendo en alto mientras se le ocurrían—. El caso es que existe la posibilidad de que lo hiciera ella. Y ya sabes, no me gusta eliminar ninguna casuística hasta resolver el caso.

—Pues entonces, esperemos a ver cómo evoluciona la investigación. Me consta que tienes una valiosa intuición fundamentada en tu experiencia como inspectora de homicidios. No adelantes acontecimientos. Básate en las pruebas que vayas descubriendo. —Hizo una pausa y añadió—: Que te plantees el ser capaz de alterar el curso de la investigación por tu simpatía hacia la mujer de la víctima, dice mucho. Vamos, que no creo que te permitas hacer algo así. Al contrario, estarás más alerta.

A veces su marido la ayudaba a abrir los ojos, relajarse y ver las cosas desde otra perspectiva. Y esta vez le había servido para aclarar sus ideas. Estaba en lo cierto, debía esperar a ver cómo se desarrollaban las pesquisas y a la obtención de pruebas. Entonces, podría averiguar a quién inculpar.

—Tienes razón.

—Sigue tu instinto y las pruebas. Es lo que siempre has hecho y siempre se te ha dado bien —puntualizó.

—Eso mismo haré.

Rubén le apretó la mano con la intención de darle ánimos, pero se fijó en que ya no hacía falta, su mirada reflejaba la determinación que la caracterizaba.

Tras ese breve inciso sobre Jara Goebel, mantuvieron una charla entretenida e interesante, tal y como hacían antes de la pérdida de su hijo. Por primera vez en mucho tiempo se deleitaron con una velada en la que esos dolorosos recuerdos no los aplastaron, quitándoles el aire y cortándoles la respiración.

Cuando regresaron a casa, aún con el cansancio que los envolvía a ambos, gozaron de una noche de pasión y desenfreno como las de antaño, sin cohibiciones, demostrando la confianza que se tenían y sin que se tratara de sexo de reconciliación, el único que practicaban últimamente.



14

Tras bañar y acostar a los mellizos, Carla se disponía a leerles un cuento. Como hacía unos meses que habían dejado de compartir habitación, se acomodó en el pasillo, entre ambos dormitorios, y sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, comenzó a leer.

Jaime, a la vez que escuchaba a su mujer, cocinaba un par de tortillas francesas y una ensalada para la cena. Adoraba esos momentos de sosiego, los niños relajados en sus respectivas camas mientras su mujer les leía con voz suave, de forma que, al poco rato, acababan cayendo en un profundo sueño, entretanto él se dedicaba a trajinar entre fogones.

Después de colocar la mesa y preparar la cena, se encaminó hacia su mujer para avisarla, pero antes se asomó a los cuartos de los pequeños a confirmar que habían caído en los brazos de Morfeo. Tras las comprobaciones pertinentes, se acercó a ella y le ofreció la mano con el propósito de ayudarla a levantarse del duro suelo.

—Están fritos —le susurró para no despertarlos. Si los desvelaba, no les dejarían cenar con tranquilidad y, después del fin de semana que habían soportado, lo único que deseaba era un respiro—. No entiendo por qué no te sientas sobre un cojín —la regañó mientras veía cómo se masajeaba el trasero tras ponerse en pie.

—No he caído, la verdad. Y habría sido una buena idea, tengo el culo dolorido.

Avanzaron hacia el comedor, atentos a cualquier sonido que proviniera de los dormitorios infantiles, síntoma inconfundible de que los mellizos estaban despiertos, pero no escucharon nada, así que disfrutaron en calma del festín que había cocinado Jaime.

La tarde en el parque los había dejado baldados. Si estar vigilando a uno era un no parar, a los dos, les mantenía en constante tensión. Sin olvidar que, debido a la inauguración del día anterior, se habían acostado tarde, algo que a los chicos no les había importado ni lo más mínimo pues, aun siendo domingo, a las siete de la mañana ya estaban abalanzándose en la cama sobre ellos, dispuestos a jugar.

—¿Quieres un café? —preguntó Jaime a la par que recogía los platos para meterlos en el lavavajillas.

Carla dudó, no estaba segura. No quería desvelarse, pero, por otro lado, tenía claro que se sentía tan cansada que en cuanto su cuerpo tocara el colchón, caería rendida.

—Sí, creo que sí —le confirmó finalmente.

Jaime caminaba hacia la cocina, cuando el timbre de la puerta sonó. Se sorprendió por las horas, en especial porque no esperaban ninguna visita. Dejó los platos sobre la encimera y retrocedió con celeridad a abrir. No estaba por la labor de que volvieran a llamar, podrían despertar a los niños y, entonces, no sería tan sencillo volverles a dormir.

Cuando descubrió quien se hallaba al otro lado, se extrañó.

—Buenas noches, Jaime. Siento la intrusión y más a estas horas —se disculpó Cándido Soler—. Venía a hablar con Carla y no podía postergarlo hasta mañana.

Jaime asintió, su mujer le había puesto al día sobre lo acontecido en la junta, por eso, no comprendía para qué habría venido. Detestaría que armara un escándalo en su casa. De todos modos, aún con esos pensamientos oscuros rondándole, lo invitó a pasar y le instó a que lo acompañara.

—¿Quién era? —le preguntó su mujer en cuanto lo vio aparecer por la puerta.

No hizo falta contestación, puesto que se apartó dejando entrever la silueta del recién llegado.

—Carla, quería hablar contigo. Venía a disculparme por mi comportamiento —repuso contrito.

A Carla se le abrieron los ojos como platos, no recordaba a ese hombre mostrando un deje de humildad. Lo conocía lo suficiente como para saber lo orgulloso que era. Se imaginaba lo mucho que le habría costado articular esas palabras. Sin embargo, no dudaba de que Rosario fuera la orquestadora, estaba convencida de que su mujer lo había obligado a ir hasta allí. Y también era incuestionable que no había sido por su reprochable conducta, sino porque no le convenía enemistarse con la que se había convertido en su jefa. Aun así, le invitó a sentarse a la mesa. Tenía curiosidad por lo que tuviera que decir.

Cándido Soler aceptó la tregua que le ofreció y se acomodó frente a ella.

—Estoy preparando café, ¿quieres uno? —le consultó Jaime.

—No. Muchas gracias. Si me tomo uno a estas horas, esta noche no pego ojo —contestó de forma cordial. Debía camelárselos si quería conseguir su objetivo.

—De acuerdo —convino Jaime antes de abandonar el comedor y a la par que le hacía un gesto a su mujer para que supiera que, si necesitaba ayuda, estaba a dos pasos.

—Carla, lamento mucho mi conducta. Me comporté como un imbécil. Procedí como un niño mal criado. Algo que, a mi edad y en mi posición, no me puedo permitir. Vengo a darte mis más sinceras disculpas.

No podía creerse lo que estaba oyendo. Dar ese paso le tenía que haber costado un mundo, por tanto, no se hizo de rogar.

—Es agua pasada. Ya lo he olvidado —repuso con sinceridad. No aspiraba a tenerlo como enemigo, prefería que estuviera de su lado.

«Quizá esto sea un primer avance», se dijo optimista.

—Espero que podamos empezar de cero y que me tengas presente. Y más ahora que estás en proceso de adaptación. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo.

Carla no salía de su asombro. Empezaba a pensar que se trataba de un truco. De todas formas, sabía que el tiempo ponía a cada uno en su lugar, así que optó por darle una oportunidad, aunque todavía no su confianza. Esa debía ganársela.

—Eres muy amable, Cándido. Me he apuntado esas palabras con fuego porque me consta que te voy a necesitar. Llevas un montón de años en la compañía y sé que tus opiniones y experiencias serán de utilidad.

A Carla le agradaba la nueva situación. Por mucho que le disgustara ese hombre, era un pilar fundamental de la compañía. Si bien, tampoco era tonta, y sabía que en cualquier momento intentaría que las tornas se volvieran en su contra. Soler no rechazaría la oportunidad de ocupar su puesto. Mas como decía Michael Corleone en *El Padrino II*: «Ten cerca a tus amigos, pero más cerca a tus enemigos».

En ese momento apareció Jaime portando una bandeja con unas tazas de café. Las dejó sobre la mesa y, entonces, Cándido Soler supo que debía marcharse. Ya había dicho lo que tenía que decir. Comerse su orgullo le había dolido en lo más hondo de su frío corazón. No obstante, consideraba que su esfuerzo se vería recompensado con creces.

—Muchas gracias por tu comprensión. Me alegra saber que mi proceder ha quedado en agua de borrajas y que no existe rencor entre nosotros. —Se levantó de la mesa—. Es hora de que me vaya y os deje disfrutar de este rato en pareja, ya que veo que los niños están durmiendo. —Miró a los lados buscando a los mellizos, enfatizando su afirmación—. Seguro que no son lapsos habituales —les guiñó un ojo—. Por cierto, si no os importa, me gustaría pasar al baño.

—¡Claro! La segunda puerta a la derecha. Ten cuidado y no hagas ruido, no queremos que

los niños se despierten.

—Ciertamente.

—¿Quieres que te acompañe? —propuso Jaime, levantándose de la silla que acababa de ocupar. No quería que se despistara y terminara adentrándose en el cuarto de alguno de los chicos.

—No hace falta, gracias. Sabré localizar el baño —le contestó algo ofendido.

Jaime, al darse cuenta de su tono, regresó a su asiento y lo ignoró.

—¡Qué raro! Ha venido a disculparse por lo ocurrido el otro día en la sala de juntas —le susurró a su marido.

—Ya, os he oído desde la cocina. Eso es bueno, ¿no?

Carla se encogió de hombros, le habría gustado decirle que sí, pero no las tenía todas consigo.

En cuanto escucharon el ruido atronador de la cadena del inodoro, se callaron. No tenían intención de ser descubiertos cuchicheando sobre su inesperado invitado.

Segundos más tarde, Cándido Soler apareció para despedirse.

—Muchas gracias por atenderme, Carla. He de reconocer que si hubiera sido a la inversa, no estoy seguro de que yo hubiera reaccionado tan pacíficamente como tú. Te lo agradezco de corazón. —Se percató de que Jaime se levantaba, por lo que añadió—: No hace falta que me acompañéis, conozco el camino a la salida.

Tras escuchar cómo se cerraba la puerta principal, Carla no pudo evitar exclamar de nuevo:

—¡Esto ha sido de lo más extraño!

No obstante, ninguno de los dos le dio la mayor importancia. Una vez se hubo marchado, se acurrucaron en el sofá y se relajaron delante de la televisión, visionando una vieja película.



Cándido Soler conducía por las calles de Madrid, satisfecho con su actuación y con el resultado de la misma. Todo había salido a pedir de boca. Ella no sospechaba nada. La muy necia había creído que realmente se disculpaba por su comportamiento.

«Será imbécil», la insultó con un gesto de regocijo reflejado en las facciones.

Se detuvo ante un semáforo sin poder borrar esa tonta sonrisa que rellenaba su rostro. Poco le afectó el estar a punto de atropellar a una anciana que había comenzado a cruzar la calle cuando la luz verde empezaba a parpadear, aviso de que se acababa el tiempo que les correspondía a los peatones. Aguantó con estoicismo a que la vieja cruzara, acto que revelaba su júbilo. En cualquier otro momento habría tocado el claxon varias veces y la habría rebasado sin ningún tipo de pudor, además de gritarle unos cuantos improperios por no apartarse y por interponerse en su camino.

Debía admitir que el ser capaz de decir tantas sandeces juntas sin echarse a reír, le había costado. Pero el esfuerzo había merecido la pena por las implicaciones de esa visita. Es posible que ella hubiera vencido en la primera batalla, pero todavía estaba por ver quién ganaba la guerra. Y con ese as en la manga que se guardaba, todo apuntaba a que él sería el claro vencedor.

Continuó conduciendo por las atestadas calles de Madrid con los ojos puestos en la carretera y la mente muy lejos de allí. Fantaseaba con ocupar el cargo que le había robado Carla Goebel. Y aunque nadie se lo imaginaba, le quedaba poquísimo para sustituirla. Su plan estaba en marcha. Era cuestión de días que esa bruja cayera en un agujero del que, confiaba, le costaría salir.

«De esta no te libras, zorra», le prometió dentro de su cabeza.

Cuando se quiso dar cuenta, se apeaba del coche, todavía con la adrenalina corriendo por sus venas y ávido de contarle hasta el más ínfimo detalle de lo acaecido a su mujer. Sabía a ciencia cierta que se sentiría orgulloso de él. Esa noche lo celebrarían, primero con una copa y luego con sexo. O eso esperaba, porque Rosario era igual de estirada en la cama que en la vida real. Tampoco le importaba demasiado, tenía con quien saciarse; el dinero le conseguía casi todo lo que deseaba. Solo le restaba quitar a las Goebel del mapa. Y eso estaba a punto de suceder.

Rosario lo aguardaba sentada en el sillón, enfrascada en un programa de la televisión. Estaba enganchada a uno de esos concursos de cocina que emitían tan a menudo. Sin embargo, en cuanto escuchó el sonido de la puerta, supo que era él. Por ese motivo, dirigió su mirada hacia el pasillo, a la espera de verlo aparecer. Estaba ansiosa por conocer las noticias que le traería. Ilusionada con que hubiera sido capaz de cumplir con su misión, algo que había dudado en más de una ocasión esa noche. No lo veía apto para llevar a cabo una tarea tan sencilla como la encomendada. Rezaba por estar equivocada.

En cuanto Cándido se internó en la sala, sin decirle ni una palabra a su mujer, se encaminó al mueble bar donde se sirvió una copa. Desdeñó por completo sus sentimientos, cuando estaba deseosa por saber.

A Rosario no le agradó ese comportamiento altanero y más siendo ella el cerebro de la operación. Pero era su proceder habitual. Le gustaba demostrarle su escaso poder en la relación cuando tenía ocasión. Y ella prefería permitírselo para que se sintiera mejor consigo mismo. Así que, sin dar mayor trascendencia a su actitud, se lanzó a preguntar lo que ansiaba saber:

—¿Qué tal ha ido? ¿Has hecho lo que acordamos?

No le hacía gracia que ella fuera la artífice del plan, le habría gustado que se le hubiera ocurrido a él, pues era una idea brillante. Y eso lo enfadaba. ¿Cómo algo tan sencillo no lo había concebido él? Le molestaba no tener en la cabeza esas confabulaciones que parecían surgirle a ella con tanta facilidad. Le enervaba mostrarse tan torpe e ineficaz.

No obstante, para relajarse, le dio un buen sorbo a la copa que se acababa de servir y, acto seguido, respiró hondo. Al fin y al cabo, eran un equipo. Y era bueno tenerla de su lado. No le podía quitar mérito porque estaba convencido de que lograría conseguir lo que tanto anhelaba: ocupar el puesto que le correspondía y que esa mojigata de Carla Goebel le había arrebatado delante de sus narices. Y lo que era peor aún, lo había hecho frente al resto de directivos de la empresa, dejándole en ridículo.

«Pagarás por ello», prometió en silencio.

—Ha salido a la perfección. La muy engreída no sospecha nada.

Rosario asintió.

—Pues ahora tenemos que poner en marcha la siguiente parte del plan.

Él volvió a dar otro sorbo a su bebida para templar los nervios. Le tocaba intervenir de nuevo y lo haría como uno de los grandes de Hollywood. Su actuación sería de Óscar.



15

La inspectora Garrido y el subinspector Corrales se hallaban nuevamente en el ascensor de la sede de Pharma Jara. Tenían varias preguntas que hacerle a Carla Goebel debido al giro inesperado que habían provocado los últimos acontecimientos. Cándido Soler no ganaba nada con la muerte de Erich Müller y, aunque no le tenían en gran estima por su comportamiento insolente, ya no encabezaba la lista de sospechosos.

En cuanto se abrieron las puertas, se encontraron en el amplio vestíbulo que daba paso a la recepción y, sin ser la primera vez que ponían sus pies sobre ese suelo, seguía dejándoles sin respiración. Era un recibidor moderno y con un gusto impecable en la decoración, podría ser portada de cualquier revista de interiorismo.

—Buenos días, queríamos hablar con Carla Goebel —le comunicó la inspectora a la recepcionista con tono decidido mientras le mostraban la placa identificativa.

La muchacha se puso nerviosa al ver a los agentes de la ley, no estaba acostumbrada a tratar con la policía. Así que con voz temblorosa les indicó:

—Un segundo, por favor. Ahora mismo está reunida, pero le aviso. —Logró tranquilizarse gracias a que el subinspector le lanzó una de sus cautivadoras sonrisas.

Sin esperar ni un segundo, ambos se encaminaron hacia el despacho de la nueva presidenta de la compañía, a la vez que Marta, la joven recepcionista, les anunciaba por el interfono.

En realidad, no existía ninguna dificultad en saber a quién pertenecía cada uno de los despachos, puesto que daban a ese mismo vestíbulo y contaban con paredes de vidrio. Por lo que, en cuanto se giraron, divisaron a Carla Goebel manteniendo una conversación con la CEO de Pharma Genetics: Irene Molina.

Blanca Garrido se fijó en que ambas se hallaban concentradas en la pantalla del ordenador. Le resultó evidente que simpatizaban, sus gestos secundaban esa opinión. Se imaginó que la noticia de que la hijastra del señor Müller se hiciera cargo de la empresa habría afectado de diferentes formas a cada uno de los directivos. Y le daba en la nariz que algunos preferirían esa opción.

Cuando estaban a un par de pasos de la puerta, cuyo rótulo confirmaba que era el despacho de Carla Goebel, advirtieron que la mujer obviaba la pantalla y prestaba atención al intercomunicador, el cual le estaría avisando de su presencia. Pensamiento que quedó corroborado en cuanto levantó la vista hacia ellos, que acababan de detenerse, aguardando a ser invitados.

—Será mejor que lo dejemos para más tarde —se disculpó Carla.

—No te preocupes. Luego proseguimos. —Irene había imitado el movimiento de su jefa con la cabeza y se había percatado de la presencia de los inspectores.

Se levantaron y se encaminaron hacia la puerta con tranquilidad, pues no había que ser un lince para entender qué los habría llevado hasta allí.

—Irene, te presento a la inspectora Garrido y al subinspector Corrales, se encargan de la investigación de la muerte de Erich. Ella es Irene Molina, presidenta de Pharma Genetics —los presentó para romper el hielo, aunque no dudaba de que ya se conocieran. Si los inspectores habían realizado los trámites oportunos, la habrían interrogado al tratarse de una persona cercana a su padrastro, además de una de las últimas que lo vio con vida.

—Ya nos conocemos —repuso ella con un leve movimiento de cabeza a modo de saludo.

—En efecto, nos entrevistamos con los invitados a la cena celebrada en la casa del señor

Müller la noche de autos —le explicó, consciente de que no era necesaria tal aclaración, solo quería quitar hierro al asunto y agraciarse con la que se había convertido en su principal sospechosa. Sabía que se obtenía más información por las buenas que por las malas, por lo menos al moverse en ese tipo de esferas. En la calle era muy diferente.

A la inspectora le vinieron algunas imágenes a la cabeza de esos breves e insustanciales interrogatorios. Lo que sacó en claro fue lo buen jefe y persona que había sido Erich Müller en vida. El único que arrojó algo de luz fue Cándido Soler, pero mayormente porque no escondía su deseo por ocupar el puesto que acababa de quedar vacante.

—Será mejor que os deje. He de continuar trabajando. —Tras pronunciar esas palabras, se giró hacia Carla y añadió—: En cuanto tenga los resultados, te aviso.

—Gracias, Irene.

Las dos mujeres reflejaban en su rostro esperanza. A la inspectora se le pasó por la cabeza que hubieran descubierto algo valioso en el laboratorio. Por ese motivo, no pudo evitar ahondar en el tema:

—Pharma Genetics se dedica a la investigación de enfermedades genéticas, ¿verdad? —preguntó. Era un tema que le interesaba, especialmente tras la muerte de Daniel.

—Por favor, tomen asiento. —Carla Goebel se sorprendió por su interés en una de las filiales. Se imaginó que formaría parte de su interrogatorio, pero le daba igual, estaba orgullosa de lo que hacían allí—. Eso es. Aunque la terapia genética fue una técnica planteada en principio para tratar enfermedades hereditarias, en la actualidad se propone como un tratamiento de lo más prometedor para casi cualquier enfermedad. —Al ver el efecto que suscitaba la materia en la inspectora, agregó—: Entre los objetivos que perseguimos con la terapia genética se encuentran el tratar de complementar o sustituir un gen defectuoso introduciendo una copia no defectuosa en las células, el inhibir o bloquear el funcionamiento de aquellos genes cuya intervención contribuye al desarrollo de la enfermedad y el introducir material genético que permita a la célula sintetizar una proteína que tenga un efecto terapéutico nuevo, es decir, introducir en las células la copia de un gen que obstaculice la replicación del virus.

—Es interesante, pero suena a algo que ocurriría en una película de ciencia ficción protagonizada por Bruce Willis —repuso Corrales al ver que su compañera se había quedado estupefacta.

—No se crea. La investigación en este frente avanza a pasos agigantados. En un futuro, esperemos que no muy lejano, se podrán solventar muchas de las enfermedades genéticas que ahora llevan al paciente a una muerte inevitable. —Se detuvo unos segundos y se fijó en el pálido rostro de la inspectora—. ¿Se encuentra usted bien? ¿Le apetece un vaso de agua?

—Sí, estoy bien. Gracias —mintió.

Garrido se recompuso de inmediato, no era el momento de mostrar su punto débil. Estaba trabajando e iba a comenzar un interrogatorio, por lo que carraspeó y se lanzó a la yugular:

—Teníamos entendido que iba a rechazar el cargo del señor Müller, que su intención era cederle la compañía al señor Soler y, sin embargo, aquí está. —Fue directa al grano. Después de esa conversación necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Correcto. Ese fue mi planteamiento inicial. Pero cambié de opinión —reconoció.

—¿Por? —preguntó el subinspector Corrales al darse cuenta de que la mujer se detenía y no les daba una explicación plausible de ese insospechado cambio de rumbo.

—No fue por nada del otro mundo. Me di cuenta de que Erich no habría querido que la empresa que había estado dirigiendo casi toda su vida cayera en manos de Soler. Deseaba que se mantuviera dentro de la familia. Y, para bien o para mal, él no tuvo hijos, la única persona a la

que trató y quiso como a una hija fue a mí. Así que, que yo haya decidido tomar el control es lo que él habría esperado y deseado. —Hizo una pausa para eliminar del rostro una lágrima que le recorría la mejilla—. Tras la muerte de Erich, el que había sido como un padre para mí, me hundí en un profundo pozo de desconsuelo y autocompasión, no quería saber nada de su herencia ni de ninguna otra cosa. El dolor me corroía las entrañas. Pero cuando, por fin asimilé lo sucedido, no tuve más remedio que asumir su legado. Sé que él lo habría querido así. —Observó a los policías y comprendió por qué se hallaban allí—. No estarán pensando que maté a Erich por esto, ¿verdad? —Hizo un ademán con la mano, señalando las oficinas que los rodeaban—. ¿No creerán que cuento con un móvil? —Se interrumpió, incrédula—. Les aseguro que regalaría este imperio a quien fuera, incluso a Soler, si me devolvieran a Erich.

Carla no aguantó más y se echó a llorar. La presión de las últimas jornadas le pasaba factura. Se sentía impotente por esa acusación silenciosa. Y más aún porque le achacaran el asesinato de una de las personas a las que más quería en ese mundo.

La inspectora dudaba de que ese dolor fuera fingido, pero no la conocía lo suficiente como para asegurarlo.

Tras unos segundos en los que nadie actuó —los inspectores movidos por descubrir si detrás de esas lágrimas se ocultaba algo y la susodicha incapaz de detener su repentino llanto—, Garrido sacó un clínex de la bandolera y se lo entregó.

Los policías habían contemplado a muchos sospechosos que lloraban lastimosamente, procurando inducir a una duda razonable, tanto a los propios inspectores como a los miembros de un jurado. Muy pocos conseguían engañarlos y, en ese caso, eran de la opinión de que la mujer no falseaba sus sentimientos. Estaban convencidos de que su pena no era simulada.

—Será mejor que nos marchemos —dijo la inspectora mientras se levantaba.

—Perdonen mi comportamiento. Todavía me afecta sobremanera su pérdida. Será mejor que me tome un café y me relaje unos minutos. ¿Quieren acompañarme?

Eso era lo que menos les apetecía a ninguno de los dos, pero aun así asintieron. La mujer necesitaba de su compañía y, quizá, les recompensara con algún hilo por el que continuar con su labor.

Carla cruzó con ellos el vestíbulo y los guio a una sala situada en la esquina del edificio con grandes cristaleras que mostraban el día tan soleado que hacía, a pesar del frío que todavía perduraba. La habitación constaba de algunas mesas redondas con sillas alrededor, además de varias máquinas dispensadoras. La ejecutiva extrajo un café para cada uno tras cotejar sus preferencias.

—Es un lugar bonito. —El subinspector Corrales rompió el tenso silencio que se había formado.

—Sí, Erich siempre pensó que si los trabajadores pasaban gran parte de su vida en las oficinas, que al menos les resultara un lugar agradable. —Se acercó a una de las ventanas y posó su vista sobre el horizonte—. Como sabrán, creció en un mundo gris y no deseaba que nadie experimentara esa anodina existencia, y menos sus empleados.

—Señora Goebel, tiene una llamada.

Al escuchar la voz de su secretaria, Carla se sobresaltó. Se daba cuenta de que sus pensamientos se habían alejado de la triste realidad que vivía.

—Ahora no puedo atenderla. En cuanto vuelva al despacho me pondré en contacto con quienquiera que sea.

—Es urgente. Hay problemas con un pedido… —Carla la interrumpió, comprendía que no podía postergar un asunto de ese calado. Si había llegado hasta ella, era evidente que debía ser de

difícil solución.

—Parece ser que el deber me llama. Si tienen alguna otra pregunta, ya saben dónde encontrarme —se despidió de los inspectores. Mientras se alejaba, custodiada por su secretaria, todavía se la oía hablar—. ¿Y para qué está el Departamento de Compras si no es para solucionar estos temas? No puedo estar atendiendo…

—¿Te encuentras bien? —Corrales estaba preocupado por su compañera. No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que las palabras de la entrevistada sobre el tratamiento genético la habían afectado.

—Sí, estoy bien. Pero sus estudios… Por un lado, me han dolido en lo más hondo de mi alma. Si Dani hubiera aguantado unos años más, quizá no habría muerto. Tal vez existiría un tratamiento que lo curara. Y, por otro lado, me plantea la posibilidad de que aun siendo portadora, a lo mejor pueda volver a tener hijos. Idea que había desechado por completo. No tenía ninguna intención de traer al mundo una vida que no durará en él a causa de mis genes inservibles. Sin embargo… si crearan una cura… sería diferente. Y, aunque es posible que les transmita la mutación en sus genes y que esto les provoque distrofia muscular, la expectativa de que exista modo de solucionarlo, me da esperanzas.

Fernando le agarró la mano y se la apretó en un gesto alentador. Sabía lo duro que había sido para ella perder a Daniel, de hecho, era la primera vez que se abría a él y lo mencionaba. Era consciente de que ella se veía incapaz de sacarlo a colación, todavía le resultaba un dolor insoportable. No obstante, Carla Goebel había sido optimista respecto a los ensayos que se realizaban en el laboratorio de Pharma Genetics. La posibilidad de que en un futuro cercano existiera cura no parecía inabordable.

—Uno no puede adoptar y el otro no puede tener hijos. Ironías de la vida —concluyó el subinspector con un toque de su humor negro antes de ser abordados:

—Buenos días, inspectores. Al señor Soler le gustaría hablar con ustedes. —Ambos se giraron al mismo tiempo y se toparon con la secretaria del aludido.

—Muchas gracias, Merche —le dijo con una socarrona sonrisa el subinspector mientras le guiñaba un ojo.

—¿Ese es el famoso encanto de los Corrales? —le susurró Blanca con sorna.

Él no pudo más que encogerse de hombros a modo de contestación, pues no le había pasado inadvertido el color sonrosado de las mejillas de la joven en cuanto se dirigió a ella.

Los inspectores la escoltaron hasta el despacho de su jefe, donde, tras llamar a la puerta y anunciarles, se apartó para permitirles el paso y, a continuación, desapareció.

Se encontraron al señor Soler tras su escritorio, trabajando en el ordenador. Pero en cuanto se percató de su presencia, abandonó lo que estuviera haciendo y se levantó a saludarles, todo solícito, exhibiendo una actitud contraria a su recibimiento anterior.

—Inspectores, ¡qué alegría me da verles! Iba a llamarles. Aunque viendo que estaban por aquí, no quería perder la oportunidad de charlar con ustedes. Por favor, siéntense —les ofreció.

Los dos policías se acomodaron enfrente de él, al otro lado de la mesa, extrañados por el afable comportamiento de uno de sus sospechosos.

—Y ¿qué se le ofrece, señor Soler? —preguntó la inspectora con curiosidad.

—He recordado algo que quizá les resulte de interés en la investigación que están llevando a cabo. Es verdad que hace unos días no me pareció relevante, pero ahora, con el giro que han tomado los acontecimientos, creo que puede ser un hecho significativo. —La verborrea del hombre era insufrible, pensó Blanca Garrido.

—¿Y qué es eso que considera de utilidad en la investigación? —Corrales estaba tan

agotado de escucharle como su compañera.

—El día anterior a la muerte de Erich, él y Carla tuvieron una fuerte discusión aquí mismo —les reveló.

—¿Y por qué nadie la ha mencionado? —cuestionó la inspectora.

—Porque solo la presencié yo. Era tarde y únicamente quedábamos nosotros dos trabajando en nuestros despachos. Entonces, llegó Carla. Estoy seguro de que pensó que estaban solos. Eran más de las diez de la noche. A esas horas aquí no suele haber nadie. Ni siquiera Erich se quedaba hasta tan tarde, aun cuando acostumbraba a ser el último en irse. —Otra cosa que le sacaba de quicio de él. Estaba convencido de que lo hacía por aparentar un compromiso que, en realidad, no sentía.

—Si era el último en irse ¿cómo sabe que no solía quedarse hasta después de las diez? —el subinspector no pudo contenerse.

—Tiene razón, me ha pillado. No tengo la más remota idea de a qué hora salía Erich de la oficina. Me da que los últimos meses se iba más tarde porque Jara estaba bastante atareada con la inauguración de la nueva exposición en el museo. Así que imagino que prefería quedarse trabajando en la oficina a volver a una casa vacía.

Los inspectores se dieron cuenta de que divagaba, luego, le encarrilaron:

—Señor Soler, nos puede hablar de la discusión que mantuvieron Carla Goebel y el señor Müller.

—Sí, disculpen. A veces pienso en voz alta y… —se detuvo al ver el gesto de hastío de los inspectores, por lo que fue al grano como le habían pedido—: El caso es que Carla llegó enfadada. Muy enfadada. Según entendí, Erich había modificado su testamento. En el anterior le traspasaba la empresa a ella, era su única heredera. Algo que no es sorprendente pues la consideraba su hija. Sin embargo, al casarse con Jara, se lo legaba todo a su esposa. Entiendo que eso no le gustó nada a Carla.

—¿Y cómo es que nos cuenta esto ahora? —Los inspectores no estaban seguros de si se trataba de represalias contra Carla Goebel para ponerla en el punto de mira de la investigación o, en cambio, era un dato a tener en cuenta. Tendrían que hacer las correspondientes indagaciones. Al menos les había dado lo que buscaban, un hilo por donde continuar.

—Como decía, no le di importancia alguna porque se suponía que me iba a ceder la sociedad. Asumí que había sido un enfrentamiento entre padre e hija. Pero como, finalmente, no ha cumplido su promesa, me vino a la cabeza dicha conversación y pensé que sus intenciones siempre habían sido quedarse con ella. —La inspectora se fijó en cómo le hervía la sangre tras escupir esas palabras.

—Muchas gracias. —Garrido y Corrales ya se levantaban, dispuestos a retomar el interrogatorio con Carla Goebel, cuando Soler agregó:

—Hay más. Aunque esto quizá sea mejor que se lo cuente mi mujer.

—Señor Soler —repuso Garrido con fastidio—, ya que ha sacado el tema, por favor, díganos qué nos debería contar su esposa.

—El día en que Erich murió, como ya saben, estuvimos cenando en su casa. Pues anoche, Rosario me mencionó que al salir había visto a Carla en su coche. Me dijo que le había dado la impresión de que estaba esperando a que nos marcháramos todos para entrar.

—¿Y eso tampoco les pareció relevante? —La inspectora empezaba a enfadarse.

—Es que mi mujer lo había olvidado por completo. Ayer, mientras cenábamos, surgió en nuestra charla aquella noche y, entonces, le vino a la cabeza.

Como si supiera que estaban hablando de ella, Rosario Soler entró en el despacho de su

marido, lo que provocó que los presentes orientaran sus miradas a la recién llegada.

—Cariño, no sé dónde se ha metido tu secretaria. Me he visto obligada a entrar sin ser debidamente anunciada —comentó por cortesía al ver que no se hallaba solo, aunque era su forma de proceder habitual. Cuando se percató de con quién estaba reunido su marido, se disculpó—: ¡Oh, perdonen! Lamento la intrusión. No sabía que se encontraba con ustedes. —Sin esperar réplica alguna, añadió—: Venía a buscarte. Te recuerdo que habíamos quedado a comer y sabes lo que odio que me hagas esperar. —La verborrea no solo era una característica del señor Soler.

—Querida, les estaba comentando a los inspectores lo que me revelaste anoche. —La mujer se mostró sorprendida y nerviosa al escuchar esas palabras, aunque la inspectora intuyó que era una actuación fingida. De hecho, se recompuso de inmediato, respiró hondo y empezó a hablar mientras se acomodaba en una butaca que le ofrecía su marido.

—Entonces, entiendo que Cándido ya les habrá contado que, al salir de la casa de Erich y Jara, vi que Carla estaba sentada en su coche esperando. Su rostro revelaba una ira que no le había visto jamás. La verdad es que Carla siempre me ha dado la impresión de ser una persona afable, no entiendo su conducta en estos últimos tiempos. Me está dejando anonadada. —Se encogió de hombros—. Supongo que me acordé de aquel momento porque Cándido me acababa de confesar la discusión que mantuvo con Erich unos días antes, aquí mismo. Se lo has contado, ¿verdad, cariño? —Se giró hacia su marido con la intención de que apoyara su versión y él asintió en consecuencia—. Entonces nos dimos cuenta de que ambos detalles podían ser significativos, así que estábamos dispuestos a ir a comisaría a declarar. Es así como se dice, ¿verdad? ¿declarar? —No esperó que nadie contestara su pregunta retórica—. Pero ya veo que no ha sido necesario. Mucho mejor, esos lugares me ponen los pelos de punta. —Tembló exageradamente—. Ojalá esta información les ayude en la investigación.

Fernando Corrales observaba a la mujer. Era increíble que no necesitara parar a respirar, lo estaba soltando todo de carrerilla.

—¿Algo más que consideren de nuestro interés? —interrogó la inspectora en un breve alto que hizo.

—No, nada más —reconoció Soler.

Se levantaron dispuestos a abandonar el despacho, pero antes de salir por la puerta, la inspectora se volvió y se dirigió a ellos.

—Muchas gracias por estos nuevos datos. Si recuerdan algún otro detalle, no duden en contactar con nosotros. Soy consciente de que esta declaración abre nuevas vías en la investigación. —Blanca Garrido lanzó esas palabras con la única intención de ver cuál era su reacción. Y no le cupo duda de que estaban satisfechos con lo que acababa de suceder.

—De nada. Si desean cualquier cosa, ya saben dónde encontrarnos —repuso Rosario Soler.

En cuanto los inspectores se alejaron, el matrimonio se miró con una sonrisa dibujada en el rostro. Cada vez veían más cerca sus verdaderas pretensiones.

—Hasta luego, Merche —se despidió Corrales de la joven que lo miraba embelesada.

—Hasta luego, subinspector.

Blanca le hizo un gesto de burla con disimulo. No comprendía cómo se le daban tan bien las mujeres. «Si fuera hetero, tendría que apartarlas como moscas», pensó, riéndose de su propia broma.

Sin mediar palabra, se encaminaron al despacho de Carla Goebel para escuchar su versión de lo que les acababan de relatar los Soler. Sin embargo, no habían alcanzado la mesa de su secretaria, cuando confirmaron que no se hallaba en su interior.

—Lo lamento, inspectores. Pero acaba de marcharse. Se ha producido una incidencia en un pedido y ha tenido que ir a solucionarlo en persona —les explicó la muchacha al verlos avanzar hacia ella. No tenía ninguna duda de que deseaban volver a hablar con su jefa.

—Muchas gracias. No hay problema.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, Corrales curioseó la opinión de su compañera:

—¿Crees que es verdad?

—No tengo ni idea. Habrá que investigarlo. Tal vez con esa información consigamos una orden para registrar su casa. Desde luego lo que nos acaban de contar pone en el punto de mira a Carla Goebel. Tal vez solo estén resentidos porque les ha quitado lo que tanto codiciaban, la dirección de la empresa, y esta es su forma de vengarse. Lo cual, a propósito, es de lo más rastrero y nos da un claro perfil de los Soler.

—Eso mismo es lo que pienso yo.

—Nos corresponde averiguar si lo que nos han contado es cierto o, por contra, son unas sabandijas que ansían la compañía y harán todo lo que esté en sus manos para conseguirla. Pese a quien pese.



16

La inspectora Garrido y su compañero, el subinspector Corrales, arribaron al domicilio de Carla Goebel desalentados, convencidos de que no estaba implicada en la muerte de su padrastro y que saldrían de allí igual a como habían llegado, sin nada. A pesar de todo, les correspondía ser concienzudos y, con los últimos datos aportados por Soler, su deber era tirar de ese hilo que él les había puesto en bandeja, incluso cuando no confiaban en sus intenciones.

Llamaron a la puerta esperando encontrarla en casa. Era una noche de diario y se imaginaban que estarían con las tareas típicas de una familia: o cenando o acostando a los pequeños. Mientras aguardaban, a Blanca le vino a la cabeza un bonito recuerdo. Se vio cantándole a Dani, que era lo que acostumbraba a hacer hasta que se quedaba dormido. A él le gustaba escuchar la voz melodiosa de su madre, adoraba cuando le canturreaba alguna cancioncilla de su infancia. De hecho, lo prefería a que le leyera un cuento, ya que con ellos solía desvelarse, pues estaba más interesado en lo que le ocurriría a los protagonistas que en dormir.

La inspectora regresó a la realidad en cuanto el marido de Carla Goebel abrió la puerta. Su rostro delataba sorpresa. No los esperaban.

—Buenas noches. Lamentamos las horas en las que nos hemos presentado, pero nos gustaría hablar con su cónyuge.

Jaime asintió y, tras acompañarlos al salón, fue a buscarla. Como habían supuesto, ella estaba comprobando que los niños se habían quedado dormidos después de leerles un nuevo capítulo de un libro infantil.

—¿Quién era? —le preguntó en un susurro con cuidado de no despertar a la pequeña Paula.

—Son los inspectores que llevan el caso de Erich. Han venido a hablar contigo —le respondió en tono serio.

Jaime estaba preocupado. El que su mujer se hubiera quedado con la empresa de su suegro tras su muerte, acontecida en extrañas circunstancias, la ponía en el centro de la investigación. Era quien más había ganado con su fallecimiento. Por ello, no dudaba de que se hubiera convertido en una de las principales sospechosas a ojos de la policía.

Carla abandonó la habitación de su hija y se encaminó al salón, donde se encontró a los inspectores de pie, contemplando la sala con mirada analítica.

—Buenas noches, ¿qué les trae por aquí? —curioseó en cuanto se adentró en la sala.

Jaime, que la había seguido, se quedó en un segundo plano, apoyado en el marco de la puerta, observando en silencio lo que se desarrollaba en el interior de su salón y procurando mantener la compostura para no demostrarles el nerviosismo que lo atenazaba.

—Lamentamos molestarla de nuevo, y más a estas horas, pero nos gustaría hacerle unas preguntas —se disculpó la inspectora Garrido.

—Adelante. —Carla no tenía nada que ocultar y lo que más deseaba en ese mundo era averiguar quién era el responsable de dejarla sin padre.

—Un testigo nos ha informado de que, unos días antes de la muerte del señor Müller, les escuchó discutir por el nuevo testamento que este había redactado. ¿Es correcto?

Carla no pudo evitar mostrar el estupor que sentía. No comprendía quién le había podido transmitir ese altercado a la policía. Aunque le resultaba obvio que se trataba de alguien que no la tenía ningún aprecio.

Todavía recordaba las palabras tan duras que le lanzó a Erich por el calentón del momento. Él le hizo llegar el testamento para que fuera consciente de la modificación que había efectuado,

teniendo en cuenta su nuevo estado civil. Sin embargo, ella no actuó cabalmente. Erich creía que estaría conforme, en definitiva, era la única heredera de su madre. Acabaría recibiéndolo todo. Pero, por el contrario, lo que percibió ella fue que había sido relegada. Y eso mismo le soltó a bocajarro en su despacho poco después, eso y un enorme listado de impertinencias que había intentado borrar de su memoria por vergüenza. No obstante, tras la tormenta, regresó la calma. Después de consultarlo con la almohada, se dio cuenta de lo injusto y egoísta de su comportamiento. Y sin más dilación contactó con Erich para disculparse por su proceder infantil e inmaduro. Y, por supuesto, él la perdonó de inmediato, sabedor de que su arrepentimiento era auténtico.

No podía creerse que alguien hubiera sido testigo de ese momento tan bochornoso y despreciable. Estaba segura de que Erich no se lo había contado a nadie más que a su madre, con la que era innegable que se habría desahogado en el acto. Aunque también era verdad que ella no se lo había mencionado en ninguna ocasión. Suponía que porque el perdón lo obtuvo esa misma noche, a unas horas intempestivas y en una llamada fortuita que se vio obligada a hacer para que los remordimientos que sentía le permitieran dormir. Y agradeció haberla realizado a deshora, pues Erich tampoco había sido capaz de pegar ojo pensando en la situación tan incómoda que había provocado al modificar el testamento, y más cuando sabía que Jara le cedería la empresa a su hija *ipso facto*, puesto que no había mostrado jamás interés por ella.

—No sé a qué se refieren —contestó a la defensiva. Ni siquiera comprendió cómo esos vocablos habían salido de su boca. Estaba angustiada por ese recuerdo que había intentado borrar de su memoria.

—Entiendo. ¿Nos está diciendo que no discutió con el señor Müller por la herencia? —repitió la inspectora Garrido al notar su perturbación.

—Creo que será mejor que mi abogado esté presente. —Carla comenzaba a ponerse nerviosa. Esa estúpida discusión podía situarla en el centro de mira. Se volvió a maldecir por su temperamento. Si hubiera respirado hondo antes de enfrentarse a Erich, aquel impulsivo encuentro no se habría producido.

—Una cosa más —repuso la inspectora—. Si no tiene nada que ver con la muerte de su padrastro, nos gustaría que nos permitiera echar un vistazo a la vivienda. Así nos demostraría que no tiene nada que ocultar. —Al ver que dudaba, añadió—: Si lo cree necesario, pediremos una orden judicial. —La inspectora se acababa de echar un farol, ningún juez en su sano juicio le concedería una orden de registro con las pocas pruebas con las que contaba. Pero también reconocía que no quería perder más tiempo con ella, no la consideraba una sospechosa viable, aun cuando el no responder a sus preguntas no la hacía parecer inocente precisamente. Si conocía a las personas, y solía tener intuición para saber de qué pie cojeaban, la mujer que tenía delante adoraba al señor Müller y no habría sido capaz de acabar con su vida, y menos por dinero.

Carla no tenía intención de ponerse en contra de la policía, deseaban lo mismo que ella: descubrir a la persona que había asesinado a Erich. No quería que lo olvidaran. Por ello, tras dudar unos segundos, supo lo que debía hacer.

—Naturalmente, echen un vistazo. Aquí no encontrarán nada y podrán encauzar el caso. —Hizo un ademán con la mano para que comenzaran el registro. En cuanto los inspectores iniciaron su marcha, añadió—: Espero de veras no ser la única persona en su punto de mira. —Le asustaba que pensaran que ella era culpable. Eso implicaba que no estarían siguiendo otras líneas de investigación. Por lo que, por ese camino, no averiguarían la verdad.

Jaime había estado atento a la conversación y le inquietaba lo que había escuchado. Era una locura que se les pasara por la cabeza que tuviera algo que ver con la muerte de Erich. Nadie

como él para saber la devoción que le profesaba.

—Cariño, van a echar un vistazo a la casa. Creen que asesiné a mi padre —le explicó con los nervios a flor de piel, ni siquiera se había percatado de que había permanecido a su espalda.

El rostro de Carla se mostraba pálido, como si repentinamente se hubiera convertido en un fantasma. Las noticas que habían traído los inspectores la habían dejado con mal cuerpo. Aunque sabía que no tenía nada que perder con ese registro, pues allí no hallarían ninguna cosa, algo le decía que no iba a ser tan sencillo.

Jaime se situó a su lado, el verla tan frágil le había afectado. Se daba cuenta de que necesitaba su apoyo, pese a que él experimentaba una sensación de terror cercana al pánico. Ni en sus peores pesadillas se habría imaginado algo así. Su mujer todavía estaba destrozada por la muerte de Erich, no era capaz de afrontar su perdida, y ahora se enfrentaba a la desconfianza policial. No se lo podía creer.

Carla se apoyó en su marido, se encontraba súbitamente mareada y no tenía intención de desplomarse delante de los inspectores. No consentiría que fuesen testigos de su debilidad.

—Señora Goebel, no es eso lo que estamos diciendo —procuró congraciarse con ella la inspectora—. Únicamente tenemos un declarante que le oyó discutir con su padrastro, poco antes de su fallecimiento, sobre el testamento que había redactado. Solo queremos echar un vistazo. Nuestro objetivo es exonerarla, si es inocente. Verificar que no existe ninguna prueba que demuestre su participación en los hechos que nos ocupan.

—Registren lo que quieran si eso corrobora que mi esposa no tuvo nada que ver con la muerte de Erich.

La inspectora Garrido se sentía fatal por lo que estaba haciendo, pero no podía obviar el giro que habían tomado los acontecimientos. Así que la primera habitación por la que se decantó fue el despacho. De ocultar algo, lo habrían hecho ahí, un lugar por lo habitual libre de niños.

Corrales fue tras ella, seguido muy de cerca por los propietarios de la casa, cuyo empeño se enfocaba en no permitirles revolver el piso sin estar ellos presentes.

El matrimonio observaba ese asalto a su intimidad con el dolor reflejado en el rostro. No se podían creer que se encontraran en esa posición cuando los agraviados habían sido ellos, puesto que el asesinato de Erich les había dejado una enorme huella de desconsuelo en el corazón, que les costaría mucho tiempo superar. Apoyados en la moldura de la puerta, contemplaban impotentes cómo ambos agentes de la ley revisaban cajones y armarios.

Tanto Garrido como Corrales estaban siendo cuidadosos en su labor. Les constaba que les habían permitido esa invasión porque se consideraban inocentes de las acusaciones lanzadas por parte de los Soler. Y ellos no tenían la pretensión de agraviar ese mal trago que estaban sufriendo comportándose de forma negligente. Por añadidura, eran conocedores de que los mellizos se hallaban en la cama, por lo que evitaban provocar algún ruido que pudiera despertarlos.

Y aunque por la cabeza de ninguno pasó la idea de que fueran a dar con algún indicio que los incriminara, poco después se dieron cuenta de lo errados que habían andado.

No llevaban ni cinco minutos registrando el despacho, cuando el subinspector rompió el tenso silencio que se había formado:

—Inspectora, creo que he descubierto algo.

Los presentes dirigieron su mirada al policía, cada cual más sorprendido por la aseveración que acababa de pronunciar.

La inspectora se acercó con curiosidad, en su rostro se reflejaba la sorpresa, aunque nada comparable al gesto de los propietarios quienes estaban boquiabiertos.

En ese cuarto no había nada que tuviera que ver con la empresa. Carla tenía en mente

instalarse allí, pero hasta ese momento se había organizado en la oficina. Su jornada laboral era demasiado extensa como para alargarla en su hogar. Por esa razón, el poco rato que pasaba en casa, lo disfrutaba con su familia, olvidándose allí de su nueva faceta profesional. Luego, no dilucidaba que podrían haber descubierto que les pudiera resultar de utilidad. Estuvo a un paso de acercarse a ver qué había llamado la atención del subinspector, mas no fue necesario, pues, acto seguido, sacó el hallazgo de uno de los cajones del precioso secreter estilo Chippendale que ocupaba el centro de la habitación. En sus manos se podía vislumbrar una bolsita transparente, como las que dan en el aeropuerto para introducir los líquidos y poder cruzar el control, cuyo interior albergaba un pequeño frasco transparente y una jeringuilla. El recipiente estaba recubierto con una pegatina que rezaba: «Toxina Botulínica Tipo A. Polvo liofilizado para solución inyectable».

Carla reconoció de inmediato el diminuto envase. No se podía creer lo que estaba sucediendo. No entendía cómo ese veneno había llegado hasta un lugar accesible para sus hijos. Podía haber ocurrido un lamentable accidente si hubieran dado con él.

Tras ese primer momento de estupor, pensando en la posibilidad de un contratiempo fatal, se dio cuenta del significado del descubrimiento y del motivo por el cual los inspectores la observaban con atención, vigilando sus movimientos y estudiando sus reacciones. Ese hallazgo era una prueba fehaciente de su presumible participación en el asesinato de su padrastro. Ese botecito que parecía baladí, la apuntaba como principal y, predeciblemente, única sospechosa.

—No entiendo cómo ha llegado eso ahí. —Su cabeza iba a cien por hora, intentando descifrar de qué modo había aparecido en su buró ese vial de botulina.

Jaime, a su lado, estaba tan asombrado como ella. Para él resultaba incuestionable su nula participación en la pérdida de Erich. Era incapaz de matar a una mosca, por lo que provocar la muerte de su padrastro era algo inconcebible. Sin embargo, en ese instante no podía pensar, solo veía el pánico reflejado en el rostro de su mujer y el desconcierto que había generado ese descubrimiento en los inspectores de policía. Él no sabía qué hacer. Si bien, no hizo falta. Fue Carla la que tomó las riendas de la situación.

—Cariño, lleva a los mellizos a casa de la vecina, que se quede con ellos esta noche. Y avisa a mi madre. Ella se pondrá en contacto con un buen abogado penalista. —Su marido asintió, pero no fue capaz de moverse ni un ápice del sitio. Se hallaba petrificado por lo que estaba aconteciendo delante de sus narices.

A la inspectora Garrido, a pesar de la lógica y su intuición, que le decían que lo que iba a hacer era un error, no le quedó más remedio que detenerla. Sabía que no podía dejar pasar por alto la prueba que acababan de destapar. Esperó a que su marido, tras unos segundos sin reaccionar, desapareciese de la sala con el fin de acatar las instrucciones de su esposa. No entraba en sus planes que los niños fueran partícipes de una experiencia tan lamentable, que lo más probable es que se les quedara grabada a fuego en la memoria, como era presenciar la detención de su madre por el crimen de su abuelo.

En cuanto franquearon la puerta principal, procedió a su arresto:

—Carla Goebel se la acusa del homicidio de Erich Müller. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será utilizada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene derecho a hablar con un abogado y que esté presente durante cualquier interrogatorio. Si no puede pagar uno, se le asignará uno pagado por el Gobierno. ¿Le han quedado claro los derechos previamente mencionados?

Carla asintió sin estar segura de lo que sucedía en realidad. Entonces, advirtió cómo Jaime regresaba y se aproximaba hacia ella. Sabía que sería incapaz de superar lo que estaba a punto de

sobrevenirla sin su apoyo.

—¿Los niños?

—Los he dejado con Inés, no se han despertado. No tienen ni idea de lo que está ocurriendo.

—Tenemos que irnos —les interrumpió la inspectora.

—Pongo al corriente a tu madre y voy a la comisaría. ¿De acuerdo? —Por fin sentía que estaba reaccionando. No deseaba que su mujer pasara ni un minuto más del imprescindible en un calabozo mugriento, por lo que haría lo que estuviera en su mano para impedirlo. No obstante, su impotencia se vio acrecentada al ver cómo los inspectores la custodiaban, como si se tratara de una simple delincuente.



17

Esa jornada había sido complicada para la inspectora Garrido. Se había visto obligada a detener a la persona que consideraba equivocada. No le había quedado otra opción, las pruebas apuntaban a Carla Goebel. Su instinto, o experiencia, le decía que ella era inocente, que alguien la había convertido en la cabeza de turco de toda esta historia para su propio beneficio.

Y por si no fueran suficientes esos nubarrones que se cernían sobre su cabeza, no había podido dejar de darle vueltas a la conversación de esa mañana. Necesitaba más información, saber si ese halo de esperanza que se le acababa de cruzar por delante era real o un proyecto solo realizable en un futuro lejano.

Era consciente de que no eran horas para hacer una visita oficiosa, se le había hecho bastante tarde. Había tenido que permanecer en comisaría hasta última hora rellenando papeleo por la detención de Carla Goebel. Si bien, no podía regresar a casa sin contar con más datos, ya que se pasaría la noche en vela pensando en sus posibilidades. Y ese era el motivo por el cual se dirigía a la vivienda de Irene Molina. Daba por sentado que, a esas horas intempestivas, no se hallaría en la oficina.

Cuando llamó a la puerta, le abrió la susodicha, quien no ocultó la sorpresa de verla plantada en el rellano.

—Lamento molestarla a estas horas, pero me gustaría hablar con usted —dijo con autoridad, como era su costumbre, procurando rebajar el tono y comenzando con una disculpa.

—Claro, adelante. —Irene Molina se echó a un lado para permitirle el paso.

La inspectora se fijó en la decoración moderna del piso, la cual ponía de manifiesto que había sido remodelado hacía poco. También reparó en que la mujer no esperaba a nadie, puesto que vestía con ropa holgada y gastada por el uso, la habitual para estar por casa cómoda; además, llevaba recogido el pelo en un moño del que le caían varios mechones en desorden.

—Bonito piso —repuso, intentando romper el hielo.

—Gracias. Acabamos de hacerle un lavado de cara —aseveró, confirmando sus sospechas.

—Cariño, ¿quién es? —Su pareja se asomó por la puerta de la cocina vestida con un delantal, cuyo dibujo abstracto disimulaba las salpicaduras de comida, y portando una cuchara de madera manchada de tomate.

—Ainhoa, es la inspectora Garrido.

—Buenas noches. Disculpad mi intromisión. —Blanca se sentía incómoda. Si estuviera allí a causa del trabajo, no le importaría molestar, pero no era el caso—. Creo que es mejor que me marche, no deseo importunarlas. Veo que estaban preparando la cena.

—No hay problema —contestó Ainhoa—. Entiendo que ha venido a hablar con Irene, así que yo las dejo, no quiero que se me queme la cena. —Una vez dicho esto, desapareció de la vista de ambas.

—Inspectora, no se preocupe. Me encantaría ayudar a descubrir al asesino de Erich. Era alguien que se hacía querer. Lo apreciaba mucho como jefe y como persona —comentó Irene mientras avanzaba hacia el salón.

—Lo que ocurre es que no vengo por el caso. Mi intención es personal —admitió.

La anfitriona levantó las cejas y abrió la boca, en gesto inequívoco de asombro, a la par que le ofreció asiento. No se le ocurría en qué podría ayudarla.

—Pues cuénteme. La verdad es que estoy intrigada —reconoció entretanto cogía el libro, que había estado leyendo hasta la interrupción de la inspectora, de encima de la butaca para

dejarlo sobre la mesa de centro y, así, poder acomodarse frente a su invitada.

—Esta mañana Carla Goebel ha mencionado que en su laboratorio se están investigando tratamientos destinados a vencer enfermedades genéticas.

—Quizá haya pecado de modesta —le dijo con una sonrisa en la boca—. Para serle sincera, estamos avanzando a pasos agigantados en ese campo. De hecho, ahora mismo tenemos entre manos un medicamento experimental con el que nos sentimos muy ilusionados. Somos bastante optimistas con los resultados.

—¿Y de qué trata? —La inspectora se percató de que a Irene Molina le extrañaban las preguntas que le hacía, así que añadió—: Mi hijo falleció hace unos meses de distrofia muscular. Soy portadora del gen.

—Entiendo.

—Por esa razón, me gustaría saber más sobre ese medicamento, si fuera posible. —Se daba cuenta de que tal vez no podría revelar la información. A lo mejor se trataba de un estudio confidencial. Se imaginaba que en una farmacéutica de su calibre, como en cualquier otra empresa de investigación y desarrollo, el espionaje científico estaría a la orden del día.

—No se preocupe, es de conocimiento público. —Se levantó y abrió uno de los cajones del mueble que presidía la habitación, de allí sacó una revista que le mostró a la inspectora. En ella, en primera plana, anunciaban que en el interior se incluía un artículo sobre su estudio—. Es una publicación científica de hace un par de meses. Llévesela por si quiere echarle un vistazo.

—Muchas gracias. —Blanca la sostuvo unos segundos con interés y, a continuación, la guardó en su bolso.

—Vamos a iniciar —comenzó con su explicación— un ensayo de fase II del tratamiento experimental que hemos creado. Todavía estamos seleccionando a los pacientes que van a participar, pero no creo que se demore. En pocas semanas esperamos empezar.

»Nuestro proyecto consiste en un nuevo método de introducción de material genético en las células, de forma que se inhiba el gen que contribuye al desarrollo de la enfermedad. El estudio en el que estamos inmersos se sirve de nanopartículas magnéticas que, gracias a su ínfimo tamaño, pueden generar calor si son colocadas en un campo magnético alterno.

»Lo habitual es que la alta temperatura que ocasiona la nanopartícula se use para destruir la célula al ser calentada de forma selectiva. Sin embargo, nuestra intención es que esas nanopartículas se queden en la membrana de la célula y ese calor que producen provoque pequeños poros en ella por los que introducir material genético.

»Es una nueva manera de acceder a la célula. De ese modo conseguiremos que el material genético transmitido bloquee el gen defectuoso.

Blanca no comprendía el proceso por completo, pero no pasaba por alto las conclusiones.

—Entonces, si yo tuviera un hijo que heredara distrofia muscular, ¿con este tratamiento se podrían corregir sus genes?

—Exacto. Incluso, si pudiéramos acceder a él en el momento en el que se está desarrollando dentro de la madre, en periodo embrionario, podría nacer completamente sano; sin ningún rastro de enfermedad heredada. En este caso, habríamos atajado el problema antes de que se produjera.

Blanca Garrido estaba anonadada a la luz de esa nueva perspectiva. Hasta ese momento los médicos habían sido claros, le habían manifestado, por activa y por pasiva, que la distrofia muscular no se podía evitar, solo era posible controlar y reducir la gravedad de los síntomas. Sin embargo, Irene Molina le estaba exponiendo algo completamente diferente. Iba a revolucionar la medicina con ese tratamiento que permitía revertir la enfermedad atacando el origen: los genes defectuosos.

—¿Es eso posible? —susurró la inspectora, todavía incrédula por esa exposición.

—Es más que posible, es una realidad. Nuestra investigación así lo confirma. He oído más de una vez esa palabra: imposible, pero eso solo demuestra la genialidad de mi idea. —La miró a los ojos mostrándole plena convicción—. No tardaremos en sacar este nuevo tratamiento al mercado, entonces, el mundo verá que para la ciencia ese vocablo no existe. Solo hay que encontrar el camino.

—Ya estás aburriendo a la inspectora con tu verborrea médica, ¿verdad? —Ainhoa entró en la sala portando una bandeja con varios boles de frutos secos y diferentes refrescos, que instaló sobre la mesa baja que separaba a ambas mujeres.

—Para nada. Estoy realmente interesada en los estudios genéticos que está llevando a cabo. ¡Son sorprendentes! —exclamó esperanzada. Empezaba a creer que tenía posibilidades de traer al mundo niños sanos.

—No desespere, inspectora. Si no somos nosotros, crucemos los dedos, otra farmacéutica sacará en poco tiempo un tratamiento de estas características. Es una carrera de fondo. Aunque en este momento nosotros somos los que vamos en cabeza —confesó mientras se servía un refresco *light*—. ¿Desea algo de beber?

—No. Creo que ya las he molestado suficiente. No son horas de hacer una visita —declaró poniéndose en pie—. Muchas gracias por haberme atendido, pero es mejor que me marche.

Las dos mujeres observaron cómo abandonaba el salón con celeridad, ni siquiera les dio tiempo a levantarse para acompañarla. Cuando se quisieron dar cuenta, oyeron el sonido de la puerta al cerrarse. Ambas se miraron sorprendidas por las prisas repentinas de la inspectora, pero comenzaron una charla sobre las anécdotas del día que hizo que la olvidaran.

Blanca Garrido se encaminó a su coche con una gran sonrisa dibujada en el rostro. Lo que acababa de escuchar cambiaba su mundo. Sus temores por quedarse embarazada pasaban a un segundo plano, puesto que lo que creía irresoluble ahora tenía solución.

Condujo a su piso de forma automática, apenas prestaba atención al tráfico, su cabeza no podía evitar darle vueltas a lo que le habían contado. Era la luz al final del túnel: restaba un tiempo finito para poder erradicar las enfermedades hereditarias.

Cuando entró en el recibidor de su hogar, mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba en el perchero, observó a su marido sentado en el sofá con un bol de palomitas en el regazo y una cerveza en la mano.

—¿Qué tal tu día? —le consultó en cuanto se adentró en la sala. Su cara le respondió de inmediato, ya que mostraba evidentes signos de cansancio—. ¿Quieres que te prepare algo de cenar? —le propuso con cariño, pues se enterneció al verla en ese estado.

—No tengo hambre, pero sí me apetece sentarme un rato contigo en el sillón. ¿Qué estás viendo? —indagó mientras cogía un puñado de palomitas y se las metía en la boca.

—*Jungla de cristal*. Empieza ahora.

Blanca lo miró fascinada, no sabía cuántas veces había visto esa película. De todas formas, a ella le daba igual, estaba convencida de que se dormiría en poco rato.

Tras un par de cervezas y habiéndose engullido la mayoría de las palomitas, estudió a su marido, quien en ese instante disfrutaba de esas escenas de acción que había visto millones de veces. No supo si por verle en esa situación tan relajada o porque estaba emocionada por la noticia que acababa de recibir, no pudo contenerse y se lanzó al lóbulo de su oreja con el que empezó a juguetear.

—¿Qué haces? —preguntó con voz ronca.

—Tú que crees —le runruneó al oído.

Rubén se volvió hacia ella y, al descubrirla con el deseo empañando sus ojos, posó la boca sobre sus labios a la vez que pulsaba en el mando el botón que silenciaba la televisión. Hecho esto, la tumbó en el sofá y se concentró en complacer el apetito que sentían ambos en ese instante. Se quitaron el uno al otro la ropa con ansia y desesperación. La pasión ardía en el interior de la pareja. Si bien, cuando Rubén fue a colocarse protección, ella lo miró con devoción y negó con la cabeza.

—¿Estás segura? —Estaba confuso. Desde que le habían detectado a Dani la enfermedad hereditaria, ella no había querido saber nada de tener más hijos, aun cuando él había insistido hasta la saciedad. No intuía el motivo de ese cambio de opinión, pero no era el momento de curiosear. No le importaba por qué había mudado de parecer, se alegraba infinitamente porque lo hubiera hecho. Era conocedor de que había muchas posibilidades de que un nuevo bebé no desarrollase la enfermedad—. Te quiero —le susurró emocionado.



18

Una semana antes del homicidio

—Señor Müller, el señor Adler Zimmermann desea verlo. —La joven recepcionista le informó con tono aburrido, consciente de que su contestación sería una negativa. El presidente de una corporación de la altura de Pharma Jara era un hombre ocupado, saturado de reuniones y visitas en su día a día. Por ende, si no se concertaba una cita con él, nunca recibía.

Erich se quedó petrificado al escuchar el nombre que había surgido por el altavoz. Hacía años que no tenía noticias de ese individuo y habría preferido seguir así. Todavía recordaba su último encuentro, en él no había salido bien parado, le había dado un buen sablazo.

—Perdona, Marta, ¿me puedes repetir el nombre? —Quizá, después de todo, la muchacha no lo había pronunciado bien.

Aun cuando Erich Müller no vio la maniobra del alemán que esperaba en la recepción, al oír su voz al teléfono, comprendió que no había dudado en arrancárselo de la mano a la recepcionista que, conociéndola, habría permanecido inmóvil y sin saber cómo actuar frente a ese procedimiento tan descortés.

—¡Erich, no me digas que no tienes unos minutos para charlar con un viejo amigo! ¿Ya no me recuerdas? —le preguntó con sorna—. Soy yo, Adler Zimmermann.

—Adler, por favor, me puedes poner de nuevo con la joven que tienes delante para pedirle que te acompañe a mi despacho.

—Erich, no será necesario. No me perderé.

El inesperado invitado colgó el auricular y comenzó a caminar en dirección al despacho de su camarada, mientras la confundida recepcionista lo observaba sin ser capaz de reaccionar. Cuando lo tuvo a una distancia prudencial, susurró alguno de los insultos de los que creía merecedor a ese extraño que se había comportado de forma tan maleducada. De todos modos, ese incidente desapareció de inmediato de sus pensamientos pues el teléfono sonó de nuevo y se vio absorbida por sus tareas.

—Erich, ¡cuánto tiempo! Veo que sigues igual que siempre. El dinero te sienta fenomenal —le soltó nada más cruzar la puerta.

Adler Zimmermann nunca se había caracterizado por su delicadeza, muy a su pesar, la grosería era su carta de presentación.

—Hace mucho, Adler. Me sorprende verte por aquí. Todavía recuerdo que la última vez me aseguraste que no volverías.

El aludido ignoró el comentario, era indiscutible que no era bienvenido. Mas no le importaba lo más mínimo. Esperaba recibir una beneficiosa retribución por sus servicios y no se marcharía sin ella. Las observaciones despectivas eran lo que menos le preocupaba en ese momento. Necesitaba una ingente cantidad de dinero para costear sus deudas y ese era el único sitio donde podría conseguirla.

—Veo que la vida te ha tratado bien, Erich. No como a mí.

Aun no habiendo sido invitado, se repantingó en la butaca situada frente a él. Sin ningún tipo de apuro, examinó lo que había a su alrededor. El despacho estaba decorado con gusto, no había reparado en gastos. Supuso que habría pagado a una interiorista para que lo llenara de esas lindezas que costarían un ojo de la cara. Eso sin contar que, tras las enormes cristaleras que conformaban las paredes, se divisaban unas vistas deslumbrantes de la ciudad. Era evidente que

le iba mucho mejor que bien, por lo que decidió pedirle una suma mayor de la que había pensado en un principio, estaba seguro de que se lo podía permitir.

Intentaba disimularlo, pero la verdad era que estaba nervioso. De esa entrevista dependía su futuro. Si no lograba su objetivo, sería hombre muerto.

Para encubrir su estado de ansiedad, cogió una de las tarjetas de visita que había sobre la mesa, dispuesta a ser entregada a sus futuros clientes, jugueteó unos segundos con ella y acabó guardándosela en el bolsillo.

Erich lo estudiaba, había creído apreciar un atisbo de inquietud en él, mas si existió, desapareció al instante. No le cabía ninguna duda de por qué Zimmermann se había presentado en sus oficinas tantos años después. Era obvio que quería algo y lo único que le interesaba a Adler era el dinero. Solo esperaba acabar lo antes posible con esa inesperada visita para olvidarse de él permanentemente.

—Recuerdo que la última vez que nos vimos te llevaste una pequeña fortuna, toda ella proveniente de mi bolsillo —repuso Erich, cansado de ese silencio interminable.

—De eso hace mucho, Erich. Ya no me queda ni un céntimo. Lo he perdido todo. Al principio no me fue mal, invertí algo del dinero que me pagaste por mis servicios —enfatizó esas últimas palabras— en bolsa, pero…

Müller no escuchaba, no le interesaban sus desventuras. Ese miserable tenía la desfachatez de regresar a pedir más dinero. Sus favores fueron recompensados en el pasado al precio acordado. A pesar de ello, años después, cuando se había asentado como presidente de Pharma Jara, Zimmermann reapareció para recordarle que estaba en deuda con él. «Ahora que eres multimillonario, no puedes dejar a tu camarada en la estacada», le soltó con descaro. En esa ocasión sintió lástima de él, por lo que se vio en la obligación de ayudarlo, lamentaba que hubiera caído en desgracia. Pero ya había pagado su deuda con creces.

En aquel momento, temió que se presentara de manera regular con el único propósito de chantajearlo. Si bien, como desde entonces no había vuelto a dar señales de vida, creyó estúpidamente que se había librado de él. Además, le entregó una considerable suma de dinero, más del que necesitaba para vivir varias vidas. No obstante, había derrochado el capital con el que le obsequió en su anterior visita y venía a por más.

—En resumen, malas inversiones, mujeres y juego. Ya sabes —concluyó.

—No, no sé, Adler.

—¡Ah! Eso es porque tú sigues siendo un pelele para las mujeres, ¿no es cierto? Tengo entendido que te acabas de casar con la señorita Goebel. ¡Enhorabuena! Solo te ha costado más de cuarenta años —repuso con tono burlón.

—¿A eso has venido? ¿A regodearte? —Que mentara a Jara le sacó de sus casillas.

—No, claro que no. Y me duele que pienses así. Ya sabes que te aprecio. Sin mí no habríais abandonado Berlín Este. ¿Te acuerdas, verdad, Erich? ¿O ya te has olvidado?

—Claro que me acuerdo. ¡Cómo olvidarlo! —Fue la decisión más dura que había tomado en su vida.

—Celebro saberlo. No tenía ganas de ponerte en antecedentes, una vez más.

Como Erich se mantuvo en silencio, se figuró que para sopesar sus opciones, Adler retomó su diatriba:

—Cuando quieras interrumpirme, hazlo. Ya sabes lo mucho que me gusta escucharme a mí mismo. —Soltó una carcajada. Sabía que esa batalla la tenía ganada pues el rostro de la persona que se situaba frente a él mostraba su claudicación. De ahí saldría siendo un hombre más rico de lo que había entrado. La suerte volvía a estar de su lado—. Como me imagino, ya supondrás por

qué estoy aquí. Ya te he dicho que los negocios en los que he invertido han sido nefastos, lo perdí todo por mi mala cabeza. Al revés que tú, que cada vez te veo más asentado y adinerado.

Erich era consciente de que no podía hacer nada. Si quería su silencio, debía pagarle la cantidad que estipulase. Estaba atado de pies y manos, algo que no le hacía ninguna gracia. No estaba acostumbrado a que fuera otro el que llevara las riendas en las negociaciones. Su nulo control le exasperaba. Mas no le quedaba otra, conocía su secreto, algo que habría preferido mantener enterrado para siempre.

—De acuerdo, ¿cuánto quieres esta vez?

—Creo que con cinco millones podré vivir un tiempo con cierta comodidad.

—¡¿Cinco millones?! ¡Estás loco! ¿De dónde crees que voy a sacar tanto dinero?

—Tú eres el hombre de negocios. Sabrás cómo reunirlo. Tengo entendido que esa bonita casa en la que vives cuesta eso mismo. Tal vez puedas hipotecarla. Pero tú sabrás mejor que yo, ¿verdad?

Esas palabras solo fueron dichas para informarle de que estaba enterado del valor de sus posesiones, que había investigado su patrimonio. Müller se sorprendió porque hubiera hecho sus deberes, la verdad es que lo consideraba un vago y un vivalavirgen.

—Está bien, pero necesitaré tiempo para conseguir tanto efectivo.

—Tienes una semana. —El rostro de Zimmermann había pasado de un gesto ladino a severo en cuestión de unas décimas de segundo. Entonces, sacó del bolsillo interior de su abrigo un papel y lo dejó sobre la mesa mientras se ponía en pie—. Ese es el número de cuenta al que debes hacer la transferencia. Si no llega a tiempo, me ocuparé de que Jara Goebel sepa la verdad. No lo dudes.

No le dio oportunidad a que rebatiera sus argumentos. Se giró sobre los talones y salió del despacho, dejando a Müller pasmado ante brutal chantaje.

Erich se levantó de la mesa y contempló por el ventanal de su despacho las impresionantes vistas de un Madrid que se ubicaba a sus pies. Cuando quería relajarse y pensar, ese mirador lo tranquilizaba y le daba alternativas que ni se había planteado. Era su lugar de reflexión y meditación.

Era consciente de que pagar cinco millones de euros a ese advenedizo no entraba en sus planes. Pero tampoco deseaba que hablara más de la cuenta y pusiera a Jara en su contra. Y menos ahora que estaban recién casados. Por fin, su sueño de tantas décadas se había convertido en realidad y un payaso como Adler Zimmermann no se lo iba a arruinar.

Se dio la vuelta y regresó a la comodidad de su silla con un plan bien definido en la cabeza. A continuación, cogió el teléfono y marcó un número.



19

Berlín Este, primavera 1982

Erich iba de camino a la casa de su amigo Johannes Göbel. Era la primera vez que la pisaba tras lo sucedido en Nochebuena, momento en que decidió declararle sus sentimientos a Jara, la prometida de su camarada. Aún no sabía de dónde le había salido ese arrojo que no había poseído a lo largo de los últimos años. Sin embargo, al recordarla, supo el motivo. Estaba tan hermosa con aquel mechón de pelo cayéndole sobre los ojos mientras preparaba la cena, que comprendió que tenía que poner sus cartas sobre la mesa. Ella debía saber que contaba con otras opciones. Aunque el resultado no fue el deseado. Borró de inmediato esa imagen que se le acababa de dibujar en la mente. Era consciente de que sus sentimientos no eran correspondidos, así que debía pasar página. Por lo menos eso era lo que le dictaba la cabeza, puesto que el corazón discrepaba.

Aquella noche había salido de esa cocina herido. Su autoestima había sufrido un fuerte mazazo. Siempre creyó que existía una mínima esperanza de que los sentimientos fueran mutuos. Pero estaba equivocado. Por ello, acabó en un bar, solo y bebiendo hasta olvidar. De hecho, así vivió las navidades, en soledad, únicamente acompañado por una botella de licor, ¿cuál?, eso era lo de menos, cualquiera le valía con tal de dejar de ver su rostro en cada esquina. Necesitaba arrinconarlo a un recoveco perdido de su mente. Si bien, admitía que no lo había conseguido. Sus afectos no habían disminuido, al contrario, se habían convertido en una obsesión que había decidido refrenar ya que la pareja era su única familia.

Desde entonces, solo había coincidido con Jara el día de su boda. Era el padrino y no pudo faltar. Y pese a que Johannes aparentaba obviar lo ocurrido, él comprendió, al verla con el precioso vestido que lucía y con un semblante que mostraba una felicidad desbordante, que jamás la olvidaría. Anheló en su interior que esa dicha hubiera sido motivada por él. Habría dado su vida por encontrarse en el lugar de su amigo y ser él quien le prometiera amor eterno.

Movió la cabeza procurando eliminar ese repertorio de pensamientos que le habían sobrevenido. Tenía que rehuirlos porque ella no lo amaba. Además, su amistad con Johannes era importante para él. Se conocían desde hacía muchos años y le había dispensado su ayuda y apoyo durante ese tiempo sin pedir nada a cambio. No podía echarlo por tierra por una mujer.

Con Johannes sí había mantenido el contacto, aunque en menor medida de lo acostumbrado. Era consciente de que su hermandad había sufrido un revés, pero no dudaba de que con el tiempo volverían a ser los de antaño. Y aun cuando estaba seguro de que conocía la atracción que sentía por su mujer, no lo había mencionado ni le había puesto en evidencia, cuestión que le agradecía porque todavía no sabía cómo afrontarlo.

En cuanto llamó al timbre, no tardaron más que unos segundos en abrirle la puerta. Le esperaban.

Johannes le dio un caluroso abrazo un vez hubo cruzado el umbral, mientras Jara, que permanecía en un segundo plano, observaba la escena, emocionada porque sus diferencias hubieran desaparecido.

Erich no pudo evitar reparar en ella, se la veía radiante, el matrimonio le había sentado bien, aun así, creyó notar que había algo más. Entonces, se dio cuenta. Se fijó en su estrecha cintura y admiró su ensanchamiento y el leve bulto de su barriga, apenas era perceptible, pero él había estudiado esas curvas tantas veces que no le pasó desapercibido. Estaba encinta.

En un primer instante lo reconcomió la envidia, ese hijo debería haber sido suyo. Pero aplacó esos celos repentinos que le habían surgido y se alegró por su amigo. Tendría que conformarse con ser parte externa de esa familia, intuía que ellos nunca le darían la espalda.

—Erich, nos alegramos mucho de verte. —La voz de Jara sonó angelical en sus oídos.

—Yo también. Veo que tu nuevo estado te ha provocado un brillo especial. ¡Estás deslumbrante! —Nada más soltar ese halago, que partiendo de su boca podía resultar chirriante, se arrepintió. No obstante, la pareja se sorprendió más porque su secreto había sido descubierto que por la galantería demostrada.

Jara no era capaz de adivinar cómo se había percatado de su embarazo. Entonces, cayó en la cuenta, debía referirse a su matrimonio. Nadie más que ellos y su ginecólogo conocía la noticia.

—Es que Johannes se porta muy bien conmigo. Me consiente demasiado —repuso, acercándose a su esposo para darle un dulce beso en la mejilla.

—Pasemos al salón. ¿Quieres tomar algo, Erich? —Se separó de su mujer y se encaminó hacia la sala. No quería incomodar a su camarada, conocía la devoción que profesaba por Jara y, por ese motivo, mantendrían las distancias delante de él. Sobre todo cuando tenían varios temas importantes que comunicarle.

—Estaba haciendo café —propuso a la par que se dirigía hacia la cocina.

—Me tomaría uno —aceptó Erich mientras observaba embelesado su movimiento de caderas al alejarse.

Los dos hombres se acomodaron en el sofá, y mientras esperaban a que ella regresara, hablaron de trivialidades. En cuanto apareció, portando una bandeja con varias tazas y una cafetera, Johannes encendió la televisión y subió el volumen. La conversación que sostendrían a continuación deseaba que permaneciera en privado, aislada de oídos ajenos.

Jara sirvió sendas tazas de café y colocó un plato con pastas sobre la mesa, hecho esto, se sentó frente a ellos, en un sillón orejero que solía utilizar para leer.

—Bueno, ¿cómo os va la vida de casados? —preguntó Erich por cortesía.

—Tienes que probarla. Yo estoy encantado —reconoció Johannes con una sonrisa dibujada en el rostro que apoyaba sus palabras.

—Lo haré, lo haré. En cuanto encuentre a la chica que quiera compartir el resto de su vida conmigo —contestó, intentando mostrarse gracioso, aunque no fue ese el efecto que obtuvo. Más, cuando su mirada se enfocó en Jara quien se sintió cohibida tras escuchar esa afirmación que parecía dirigida a ella.

—La encontrarás —repuso su amigo. Johannes comprendía que el afecto de Erich por su mujer era más que una exaltación momentánea, era un sentimiento profundo. Y también se daba cuenta de su esfuerzo por hacerlo desaparecer, algo que le reconocía—. De todos modos, hoy te hemos invitado porque queremos tratar contigo un par de asuntos —prosiguió, disminuyendo el volumen de voz.

—Soy todo oídos. —A Erich no se le había pasado por alto la gravedad de los temas que querían tratar con él. Resultaba evidente tras ver a Johannes encender el televisor a todo volumen; aparato que los presentes estaban ignorando.

—Queríamos comunicarte una buena nueva. ¡Estamos esperando nuestro primer hijo! —Los ojos del futuro padre reflejaron su emoción.

Erich lo abrazó esforzándose por ocultar su dolor. Era una gran noticia para su camarada y debía celebrarlo también y, aunque ya lo había deducido, mostró sorpresa. Admitía que se alegraba por su amigo, si bien, su cabeza le jugaba malas pasadas, fantaseaba con ser él el que se hallara en esa circunstancia.

—¡Felicidades, hermano! —Se separó de su apretón y se giró hacia la protagonista de sus deseos—. ¡Enhorabuena, Jara! ¡Se te ve radiante!

Ella, al percibir el afable recibimiento de sus novedades, se levantó con el propósito de permitirle ese abrazo que parecía inseguro de dar.

Erich, en cuanto se dio cuenta de que tenía su permiso para felicitarla como se merecía, siguió sus pasos, se levantó y la estrechó entre los brazos. Solo se atrevió a retenerla un par de segundos; no quiso alargarlo más porque, si lo hacía, no lograría despegarse de ella.

En ese breve instante fue capaz de inhalar el dulce olor a lavanda que desprendía su espesa melena y guardarlo como un maravilloso recuerdo en su memoria.

—Por este motivo —continuó Johannes con su exposición en cuanto se hubieron vuelto a acomodar en sus respectivos asientos—, queremos salir de aquí.

—¿A qué te refieres? —Erich lo suponía, era consciente de que Jara deseaba abandonar Berlín Este, por contra, Johannes siempre había sido reacio y, además, le parecía un momento de lo más inapropiado estando ella preñada.

—Queremos cruzar el Muro —sentenció Jara, quien ansiaba que llegara ese día, a pesar de que le asustaba tremendamente. Sin embargo, al sopesar los pros y los contras, los primeros ganaban de modo irrefutable.

—¿Quieres pasar al otro lado estando embarazada?

—Eso es —confirmó ella.

—Es peligroso y más en tu situación. Esto no se prepara de un día para otro, lleva su tiempo. Cuando llegue la oportunidad, quizá apenas puedas moverte. —La realidad les explotó en la cara, aun así, la pareja no se rindió.

—Por eso te pedimos ayuda —volvió a participar Johannes en la conversación—. Sabemos que facilitas la huida a Berlín Occidental —lo dijo en un susurro apenas audible.

A Johannes su secreto no le era desconocido. Era verdad que Erich no hacía alarde de ello. No podía. Si alguien lo hubiera sabido, estaría muerto o, peor aún, encarcelado. Sin embargo, con él no se contenía, mantenían una estrecha relación de confianza y franqueza que solo había sido rota por sus sentimientos hacia su mujer, ya que nunca se los había confesado.

—Por favor, te necesitamos —le suplicó Jara.

—Sabéis que haría cualquier cosa por vosotros, pero no me estáis pidiendo una tarea sencilla. Y Jara, seamos sinceros, no sé si serás capaz.

—Por mí no te preocupes. Mi bebé y yo estaremos preparados —lo dijo llena de incertidumbre porque, en realidad, no sabía a qué se tendrían que enfrentar; pero con la confianza de que habían hecho la mejor elección, aspiraban a que su pequeñín creciese en libertad.

Erich los miró a los ojos, primero a ella y luego a él, no sabía qué hacer. Quería ayudarlos, sí, pero no deseaba perderlos en el camino, y mucho menos a Jara. No obstante, sus ojos reflejaban determinación. Ya habían tomado una decisión y aceptarían las consecuencias.

—Por favor, Erich. No quiero que mi bebé crezca en el mismo ambiente que nos hemos criado nosotros. Pretendo ofrecerle algo mejor —volvió a rogar.

Erich la entendía. Comprendía que en la Alemania del Este era imposible prosperar e incluso ser libre, ese lugar no era el más adecuado para formar una familia. Pero las dudas le comían las entrañas. Si perdía a Jara en el intento, no podría seguir viviendo. No, sabiendo que había sido por su culpa. No, sabiendo que ella ya no pertenecía a su mundo. Sin embargo, de su boca salieron otras palabras muy distintas, vocablos que habría preferido no pronunciar:

—Está bien, veré lo que puedo hacer —acabó consintiendo.

Aunque había procurado que esa sentencia no lo comprometiese, al ver a sus camaradas

respirar aliviados, supo que no le quedaba otra que trazar un plan de fuga. Un plan que no les hiciera perecer en el camino. Y, además, tenía que buscar esa vía de escape con prontitud, pues no podrían cruzar si Jara se encontraba en un avanzado estado de gestación. Eso resultaba una complicación más.

Tras el acuerdo al que habían llegado, cambiaron de tercio y se pusieron al corriente de lo sucedido en los últimos meses; tiempo que apenas habían compartido por el alejamiento que se había autoimpuesto Erich.

Esa charla, quizá por el peligro que les acechaba, les había vuelto a unir. Su trato volvió a ser parejo al de los viejos tiempos, prescindiendo de la tensión generada en Nochebuena, como si Erich nunca hubiera mentado su amor por Jara.



20

Jara esperaba en una insulsa y fría sala la llegada de su hija. La habitación estaba cubierta de azulejos blancos que llevaban ahí imperecederos unas cuantas décadas, por lo que muchos de ellos estaban agrietados, demostrando que el paso del tiempo también les afectaba. Además, para ratificar su nula comodidad, la completaba un escaso mobiliario compuesto únicamente por un par de sillas enfrentadas y separadas por una mesa barata que cojeaba, tal y como comprobó en cuanto se apoyó sobre ella.

«Es la antesala al infierno», pensó, provocando que un escalofrío le recorriera el cuerpo al presagiar el espantoso lugar en el que se hallaba Carla.

Los acontecimientos de las últimas horas la habían sobrepasado. Todavía celebraba la exitosa inauguración del museo cuando detuvieron a su hija acusada del asesinato de su marido. Era un sinsentido. No comprendía cómo les ocurría algo así. Carla, que adoraba a Erich, era la principal sospechosa de su homicidio. Era incapaz de procesar cómo todo se había torcido tanto en las últimas semanas. Qué era lo que había sucedido para que fuera inculpada. Esa pregunta se le había incrustado en el cerebro y no dejaba de martirizarla puesto que no adivinaba la respuesta.

Estaba sumida en esos pensamientos cuando escuchó el sonido de pasos que se aproximaban. Levantó la mirada y la condujo expectante hacia la puerta, aguardando lo que vendría a continuación, temiendo ver a su hija en unas condiciones que no se merecía. Contempló, entonces, a una mujer de uniforme que se adentraba en el cuarto y que se apartó con intención de permitir el paso a la detenida. Al analizar a Carla, no pudo creerse lo demacrada que estaba y más llevando unas horas arrestada. Sus ojos hinchados anunciaban a gritos que todo ese tiempo lo había pasado llorando.

Se levantó con ansias de abrazarla. Lo único que deseaba era consolar a su hija, decirle que esto pasaría, sentir cerca a la persona que más amaba en ese mundo. Si bien, en cuanto la celadora se percató de sus pretensiones, las detuvo, impidiendo que se tocaran.

Ambas, aceptando la nueva realidad que las rodeaba y obedeciendo las indicaciones, se acomodaron en sendas sillas y se contemplaron con cariño.

—Hija, ¿estás bien? —le interrogó Jara con la preocupación dibujada en el rostro.

—Sí, mamá, estoy bien. O todo lo bien que se puede estar en mi situación —admitió derrumbada—. ¿Cómo están los niños? ¿Y Jaime?

—Jaime se ha quedado con ellos. Hoy no los ha llevado al colegio. —Carla se sorprendió, ella pensaba que lo mejor era que continuaran su vida con normalidad. Sin embargo, tras escuchar sus siguientes palabras, entendió el motivo de esa decisión—. En la televisión no paran de hablar de tu detención, así que hemos preferido mantenerlos alejados de la vorágine que se está creando entorno a tu persona.

—¿Y Jaime cómo lo lleva?

—Como los demás. No se cree lo que nos ha sobrevenido. Pasa de la ira al estupor en cuestión de segundos. Está bastante alterado. Los chicos parecen tranquilizarlo. —Hizo una pausa y agregó—: Le habría gustado venir conmigo a verte, pero los mellizos no querían que se marchara. Se dan cuenta de que ocurre algo y no saben qué. No quieren separarse de él. La próxima visita intercambiaremos los papeles, yo velaré por ellos mientras él viene a verte. —Fue a poner sus manos sobre las de su hija, pero antes miró a la celadora para pedirle permiso. En cuanto la mujer se lo concedió, con un leve movimiento de cabeza, prosiguió—: Siento haber

tardado en venir a visitarte, pero no nos autorizaban el acceso. —Desde que Carla había sido detenida, tanto Jara como Jaime habían removido cielo y tierra para visitarla, pero les había costado más de lo que imaginaban. Al final, tuvieron que pedir favores a viejos amigos—. Hija, ahora dime, ¿por qué estás aquí? —Por más vueltas que le había dado, no llegaba a descifrar cómo se había visto envuelta en ese embrollo.

—Mamá, no lo sé. Ha sucedido tan deprisa. No he podido ni pensar cómo hemos llegado a esto. —Carla comenzó a llorar, se sentía impotente. La policía contaba con pruebas y, a pesar de ello, ella no había tenido nada que ver con la muerte de Erich. Y lo peor era que empezaba a dudar de que pudiera salir de esa.

—Cariño, tranquilízate. —Jara le apretó las manos con el anhelo de reconfortarla—. Cuéntame qué es lo que ha sucedido. Desde el principio —le dijo con firmeza, fingiendo una serenidad que no poseía. Debía averiguar con qué pruebas contaba la policía.

—Mamá saben que, un par de días antes de la muerte de Erich, discutí con él.

—¿Discutiste con Erich? ¡¿Y eso qué importancia tiene?! Es algo habitual en una relación entre padre e hija. —En realidad esa confesión la había dejado de piedra. Erich y ella eran tal para cual, compartían opiniones y criterios. Eran tan parecidos que, a veces, se mantenía al margen, pues era la que refutaba muchas de sus apreciaciones.

—Discutimos por el testamento. —Al reconocer en voz alta el motivo de su acaloramiento, experimentó un pinchazo de dolor. Aquel día se había dado cuenta de lo absurdo e infantil de su comportamiento, y pensó que había quedado en agua de borrajas tras disculparse con su padrastro, sin embargo, al final, le había explotado en la cara, y de la peor de las formas.

—¿Por el testamento? —Jara permanecía boquiabierta, sin entender.

Carla, al constatar que su madre desconocía la disputa, se explicó:

—Mamá, escúchame y no me malinterpretes, por favor. Tú sabes lo mucho que te quiero. —Jara asintió, aguardando a lo que su hija tuviera que decirle—. Como sabes, Erich modificó el testamento poco después de vuestra boda. En él te lo legaba todo a ti mientras que en el anterior la empresa me la cedía a mí. He de admitir que, cuando me enteré, me cabreé mucho. —Carla miró a los ojos de su madre, se sentía vil, cual rata. Como una cría esperando recibir una fuerte regañina por haber cometido una trastada. Muy pequeñita frente a la mujer que, al otro lado de la mesa, no la miraba con desprecio, sino con cariño. Entonces, igual que si fuera una chiquilla, necesitó justificarse—: Sabes lo mucho que deseaba la empresa. Estudié para que, en un futuro, lo más lejano posible, yo acabara gestionándola. Es verdad que, tras el nacimiento de los mellizos, ese sueño dejó de ser mi prioridad. Olvidé mis ambiciones puesto que mis hijos ocupaban todo mi espacio. O eso creía yo. Porque al enterarme de lo que había hecho, él me lo dijo, me dolió en el alma. El prolongado tiempo que había dedicado a formarme para ese día había sido en balde. —Se detuvo unos segundos a coger aire, mas continuó de inmediato, no quería que su madre la interrumpiera para decirle lo que ella ya sabía—: Soy consciente de que fue una estupidez, pero ese cambio de decisión me lastimó, y más cuando tú nunca habías mostrado ningún interés en la compañía. A ti solo te incumbe el museo. —Su madre la miró desconcertada. Es verdad que adoraba su trabajo, pese a ello, en primer lugar estaba su familia—. No te lo tomes a mal, no es un reproche, al contrario. Eres de las pocas personas que conozco que ama su profesión y que no renunciaría a ella por nada del mundo. Incluso siendo una de las personas más pudientes de España.

—¿Sabes por qué lo hizo? —Como su hija acababa de manifestar, ella no tenía ningún interés en la compañía y nunca lo había demostrado, así que no comprendía en qué se habría basado para modificar su última voluntad.

—Se lo pregunté y me dijo que quería demostrarte lo mucho que te amaba. Que eras el amor de su vida y que lamentaba el dolor que habías soportado. Su deseo era recompensarte.

Carla observó a su madre, esperando ver sus emociones a flor de piel tras esa explicación. Erich era un gran hombre que siempre la había colocado en un pedestal. Agradecía que se hubiera mantenido a su lado después de la muerte de su padre. Sin él, no habrían sobrevivido.

—Mamá, ¿no dices nada?

—Hija, ¿qué quieres que diga? Ambas conocemos a la perfección los sentimientos de Erich. No era una persona que acostumbrara a expresarlos, solía ocultar sus emociones, bien lo sabes tú. Pero las dos teníamos presente lo mucho que nos amaba. —Se detuvo unos segundos y prosiguió con lo realmente trascendental—: De todos modos, ahora mismo eso es lo que menos importa. ¿Qué más tiene la policía? —Jara se daba cuenta de que una discusión no era suficiente para detener a nadie, debían contar con otras pruebas contra su hija.

—Registraron el piso y descubrieron un vial con toxina botulínica. No entiendo cómo llegó a nuestro despacho. Creen que es la utilizada para envenenar a Erich.

—¿Registraron tu piso? ¿Llevaban una orden? —No entendía cómo la habían conseguido en vista de que solo se apoyaban en una ridícula discusión.

—No, mamá, les dejé hacer. No tenía nada que esconder… o eso pensaba yo. —Se detuvo un instante y, acto seguido, agregó—: Mamá, te juro que yo no maté a Erich.

—Cariño, eso ya lo sé. No hace falta que me lo digas. Soy consciente de que jamás le deseaste ningún mal, al revés, para ti siempre fue el padre que nunca tuviste —repuso al notar que necesitaba saberse respaldada. El que dudase de su confianza le revelaba la angustia que padecía. Ella siempre le había demostrado su apoyo incondicional y seguiría haciéndolo pasara lo que pasase—. ¿Y no es posible que te trajeras la toxina por algún motivo?

—Claro que no, mamá. ¿Qué iba a hacer yo con eso en casa? ¡Es un veneno! Tengo a dos niños de ocho años correteando por los rincones y husmeando donde no deben. Si lo hubieran encontrado, no quiero aventurar lo que podría haber sucedido. —A Carla se le pusieron los pelos de punta al pensar en la peor de las posibilidades—. Pero tengo una corazonada sobre quién pudo colocarlo ahí.

—¿Me estás diciendo que sospechas que alguien te ha incriminado en el asesinato? —Jara, por fin, fue capaz de respirar más tranquila. Si alguien estaba culpando intencionadamente a su hija, significaba que había solución. Ya se encargaría ella.

—El domingo pasado Cándido Soler se presentó en la puerta. —Su madre levantó las cejas en un claro signo de interrogación—. Yo me quedé tan asombrada como tú. Y más cuando me explicó el motivo. Venía a disculparse por su inmaduro comportamiento ante la junta el día que les revelé que aceptaba el puesto de CEO.

—¿Cándido fue a pedirte disculpas? ¿Cuándo ha hecho él algo así? Su orgullo siempre se lo ha impedido. No me lo creo. Estoy casi segura de que tramaba algo. Tanto él como su mujer son las personas más pérfidas que conozco. Y son ambiciosos. Se debieron sentir traicionados una vez desvelaste tu cambio de postura y planearon su venganza con el fin de quitarte de en medio.

—Es lo que creo yo también. Pero ¿les ves capaces de hacer algo así? Es decir, no estamos hablando de que me hayan echado de la empresa, sino de que han manipulado una investigación de asesinato aportando pruebas falsas. Son palabras mayores. —Carla no le encontraba otra explicación coherente, aunque no les consideraba tan maquiavélicos como para endosarle el homicidio de su padrastro. Eso era despiadado.

—Hija, les veo capaces de hacer eso y mucho más. Erich los vigilaba, sabía que en cuanto encontraran un recoveco por el que penetrar, actuarían sin piedad. —Jara negó con la cabeza,

siempre supo que eran un problema del que su marido nunca pudo librarse por más que lo intentó. Al realizar la fusión inversa, el puesto de Soler quedó blindado—. ¿Cómo crees que lo hizo?

—Supongo que aprovechó el momento en que fue al baño, lo dejamos pulular por el piso en total libertad. Imagino que entonces colocó el vial de botulina en un cajón del escritorio a la espera de que la policía lo descubriera varios días más tarde. —Se detuvo unos segundos y soltó lo que había estado cavilando mientras se hallaba encerrada—: Sospecho que fue él quien le habló a la policía de mi discusión con Erich, y seguramente se inventara algo más para que se presentaran en mi casa. A mí me parece que no me tenían como una sospechosa viable. Creo que dar con el frasco que contenía el tóxico los dejó tan asombrados como a Jaime y a mí.

Jara estuvo de acuerdo con su hija. Tenía presente que Cándido no permanecería de brazos cruzados tras el anuncio de Carla en la junta. Ella le cedió su puesto porque en aquel *impasse* se encontraba mal, la muerte de Erich la dejó destrozada. Pero era evidente que en el fondo no era eso a lo que aspiraba. Si fuera así, no habría discutido con Erich por la modificación de su testamento. Seguramente, tras su fallecimiento, también se sintió culpable.

Esa conversación con su hija le había devuelto la esperanza. Los cerebros de la operación eran Cándido Soler y su mujer. Contra ellos podía luchar. No le cabía ninguna duda de que descubriría la verdad y liberaría a su hija.

—He hablado con un abogado penal. —Jara rompió el silencio que se había formado—. Ya está trabajando en el caso. Te sacará de aquí lo más rápido posible. No desesperes —la animó, aun cuando la que estaba peor de temple era ella. No obstante, su temperamento hacía que se envalentonara ante las causas difíciles, estas no la detenían, y ahora que era conocedora de que no luchaba contra molinos de viento, sino contra una persona real, la esperanza le había regresado. Sacaría a su hija de esa tesitura.

Al ver el cambio en la actitud de su madre, se sintió mejor. Conocía su fuerza. Sabía lo que había hecho, y lo que había perdido, para que ella naciese en un lugar libre de miedos. Así que no cuestionaba que lograría sacarla de allí, costara lo que costase. Respiró aliviada al saber que contaba con ella.

Esta vez, después de levantarse y a modo de despedida, se abrazaron. Ninguna celadora les iba a impedir desplegar sus emociones, necesitaban darse consuelo. Ambas estaban destrozadas por los últimos acontecimientos. A pesar de ello, cuando la guardia comenzó a carraspear, se apartaron. Tampoco deseaban tentar a la suerte.

—Hija, te sacaremos de aquí. Tenlo por seguro —le prometió con convicción.

Carla, al escuchar esa aseveración, que sabía que no había sido dicha en vano, comenzó a llorar. Se sentía inútil encerrada en ese lugar. Poco podía aportar. Aunque confiaba en que su madre y su familia se desvivirían por hallar una solución cuanto antes. Mas, lo peor no era esa impotencia, era el no tener a Jaime y a los mellizos allí, con ella. Anhelaba sentir su piel, apretujarlos entre sus brazos. No acertaba a comprender cómo resistiría sin tenerlos a su lado.



Cándido Soler entró en la misma sala de reuniones que había sido testigo de su humillación sin poder disimular su regocijo. Por fin iba a suceder lo que tanto ansiaba y que debió ocurrir unos días atrás. Carla Goebel estaba fuera de juego, así que ya no quedaba ningún obstáculo que le impidiera dar el paso y ocupar el puesto que le correspondía: CEO de Pharma Jara. Incluso había planeado cambiarle el nombre, no tenía intención de mantener ninguna reminiscencia a la familia

de Erich Müller. Ahora que estaba en la posición que le pertenecía por derecho, nada ni nadie se interpondría entre él y sus deseos.

Los presentes lo observaban avanzar con orgullo, disimulando sus verdaderas sensaciones, pues no le cabía duda de que a ninguno de ellos le agradaba la nueva situación. La única que no hacía ademán de ocultar lo poco atrayente que le resultaba el curso que habían tomado los acontecimientos era Irene Molina. En los últimos días había sostenido una estrecha relación con Carla Goebel, por lo que la noticia le habría sentado como si le arrojaran a la cara un cubo de agua fría. Ese pensamiento provocó que una sonrisa se esbozara en su rostro. Esa lesbiana nunca había sido objeto de su devoción, así que se enorgullecía de poder pavonearse ante ella por su triunfo.

En cuanto alcanzó el final de la habitación, se giró y se colocó presidiendo la mesa, sin esconder ni un ápice del placer que le provocaba esa disposición, delante de esos lameculos que siempre se arrimaban al sol que más calentaba. Él lo sabía. Ellos lo sabían.

—Buenos días a todos. —Se dirigió a los presentes sin preámbulos. En su momento tuvo preparado un discurso perfecto para afrontar su nuevo puesto en la empresa, pero ahora era absurdo emplearlo, así que prefirió ser breve y conciso—. Dados los recientes acontecimientos, me refiero a la detención de Carla Goebel por el asesinato de Erich, yo ocuparé el puesto de dirigente de esta compañía. Cualquier tema que estuvieseis tratando con ella, redirigíos a mí. Me consta que Carla tenía intención de continuar en la misma línea que Erich, pero yo no soy de igual opinión. En breve os iré comunicando los cambios que se van a producir. Gracias por haber hecho un hueco en vuestras abarrotadas agendas.

Se levantó de su asiento, consciente de que el último fragmento del comunicado los había alterado y asustado a partes iguales. No decía nada, pero lo decía todo. Adoraba tener el poder, ese control sobre el resto lo mantenía en el umbral del éxtasis. Ya había olvidado el placer que le producía. No obstante, no era una frase dicha al azar y con el fin de perturbarlos, en absoluto. Tenía intención de llevarla a cabo. Iba a hacer limpieza. Necesitaba un equipo en quien confiar, un equipo que no lo considerara un impostor. Por esa razón, aquellas personas que apoyaron a Carla Goebel o que estimaban a Erich Müller se marcharían de la empresa. No estaba por la labor de que permanecieran a su lado. Y ya tenía en la cabeza quién sería su primera víctima. Esa zorra con dos caras que le había sonreído en tantas ocasiones, pero que había intentado convertirse en el brazo derecho de Carla Goebel: Irene Molina.

Era incuestionable que se trataba de una mente privilegiada y un gran aporte a la compañía, pero no se fiaba de ella y eso no le convenía. Daría con un candidato de su altura, alguien que ocupara su puesto tan o, incluso, más cualificado que ella. Solo debía buscar. En el mercado o, quizá, en la casa hallaría algún aspirante que cumpliera el perfil. Había oído hablar de un colaborador de la señorita Molina con el que llevaba trabajando mano a mano desde el inicio. Luego infería de ello que él podría ocupar su puesto sin provocar una situación traumática a Pharma Genetics. Y no dudaba de que sería capaz de alinearlo con sus términos y condiciones. El promocionarlo era un primer paso y ayudaría a sustentar ese contexto que ya diseñaba en su cabeza.

Los presentes observaron cómo Cándido Soler los desdeñaba sin haberles permitido siquiera ofrecerle sus opiniones o enhorabuenas, sin dejarles expresar lo que consideraran oportuno.

—¡Es un soberbio! —susurró Irene Molina al cuello de su camisa. Le parecía increíble lo poco que le había costado ocupar la posición de Carla. No había dado tiempo a que se enfriara lo sucedido, a que se descubriera la verdad, y él ya había movido ficha—. ¿Puede hacerlo?

—Nos ha dejado con la palabra en la boca —la apoyó Pablo de la Villa, quien se había

quedado pasmado por segunda vez con el comportamiento del que, hasta entonces, había considerado un amigo. No sabía qué pensar.

—Será mejor que nos marchemos —aseveró Alejandro Ortiz, convencido de que ese hombre tenía ojos en la espalda y oídos en cada rincón del edificio. No era el momento más adecuado para desahogarse con los compañeros.

Los ejecutivos se levantaron obedientemente y se encaminaron a sus despachos, todavía estupefactos por la breve reunión que acababan de mantener y en la que no había sido aclarado el futuro de la compañía, ni de las filiales y mucho menos el de los directores de cada una de ellas.



21

A la inspectora Garrido se le había ocurrido, tras descubrir el vial con toxina en polvo en casa de Carla Goebel, que el veneno hubiera sido suministrado en la medicación que el señor Müller tomaba para la insuficiencia cardiaca que padecía.

El formato de los betabloqueantes que ingería la víctima a diario era en cápsulas, a las cuales se les habría podido incorporar la toxina con facilidad y el difunto no habría advertido que estaba siendo envenenado. Era una forma sencilla y brillante de asesinar a alguien.

Le había costado darse cuenta de esa posibilidad, lo que hacía que se sintiera más orgullosa por haberlo detectado, aunque también inútil por no descubrirlo antes.

En ese momento, se encontraba leyendo un email del laboratorio que le confirmaría si su instinto había dado en el clavo. No llevaba leídas ni tres líneas cuando una sonrisa le asomó en el rostro. Su hipótesis era acertada. Ya sabían cómo había llegado la ponzoña al organismo del señor Müller. Alguien había añadido la toxina a la medicación que tomaba la víctima de forma regular. El informe no aseguraba tal cosa, evidentemente, pero lo que sí especificaba es que en los comprimidos que restaban en el frasco de medicina se habían encontrado trazas de botulina, lo que implicaba que habían sido contaminadas. Su idea no era fundada, contaba con una sólida base.

—Creo que ya sé cómo le suministraron el veneno al señor Müller —repuso en alto, con intención de que su compañero le prestara atención.

—¿Cómo? —preguntó él con curiosidad. Aún no tenían pruebas del modo en que la toxina había llegado al cuerpo, puesto que no se había hallado ni rastro en la comida que se sirvió en la cena, ni en la pipa que estaba fumando, ni en la copa de licor que degustó.

—El laboratorio confirma que existen trazas de botulina en la medicación que consumía por su enfermedad cardiaca. De ahí podemos concluir que alguien manipuló alguna de las cápsulas a la espera de que le llegara su turno. Pudo ser adulterada en cualquier momento —dedujo la inspectora—. No han encontrado más huellas en el frasco de sus medicamentos que las del propio señor Müller.

—Eso no significa nada. Solo que el asesino fue cuidadoso y llevaba puestos guantes. Entonces, uno de los puntos pendientes, cerrado. —Se detuvo unos instantes para asimilar la información que le acababa de proporcionar Blanca—. Aunque esa afirmación crea más conjeturas. —Fernando advirtió, por el gesto de su compañera, que no comprendía a dónde quería llegar—: El asesino tuvo suerte de que la ingiriera el día de la cena con sus colegas, porque nos ha proporcionado una lista de sospechosos que hacen que vayamos de uno a otro como pollos sin cabeza.

—Es decir, que si la hubiera consumido cualquier otro día, solo habría estado en nuestro radar la familia.

—Es lo más probable. A no ser que sea eso precisamente lo que el asesino esperaba que sucediera.

—Nos estamos perdiendo en elucubraciones —zanjó la inspectora—. La verdad es que no importa mucho. Cualquiera de ellos tuvo oportunidad y, por nuestras indagaciones, cuentan con motivo.

—En efecto, pero Carla Goebel es la que está en la cárcel.

—La única por la que yo habría puesto la mano en el fuego —reconoció Blanca Garrido—. El informe confirma que en el vial descubierto en su casa solo están sus huellas, oportunamente.

Tenemos un asesino meticuloso en extremo, pero que comete el inconcebible error de dejar el veneno a la vista del primero que pase y, para más inri, incluye sus huellas en el *pack*.

Corrales era de la misma opinión que su compañera. Alguien se estaba encargando de que la hijastra de la víctima pareciera culpable. El problema es que lo hacía con maestría. Carla Goebel tenía todo en contra; el móvil, la oportunidad y las pruebas apuntaban a ella, solo le faltaba llevar un cartel de neón en la frente. Y si no daban con algo que la exculpara, acabaría yendo a juicio y sentenciada a una pena de prisión por un crimen que ninguno creía que hubiera cometido.

—Creo que me voy a ir a casa, la cabeza me va a estallar.

—Si aguardas un segundo, te llevo —le propuso la inspectora.

—Para qué mentirte, te lo agradecería.

Fueron en completo mutismo durante el trayecto. La inspectora Garrido iba dándole vueltas al caso, convencida de que algo se les escapaba, pero sin saber cuál podría ser ese detalle que les impedía ver el conjunto.

Por el contrario, el subinspector Corrales tenía otras preocupaciones en la cabeza. Le entristecía saber lo vacía que se hallaría su casa en cuanto franqueara la puerta y lo peor de todo era lo poco atrayente que le resultaba esa situación. Si hubiera sido otro día, otro momento y otro caso, se habría arreglado y salido a ligar con un desconocido. Un aquí te pillo, aquí te mato, le servía de desahogo unos años atrás. Sin embargo, se percataba de que ahora solo le provocaría un incómodo estado de arrepentimiento al día siguiente. Así que en vez de hacer algo que lamentaría a la luz del día, decidió una opción más madura.

—Blanca, ¿te apetece subir a tomar algo?

La inspectora lo miró por el rabillo del ojo sin quitar la vista de la atestada carretera. El tráfico en Madrid era una aberración. Conocía lo sencillo que era darse un golpe por un brusco frenazo del coche de delante o por la repentina aparición de un peatón o por un largo etcétera. Esos factores le provocaban un odio a conducir que se acrecentaba cada día.

—Cariño, me encantaría subir, pero hoy me es imposible. Rubén me ha dicho que está preparando la cena. No puedo dejarle en la estacada. —Desde su discusión, su marido estaba de lo más encantador, era evidente que deseaba resarcirse. Al principio no le había hecho mucha gracia. No podía compensarlo realizando un par de tareas de la casa. Pero se daba cuenta de que estaba afectado por la barbaridad que le había soltado. Así que, gradualmente, le había ido perdonando y dejando la discusión, sobre todo la dura acusación, en agua de borrajas. Había cometido un error e intentaba repararlo—. Pero podrías venirte. Te aseguro que Rubén es un as en los fogones. —Aunque no era cierto, prefirió animarle con una mentirijilla piadosa.

—Creo que no sería una buena compañía —se sinceró.

—No digas tonterías. Tú siempre eres buena compañía. Y siempre serás bienvenido a mi hogar. —Le apretó la rodilla con miras a alentarlo.

—Muchas gracias, Blanca, de verdad. Pero subiré a mi piso, me daré un baño relajante y me meteré en la cama.

—Tampoco me parece mal plan —le guiñó un ojo mientras se detenía frente a su portal—. Ya hemos llegado.

—Muchas gracias por traerme.

—Para mí es un placer. Así me haces compañía la mitad del trayecto. —Cuando Fernando se disponía a apearse del vehículo, agregó—: Y si cambias de idea, ya sabes dónde estamos. —El subinspector Corrales hizo una mueca extraña, en un conato de mostrar una sonrisa, y se alejó con el ánimo alicaído.

Al ver que el ascensor estaba en la última planta, decidió no esperar por él y subir por las

escaleras; estaba seguro de que así tardaría menos.

Iba pensando en el caso, procurando no centrarse en su desoladora realidad, cuando al llegar a su planta, se topó con Álvaro sentado delante de la puerta. Tuvo que reconocer que en primera instancia le alegró verlo, pero, al mismo tiempo, un pinchazo de dolor se clavó en su corazón ya de por sí maltrecho. No podría aguantar otro asalto con él.

—¡¿Qué haces aquí?! —profirió a modo de saludo.

—Ni un hola. ¿Esa es tu forma de recibirme?

—Álvaro, no me vengas con coñas. No estoy de humor.

—Perdona, Fer. Tienes razón. Es que estoy nervioso —se disculpó—. Me gustaría hablar contigo.

—¿Y por qué no has entrado? Si no recuerdo mal todavía tienes una llave.

—Teniendo en cuenta cómo me marche, no me parecía lo correcto.

El subinspector coligió de esas palabras que ya no consideraba la vivienda, que habían compartido los últimos años, como propia. Algo que, aun pareciéndole lógico, le dolió.

Sin más dilación, sacó la llave y abrió. No deseaba montar una escena en el pasillo.

—Si no te importa voy a prepararme una copa, ¿quieres una? —No se veía capaz de enfrentarse a él. No sabía a lo que había venido, pero no tenía ninguna esperanza de que esa conversación deparara algo bueno.

—Tomaré lo mismo que tú.

Mientras preparaba sendos *gin tonic*, la bebida favorita de ambos, Álvaro se acomodó en el sofá que lo había acogido tantas veces y que ahora sentía tan extraño. No le pasaba desapercibida la frialdad con que lo había recibido su expareja, la distancia que mediaba entre ellos y que remarcaba con su forma de actuar.

Tras unos minutos en tenso silencio, dilatados con la excusa de elaborar los cócteles, Fernando instaló las bebidas sobre unos posavasos en la mesa y, a continuación, se acomodó en el sillón lateral, a una distancia que consideró prudencial, ya que no estaba preparado para sentir su contacto físico.

—¿A qué has venido? —indagó de nuevo.

Álvaro se mostraba inquieto, sus dedos temblorosos no paraban de jugar entre sí en un vano intento de calmarse.

A Fernando no le costó reparar en su estado de ansiedad, era incapaz de disimular sus emociones. No obstante, no hizo nada por ponérselo más fácil. Al contrario, dejó entrever un sosiego que no experimentaba, ya que su interior luchaba por no emitir un grito que aliviara el resquemor que lo invadía. Siguiendo con su pose de indiferencia, dio un sorbo a la copa, la cual le supo a rayos. Estaba claro que había cometido algún error al prepararla. Su angustia lo había traicionado. Si bien, no lo dejó notar.

—No sé cómo decírtelo.

—Empieza por el principio. —No pensaba darle tregua.

—Está bien. —Respiró hondo y soltó lo que llevaba dentro—: Irme de aquí ha sido el mayor error que he cometido en mi vida.

—Esto… —Fernando había soñado con oírle decir esas palabras desde el momento en que cerró la puerta tras de sí, pero, ahora que las escuchaba, su reacción no fue la que esperaba. No estaba seguro de poder retomar la relación en el mismo punto en que la dejaron.

—Por favor, no me interrumpas, sino, no seré capaz de expresar lo que he venido a decir. —Respiró profundamente de nuevo y prosiguió—: Sí, lo reconozco. Cometí un error. Abandonarte para formar una familia fue una tremenda equivocación. Creía que eso era lo más

importante en mi vida. Tener un hijo. Pero me he dado cuenta de que adoptar un bebé sin ti, no es lo que deseo. Es verdad que añoro tener un pequeñín a quien mimar, cuidar, educar y ver crecer. Mas hacerlo sin que estés a mi lado, no tiene ningún sentido. En estos días he comprendido que tú eres una parte esencial de mis sueños, si tú no estás en ellos, dejan de ser sueños para convertirse en pesadillas.

La franqueza de su expareja abrumó a Fernando, quien no se esperaba unas afirmaciones de esa índole. Sus sentimientos eran correspondidos. Pero debía ser sincero consigo mismo: algo se había roto en su interior el día que salió por la puerta. No confiaba en ser capaz de recomponer esa parcela de sí mismo por el mero hecho de que él volviera a formar parte de su vida.

—Di algo. Ahora sí necesito saber lo que piensas —suplicó Álvaro con los ojos humedecidos, a punto de echarse a llorar, al comprobar que sus palabras no habían causado el efecto deseado.

—Es que no sé qué decirte. —La sorpresa del otro se reflejó en su rostro. No era lo que esperaba oír—. No quiero que me malinterpretes, he imaginado esta escena en multitud de ocasiones y ninguna de ellas fue tan especial. Tu sinceridad ha desbordado mis sentimientos. Yo también te echo de menos. Te quiero y lo único que ansío en este mundo es tenerte a mi lado. —Álvaro se acercó a él con intención de besarle, pero Fernando lo detuvo—. Sin embargo, me has hecho mucho daño. Cuando me abandonaste, dejaste tras de ti un muñeco roto. Y no sé si seré capaz de retornar a lo que un día tuvimos.

—Sé que las cosas no pueden volver al punto en el que estaban. Lo entiendo. —Un par de lágrimas recorrían las mejillas de Álvaro—. Pero déjame intentarlo. Permíteme recobrar tu confianza. Soy consciente de que llevará tiempo. Lo sé, no me cabe duda. No quiero perderte. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Fernando lo miró a los ojos, no mentía. Aun así, no le iba a resultar sencillo perdonarlo. Le habría gustado que su cerebro eliminara de súbito lo acaecido. Hacer borrón y cuenta nueva. Pero no funcionaba así.

A pesar de ello, no tenía intención de dejarlo marchar de nuevo. Era la oportunidad con la que había estado fantaseando durante los últimos días. Sin él, su vida tampoco tenía sentido.

Se acercó a Álvaro, sin encontrar resistencia alguna, y le besó como hacía tiempo no le besaba. No con el amor y el cariño que se profesaban, sino con desesperación, con la impaciencia provocada por la pérdida y el reencuentro. Cuando se hubo saciado, se levantó, le cogió de la mano y lo arrastró al dormitorio. A la cama que habían compartido tantas veces y que volverían a compartir.



22

Berlín Este, primavera 1982

Erich avanzaba a paso rápido, sin prestar la menor atención al estado tan decrépito en el que se encontraba la ciudad. Esa zona aparentaba estar abandonada, había gran cantidad de casas deshabitadas y las viejas farolas de gas se hallaban, en su mayoría, apagadas. A él, ese estado decadente ya no le irritaba tanto como antes, se había acostumbrado a vivir en esa urbe marchita y oscura.

Sin embargo, en ese momento, sus pensamientos vagaban por otros derroteros muy distintos. Su mente estaba abstraída en la petición de Jara y Johannes: su deseo de cruzar el Muro.

Él se lo había planteado en multitud de ocasiones, pero nunca había tomado la decisión, siempre había algo que lo detenía y no le permitía avanzar. Tantos años ayudando a camaradas a franquear esa barrera que les separaba del resto del mundo habían hecho que más de una vez anhelara acompañarlos. Si bien, nunca se había arriesgado, y no por cobardía, sino porque contaba con una razón extremadamente poderosa: no podía dejar atrás a la única persona que hacía que su corazón continuara latiendo. No era capaz de irse sin ella, sin Jara. Pero tras la solicitud de la pareja, más bien la súplica, era consciente de que no le quedaba otra opción: debía irse con ellos.

Por su cabeza comenzaban a germinar diferentes ideas, un mundo de posibilidades al otro lado del Muro. La mayoría de las personas a las que había ayudado en su huida planeaban permanecer en Berlín, en el lado occidental, por el contrario, esa opción no era la que barajaba él. Era evidente que existía una mayor libertad allí, que ese otro lado era considerado más amable, en contraposición, no olvidaba que gran parte de la juventud era esclava de la heroína y del desempleo. Por ese motivo, no concebía arriesgar su vida para malvivir o empeorar su situación actual; él no guardaba intención alguna de establecerse en la ciudad. No obstante, tampoco pasaba por su mente el alejarse de Jara, por lo que solo le restaba convencerlos a ellos para que lo acompañaran.

Iba tan sumido en sus pensamientos que, hasta que no se detuvo ante una puerta con un par de luces en el exterior colocadas de modo descuidado con el propósito de que el local no pasara desapercibido, no se dio cuenta de que había alcanzado su destino. Había llegado de forma automática, sin siquiera percatarse del trayecto realizado.

Entró en el garito sin advertir cambio alguno, el interior era tan lúgubre y dejado como el exterior. Peor todavía incluso, porque el aire que se respiraba estaba viciado en exceso. No había apenas nadie, aun así, el ambiente se hallaba enrarecido.

No le costó dar con la persona con la que se había citado. Como era su costumbre, lo esperaba al fondo de la barra, bebiendo un licor barato y fumando un cigarro.

—Hacía tiempo que no te veía —lo saludó antes de dar el último trago al vaso que tenía delante. Erich se ocuparía de que no le faltara.

El recién llegado, con un gesto, le pidió al barman dos copas de lo que fuera que estuviese bebiendo su camarada. Hecho esto, se sentó a su lado. Mientras el joven tras la barra les servía sendos brebajes, Erich sacó un paquete de tabaco del bolsillo y cogió dos cigarrillos, uno para él y el otro para su acompañante, quien lo tomó con una sonrisa dibujada en los labios, aun cuando de la colilla del suyo todavía surgía un fino hilo de humo.

—Tú sí que sabes cómo tratarme.

—Para un camarada como tú, siempre lo mejor —contestó Erich levantando su copa.

—¿Y qué te trae por aquí? Está claro que vienes a pedirme algo.

—Es evidente que me conoces.

—¿Cuántos esta vez? —Fue directo al grano. Sus reuniones tenían como principal objetivo el de trazar un plan para sacar a nuevos compatriotas de allí. Una labor que le proporcionaba una tentadora cantidad de dinero, más que suficiente para pagarse sus múltiples vicios, que no eran ni pocos ni baratos precisamente.

—Dos. —No mencionó que ella estaba embarazada. Si lo supiera, no le ayudaría. Era un riesgo que no estaría dispuesto a acometer. Una mujer encinta resultaba una carga. Y, a fin de cuentas, su estado pasaba inadvertido para ojos extraños, aunque él sí había notado el abultamiento de su barriga y el crecimiento de sus pechos.

—Perfecto. No son muchos. No será difícil sacarlos. ¿Les has explicado los peligros?

—Los conocen bien.

—De acuerdo. No quiero que piensen que lo conseguirán. Cada día, la Stasi descubre con mayor facilidad los nuevos caminos que vamos abriendo.

—Lo sé.

Erich volvió a dar un sorbo a su bebida, acto que su compañero imitó y, entonces, le reveló la decisión que había tomado.

—Esta vez será la última. —El hombre lo miró sin comprender—. Me voy con ellos.

—¿Tú? ¡Pero si desconfías de lo que hay al otro lado! ¿Cuántas veces te he escuchado decir que Berlín Este es un asco, pero que el Oeste no es mucho mejor? —Dio un largo trago consumiendo lo que le quedaba.

Erich avisó una vez más al camarero para que le rellenara el vaso, haciendo un nuevo ademán con la mano.

—Tienes razón.

—¿Entonces?

—Creo que ha llegado la hora de marcharme de aquí. —No quería darle más explicaciones. Al menos por el momento. En su cabeza se iba gestando un plan que todavía tenía que pulir. En cuanto tuviera cada detalle atado, se lo contaría. Él constituía parte esencial de él, era una pieza imprescindible.

—Si tú lo dices. Pero aquí tampoco se está tan mal.

—Tú no vives mal. Tienes un trabajo respetable, sobre todo teniendo en cuenta los cánones marcados por este gobierno, y eres capaz de conseguir casi cualquier cosa de las que los demás no disponemos. —Sus trapicheos en el mercado negro eran harto conocidos por todos, menos por la policía secreta y, si estaban enterados, miraban a otro lado.

—Sí, he de reconocer que trabajar para la Stasi es una ventaja —soltó una sonora carcajada. Si algunos de sus compañeros supieran a qué se dedicaba en su tiempo libre, acabaría encerrado como tantos otros desgraciados. Aunque unos pocos, los que intuían su secreto, se atrevían a solicitarle algún artículo que no podían conseguir de otro modo y, por ese motivo, hacían la vista gorda.

En ese momento, se abrió la puerta y entró un grupo de jóvenes en el local. Y pese a que se situaron en la otra punta del establecimiento, el alboroto que formaban era demencial, lo que les impidió proseguir con el tema que los había reunido.

—Creo que será mejor que me marche. Ya hablaremos. —Erich se levantó de la banqueta y sacó la cartera con intención de dejar unos cuantos marcos sobre el mostrador, lo suficiente para pagar las bebidas que acababan de consumir y alguna más que sabía que su camarada todavía

disfrutaría allí sentado en soledad.

—Espera —le dijo antes de que se diera media vuelta y abandonara el local—. Te he traído algo.

Erich observó cómo cogía una bolsa que estaba a sus pies, apoyada en la pared de la barra, y de cuya existencia no se había percatado. En cuanto se la entregó, la abrió con cuidado y, tras echarle un rápido vistazo, sonrió. Sabía que podía contar con él.

—¿Cuánto te debo?

—Esto es un regalo de mi parte. —Erich se sorprendió al escuchar esas palabras. No era dado a hacer nada gratis—. No te preocupes, ya me encargaré de cobrártelo la próxima vez que nos veamos. —Volvió a soltar una carcajada.

Erich salió de allí después de ocultar la bolsa en el interior del abrigo. Su silueta permitía adivinar el contenido y no quería tener un encontronazo con la Stasi.

La casa de Johannes y Jara no se ubicaba lejos de allí, así que decidió ir a referirles las novedades y de paso invitarse a cenar. En su nevera no contaba con apenas alimentos frescos y Jara era una gran cocinera, por ello, no le costó ni un segundo tomar la decisión.

Cuando llegó a la vivienda de la pareja, Johannes le abrió nada más reconocerlo a través de la mirilla.

—¡Erich, no te esperaba! —Su cara esbozaba un evidente gesto de asombro, apoyando su exclamación.

—La verdad es que no tenía pensado venir, pero, ya ves, aquí estoy. Si mi visita es inoportuna, puedo volver en otro momento —repuso al comprobar que no se apartaba de la puerta para dejarle entrar.

—¡Oh, no! Claro, que no. Pasa, no te quedes ahí. —Se movió con intención de permitirle el paso—. Te quedas a cenar, ¿verdad?

—Si no es molestia —contestó educadamente porque no se le iba la sensación de que había interrumpido algo. Sin embargo, al ver a su amigo comportarse de nuevo de forma amistosa, obvió esa extraña percepción y dejó la bolsa, que traía escondida, bajo el abrigo que colgó en el perchero de la entrada.

—Claro que no es ninguna molestia. Cariño —levantó el tono de voz para que su mujer le escuchara desde la cocina—, Erich se queda a cenar.

Jara apareció limpiándose las manos en el delantal. Erich la observó embelesado, pues con el pelo revuelto y las mejillas con un tono rosado, supuso que por el calor que desprendían los fogones, se la veía realmente hermosa.

—Erich, ¡qué sorpresa!

—Siento no haber avisado —contestó acercándose a ella.

—No te preocupes. Hay comida de sobra para los tres.

—¿Y qué es eso que huele tan bien? —fisgoneó, ya que el olor que pululaba por la casa le había abierto el apetito.

—Estoy preparando *kohlrouladen*. —Ya tenía los ingredientes cocinados, solo le faltaba poner el relleno en las hojas de col.

—Que sepas que le salen riquísimos. —Erich no lo dudaba.

—Me habría gustado poder hacer *schnitzel*, pero en el supermercado no había ni cerdo ni ternera para empanar. De hecho, apenas quedaba nada fresco, solo productos en conserva. —Jara se encogió de hombros. Aunque estaba acostumbrada a la escasa calidad y disponibilidad de alimentos, todavía soñaba con no tener que cruzarse de lado a lado la ciudad para poder encontrar productos frescos—. Os dejo, termino de preparar la cena y me uno a vosotros

—comentó mientras los abandonaba y volvía a sus quehaceres en la cocina.

En tanto extendía la carne picada, la cebolla y el arroz en las hojas, su mente divagaba en lo que habría traído a Erich hasta allí. Ansiaba que trajera noticias de su huida de la ciudad. Y aunque anhelaba que llegara ese momento con desesperación, reconocía que también estaba aterrorizada. Le aterraba la posibilidad de que surgieran problemas y no cruzaran el Muro, que terminaran muertos o detenidos. A veces esos pensamientos la paralizaban y su cabeza le decía que iban a cometer una locura, sin embargo, cuando miraba en derredor y observaba el decadente mundo en el que vivía, su idea retornaba con más fuerza.

Tras concluir la elaboración de los rollitos de col, los sirvió en una bandeja que trasladó al salón, donde su marido y Erich charlaban animadamente.

—A cenar. La comida está lista —les avisó.

Al escuchar sus palabras, los hombres se sentaron a la mesa a disfrutar de la comida.

—¿Tienes noticias de cuándo nos iremos? —Jara no aguantó ni a terminar de cenar, necesitaba saber.

Antes de que Erich contestara, se levantó para subir el volumen del televisor. Ya era una costumbre que le salía sin pensar, aunque no olvidaba que los vecinos no se hallaban en casa.

—Hoy he hablado con mi camarada. Cuando lo tenga todo listo, me avisará. Pero no creo que tarde. Quizá un par de días; a lo sumo una semana. Aunque no me cabe duda de que tiene un largo listado de personas que quieren cruzar, estoy seguro de que nos dará preferencia.

—¿Ya? —Johannes no se esperaba que fuese tan rápido. Todavía no estaba convencido de que fuera la decisión más acertada. Empezaba a formar una familia y le aterraba la idea de perderla. Su reticencia lo mortificaba cada noche.

—Eso es. Llevamos mucho tiempo trabajando juntos en esto. Lo único, que en esta ocasión será diferente.

—¿A qué te refieres? —le interrogó su amigo sin comprender lo que les quería decir.

—Esta vez no regresaré. Pienso ir con vosotros. Sois mi familia. Si os vais, aquí no tengo nada por lo que quedarme —intentó que su mirada no se desviase a los ojos de Jara, aun cuando ella era la única razón de haber tomado tal resolución.

Johannes se emocionó con sus palabras, para él era como un hermano y agradecía que su relación siguiera tan fuerte como siempre, aun sabiendo los sentimientos que profesaba por su esposa. Se levantó y ambos se fundieron en un fuerte abrazo, demostrando lo que sentían el uno por el otro. Sin embargo, Erich no pudo evitar mirar a la mujer de su camarada con cierta dosis de amargura.

Jara fue testigo de una escena conmovedora. Los dos dejaron constancia de su mutuo aprecio y ella se alegraba porque su amistad perdurase, a pesar de todo.

—Tengo pensado irme de Alemania. No me voy a instalar en Berlín —soltó a bocajarro, tras zafarse de los brazos del otro, con la esperanza de que lo acompañaran.

Johannes se quedó petrificado. Al revelarle sus planes, creyó que se mantendrían juntos.

—¿En serio? Nosotros hemos hablado de vivir un tiempo con una de mis tías. No tiene a nadie y creo que es la mejor manera de asentarnos —le explicó lo que había decidido la pareja.

—Pero en Berlín no hay futuro. Tenemos que alejarnos del país. En estos momentos, cualquier lugar de Europa es mejor que este.

Estuvieron hablando largo y tendido sobre la posibilidad de dejar atrás el país, no obstante, las tentativas de Erich fueron infructuosas. Johannes desoía sus razonamientos, su actitud terca y testaruda no le permitía ver las oportunidades que se abrían ante ellos en cualquier otro lugar.

—Tú puedes hacer lo que te plazca, pero Jara y yo no abandonaremos Alemania.

—Johannes dio por zanjado el tema.

El tenso silencio llenó la habitación. Jara apenas había participado en la discusión. Entendía ambos puntos de vista, y siempre apoyaría la decisión de su marido. Ella había logrado convencerlo de irse de allí, lo menos que podía hacer era respaldarlo.

—A propósito, he traído algo —anunció Erich, rompiendo el mutismo que se había adueñado del comedor.

Entonces, se dirigió a por la bolsa que le había encargado a su camarada, quien había conseguido la mercancía de manera clandestina, pues era inviable encontrarla en tiendas especializadas a ese lado de la ciudad.

—He traído unos discos —declaró, a la vez que los exponía delante de sus atónitos anfitriones.

A Jara le entusiasmaba la música, por lo que sin pensarlo se los quitó de las manos. Sus ojos se abrieron como platos al contemplar los dos vinilos que había conseguido.

—Erich, ¡son increíbles!

Jara estaba boquiabierta. Eran discos prohibidos por el gobierno, porque, según ellos, eran una amenaza para el régimen socialista. Uno de los vinilos era de The Beatles, un grupo por el que ella sentía pasión, pero no les estaba permitido escucharlos por pertenecer a la cultura occidental y al capitalismo. Y aunque era antiguo, a ella no le importó. Era prácticamente imposible escuchar su música. El otro era de Keks, una banda punk perseguida por el régimen ya que sus letras eran una crítica a la dictadura.

Se decantó por poner en el tocadiscos a la banda de rock británico mientras su marido apagaba la televisión.

—¿No está un poco alta? —le preguntó Johannes. Había puesto el sonido a suficiente volumen como para que la vecina lo escuchara.

—Todo está en orden. Los Schmidt se han marchado unos días a casa de sus hijos. Han ido a hacerles una visita y se quedarán al menos una semana.

—O lo que les aguanten —rio Johannes, que sabía de la mala relación que mantenían con sus hijos—. ¿Y cómo lo sabes?

—La señora Schmidt siempre está atenta para hacerse la encontradiza en las escaleras, le encanta cotillear. Se pasa el día tras la mirilla, a la espera de algún vecino desprevenido sobre el que abalanzarse —le explicó a Erich—. Me ha contado que se marchaba, el tiempo que iba a estar fuera y dónde iba docenas de veces. Debes de ser el único de todo el edificio que no estabas al tanto —rio por la indiferencia que demostraba su marido ante la chismosa del bloque. Le resultaba sorprendente la facilidad que tenía él para esquivarla, cuando su evidente intención era bloquearte en el rellano y sonsacarte información de cualquier tipo o soltarte el último chismorreo que había llegado a sus oídos.

El matrimonio Schmidt eran los únicos vecinos en el edificio capaces de denunciar al resto. Solían estar vigilantes, alerta de lo que sucedía a su alrededor, pendientes de cualquier movimiento de los residentes, quienes solo deseaban vivir en paz. Parecía que su función era tener algo que ir a contarle a la Stasi. Ya habían denunciado a más de uno y a varios de ellos no les habían vuelto a ver. La verdad era que tener viviendo a alguien de esa calaña en la puerta de al lado era terrorífico. Si bien, en todos los portales era similar, existían unos Schmidt deseosos de convertirse en el ojito derecho del régimen. Por ese motivo, nunca habían pensado en mudarse. Por lo menos a este matrimonio lo tenían calado.

—Pues me alegro de que se hayan marchado, así podremos oír la música sin miedo a denuncias —comentó Erich, quien ya había relegado a un rincón de su mente la polémica con

Johannes, gracias a la emoción que demostraba Jara por su presente. Al fin y al cabo, solo había pensado en ella al encargarlo.

—Voy a buscar unas cervezas —propuso su amigo a la vez que se ausentaba.

Erich se levantó de la silla y se aproximó a Jara, a quien cogió de las manos e instó a ponerse en pie. Ella, transportada por la música, se dejó llevar. Entonces comenzaron a contonearse al compás de las notas, disfrutando de la melodía.

Johannes regresó cargado con la bebida y, tras depositarla sobre la mesa, se quedó unos segundos contemplando los movimientos de su esposa. La vio tan dichosa, que no pudo evitar pegarse a ella y, agarrándola por la cintura, la atrajo hacia sí para unirse a sus sensuales movimientos.

Erich se sentó a la mesa y se sirvió una de las cervezas mientras los observaba danzar siguiendo el ritmo lento que marcaba la canción. Imaginaba ser él quien rodeaba con los brazos a la mujer y gozaba de sus balanceos provocativos.

—Creo que tenemos abandonado a nuestro invitado —comentó Jara al terminar la balada, percatándose del baile tan atrevido que había disfrutado con su marido. Una cosa era obviar los sentimientos de Erich y otra muy diferente era restregárselo delante de las narices. Así que se acomodó frente a él y cogió una cerveza a la vez que su marido hacía lo propio.

Estuvieron un rato más charlando y haciendo planes de lo que podrían hacer cuando se desprendieran de ese lugar. Ninguno mencionó su destino final, no querían estropear las buenas vibraciones que se respiraban de nuevo en la sala.

Una vez Erich se hubo marchado, Johannes arrastró a su bella mujer a la cama, todavía embriagado por el recuerdo del baile que habían protagonizado.



23

—Sí, señor… No, no creemos que sea culpable, aunque en estos momentos contamos con evidencias suficientes que demuestran lo contrario… Sí, señor, estamos en ello… Por supuesto.

La llamada de su superior la había dejado atónita. En vez de congratularse por la detención, por tener entre rejas a un sospechoso viable, estaba irritado. Desde arriba lo presionaban para que pusieran en libertad a Carla Goebel. Debían demostrar su inocencia y encontrar al culpable.

No obstante, ese intercambio de palabras pasó de inmediato a un segundo plano al ver llegar al subinspector Corrales a esas horas tan tardías. Llevaba largo rato intentando contactar con él, pero su móvil no daba señal. Para ser franca consigo misma, debía admitir que se sentía algo preocupada. Si hubiera tardado unos minutos más, se habría presentado en su casa. De hecho, ya estaba recogiendo sus pertenencias con ese mismo propósito. No olvidaba que el día anterior lo había dejado en su portal en un estado lamentable; temía que su dolor le hubiera pasado factura. Aunque también reconocía que él no se dejaba avasallar tan fácilmente. Como era lógico, lo que ocurría en su vida le afectaba tanto como a los demás, pero no se permitía demostrarlo. Era un homosexual en el Cuerpo de Policía, proeza que lo había convertido en una de las personas más estoicas que conocía.

Así que cuando lo vio aparecer con cierta demora, tarareando una canción de Fangoria y esbozando una gran sonrisa, supo que algo había ocurrido. Esa repentina transformación se había producido por algún motivo. Pese a que disimulaba con cierto aplomo su actitud ante el resto, a ella no la engañaba, vagaba cual alma en pena. Por ello, le extrañó sobremanera verlo llegar contento.

—Te invito a un café —le propuso, sin concederle siquiera que alcanzara su mesa. Su fuero interno experimentaba una enorme curiosidad.

—A sus órdenes, jefa. —En cuanto hubo aceptado la invitación, llevó la mano a la sien, imitando el saludo militar.

—Hoy te has levantado de buen humor. —Como respuesta recibió un guiño del aludido.

Era evidente que algo bueno le había sucedido y ella sabría qué era en unos instantes. Cogió el abrigo y la bandolera y se encaminó a la puerta que él acababa de atravesar.

—¡Ah! Salimos fuera. Pensé que iríamos a la sala de descanso —repuso deteniéndose.

—No, prefiero hablar contigo en un lugar más privado.

—Claro, el bar de Pedro es un sitio de lo más íntimo, allí no nos molestará nadie —le dijo con sorna, pues estaría plagado de compañeros que a esas horas se encontrarían desayunando.

Blanca le dio un suave puñetazo en el hombro, tenía presente que no podrían hablar con total libertad, pero en la comisaría era aún peor, todos estaban oído avizor para tener la primicia del cotilleo del día.

—¡No seas tonto! —le regañó cariñosamente y emocionada porque no estaba equivocada. Fer se mostraba alegre y en unos segundos sabría la causa.

Abandonaron el edificio entre bromas, como era su costumbre, aunque en los últimos días había habido poco pitorreo y mucha desolación. Tras la ruptura con Álvaro, Fer se había transformado en una persona cabizbaja y derrotada. A raíz de esa deducción, empezó a formársele una idea de lo que podría haberle ocurrido. «Se han reconciliado», se dijo. Cruzó los dedos, deseando que su sospecha se materializara. Hacían una bonita pareja. Se compenetraban como nadie que hubiera conocido. Siempre había sido de la opinión de que eran tal para cual. Uno era el complemento del otro. Además había pocas personas que soportaran sus disparatados

horarios y el plus de peligrosidad que encerraba el puesto.

Franquearon la puerta del local y se encaminaron a la mesa en la que solían instalarse, que, por suerte, en ese momento quedaba desocupada. Pedro no tardó en limpiarla y servirles sus habituales barritas con tomate y jamón acompañadas de sendos cafés.

En cuanto se quedaron solos, Blanca fue directa al grano. No era de las que daban rodeos y menos con él. Se tenían suficiente confianza como para no andarse por las ramas.

—A ti te pasa algo y creo que adivino lo que es. —El subinspector levantó las cejas. Era consciente de que su rostro revelaba felicidad, pero dudaba que predijera la razón.

—Eres una inspectora sagaz. Ilumíname —dijo siguiéndole el juego.

—¡Álvaro y tú habéis vuelto! —El asombro que reflejaba su compañero fue respuesta suficiente, no fue necesario que confirmara su suposición.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Soy una buena policía, tal y como has dicho —alardeó con superioridad. Acto seguido, soltó una carcajada y le abrazó—. No sabes cuánto lo celebro. Sabía que solo era cuestión de tiempo. Estabais atravesando un bache. No entraba en mi cabeza que rompierais vuestra relación. Y ¿qué pasa con lo de formar una familia?

—Para serte sincero, ayer no sacamos el tema. Pero no pienso rendirme. Voy a proponerle que lo intentemos de nuevo. Ya sabes, quien la sigue la consigue. —Se sentía eufórico y optimista con el futuro. Estaba convencido de que si retomaban la solicitud, acabarían lográndolo.

—Me alegro mucho por ti. Bueno, por ambos. Y ahora cuéntame los detalles más jugosos.

El subinspector le refirió con minuciosidad lo acaecido la noche anterior. Cómo lo encontró esperándole sentado en el descansillo, su breve conversación y poco más, pues el resto quedaba dentro de la intimidad de la pareja, aunque tampoco había que hacer gala de una imaginación desbordante para intuir lo que sucedió a continuación. Sin embargo, a ella no le bastó e intentó sonsacarle información de las escenas más morbosas.

—¡Anda, no seas cotilla! Lo único que te puedo decir es que fue una gran reconciliación. —Rio mientras levantaba tres dedos de la mano.

—¡Qué aguante tenéis los jóvenes! —le soltó socarrona.

Tras ese tiempo de asueto, regresaron a la comisaría donde sus chanzas concluyeron para retomar el caso Müller. Estaban convencidos de que tenían encerrada a la persona incorrecta y les correspondía a ellos solucionarlo.

En cuanto se acomodaron en sus puestos, Corrales sacó un *pendrive* y se lo mostró a su compañera.

—¿Qué es eso? —interrogó la inspectora.

—No me has preguntado por qué he llegado tan tarde.

—Pensaba que por el tercero. —Blanca colocó en su mano tres dedos, justo como había hecho él un rato antes.

El subinspector liberó una sonora carcajada, demostrando una vez más su buen estado de ánimo.

—Pues va a ser que no. Me he marchado dejándolo en la cama durmiendo como un bebé. Yo tenía otros planes.

—¿Y me los vas a revelar o me vas a mantener en la inopia?

—Calma. Ya voy. Vente a mi sitio y te lo muestro.

Blanca se arrastró en su silla con ruedas. En cuanto se colocó a su lado, de forma que ambos veían perfectamente la pantalla, el subinspector clicó sobre un archivo MP4.

—A primera hora he pasado por el domicilio de Carla Goebel. Enfrente del portal hay una joyería y se me ocurrió que podía haber cámaras apuntando en esa dirección. Y, en efecto, había. El propietario me ha dicho que guardan las grabaciones en la nube durante un mes. Así que le pedí las imágenes del domingo por la noche, sobre las nueve, cuando se supone que Cándido Soler visitó a nuestra detenida y principal sospechosa.

La pantalla mostraba el portal y algunos viandantes que pasaban por delante con mayor nitidez de la que habrían esperado. Fernando hizo clic sobre el ratón y la reproducción avanzó a mayor velocidad. Cuando apareció Soler en escena, detuvo el modo acelerado y el vídeo retomó su ritmo real.

—No hay nada fuera de lugar. Soler llega al bloque, llama al telefonillo y accede al interior —comentó Blanca desanimada.

—No esperaba que llevara el vial con la toxina en la mano y lo enseñara a cámara con un cartel que avisara de sus planes. ¡Eh, chicos, voy a dejar el veneno en casa de Carla! —repuso el subinspector imitando la voz de Soler—. Pero al menos contamos con la prueba de que Carla Goebel está diciendo la verdad. Y que Cándido Soler tuvo la oportunidad de dejar la botulina en su piso sin que ella se percatara.

—¿Y de qué sirve eso?

—Una duda razonable, ¿no?

—Esto no es una película americana.

Corrales se encogió de hombros y volvió a pulsar el botón del ratón para que las imágenes avanzaran otra vez a cámara rápida. Según el reloj que se exhibía en una esquina de la grabación, Soler reapareció quince minutos después en el portal, abandonando el inmueble. En lo que sí se fijaron ambos fue en la sonrisa de triunfo y satisfacción que esbozaba su rostro.

—Ese gesto no es de un niño que no ha roto un plato en su vida —comentó el subinspector.

—Ya, pero tenemos que demostrarlo. Y por ahora no contamos con nada contra él.

—Pues manos a la obra.

El positivismo de su compañero la animó. Estaba segura de que, si llegaban al fondo, sacarían un montón de trapos sucios. Alguien como él, al que le habían arrebatado de modo fulminante la dirección de la compañía, otra vez, no se podía haber quedado de brazos cruzados. Solo tenían que escarbar un poco.



Carla Goebel se hallaba en las dependencias policiales de la Jefatura Superior de Policía a la espera de pasar a disposición judicial por un delito de homicidio.

En ese momento, se situaba frente a su madre, quien no podía borrar la preocupación de su rostro, y el abogado penalista. Jara lo había contratado por sus referencias, decían de él que era el mejor de Madrid. Rezaba por que fuera así, ya que no le cabía ninguna duda de que su hija no era culpable del delito que le achacaban.

—Buenos días, señora Goebel —la saludó. Sin más prolegómenos, encauzó la conversación al tema que lo había llevado hasta allí. Jara Goebel le había puesto en antecedentes, pero era imprescindible, para poder llevar el caso de forma concienzuda, conocer de primera mano lo sucedido—. Necesito que me relate lo ocurrido con la mayor claridad y exactitud que le sea posible.

Jara, mientras escuchaba cómo su hija le contaba al señor Serrano los detalles, la observaba con un dolor en su interior que no habría podido describir. Solo llevaba unos días detenida y se la

veía demacrada, evidenciando una ostensible pérdida de peso y unas oscuras manchas bajo los párpados inferiores. Se sentía culpable por esa horrible situación. Que su hija fuera acusada de la muerte de Erich le parecía una infamia, confiaba en que la policía finalmente comprendiera su estupidez, pero, mientras tanto, Carla estaba allí, encerrada con gente de la peor calaña. No se podía imaginar cómo se encontraría en realidad.

Carla terminó su historia y el silencio llenó el pequeño cubículo. No se había saltado ni una coma. Había mencionado lo mucho que quería a Erich, al que había considerado un padre a lo largo de su vida. Le había confirmado la discusión que mantuvieron y que escuchó Cándido Soler —el motivo de la polémica, cada vez que lo decía en alto, le resultaba más endeble y absurdo. Se arrepentía de las palabras que escupió aquel día. Jamás se le habría pasado por la cabeza que esa disputa familiar la pusiera en el punto de mira de una investigación de asesinato—. También le explicó cómo se enteró de su muerte, gracias a la llamada de su madre, y cómo acudió a su lado de inmediato. Primero, porque la noticia le pareció irreal, su padrastro apenas tenía achaques, considerando su edad. Necesitaba asegurarse de que había interpretado correctamente las palabras de su progenitora. Y, segundo, con la finalidad de consolarla. Asimismo, le señaló la extravagante excusa de Soler para presentarse en su casa: una disculpa por su comportamiento. Le reveló lo afectado que se hallaba al saberse relegado, una vez más, de la dirección de Pharma Jara, aun cuando su idea inicial había sido cederle la compañía.

No se dejó nada en el tintero.

Mientras escuchaba con suma atención lo que su clienta le contaba, Serrano hacía anotaciones en su block de notas. Le gustaba apuntarlo de su puño y letra, lo prefería a llevar uno de esos dispositivos electrónicos que tan poco le gustaban. Se describía a sí mismo de la vieja escuela. Aunque la realidad era que había estado trabajando demasiados años siguiendo unas pautas, quizá no las óptimas para muchos, pero sí para él, así que no tenía intención de modificarlas a esas alturas de la vida.

Jara, en tanto esperaba a que el abogado proporcionara sus conclusiones, consciente del futuro que le deparaba a su hija si no descubrían al verdadero responsable de la muerte de Erich, contemplaba, en un esfuerzo por no echarse a llorar, la sala aséptica en la que se localizaban. Las paredes estaban cubiertas de azulejos que debieron de ser blancos en otra época, pero que ahora amarilleaban por el paso del tiempo. El suelo de terrazo le recordó al que había en los antiguos portales y escaleras, antes de que las constructoras se decantaran por regresar a la madera o aportar sofisticación con el mármol. Era un pavimento similar al que tuvieron ella y Erich en el primer piso que compartieron tras llegar a Madrid, allá por la década de los ochenta. Supuso que el mismo tiempo que llevaría ese instalado. La mesa y las sillas eran frías, metálicas e incómodas, se imaginó que no habían sido colocadas ahí por casualidad, sino que tenían el cometido de que las reuniones no se alargaran. Y probablemente funcionara, ella estaba deseando marcharse.

—Voy a ser claro con usted —comenzó el abogado con su discurso, después de repasar durante unos minutos las notas que había tomado—. Nos enfrentamos a una pena de prisión de diez a quince años. —Le gustaba incluirse, esa forma de hablar hacía que sus clientes se sintieran reconfortados: comunicarles que él era parte intrínseca de esto y que haría lo posible por ayudarlos—. Las pruebas que tienen contra usted son circunstanciales. Incluido el vial de toxina botulínica encontrada en su vivienda del que no se ha podido demostrar que pertenezca al mismo lote que el suministrado a su padrastro.

»Como será juzgada por un jurado popular, podremos sembrar la duda. Le recuerdo que para condenarla se necesitarán siete votos en contra de los nueve del jurado y para declararla no

culpable serán necesarios un mínimo de cinco votos a su favor.

»El mayor problema va a ser el móvil: la compañía. Ya que usted se ha hecho con su dirección.

—Le correspondía por herencia. Ya sea ahora o dentro de diez años —apoyó Jara a su hija.

—Eso lo sé. Pero la Fiscalía intentará convencer al jurado de su culpabilidad. Al fin y al cabo, no es lo mismo ser CEO de un emporio farmacéutico a los cuarenta que a los sesenta, por poner un ejemplo. Y un punto significativo, que tanto el fiscal como los miembros del jurado tendrán en cuenta, es que es usted una de las personas que más gana con la muerte del señor Müller. La otra es su madre. —Procuró que lo vieran desde el punto de vista de un jurado popular, pues la mayoría de ellos irían justos para llegar a fin de mes, así que no tendrían su misma percepción.

—Erich pensaba jubilarse —aportó Jara—. No ahora, pero no tardaría mucho. Desde que nos casamos ese era su deseo. Quería compartir el tiempo que le restara de vida conmigo. Aunque es verdad que había postergado su retiro porque yo no tenía intención de abandonar mi puesto en el museo.

—Interesante dato. No obstante, al no haber ultimado los detalles en vida, no creo que sea relevante. —Al ver la cara abatida de sus clientas, añadió—: Si bien, podré utilizarlo.

El letrado no paraba de hacer anotaciones en su libreta. Las dos mujeres rezaban por que los datos que aportaban le sirvieran de ayuda para preparar la defensa. Ese hombre que tenían delante era su única esperanza.

—Estoy convencida de que Soler fue quien asesinó a Erich. —Carla soltó a bocajarro lo que le rondaba por la cabeza desde su detención. Para ella era incuestionable que él había sido el responsable de la muerte de su padrastro y le había endosado a ella el homicidio. Se había quitado dos pájaros de un tiro. Su plan había sido brillante—. Confiaba en que, tras la muerte de Erich, ocuparía su puesto en la empresa. Hay que tener en cuenta que ambos eran de la misma quinta. Luego es su última oportunidad de tomar las riendas. —Carla divagaba, pero le resultaba innegable su implicación—. Por añadidura, si no hubiera sido él, no tiene ningún sentido que dejara la toxina en mi casa.

—En ese punto difiero. El haberla desprestigiado de una forma tan calumniosa ha desencadenado un conjunto de acciones, y una de ellas es que ha logrado sustituirla al mando de la compañía. —Hizo una pausa poniendo en orden sus ideas—. A pesar de ello, creo que es primordial investigar a Cándido Soler. Necesito descubrir sus trapos sucios. También indagaré sobre el resto de directivos de la junta. Mi consigna es seguir el dinero. —Sonrió al mencionar ese pensamiento tan obvio, pero no por ello menos valioso. A continuación, repasó sus apuntes en voz alta a la espera de confirmación por parte de las dos mujeres—: Tenemos a Pablo de la Villa, presidente de Pharma Alzh. Irene Molina, presidenta de Pharma Genetics. Y a Alejandro Ortiz, presidente de Pharma Veter. —Carla y Jara asintieron con un leve movimiento de cabeza—. Todos ellos presentes en la noche de autos puesto que fueron invitados a cenar en su casa. ¿Es correcto?

—Eso es —confirmó nuevamente Jara.

—Señora Goebel —miró a Carla directamente a los ojos—, haré todo lo que esté en mi mano para sacarla cuanto antes de aquí, pero comprenda que va a tener que pasar un tiempo en prisión. Intentaré que sea lo más breve posible.

Carla ya no aguantó más y se echó a llorar, su entereza había desaparecido de repente. Comprendía lo que le decía el abogado, mas su desesperación era manifiesta. No soportaba por más tiempo esa situación en la que se había visto envuelta. Se sentía impotente al no poder

controlar lo que sucedía a su alrededor.

Jara la rodeó con los brazos con intención de consolarla. Su corazón, ya destrozado, se rompía en trozos más pequeños al verla tan frágil.

—¿Y si apareciera un nuevo culpable? ¿Alguien que confesara el crimen? —Mientras acariciaba el pelo de su hija, lanzó esas preguntas al aire, dejando a los presentes perplejos.

—Sería un gran avance, desde luego. —El abogado sonrió con una mueca torcida. Ese era el *summum* de cualquier sospechoso, sin embargo, nunca se materializaba—. En ese caso, se retirarían de inmediato los cargos contra su hija.

—Mamá, ni se te ocurra —le dijo a la par que se soltaba de su abrazo y la miraba a la cara—. Sé lo que estás pensando y no te lo permitiré. —Carla supo al instante la idea que se le había ocurrido.

—Hija, yo ya soy mayor. He pasado muchas cosas en mi vida. Y a ti te queda tanto por vivir. —Lanzó un suspiró que reflejaba su agotamiento mental, le había estado dando vueltas a ese asunto desde el mismo momento en que se enteró de su detención—. Has de ver crecer a los mellizos, disfrutar de la compañía de Jaime y proseguir con el sueño de Erich dirigiendo la empresa que levantó para ti.

—Mamá. No quiero que me des razones. Las conozco todas. Pero no vas a sustituirme. ¿De acuerdo? —Calló hasta que su madre asintió con un apenas perceptible movimiento del mentón—. Como dice el señor Serrano, las pruebas son circunstanciales y podremos proporcionarle al jurado una duda razonable. —Ni ella misma se creía esas palabras, pero su fuerza reaparecía de cara a salvaguardar a su progenitora—. Hay que descubrir al verdadero responsable. No me sirve que realices una confesión falsa. Por favor, mamá, no lo hagas. Prométemelo. —El tono de súplica le erizó los pelos a Jara.

—De acuerdo. Pero no cejaré hasta que Soler pague por sus pecados —le aseguró.

—Eso está mejor, mamá. Y ten presente que, si confiesas un crimen que no has cometido para protegerme, yo haré lo mismo. —Jara tuvo la certeza de que cumpliría su palabra.

El abogado las observaba enternecido. Había trabajado en gran variedad de casos de homicidio a lo largo de su extensa trayectoria profesional, había visto a familias destrozadas, pero nunca se había encontrado con una situación de esa naturaleza, una madre dispuesta a confesar un crimen para exonerar a su hija.

—Mi bufete comenzará ya mismo a trabajar. —Serrano rompió el silencio que se había formado—. La mantendremos informada de los avances, señora Goebel.

—Gracias.

Jara volvió a abrazar a su hija, en esta ocasión para despedirse.

—Ten cuidado. —No se podía ni imaginar a qué se enfrentaría su pequeña en su día a día en prisión—. Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedírmela.

—Lo sé, mamá.

Observó cómo su madre abandonaba la sala y, acto seguido, estrechó la mano de su abogado, aproximándose a él para susurrarle:

—No deje que cometa una tontería. Por favor, no le permita declarar su culpabilidad. —Dudaba de que su madre se mantuviera al margen. Había pasado muchas penurias cuando era joven, lo que la había convertido en una mujer tenaz y valiente. Era consciente de que no se amilanaría con facilidad. Por ese motivo, no confiaba en que cumpliera su promesa.

—Me ocuparé de ello. —Procuró mostrarle seguridad, era lo que necesitaba en ese momento. Con todo, él poco podía hacer si Jara Goebel decidía inculparse del homicidio de su marido.

El abogado se dio media vuelta y con paso resuelto avanzó hacia la salida. Entonces, Carla notó cómo su escolta la cogía de un brazo para devolverla al calabozo.



24

Berlín Este, primavera 1982

Jara estaba preparada para abandonar el hogar que había compartido con Johannes los últimos años. El piso que había sido testigo de muchos momentos de felicidad. El lugar donde él le había pedido en matrimonio y ella le había dado la grata noticia de su futura paternidad. Nunca pensó que le resultara tan difícil separarse de algo material, aun cuando estaba segura de que construirían un nuevo hogar. Sin embargo, había tantos recuerdos entre esas paredes que le estaba costando un enorme esfuerzo dejarlo atrás. Mas lo hacía con el objetivo de labrarse un mañana mejor y otorgarle a su pequeñín una vida en libertad, algo que cualquier ser humano merecía.

Mientras aguardaba a que llegaran Johannes y Erich, se despedía de la vivienda. Se daba cuenta de que, en comparación con el resto de edificios de la ciudad, este no era ni el más bonito ni el más elegante, de hecho, las paredes estaban repletas de desconchones y de manchas de humedad y los suelos crujían. A pesar de todo, cada una de esas habitaciones guardaba un pedacito de ella. En todas había disfrutado de maravillosos momentos con su marido. Había recorrido cada uno de los cuartos, cerrando los ojos en su interior, con el propósito de llevarse consigo los instantes más relevantes y dichosos que habían sucedido en ellos. Hasta ese momento no se había percatado de cuánto la iba a echar de menos.

En el salón los recuerdos se agolparon en su cabeza, algunos con mayor nitidez que otros. Pudo rememorar el día en que, tras una cena cocinada por Johannes, quien le había sorprendido con unas exquisiteces dignas de un chef, se colocó a sus pies y de rodillas le pidió que se casara con él. Ella lloró de la emoción mientras gritaba a los cuatro vientos que sería su esposa. Entonces se besaron y se abrazaron entusiasmados ante un porvenir prometedor. Aquel suceso había sido uno de los más extraordinarios de su vida. No obstante, otro le vino a la cabeza que superaba con creces al anterior: el día en que le confesó su estado de buena esperanza. Se hallaban en esa misma sala, sentados en el sillón, él viendo la televisión y ella con temor a cómo se tomaría la noticia. Ahora que había pasado el tiempo, no comprendía de dónde habían surgido sus miedos, cómo había podido amedrentarse por la reacción de Johannes. Él, como era de esperar, estuvo a la altura, se alegró tanto al recibir la buena nueva como le había ocurrido a ella.

Almacenó ambas remembranzas en un rinconcito de su mente para no olvidarlas jamás y continuó con su ritual de despedida. En esta ocasión, se trasladó a la cocina, donde su cabeza se abarrotó de instantes caseros que compartieron trajinando con alimentos, incluso practicando sexo sobre la encimera. Se sonrojó al recordar estos últimos. Pero también le asaltó el doloroso encuentro con Erich en el que le expresó sus sentimientos. Ahí mismo, sentado a la mesa mientras ella se dedicaba a pelar patatas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Erich era un gran amigo de la pareja, como un hermano mayor para ella, pero su amor hacia él no pasaba del fraternal. Amaba a Johannes.

Abandonó el cuarto con una lágrima recorriéndole la mejilla ya que no fue capaz de borrar la imagen que se le presentó: el rostro de Erich exhibiendo una profunda decepción y dolor por el rechazo.

Tras ese deterioro del ánimo, se dijo que ya había tenido suficiente. Y, por ello, se sentó en la cama a aguardar a su marido. No sabía en qué más podía ocupar su tiempo. No había hecho equipaje ni tenía la intención de hacerlo, en verdad, no había cogido ninguna de sus pertenencias.

Todos los vestidos y zapatos seguían en el armario. Tampoco le importaba porque su ropa era de lo más insulsa. No contaba con joyas, solo el anillo de casada que llevaba en el dedo y que no pensaba quitarse. Y en el bolsillo del abrigo se había guardado la única foto que conservaba de sus padres. En ella aparecían los tres sentados sobre una manta comiendo unos sándwiches. Aun recordaba aquella excursión al campo. Fue un día especial. El resto de sus posesiones no mantenían ningún valor sentimental, por lo que las dejaría en la casa. Erich les había advertido de que no podrían acarrear una maleta, ni siquiera una bolsa, por lo que había seguido a pies juntillas sus instrucciones. Era consciente de que lo que vendría a continuación no sería sencillo, al contrario, se trataba de algo peligroso. Podían morir en el intento o, lo que era peor, ser detenidos.

—Quizá sea mejor que nos quedemos aquí —le dijo a Johannes al verlo entrar al dormitorio que habían compartido y en el que habían disfrutado tanto de intimidad como de conversaciones sinceras.

—¿Te estás arrepintiendo? Creo que habla el miedo. —Johannes se sentó a su lado, la acercó hacia sí y la abrazó en un conato por infundirle confianza. Llevaban algún tiempo preparando esa huida y, como él, estaba aterrorizada por las consecuencias de esa decisión—. Pero si quieres que no vayamos, este es el momento de decirlo. Podemos cancelarlo.

Jara se separó y lo miró a los ojos, esos ojos que plasmaban el respeto y el amor que sentía por ella. Sabía que tomara la decisión que tomara, él la apoyaría.

—Tienes razón, es el miedo el que habla. Sé que en el otro lado la vida que le podemos ofrecer a nuestro hijo será mucho mejor que si permanecemos aquí. Hemos de marcharnos.

—Tranquila. Ya verás como todo sale a pedir de boca. He oído decir que los guardias están en actitud más distendida últimamente —mintió con el único fin de calmarla.

Cuando consideró que estaba más relajada, sacó una cajita del bolsillo de su chaqueta y se la entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigada.

—Ábrela y lo verás.

Jara, con manos temblorosas, no estaba segura de si por la emoción o por el pavor que la embargaba unos segundos antes, abrió obedientemente la pequeña caja. Lo hizo despacio y con minuciosidad, como si lo que ocultara en su interior fuera un frágil tesoro que se rompería entre sus torpes dedos si no iba con cautela.

En cuanto pudo distinguir su contenido, se quedó pasmada, el envoltorio ocultaba un precioso medallón ovalado. En el lateral había una estrella labrada en cuyo centro brillaba una piedra preciosa.

—Ábrelo —repitió Johannes.

Jara cogió entre sus manos la maravillosa pieza y, como le había pedido, pulsó el diminuto mecanismo, el cuál abrió el guardapelo de forma automática. Su interior atesoraba dos pequeñas fotografías, una de ella y otra de él.

—Es para que siempre me lleves cerca de tu corazón. —Johannes tenía un mal presentimiento respecto a su escapada de Berlín Este. No quería que sus malos augurios le afectasen a ella, por eso se los había guardado para sí. Pero, por si sus presagios eran acertados, se le ocurrió el regalarle esa bonita pieza con miras a que lo tuviera presente.

—Es precioso. Pero ¿cómo has podido pagarlo? Ha debido de ser carísimo.

—Cariño, eso no importa. Este medallón es un símbolo. Representa el final de una vida y el comienzo de otra. De nuestra nueva vida juntos.

Jara se emocionó al escuchar esas palabras por todo lo que denotaban. Años más tarde se

daría cuenta de que ese regalo había sido la muestra de su amor imperecedero, un detalle para que nunca lo olvidara, como si vaticinara lo que ocurriría unas horas más tarde.

Ella sonrió, se lanzó a sus brazos y le besó. No se podía ni imaginar cuánto significaba aquello para ella. La hacía sentirse amada. Johannes era el hombre de su vida y daba gracias cada día por haberse cruzado en su camino.

Hicieron el amor con pasión y con el temor de que fuera la última vez que se entregaran el uno al otro. Ambos eran conscientes de que esa noche podían toparse con alguna desgracia que los separara. Anhelaban ser optimistas, que en su mente no apareciera tal posibilidad, pero en el fondo sabían que podía suceder.



25

—Cariño, ¿a dónde me llevas?

La muchacha estaba ilusionada, su chico le iba a regalar lo que le había pedido y, siendo sincera consigo misma, ese era el mejor obsequio que le podía hacer. Hasta ese día, por su cumpleaños siempre la había desconcertado con patéticos adornos que parecían haberle tocado en una tómbola. Sin embargo, en esa oportunidad decidió coger el toro por los cuernos y mencionarle, en más de una ocasión, lo que le gustaría de veras, asegurándose de que no se desviara del camino.

—Aguarda y verás. Quiero que sea una sorpresa. —Le contestó sin quitar la vista de la zigzagueante carretera. Estaba seguro de que la sorprendería y, por primera vez, gratamente—. Ya llegamos.

Esa mañana habían madrugado y preparado las mochilas, su intención era llevarla a hacer una ruta de senderismo, actividad con la que ella disfrutaba. Adoraba la sensación de encontrarse en medio de la naturaleza y sentir que formaba parte de ella. Ese era el regalo que ansiaba y por el que había insistido hasta la saciedad. Él lo había captado, la verdad era que no había sido nada sutil. Le había dejado caer, de modo bastante explícito y frecuente, que le apetecía disfrutar el día de su cumpleaños en un bello paraje, donde pasear y comer una rica tortilla de patatas. Por ese motivo, se había levantado temprano, bastante antes de que el sol mostrara su esplendor en el horizonte, y había cocinado varias exquisiteces de lo más campestres, entre ellas, una apetecible tortilla, en tanto, la cumpleañera seguía acurrucada en la cama, inmersa en un profundo sueño. Le constaba que en ese regalo no quedaba más sorpresa que el desconocimiento del lugar al que la conducía, así que esa parte se la guardó para sí.

Cuando aparcaron en el área recreativa de la Laguna de los Patos, ya no quedó ninguna duda de a dónde se dirigían, a la Cascada del Hervidero, uno de sus lugares favoritos en la Comunidad de Madrid.

—Te quiero —le dijo tras el descubrimiento, demostrándoselo con un beso en los labios.

—Yo también.

Salieron del coche y, después de coger las mochilas y embutirse en los cortavientos, comenzaron a caminar siguiendo el curso fluvial, adentrándose en una zona repleta de grandes chopos, alisos y sauces llorones.

Mientras avanzaban, contemplaban el espléndido paisaje que les rodeaba, inspiraban el aire puro, llenando sus pulmones, y escuchaban el relajante sonido del agua correr. Aunque el día era frío, no cabía esperar otra cosa al no haber llegado la primavera, se había levantado soleado, por lo que la lluvia no se lo estropearía.

La cumpleañera desprendía felicidad por los cuatro costados, no podía ocultarlo. Su rostro no era capaz de eliminar esa sonrisa bobalicona que se le había dibujado en cuanto se apearon del coche. Él lo sabía y se emocionaba al pensar cómo se lo recompensaría esa noche. Ninguno se imaginaba que, en un rato, esa dicha se convertiría en infortunio y la recompensa deseada no llegaría a materializarse.

Marchaban a buen paso, aun cuando se detenían a hacerse alguna foto cada vez que descubrían un paisaje que despertaba su admiración. No querían olvidar esa jornada que había empezado con tan buen pronóstico.

A lo largo del camino se toparon con algunas pequeñas cascadas, diversos puentes y una almenara. Si bien, hasta que no escucharon un sonido ensordecedor, no supieron que habían

alcanzado su destino. Descendieron por unas estrechas escaleras de piedra que daban acceso a la parte baja de la cascada, lugar donde podrían observar los dos grandes saltos de agua que nutrían la charca que quedaba a sus pies.

—¡Es precioso! —La muchacha estaba extasiada al contemplar la belleza del andurrial.

—Vamos a acercarnos —le propuso él, procurando sacar su lado aventurero, esa característica que tanto le recriminaba ella que le faltaba. Pero es que era chico de ciudad, no le gustaba trepar cual cabra por el monte. A su pesar, ese día haría un esfuerzo porque ella bien lo merecía.

La joven, emocionada, aceptó; así pues, iniciaron la inspección de la zona. Iban con cuidado ya que las rocas estaban húmedas, en cualquier momento podían resbalar y empaparse o, peor aún, romperse algún hueso.

—¿Notas ese olor? —La chica había percibido un aroma nauseabundo, como si hubiera cerca algo podrido. Mas no era capaz de descifrar su origen.

—Sí, lo huelo. Será algún animalillo muerto —sugirió él, sin darle mayor importancia.

—Creo que es mejor que nos marchemos. No lo soporto —reconoció, al advertir que se le revolvía el estómago. Si permanecía más tiempo allí, acabaría echando el desayuno.

—Espera un segundo. Creo que he visto algo. Voy a acercarme.

Ella se dio la vuelta y se alejó unos pasos. No toleraba el hedor, era irrespirable. Cuando el tufo le resultó aceptable, se detuvo y observó a su chico, que se aproximaba a un extraño bulto que sobresalía entre las piedras. Desde la distancia no distinguía de qué se trataba, pero su intuición le decía que no era un animalillo del bosque.

Entonces contempló cómo su novio, después de situarse al costado del bulto, se apartaba a un lado y comenzaba a vomitar. Instintivamente se dirigió hacia él, sin saber qué le habría trastornado. No podía evitar sentir curiosidad, no se imaginaba qué le podría haber alterado de esa manera. Se subió el cuello de la chaqueta para taparse la nariz, de forma que respirara su propia fragancia, y avanzó con paso enérgico hacia su pareja. En cuanto se situó a su altura, se arrepintió de la decisión tomada.

Allí, en una posición aberrante, descubrió lo que parecía ser el cadáver de un hombre que yacía entre las rocas. Estaba bastante descompuesto y aparentaba haber sido el plato principal de los roedores que anidaban por la zona.

Tras ese hallazgo, no tardó ni un segundo en detectar cómo el desayuno hacía acto de presencia en su boca para ser expulsado de inmediato. Le dio el tiempo justo a girarse y no echar el contenido de sus tripas sobre el putrefacto cuerpo. A continuación, salió corriendo de allí. No aguantaba permanecer ni un segundo más delante de ese pobre hombre.

Su chico salió detrás de ella y, en cuanto regresaron al camino, frenaron su carrera. Sus respiraciones eran rápidas, como si acabaran de correr la maratón del siglo, todavía sin asimilar lo ocurrido. No se podían creer que se hubieran topado con un cadáver. Ninguno de los dos había visto uno con anterioridad y menos en ese estado tan espeluznante.

La muchacha temblaba de pies a cabeza, empezó a costarle respirar, se ahogaba, sentía que estaba comenzando a sufrir un ataque de pánico. Cerró los ojos e intentó inspirar y espirar el aire lenta y profundamente, debía tranquilizarse. Al final, lo consiguió y, al abrir de nuevo los ojos, descubrió a su chico mirándola con preocupación.

—¿Te encuentras bien? —Ella asintió, aunque la triste realidad era que no lo estaba, esas imágenes seguían grabadas a fuego en su mente como si todavía estuviera contemplando la repulsiva escena.

Una vez recibió esa leve confirmación de su chica, sacó de la mochila el móvil y llamó al

teléfono de emergencias.



La inspectora Garrido y su compañero, el subinspector Corrales, se dirigían a comer algo rápido cuando el teléfono de Blanca comenzó a sonar. Al ver el nombre del comisario Narváez en la pantalla, auguró que esa llamada no sería para nada bueno. Y no se equivocaba.

—Sí, señor… ¿Pero eso qué tiene que ver con nuestro caso?... De acuerdo, señor… Sí, claro… Ningún problema…

Fernando Corrales la observaba sin descifrar ni una sola palabra de lo que le estaba relatando su superior, pues los comentarios de ella eran escuetos y no le daban ninguna pista del tema en cuestión. De lo único que sí se había percatado era de la tensión que se había impuesto en su rostro y su cuerpo. Luego, como ella había imaginado unos segundos antes, él también dedujo que las noticias que estaba recibiendo no eran agradables. Tras unas cuantas ratificaciones más, colgó y él permaneció expectante, con la curiosidad emergiéndole de los ojos.

Blanca Garrido miraba pasmada el teléfono, sin comprender la conversación que acababa de mantener. El comisario le había informado de un nuevo homicidio: dos excursionistas habían hallado un cuerpo en las inmediaciones de San Agustín de Guadalix. Hasta ahí nada fuera de lo normal, un cadáver y dos personas que se cruzan con él de modo fortuito. Se daba cuenta de que su superior había sido bastante comedido dando explicaciones. Su excusa era que no contaba con mucha información del caso todavía. Pero, según él, ese asesinato podría tener alguna relación con la investigación que estaban llevando a cabo. Ella consideraba que le había omitido algún detalle relevante porque, con los datos enumerados, nada le decía que ese cuerpo aparecido en el monte tuviera algún nexo con la muerte de un directivo de una importante compañía farmacéutica.

—Vamos a por algo de comer y luego te cuento. —Blanca no podía dejar pasar una comida, así que, aun cuando engullirla en el coche no le resultaba el procedimiento más atractivo, no tenía intención de saltársela.

Compraron un par de bocadillos de jamón york con queso en el bar de Pedro y se pusieron en marcha. No tenían tiempo que perder.

Mientras Fernando devoraba la penosa comida que le había tocado ese día, era de los que pensaba que donde hubiera un plato de cuchara que se quitara todo lo demás, Blanca, que estaba al volante, le ponía al día.

—Esta mañana unos excursionistas han descubierto el cuerpo de un hombre en un estado de avanzada descomposición en la Cascada del Hervidero. El comisario cree que este asesinato está relacionado con el de Erich Müller. Por esa razón, nos ha pedido que indaguemos —le explicó.

Corrales no adivinaba dónde habría visto el comisario algún vínculo entre asesinatos tan inconexos. No comprendía qué tendría que ver ese cuerpo con su caso. En su investigación nadie había mencionado ningún nombre que no hubiera sido entrevistado. En su tablero no faltaba ninguna ficha. O tal vez sí y por eso estaban bloqueados.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó, imaginando que algo se le pasaba por alto.

—No.

—¿Por qué piensan que ambos asesinatos están relacionados?

—Ni idea.

—Entonces, ¿qué sabemos?

—Nada. Narváez no ha dado más detalle que lo que te acabo de contar. Me ha dicho que es

mejor que lo veamos con nuestros propios ojos.

—Encantador, como siempre —bufó el subinspector Corrales, quien no asimilaba por qué el comisario era tan parco en palabras. Su opinión era que perderían menos tiempo si fuese más específico.

—Ya lo conoces.

—¿Quieres que conduzca yo? Ya me he terminado el delicioso bocadillo —comentó con sarcasmo. Habría preferido saborear una comida caliente, aunque se tratara de un plato combinado o similar.

—No es necesario. —Blanca llevaba su bocadillo colocado sobre las piernas y de vez en cuando lo cogía para darle un mordisco—. Lo que si me gustaría es que me pasaras la botella de agua, me está costando comerlo. Está seco. —Su compañero asintió, totalmente de acuerdo.

—Hoy Pedro estaba solo en el bar y se nota. Su mujer suele untar el pan con mantequilla para que no se haga bola.

Antes de que se dieran cuenta, y gracias a la velocidad que la inspectora había imprimido al vehículo, alcanzaron su destino.

—Menos mal que se puede acceder en coche hasta llegar prácticamente a los saltos de agua. —A Corrales le gustaba entrenar, era un acérrimo admirador del gimnasio, pero odiaba el campo.

—A veces me dejas atónita. Con lo sano que es respirar aire puro. Fíjate en lo que nos rodea. El paisaje es majestuoso. —Aunque no mentía, lo dijo por el mero hecho de pincharle.

—Si tú lo dices. —Él ignoró sus comentarios.

Una vez hubo salido del coche, para hacer más hincapié en lo poco que disfrutaba de las zonas no asfaltadas, con cara de repulsión sacudió la manga de su abrigo como si se hubiera posado en ella un insecto.

Blanca, al ver su ocurrente actuación, soltó una sonora carcajada.

—Desde luego, está claro que eres hombre de ciudad —le recriminó.

—Exacto —admitió él. No tenía nada que ocultar a ese respecto. Se sentía orgulloso de serlo.

—Anda, vamos. —La inspectora lo dejó por imposible. De todas formas, era evidente que desentonaba con el entorno. Su elegante atuendo más sus pasos inseguros en el terreno pedregoso, le hacían parecer fuera de lugar.

En el corto tramo que los separaba de la cascada, se cruzaron con varios agentes que les saludaron con la cabeza al ver sus placas, algunos les señalaron dónde encontrar al oficial al mando.

En cuanto se presentaron en el lugar de los hechos, comprendieron por qué el cuerpo no había sido descubierto con anterioridad, siendo esa área transitada con regularidad por los senderistas. Había que brincar, cual saltamontes, hasta aterrizar en el emplazamiento en el que varios agentes de la Policía Científica ejercían su labor.

—No me dirás que tenemos que llegar hasta allí por esas piedras resbaladizas. —Fernando observó su calzado, unos maravillosos zapatos tipo Oxford de lo más inapropiados.

—Creo que vas a tener suerte —repuso al ver que alguien se les aproximaba.

Un hombre uniformado, con unas botas técnicas acordes al espacio en el que se hallaban, se dirigía hacia ellos a paso resuelto y con caminar seguro.

—Buenos días. Supongo que son la inspectora Garrido y el subinspector Corrales. Me avisaron de que vendrían. —Ambos asintieron—. Soy Adrián Gálvez, teniente de la Guardia Civil. —Extendió su mano para estrechársela a los dos a modo de saludo.

—¿Qué tenemos? —curioseó la inspectora que todavía no comprendía qué hacían allí.

—Varón blanco con herida de bala. No sabemos mucho más. Su estado de descomposición y el haber servido de pasto para los roedores de la zona nos indica que lleva varias semanas ahí tirado. No porta cartera, ni ningún tipo de documentación, ni siquiera un teléfono móvil —expuso el teniente con contundencia.

—El asesino quería que no descubriéramos con facilidad su identidad —sugirió Corrales.

—Eso pienso yo —le apoyó el teniente.

—Lo que no entiendo es qué tiene que ver este homicidio con el nuestro —repuso Blanca Garrido.

El Guardia Civil sacó una bolsa de pruebas del bolsillo y se la mostró a los inspectores.

—El homicida no hizo una gran labor de limpieza puesto que nos ha dejado un rastro que seguir. Se dejó esto olvidado. —En la bolsa de pruebas se veía lo que aparentaba ser, a simple vista, una tarjeta de visita—. La hemos encontrado en su abrigo, entre el forro y el paño. El bolsillo tenía un agujero y se le debió de colar.

—Hemos tenido suerte —admitió la inspectora que seguía sin haber resuelto su duda. Entonces, el teniente le proporcionó la bolsa transparente y se quedó boquiabierta al analizar lo que tenía en sus manos—. Es una tarjeta de visita de nuestra víctima.

Corrales se acercó a ella y analizó la cartulina que exhibía un enorme deterioro a causa de la humedad, pero, aun así, se podía entrever el nombre de Müller, la dirección de su oficina y varios teléfonos de contacto escritos en ella. No cabía duda. Existía una relación entre ambos hechos. Solo tenían que averiguarla.

—¿Qué crees que significa?

—No lo sé, pero aquí tenemos un hilo por donde tirar. —La inspectora levantó la cabeza y observó el bulto que se había convertido en el centro de tanta actividad policial—. Deberíamos ver el cadáver.

—En el estado en el que se encuentra no podrán obtener ninguna conclusión. No podremos saber más hasta que la Científica y el equipo Forense nos envíen sus informes —les manifestó el teniente al comprobar el calzado de ambos. Lo que menos le apetecía era que unos inspectores recién llegados de la ciudad sufrieran un accidente entre las rocas, sin embargo, esa información prefirió omitirla. Si bien, al ver la duda reflejada en la inspectora, agregó—: Hemos sacado multitud de fotografías. En cuanto regrese al cuartel, les envío las imágenes y la información de la que disponga.

—Muchas gracias por su ayuda. —Blanca Garrido le estrechó la mano agradecida por su colaboración. Mas sus palabras no la detuvieron, debía estudiar el escenario.



26

Jara llegó a casa con una idea fija en la cabeza: investigar a Soler. Erich no le tenía en alta estima, le consideraba un trepa y un cretino, siendo suave. Le había oído soltar muchos improperios bastante menos afables contra él. Era el único subordinado que lo mantenía en vela con regularidad, siempre maquinando necedades, tal y como él las denominaba. Solía tenerlo en su punto de mira y estaba atento a sus movimientos puesto que sabía que le clavaría un cuchillo por la espalda en el momento menos pensado. Cuando gozara de oportunidad, no la desaprovecharía. Por otra parte, contaba con un contrato blindado, resultado de la fusión inversa, así que no podía deshacerse de él, que era la opción más pertinente si hubiera tenido la posibilidad.

Era consciente de que, si quería hallar algún documento o información que incriminase a Soler en algún trapo sucio, debía acceder a las carpetas de la compañía. Era su única oportunidad para dar con un móvil viable y descubrir un argumento con el que exculpar a su hija.

El portátil de Erich se lo había llevado la Policía para su análisis, pero el suyo continuaba en el dormitorio. Y aunque a ella no le correspondía tener acceso a la intranet, la realidad era que lo tenía. Y, la verdad sea dicha, lo había conseguido del modo más inocente. Hacía unos meses el portátil de su marido dejó de funcionar a causa de una actualización del sistema operativo y, mientras le solucionaban lo que él tildaba de catástrofe, estuvo utilizando el suyo. Por esa razón, disponía de los accesos y permisos necesarios para poder colarse en la red de Pharma Jara desde la IP de su equipo.

Así que en cuanto atravesó la puerta de la vivienda, se encaminó a su dormitorio. Allí se cambió de ropa con intención de ponerse cómoda y empezar a trabajar. Tenía mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo si quería sacar a su hija de la cárcel lo más rápido posible.

Recordó su mirada triste e impotente. Era obvio que Carla estaba a punto de rendirse, mas ella no se lo permitiría. Se le había quedado grabada su apesadumbrada imagen, con esas oscuras manchas que le rodeaban los ojos a causa de la falta de descanso, y su delgadez. No había pasado más que unos pocos días encerrada y parecía que había perdido la mitad de su cuerpo en el intervalo.

Meneó la cabeza con el propósito de borrar esos deplorables pensamientos. No podría ayudarla si se paralizaba con su recuerdo. Tenía que ponerse las pilas e investigar, porque estaba segura de que, al haber encontrado a quien inculpar del asesinato de su marido, la Policía no seguiría buscando a ningún otro sospechoso. Para ellos el caso estaba cerrado. Solo le quedaba la esperanza de que alguna de las puertas a las que había llamado le echara una mano, pero, en el fondo, desconfiaba de que esa vía la llevara a buen puerto.

Tras ponerse ropa holgada y recogerse el pelo, se sentó delante de su precioso buró clásico —decorado con marquetería y algunas tallas, regalo de Erich— y encendió el ordenador. No tardó ni unos segundos en acceder a él, todavía alucinada por su velocidad al compararlo con el que utilizaba en el museo; con aquel podía ir a por un café a la máquina y al regresar todavía seguía arrancando, era desesperante.

Buscó el enlace de la intranet entre sus favoritos y, en cuanto lo pinchó, apareció una imagen con el logo de la compañía con un suave fondo en tonos azules, signo evidente de que estaba accediendo al lugar adecuado. Solo le quedaba traspasar la última barrera, la que le permitiría navegar entre las carpetas: debía teclear el usuario y la clave de acceso. Cruzó los dedos para que Erich no hubiera modificado la *password* desde que se apropió de su equipo ni que, por

seguridad y tras su muerte, hubieran eliminado su perfil del sistema.

Se lanzó a introducir los datos con manos temblorosas. Estaba segura de que ahí dentro daría con información que la ayudaría a sacar a su hija de prisión y, si no lograba entrar, tendría un problema. Porque si, como imaginaba, Erich controlaba los movimientos de Soler y, más que probablemente, los del resto de directivos, con el usuario de su hija no localizaría ninguno de esos documentos. No le cabía duda de que Erich los tendría en la red, pero bajo llave, solo accesibles para él.

Su incertidumbre quedó relegada en cuanto la pantalla le mostró una fotografía de ellos dos con Carla tomada en unas vacaciones; su hija por aquel entonces contaba con apenas ocho años.

«He logrado entrar», pensó emocionada.

Era consciente de que se estaba agarrando a un clavo ardiendo, que era más que factible que no averiguara nada, pero necesitaba mantener una pizca de esperanza para no acabar hundida en la miseria.

—Cuando despiden a alguien o se produce una baja, la eliminación del usuario es inmediata, pero si mueres, se olvidan de ti —susurró mientras pulsaba el icono del explorador, enfocada en la búsqueda de los documentos privados de Erich.

Obvió los que se ubicaban en carpetas de red, pues imaginaba que ahí accedería cualquiera, y se dirigió a los que se localizaban en la nube, en un acceso rápido con el nombre de su usuario. En cuanto el sistema le solicitó una nueva clave, confirmó que ese era el lugar en el que guardaría datos valiosos. Dudó unos segundos, pero se decantó por teclear la misma que había introducido con anterioridad. Sabía lo que Erich odiaba aprenderse tantas contraseñas distintas, por lo que cuando le resultaba posible, las homogeneizaba. Y su intuición trajo sus frutos, puesto que el sistema le permitió continuar sin ponerle ningún otro impedimento.

Revisó algunas carpetas de forma superficial, la mayoría contenían documentos sobre tratamientos que estaban todavía en ciernes, en las primeras fases de estudio, cuyos nombres eran de lo más esclarecedores: Estudio de la hormona progesterona en partos prematuros, Ibuprofeno para tratamiento de defectos cardiacos congénitos y otras tantas que sopesó que no le aportarían nada. No obstante, hubo una que llamó su atención. Su identificación no era tan específica como el resto, de hecho, era bastante genérica: Aprobación. Así que se decantó por examinarla.

En cuanto pinchó sobre ella le dio en la nariz que su olfato seguía atinando, pues esa carpeta estaba encriptada. Solicitaba una nueva clave para poder acceder a ella.

Procuró atravesar ese obstáculo repitiendo la consabida contraseña que había utilizado hasta ese momento, pero, en esa ocasión, un mensaje de error apareció en el monitor.

—Mierda —profirió con brusquedad.

Se detuvo unos segundos y se centró en los caracteres que podrían conformarla. Debía ser capaz de adivinarla o, al menos, deducirla. Era la persona que mejor conocía a Erich, o eso pensaba, puesto que últimamente se había dado cuenta de que se había casado con un extraño.

Se fijó en que la carpeta había sido creada pocas semanas antes de morir. Así que se le ocurrieron una ristra de letras y números que podrían servir. Y aunque la primera tentativa cayó en saco roto, con la segunda, el sistema la sorprendió dándole permiso para proseguir.

—Erich, fuera como fuere, no me cabe duda de que me amabas —musitó al corroborar que la clave estaba formada por su nombre y la fecha de su boda. En la primera ocasión había introducido los dígitos al principio y, a continuación, las letras que conformaban su nombre, opción que había dado error. Pero tras intercambiar el orden, el resultado había sido el deseado.

En dicha carpeta halló varios documentos sin cifrar, así que fue abriéndolos de uno en uno y leyendo su contenido con interés.

Por lo que pudo interpretar, se trataba de un nuevo tratamiento para detener la evolución de la enfermedad de Alzheimer. Según la información recopilada en los diferentes archivos, infirió que las medicaciones que se suministraban en la actualidad mejoraban temporalmente los síntomas de pérdida de memoria y problemas con el pensamiento y el razonamiento. Esto se conseguía aumentando el rendimiento de las sustancias químicas en el cerebro que transportaban información de una neurona cerebral a otra. Se nutrían con inhibidores de la colinesterasa y el medicamento memantina. El problema era que estos tratamientos no detenían el deterioro subyacente a la muerte de las neuronas cerebrales, por lo que a medida que morían más células, la enfermedad continuaba avanzando. No obstante, el informe que tenía delante indicaba que en Pharma Alzh habían logrado desarrollar un tratamiento que no frenaba, pero sí retrasaba la progresión de dicho trastorno. Se basaba en atacar directamente a las aglomeraciones de la proteína amiloide beta, conocidas como placas, que se encuentran en el cerebro —estas placas son un signo característico de Alzheimer—. La conclusión obtenida era que eliminándolas se retrasaba el avance de la enfermedad.

Por lo que leía, las pruebas realizadas en el laboratorio y sobre animales habían dado resultados halagüeños. El prototipo era seguro y había posibilidad de que funcionara en humanos.

A Jara no le pasó desapercibido el logro llevado a cabo. Un descubrimiento de esas características, además de dar una segunda oportunidad a los enfermos, implicaría un beneficioso éxito para la compañía, tanto económico como de referencia. Sería un gran hito que situaría a Pharma Jara en la cima.

Insistió en la lectura de la documentación, seducida por lo extraordinario del descubrimiento; le parecía una noticia soberbia. No comprendía cómo Erich no se la había mencionado jamás. Consideraba que un triunfo de esa naturaleza debería haberlo gritado a los cuatro vientos. Era una persona cauta y comprometida, luego, se imaginó que aguardaría a tener los resultados finales.

Halló un dosier con la aprobación de la fase preclínica por parte de la EMA, la Agencia Europea de medicamentos. Parecía que todo estaba en regla y evolucionaba de forma satisfactoria.

Continuó examinando los documentos en los que se detallaban los primeros ensayos clínicos realizados sobre humanos. En la Fase I, realizada sobre una muestra de casi cien personas entre voluntarios sanos y pacientes enfermos, se evaluó la farmacocinética y farmacodinámica del nuevo compuesto. Se habían probado varias dosis del medicamento y estudiado cómo lo asimilaba el cuerpo humano, obteniendo resultados positivos.

Con todo, al llegar a la Fase II del desarrollo clínico, se fijó en que las conclusiones conseguidas a partir de una muestra de casi mil pacientes, en donde se comprobaba la eficacia del fármaco, además de cerciorarse de que la dosis fuera adecuada y segura para el paciente, no resultaban tan prometedoras como habían venido siendo hasta entonces. Aunque era increíble que fueran favorables en un porcentaje que superaba el noventa por ciento, los efectos secundarios eran devastadores.

El siguiente expediente que abrió le costó comprenderlo al apercibirse de su dictamen. Aun siendo prácticamente una copia del anterior, las conclusiones que se revelaban en él eran opuestas. En este se indicaba que no existía ningún efecto adverso.

Así pues, coligió lo que sus ojos veían y su mente se negaba a dilucidar. Alguien había falsificado el informe con la intención de que la EMA lo aprobara y el medicamento pudiera ser lanzado al mercado.

Lo que la dejó boquiabierta fue el descubrir que la firma de Soler no aparecía en el documento, ni la de Pablo de la Villa que era el director de Pharma Alzh y la persona de la que partía el estudio. La rúbrica que lo validaba era una que no se esperaba. Tuvo que pestañear varias veces porque no se creía lo que le mostraba la pantalla. El nombre que aparecía en el dosier, la persona que lo ratificaba y firmaba, era Erich Müller.

«¡Es imposible!», negó la evidencia. No se podía creer que Erich fuera capaz de hacer esa barbaridad, sacar a la venta un producto que no cumplía las condiciones mínimas. Estaba jugando con vidas ajenas.

Las suposiciones le venían en tropel a la cabeza. No se podía creer que falseara un ensayo clínico para ganar dinero. Era absurdo. Siempre se había puesto enfermo con farmacéuticas competidoras que habían sido imputadas a causa de ese mismo argumento. Para él la seguridad de los pacientes era primordial. Nunca había priorizado el dinero frente a las personas. Y, sin embargo, ahora destapaba sus mentiras.

«¡Cuánto me ocultaste!», se dijo con un fuerte pinchazo de dolor en el corazón. No conocía a la persona con la que había convivido casi cuarenta años. No llegaba a entender cómo había estado tan ciega todo ese tiempo.

Apagó el ordenador y se metió en la cama. Estaba segura de que esa noche no pegaría ojo, angustiada por lo que acababa de descubrir y por su poca utilidad para sacar a su hija de la cárcel. De todas formas, no se rendiría. Seguiría al día siguiente en el punto donde lo había dejado. Había muchos más archivos en la carpeta. No sabría qué podría encontrar en ellos, pero estaba dispuesta a averiguarlo. Se enfrentaría a la verdad tal y como había hecho siempre.



27

Berlín Este, primavera 1982

Jara andaba de forma mecánica. Desconocía qué fuerza la mantenía en pie. No comprendía cómo sus piernas la sostenían puesto que las notaba débiles y temblorosas. Su estómago estaba revuelto, y la única razón por la que no expulsaba su contenido era porque se hallaba vacío. Había permanecido sin ingerir alimento alguno durante las últimas horas. Su cuerpo había rechazado cualquier conato de sustento. Entretanto, sus pies avanzaban sin atender a su mente, quien libraba una intensa batalla en la que las dudas ganaban un protagonismo que no podía solventar.

A su lado, Johannes la agarraba de la mano, procurando transmitirle el ánimo y la confianza que no sentía. Deseaba mostrarse bizarro y decidido por ella. Al percibir sus estremecimientos, la acercó hacia sí con instinto protector, pese a que no podía asegurar si sus temblores eran originados por el frío o por el miedo. Respiró hondo con la intención de insuflarse valor. De lo que ocurriera esa noche dependería el resto de sus vidas. Solo rezaba por que fueran unos de los pocos afortunados que lo conseguían.

Tanto Jara como Johannes tenían en su cabeza pensamientos contradictorios. Por un lado, sentían que se dirigían al matadero, en unos minutos se convertirían en el blanco perfecto para la Stasi. Por otro lado, si cruzaban el Muro, su sueño de libertad se haría realidad. Su retoño crecería en un mundo en el que no se obligaba a pensar tal y como dictaba el gobierno, con temor a tener opinión propia. Esa segunda opción era la que les daba la confianza suficiente para seguir adelante y no salir corriendo como niños asustados.

Erich los guiaba en silencio, concentrado en sus propias cavilaciones, reflexionando sobre lo que acontecería en unos minutos y esperando haber contemplado hasta el más mínimo detalle. Estaba convencido de que había atado todos los cabos y, por ello, nada tendría que salir mal. No era la primera vez que se involucraba en ayudar a sus camaradas a cruzar al otro lado. Sin embargo, sí era la primera vez que ayudaba a personas que lo colmaban de sentimientos encontrados, personas a las que él había considerado su familia. Por ese motivo, estaba más angustiado que nunca, aun cuando creía haber tomado la decisión más acertada; si bien, las dudas lo atormentaban.

Echó una mirada rápida a la pareja que lo acompañaba y experimentó un pinchazo de dolor al desear ser él quien abrazara a Jara y le infundiera valor. Borró esos pensamientos de su cabeza, pues esa noche no podía permitirse que sus emociones lo dominaran. La misión a la que se enfrentaba era demasiado trascendental como para tener la mente ocupada en afectos no correspondidos.

Cualquier persona que se hubiera cruzado con ellos no se habría detenido a echarles un segundo vistazo, simulaban ser un grupo de jóvenes que iban a tomar algo. Ninguno habría apreciado la contienda que se fraguaba en su interior.

—Es ahí. —Erich rompió el silencio que se había formado desde que abandonaron la vivienda de la pareja.

Johannes y Jara se quedaron boquiabiertos al comprobar que los había conducido hasta una discoteca. Desde donde se hallaban, se podía escuchar el sonido de la atronadora música.

—Vamos —los apremió.

Accedieron al local, que estaba a rebosar de berlineses, y continuaron avanzando sin

detenerse. El gentío que los rodeaba se mostraba alegre; bailaban y bebían mientras se contoneaban al son que marcaba la melodía.

—El pinchadiscos es un tipo majo. Pasa de contrabando cintas de música pop, vídeos y revistas pornográficas —les comentó Erich a la par que levantaba la mano saludándolo a distancia.

Atravesaron la sala y, acto seguido, franquearon una puerta metálica que solo permitía el paso a los empleados; supusieron que los llevaría al almacén.

—La noche que levantaron el Muro se había quedado a dormir en casa de su abuela, a unas manzanas de la de sus padres. No volvió a verlos hasta que les autorizaron visitar brevemente el Este. —Erich les contaba su historia a la vez que buscaba el tirador que encendía la bombilla que colgaba del techo—. Hace unos meses le realizaron una cirugía que tuvo complicaciones, por lo cual se le concedió una pensión de discapacidad, lo que significa que se le permite viajar. Ahora visita a sus padres con regularidad y vuelve con el material. Los guardias fronterizos ni se molestan en registrarlo ya que su principal prioridad es impedir que nos vayamos, no que entremos.

Cuando se iluminó el descansillo, se dieron de bruces con unas escaleras que descendían.

—Como os imaginareis, la construcción de estos túneles no es nada sencilla. Además de tener que levantarlos a mano y con pequeñas herramientas, existen muchas limitaciones; se excavan por debajo del Muro, a pocos metros de las garitas de vigilancia de la policía. La música de la discoteca oculta el ruido durante las silenciosas noches de la ciudad —les explicó Erich al saberse en un lugar seguro, lejos de oídos ajenos que pudieran delatarles.

Tras bajar las escaleras, aparecieron en una especie de bodega, donde las estanterías estaban repletas de cajas con las bebidas que se ofrecían en la barra. Caminaron entre ellas hasta llegar a una zona liberada de almacenaje.

Allí los aguardaba un policía uniformado.

Johannes y Jara, al verlo, se asustaron. Apenas habían comenzado con su huida y ya se había truncado, iban a ser detenidos. Ella se acercó a su marido aterrada. Temía ser arrestada por la Stasi. Había recopilado horripilantes historias y no dudaba de que la realidad fuera mucho peor.

Al ver el gesto de pánico de la pareja, el policía soltó una carcajada, dejándoles estupefactos.

—Buenas noches, camaradas. Erich, ¿no les has hablado de mí? —preguntó, todavía esbozando una enorme sonrisa.

—Es quien nos va a ayudar a salir de aquí —les aclaró su amigo.

—Soy el Águila —se presentó el extraño.

—¿Águila? —preguntó Jara, comprendiendo de dónde le venía el mote al ver su tatuaje en el dedo corazón, el cual estaba envuelto por la ave rapaz, imitando la forma de un anillo.

—Es mejor que no conozcamos nuestros verdaderos nombres. —Hizo una pausa y terminó añadiendo—: Por lo que pueda suceder.

La pareja asintió, se daban cuenta de que no estaban en un evento social, al contrario, lo mejor era saber lo menos posible. Si se daba el peor de los casos y eran detenidos, no podrían confesar lo que ignoraban.

Una vez dieron por finalizada la breve conversación, el Águila, con la colaboración de Erich, apartó un pesado baúl que descansaba contra la pared y que servía para disimular una trampilla. Hecho esto, la levantó, dejando al descubierto el camino que debían tomar.

Jara se asomó y lo único que vislumbró fue el inicio de una escalera de metal, algo oxidada, anclada a la pared, exponiendo un descenso vertical. Un par de metros más allá no alcanzó a ver nada más que oscuridad. Luego, desconocía la profundidad del agujero.

—Una vez lleguemos al suelo, nos vamos a encontrar con un túnel estrecho y de poca altura, aproximadamente de metro y medio, así que tendremos que ir agachados durante un tramo. Más adelante se amplía un poco, lo suficiente para poder andar erguidos, aunque se mantiene a oscuras. A pesar de que la música del local camuflará nuestros movimientos a los centinelas que vigilan el exterior, hemos de hacer el menor ruido posible porque habrá guardias recorriendo estas galerías. En cuanto demos con un corredor espacioso y holgado, sabremos que hemos dejado atrás el Muro. Esa parte ha sido construida por ingenieros del oeste que han hecho excavaciones desde el otro extremo —les explicó el Águila de carrerilla, demostrándoles que soltaba el mismo discurso con frecuencia.

Jara agradeció que sus compatriotas se interesaran por ellos y los ayudaran. Era gratificante saber que no se habían olvidado de su existencia.

—¿Estáis listos? —les interrogó Erich antes de que comenzaran el descenso—. Si habéis cambiado de opinión, es el momento de decirlo, después no habrá vuelta atrás.

Johannes miró a su mujer, que estaba petrificada, sin embargo, tras unos segundos de incertidumbre, asintió, segura de que era lo que debían hacer. Ya no solo por ellos mismos, sino por el bebé que crecía en sus entrañas.

Comenzaron a bajar con cautela, sin saber cuántos peldaños habría hasta volver a pisar el suelo. Jara no tenía ni la más remota idea de la extensión de esas escaleras, pero algo le decía que, si resbalaba y caía al vacío, ahí concluiría su viaje. No obstante, se sorprendió al tocar firme, el descenso no había durado tanto como su imaginación había aventurado, solo habían sido unos pocos metros.

Johannes iba tras ella y, tan pronto se colocó a su lado, le asió la mano. El contacto mutuo les servía como sostén. Ese camino lo iban a hacer juntos y nos les cabía ninguna duda de que lo superarían.

El Águila encendió una linterna y, seguidamente, le proporcionó otra a Erich para que también se encargara de alumbrar el trayecto. La potencia era escasa, apenas se podían guiar por ambos haces de luz, por ello, avanzaban palpando las paredes.

Habían recorrido unos metros, cuando de repente escucharon el ladrido de un perro. En ese momento se detuvieron para evitar que el sonido de sus pasos revelara su posición.

—Apaga la linterna —le susurró el Águila a Erich.

No tuvo que volver a pedírselo, de inmediato acató la orden, preocupado porque esa escueta iluminación los descubriera.

Se mantuvieron en silencio esperando lo peor. Jara se tapó la boca con la mano, segura de que el castañeteo de sus dientes se oiría a larga distancia.

Tras unos minutos conteniendo la respiración, sin moverse ni un ápice, repararon en que los ladridos se alejaban. Cada vez sus gruñidos sonaban más remotos, al igual que las pisadas del guardia que lo acompañaba.

Una vez se sintieron a salvo, los cuatro expulsaron simultáneamente el aire que habían retenido en sus pulmones y que no se habían atrevido a expeler, agradecidos porque hubieran pasado de largo.

—Un guarda haciendo la ronda en el exterior —comentó el Águila, quitando hierro al asunto. No podía reconocer que también le había aterrorizado la posibilidad de ser descubierto. Él formaba parte de la guardia del Muro, por lo que no sería bienvenido en prisión ni por la Stasi ni por los delincuentes. Todos ellos se lo harían pagar con creces si terminaba entre rejas.

Continuaron con los cinco sentidos alerta, caminando despacio, pero sin detenerse, deseosos de llegar al final de ese agujero que a cada paso que daban les resultaba más claustrofóbico. Los

últimos metros habían notado agua a sus pies y esta ya les cubría hasta los tobillos, además, el tufo que provenía de lo que podían imaginar serían aguas fecales les inundaba las fosas nasales.

Jara se había colocado el pañuelo que llevaba atado al cuello a modo de mascarilla con la intención de reducir la hediondez que rezumaba el ambiente. Al notar algo moverse entre sus piernas, dio un respingo. A punto estuvo de soltar un grito por lo inesperado, pero logró contenerse. Supuso que esas cloacas estarían infestadas de roedores. Quiso evitar esos pensamientos porque, si seguían vagando por su mente, acabaría quedándose paralizada. Así que, se imaginó paseando por la orilla del mar y enredándose con las algas de la playa, como aquella vez que fue con sus padres de vacaciones a Polonia.

—Ya queda poco —susurró el Águila con el objetivo de alentar al grupo.

Tras escuchar esas palabras, la pareja empezó a fantasear con que lo lograrían. Creían que en poco tiempo se hallarían al otro lado del Muro, en el Berlín correcto. Sin embargo, el destino les iba a jugar una mala pasada.

De nuevo se oyeron los ladridos de un perro, pero en esta ocasión el sonido fue cercano, demasiado. Se sorprendieron por no haberlo percibido antes. Miraron hacia atrás y advirtieron luminosidad a sus espaldas. Era evidente que alguien se aproximaba.

—Fuera luces. Corred —ordenó el Águila, que fue el primero en desaparecer de la vista de los presentes.

Ninguno fue capaz de colegir la dirección que había tomado. Tampoco les importó. Al instante iniciaron la carrera. Sus vidas dependían de ello.

La oscuridad, acrecentada tras apagar las linternas, y los sonidos que los rodeaban eran desconcertantes. Se escuchaban perros ladrar, que seguían su rastro, pues las pisadas, tanto de animales como de los guardias que los custodiaban, se oían demasiado próximas. Se acercaban peligrosamente.

Entonces, dos sonidos atronadores destacaron sobre el resto: un par de disparos. Jara sintió cómo el corazón se le salía del pecho. Lo primero que hizo fue asegurarse de que Johannes, a quien se mantenía aferrada, continuaba avanzando a su lado sin ningún síntoma de haber sido herido. Tras confirmarlo, respiró aliviada, al menos momentáneamente, porque la amenaza de ser abatidos seguía siendo muy real.

Cuando Erich, que iba delante, avistó un túnel que cruzaba el que recorrían, agarró el brazo de Jara, quien corría pegada a su espalda, y tiró de ella. Su propósito era despistar a los guardias. Johannes, sin soltarse de su esposa, los imitó. Prosiguieron su carrera por el pasadizo con la mayor celeridad que les permitían las piernas y el entorno hasta que creyeron que los habían despistado.

Ya apenas se oía el alboroto que generaban sus perseguidores, así que se detuvieron con intención de recuperar el aire. Acto seguido, escucharon dos nuevos disparos que les sobresaltaron.

Jara trataba de convencerse de que iban tras el Águila, puesto que era el que se había esfumado del grupo nada más aparecer la Stasi. Rezó por que hubiera podido escapar con vida. Al fin y al cabo, había hecho lo que estaba en su mano para ayudarlos a huir.

Los tres permanecieron inmóviles y en silencio, aun cuando sus corazones latían a mil por hora, procurando que su agitada respiración no se escuchara, pues podría delatarles. Jara se volvió a colocar la mano en la boca para disminuir el sonido que producían sus jadeos, entretanto apretaba con la otra la mano de Johannes. Estaba aterrorizada y lo único que le reportaba algo de valor era el saber que él seguía a su lado. En cuanto le devolvió el apretón, se serenó. Todavía tenían una oportunidad de escapar de allí con vida.

Una vez el silencio regresó a los túneles, aguardaron unos minutos para asegurarse de que no había ningún guardia en las proximidades, a la caza, esperando pillarles desprevenidos.

Cuando Erich consideró que habían dejado un margen de tiempo suficiente, encendió la linterna. El primer rostro que se iluminó, aparte del suyo propio, fue el de Jara, quien estaba sudorosa y con los ojos inyectados en sangre, víctima del miedo. Le sonrió con ánimo de aplacar sus nervios. Ella se giró y se abrazó a Johannes, se sentía pletórica al corroborar que estaban sanos y salvos. Sin embargo, su felicidad no duró.

—Vuelven —repuso Erich, provocando que la pareja se separara.

Se escuchaban nuevamente ladridos y pasos a la carrera. Habían conseguido rastrearlos.

—Creo que será mejor que me separe de vosotros, quizá me sigan a mí y logre despistarlos —propuso Johannes, con la mirada puesta en su mujer, quien comprendía sus intenciones, pero deseaba que hubiera otra manera.

—Voy contigo. Si no los desorientas tú, lo haré yo. —Johannes asintió a su camarada.

—Cariño, espéranos aquí. No tardaremos —le susurró a Jara mientras le daba un beso rápido en los labios.

—Si no hemos regresado en media hora, continúa recto. Cuando te topes con una pared, verás que hay varios túneles que convergen en ese punto, elige el segundo por la derecha. Unos metros más adelante, darás con unas escaleras que te llevarán a la salida —le explicó Erich.

—Pero… —susurró, aun cuando ellos ya no la prestaban atención, la habían dejado desamparada.

Observó, solo por unos instantes, la espalda de su marido alejándose de ella y desapareciendo, absorbida por la oscuridad que reinaba en los túneles. Los escuchó correr a toda velocidad y percibió cómo uno se dirigía a la derecha y el otro en la dirección opuesta, intentando dividir a los guardias o confundirlos.

Jara se palpó los labios a la vez que un sombrío presentimiento se cernió sobre ella. Algo le decía que ese beso que le acababa de dar su marido era el último.

Sin otra opción que aguardar a que regresaran, sintiéndose impotente, se dejó caer al suelo, llorando calladamente entre las sombras. Se abrazó a sí misma con el deseo de suministrarse calor, pues un gélido frío se le había instalado en los huesos.

Desde su posición apreciaba pasos a la carrera en diferentes direcciones que paulatinamente se fueron alejando. Le dio la impresión de que el plan de su marido estaba funcionando. Unos minutos más tarde, se percató de que el silencio había llenado los túneles. No detectaba más que el sonido del agua goteando por las paredes y los roedores moviéndose a su albedrío, ya no oía a los guardias ni a los perros. Se concentró en captar algún ruido que la llevara a adivinar lo que sucedía, pero el lugar estaba tranquilo, tal vez demasiado.

Su anhelo era salir de ese rincón en el que se sentía abandonada e ir a buscar a Johannes, pero comprendía que era una estupidez. Lo único que conseguiría sería perderse entre esa maraña de corredores y complicar aún más las cosas, si es que eso era posible. Así que cumplió su palabra y permaneció a la espera. Las lágrimas recorrían su rostro, sin embargo, ella se centraba en su entorno, atenta a cualquier movimiento o ruido diferente a los que ya asociaba como propios de los túneles.

Habían pasado unos largos minutos cuando escuchó un estruendo. Otro disparo. Sonó lejos, pero se le encogió el estómago. Sus pensamientos la arrastraban y le decían que habían herido a Johannes. No podía saberlo, mas su mente rebosaba de los peores escenarios posibles.

Las lágrimas, que se habían secado en sus mejillas, volvieron a surgir de sus ojos. Un mal pálpito crecía en su interior haciéndole experimentar un intenso dolor en el corazón. Sus

elucubraciones le anunciaban que de allí no saldría con su amado. Que su bebé y ella, si sobrevivían a esa noche, estarían el resto de sus vidas solos, sin un padre, sin un marido.

Su coraje y su energía se vieron mermados a causa de la oscuridad, el llanto y esos pensamientos que inundaban su cabeza con terribles imágenes, lo que le provocó un desvanecimiento. No supo cuánto tiempo estuvo en ese estado; lo siguiente que notó fue cómo alguien le pellizcaba el brazo.

Abrió los ojos esbozando una enorme sonrisa, imaginando que Johannes había regresado a por ella, que todo había sido una pesadilla. Sin embargo, cuando pudo enfocar lo que tenía delante, comprobó que allí no había nadie; si bien, los pellizcos no se habían detenido. Su mirada se dirigió al brazo y comprobó con consternación que una rata intentaba alcanzar su piel. Le dio un manotazo con fuerza, haciendo que saliera disparada contra la pared, entonces, aturdida, comenzó a correr, dejando de nuevo a Jara en soledad.

No sabía qué hacer. El tiempo que le había dado Erich de margen ya había transcurrido. No obstante, no estaba por la labor de perder todavía la esperanza. Por ello, siguió agazapada en ese rincón. La oscuridad y el silencio se mantenían, así que supuso que en ese hueco permanecería a salvo.

Su mente divagaba. Se figuraba que Erich conocía los túneles, había ayudado a más de uno a traspasar el Muro, pero se preguntaba si Johannes no se habría perdido en ese laberinto de sombríos corredores. Le había visto estudiar cien mil veces los planos después de que estuviera trazado el plan, pero no era lo mismo analizarlos en la tranquilidad de su hogar que siendo perseguido por la Stasi y en penumbra.

Mientras esperaba noticias, rezaba para que Johannes estuviera incólume y regresara con ella. Fantaseaba con la posibilidad de que se hubiera perdido, lo que explicaría su demora, a sabiendas de que Erich lo encontraría. Entonces, ambos retornarían a por ella.

A pesar de todo, los minutos pasaban y allí no se presentaba nadie. Sus temblores iban en aumento, estaba muy asustada y preocupada. No sabía cómo seguiría viviendo sin Johannes a su lado.

Se tocó el vientre, con la finalidad de sentir a su bebé y que le transmitiera un halo de esperanza, pero tampoco lo notó. Era como si se percatara de lo que ocurría, como si presintiera que su papá se había ido para siempre.

Llevaba más de una hora sentada en el suelo, llorando en silencio, limpiándose los mocos con la manga e intentando mantener el optimismo, cuando percibió unos pasos que se aproximaban. Su cuerpo se tensó, deseaba con todo su ser que se tratara de su marido, pero era consciente de que también podía ser uno de los guardias. Había estado tan concentrada en sus ensoñaciones que no se había percatado de su presencia hasta tenerlo prácticamente encima. Se daba cuenta de que ya no contaba con una vía de escape. No podía huir de quienquiera que fuese. Levantó la cabeza, ilusionada por encontrarse con la mirada tranquilizadora de su marido, soñando con que hubiera regresado a buscarla tal y como le había prometido, pero también temerosa de que fuera un desconocido. Estuvo a punto de lanzar un chillido al sospechar que un policía había dado con ella tras detener o asesinar a los tres hombres. Mas las palabras que escuchó a continuación, la detuvieron.

—Jara, Jara —oyó en murmullos.

Reconoció la voz de Johannes. No podía creer que su mayor anhelo se había convertido en realidad. Estaba sano y salvo. Experimentó una emoción tan mayúscula que, sin ninguna precaución, abandonó su escondite y se dirigió al origen de esos susurros. Se abrazó a él y le besó. Se sentía inmensamente feliz por estar rodeándole con los brazos y acariciando sus labios.

Tras unos segundos de éxtasis, retornó a la realidad. Aún estaban en peligro, debían salir de ese lugar. Así que se apartó de él.

—Creía que te había perdido —le dijo hipando e intentando contener el llanto, algo que le era imposible ya que las lágrimas caían en cascada por sus mejillas, emocionada tras el reencuentro

—Jara, soy Erich —repuso, al percatarse de la confusión.

Ella se echó un paso hacia atrás, esa afirmación se le había clavado como un puñal en el corazón. Entonces se fijó en la persona que tenía delante y lo reconoció. Era Erich. Miró en derredor. No había ni rastro de su marido.

—¡Erich! ¿Y…? —No terminó la pregunta mientras miraba en todas direcciones, esperando a que apareciera de un momento a otro. Si bien, eso no ocurrió.

Erich no fue capaz de emitir palabra alguna al ver el dolor que reflejaban sus ojos, solo hizo un leve movimiento de negación con la cabeza. Él también estaba afectado, acababa de perder a su mejor amigo, su camarada y hermano.

—¡Noooooo! —gritó Jara, aun cuando su garganta seca apenas le permitió esbozar un sonido trémulo. Sintió cómo de repente le faltaba el aire, no podía respirar, su cuerpo había empezado a temblar y las piernas dejaron de sostenerla. Se desplomó, vencida por el dolor, la angustia y el remordimiento al saberse promotora de esa imprudente idea de cruzar el Muro. Él la había apoyado, como hacía siempre, pero eso no la eximía, era la responsable de lo que acababa de suceder.

No se dio de bruces contra el suelo porque Erich la sostuvo. Sin saber cómo reaccionar, se sentó y la acomodó en su regazo mientras le acariciaba el pelo con el fin de consolarla y calmarla.

—¡Chsss! —le susurró sin detener sus caricias. No podía volver a gritar, si lo hacía, acabarían descubriéndolos—. Tenemos que marcharnos de aquí. Seguimos en peligro.

Jara oía sus palabras, pero no comprendía su significado. Estaba desorientada. No era capaz de asimilar la noticia. Había mantenido la esperanza de que regresara y no había sido así. Y ya no sería así. Tenía presente que muchos eran los que no lo conseguían y acababan detenidos o muertos. Pero nunca pensó seriamente que les sucediera a ellos. No podía aceptar que Johannes fuera uno de los que incrementara su contador. Él que tenía tanta vida y le quedaba tanto por vivir.

—Tenemos que irnos —repitió Erich. Al ver que no se inmutaba, que permanecía en el suelo sin ser capaz de recobrarse, la obligó a mirarlo a los ojos—. Él deseaba que vuestro hijo creciera en otro mundo diferente al que conocemos. No querría veros morir en estos túneles a ninguno de los dos.

Esas palabras parecieron calar en lo más profundo de Jara, quien respiró hondo en varias ocasiones, procurando tranquilizarse. Hecho esto, se levantó y comenzó a caminar de forma mecánica.

Quizá su porte revelaba que era la mujer más infeliz sobre la faz de la tierra, lo cual era cierto, pero jamás dejaría de proteger a esa criatura que crecía en sus entrañas. La cuidaría y se ocuparía de que nunca le faltara de nada. En ese preciso momento se hizo esa promesa a sí misma y a Johannes. Promesa que nunca incumplió.



28

Jara Goebel se adentró en el restaurante a las dos en punto, la hora convenida, con puntualidad inglesa. Odiaba que le hicieran esperar. Para ella, ese acto, leyendo entre líneas, denotaba que el tiempo de la otra persona era más valioso que el suyo. Por esa razón, la puntualidad era una de sus cualidades.

En esa entrevista pretendía conseguir información que disipara sus dudas. Había determinado que la única forma de llegar al fondo del asunto era preguntando en el origen. Y, a falta de Erich, no le quedaba más remedio que reunirse con la otra parte involucrada.

Avanzó hacia el *hostess*, quien aguardaba la llegada de clientes detrás de un atril a pocos pasos de la entrada del local. Este, tras revisar el libro de reservas, relleno de nombres incomprensibles debido a la letra ilegible del autor, y encontrar el suyo en el listado, la guio a la mesa donde su cita ya aguardaba.

—Jara, ¿cómo estás? —Pablo de la Villa se levantó con el propósito de darle dos besos. No había tenido la oportunidad de charlar con ella de forma relajada, ni de ninguna otra manera, tras los últimos acontecimientos y, la verdad sea dicha, estaba preocupado. No le pasó desapercibido que, aun cuando iba maquillada, su rostro evidenciaba profundos síntomas de agotamiento y pesadumbre.

—Estoy, que no es poco —le contestó con sinceridad.

—¿Y Carla? —Era consciente de la fortaleza de la mujer, sin embargo, no estaba tan seguro de la de su hija. Ella había vivido casi todo el tiempo entre algodones, disfrutando de una vida acomodada y rodeada de afecto. Erich y Jara siempre se ocuparon de que no se enfrentara a situaciones adversas, no querían que padeciera las carencias que sufrieron ellos en su juventud.

—Carla está mal. No soporta estar encerrada. Y no la culpo. Está aterrorizada por lo que le puede deparar el futuro —le confesó. Se extrañó de sí misma abriéndose, pero sentía una necesidad imperiosa de desahogarse. La amistad de tantos años que los unía le había dado el ánimo de hacerlo.

—Me imagino. —Fueron las únicas palabras que se dignaron a salir de su boca, aunque la realidad era que no concebía cómo habían llegado a ese punto. Le resultaba irreal que la policía hubiera detenido a Carla. Que la consideraran una sospechosa factible era algo inverosímil, escapaba a su compresión, puesto que tenía a Erich en alta estima, lo adoraba. Era una de las pocas personas que profesaba sentimientos sinceros hacia él, ya que las hienas que revoloteaban a su alrededor solo lo hacían por interés.

Le frotó los brazos procurándole algo de consuelo. Se daba cuenta de que no sabía qué más hacer. En momentos como ese, echaba de menos a su esposa, ella habría articulado las palabras más acertadas para proporcionarle alivio, pero él era incapaz, se sentía impotente.

Tras ese breve intercambio verbal, ambos se acomodaron en sus respectivos asientos.

—¿Qué tal está Almudena? —le preguntó Jara por cortesía.

—Está bien, como siempre. Intranquila por vosotras. —Suspiró profundamente y agregó—: Me ha pedido que te transmitiera que, si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en decírselo. Desea ayudaros, pero no sabe cómo.

—Muy amable por su parte —le manifestó de corazón. La verdad era que varias de sus amistades habían desaparecido en los últimos días como por arte de magia. Algunas le habían defraudado y otras no le habían sorprendido.

El camarero apareció con una botella de vino y, tras la aprobación del presidente de Pharma

Alzh, sirvió sendas copas. A continuación, se marchó, dejándoles de nuevo intimidad.

—Confío en que no te importe, pero, mientras esperaba, he pedido. Como sé qué tipo de caldos te gustan… —adujo.

—Ya veo que conoces bien mi paladar, es uno de mis favoritos. —Jara observó la botella, cuya denominación de origen era Ribera del Duero. Le encantaban los tintos de esa zona y en especial de la bodega que sellaba la etiqueta.

—Son muchos años de amistad —le recordó con una sonrisa afectuosa—. También me he atrevido a encargar la comida. Aquí sueles decantarte por el tartar de salmón, así que te lo he pedido. —Se detuvo un instante, pues se daba cuenta de su osadía; en consecuencia, se justificó—: Era para tener el menor número de interrupciones posibles.

—Me parece bien. Además, has acertado. Venía con intención de saborear el delicioso tartar que preparan aquí —admitió.

A Jara no le pasaban inadvertidas las atenciones que solía dispensarla. Siempre había sospechado que albergaba sentimientos más allá de la amistad, aunque en todo momento se había comportado como un caballero, nunca había dado ningún paso en otra dirección. Lo cual agradecía. Principalmente porque no estaba libre. Respetaba la institución del matrimonio y no se habría arrimado a un hombre casado. Además de que tampoco era su voluntad ser segundo plato de nadie.

En cuanto el camarero les sirvió las viandas, Jara entró en materia. No tenía tiempo que perder en conversaciones banales. Había quedado con Pablo de la Villa para que le aclarara su descubrimiento. Necesitaba averiguar la verdad.

—Supongo que no tienes ni idea de por qué te he pedido que nos veamos.

—En efecto, tu llamada fue una sorpresa —reconoció.

—Desde que detuvieron a Carla, he estado haciendo mis propias indagaciones. Entre ellas, he investigado algunos de los proyectos en los que estaba implicado Erich. —Jara se fijó en que el hombre no se inmutó, era obvio que esa afirmación no le pillaba de improviso—. El caso es que he dado con un informe que ha hecho que salten mis alarmas. Por este motivo te he convocado, necesito que me lo aclares.

—Por supuesto, haré lo que esté en mi mano para ayudaros y esclarecer de una vez por todas este embrollo. ¿De qué se trata? —El directivo no se podía imaginar el calado de sus averiguaciones. No le había extrañado que estuviera realizando pesquisas en el entorno laboral de Erich, al fin y al cabo, aparte de su familia, la empresa era su vida.

—Hallé documentación sobre un tratamiento nuevo para el Alhzeimer.

Jara sacó de su bolso una copia del informe de aprobación del tratamiento y lo instaló encima de la mesa. Pablo, tras colocarse las gafas, lo cogió para ver de qué trataba.

—¿De dónde lo has sacado? —En cuanto comprendió lo que tenía delante, su perplejidad fue evidente.

—Es falso, ¿verdad? —le interrogó, ignorando su pregunta—. No me mientas porque también tengo el dosier con la denegación de la Agencia Europea de medicamentos. —Entonces, le mostró el otro documento.

—¿De dónde los has sacado? —repitió, sin comprender cómo habían llegado a su poder.

—Así que es cierto. Pensabais lanzar al mercado un fármaco no aprobado. —Estaba horrorizada. Se daba cuenta de que Pablo y Erich lo habían planeado conjuntamente.

—No es lo que piensas. —Todavía estaba en *shock*. Se suponía que Erich se iba a deshacer de cualquier expediente revelador. Si alguien daba con esa información, su carrera quedaría destruida para siempre.

—Ilústrame.

Pablo respiró hondo, no sabía por dónde empezar pues, en verdad, estuvieron a un tris de hacer algo ilegal que podría haberles costado el perderlo todo. A pesar de ello, siempre consideraron que lo hacían por una buena causa.

—Estás en lo cierto, Erich y yo falsificamos el informe de la EMA. —Jara se espantó ante esa confesión. Lo había visto con sus propios ojos, pero en el fondo deseaba que hubiera una sencilla explicación—. No obstante, no lo utilizamos.

—Sin embargo, sí pensasteis en hacerlo.

—Sí, claro que lo pensamos. El tratamiento que creamos ralentizaba la enfermedad. El paciente podría estar años sin que se le presentaran los síntomas más adversos. No cabía duda de que mejoraba el nivel de vida del enfermo.

—Pero no lo aprobaron por los efectos secundarios, ¿no es así?

—Exacto. Podría provocar, a la larga, la muerte. Si bien, hasta alcanzar ese punto el paciente disfrutaría de una vida plena. Mucho más digna que la que tendría arrastrando la enfermedad. Ambos éramos de la misma opinión: aunque el tratamiento, al final y no siempre, llevara a la muerte, mejorábamos con mucho su calidad de vida. Ninguno estuvo de acuerdo con la resolución que había tomado la EMA —se defendió.

—Estáis hablando de vidas humanas. Podían haber muerto muchas personas por esa medicación.

—No. Estamos hablando de mejorar la subsistencia del paciente durante años y, sí, a continuación, la muerte. Pero esta enfermedad es despiadada, tanto para el propio afectado como para los que están a su alrededor. Estábamos convencidos de que era mejor opción.

—¿Y qué paso? ¿Por qué cambiasteis de parecer? —A Jara le constaba que el medicamento no se había puesto a la venta. Si fuera así, ella lo sabría.

—Entramos en razón —repuso.

—¿Qué quieres decir?

—Sabíamos que teníamos un medicamento eficaz, ahora bien, debíamos seguir perfeccionándolo. Nos dimos cuenta de que nos correspondía mejorarlo. Era nuestra obligación reanudar la investigación y evolucionarlo a un producto inocuo. Disminuir los efectos secundarios sin reducir su efectividad.

—¿Y por qué no os deshicisteis de esta documentación fraudulenta? —Jara agitó los expedientes delante de sus narices. No estaba convencida de que le estuviera exponiendo toda la verdad. La confianza que le tenía la había perdido de un plumazo. Le costaba secundar lo que estuvieron a punto de hacer ambos.

—Erich se iba a encargar. Por mi parte no queda registro de nada. Supongo que no le dio tiempo a destruir esos documentos antes de perecer. —Se detuvo unos segundos para recomponerse, aún le afectaba su falta—. La decisión la tomamos en la cena. Esa última noche de vida de Erich acordamos que la única opción viable era renovar el medicamento. Además, no nos cabía ninguna duda de que estábamos cerca. Tomamos conciencia de que no éramos dioses, no nos correspondía decidir qué le convenía a los enfermos. Así que aquella noche zanjamos el tema: proseguiríamos con la investigación y destruiríamos la documentación que habíamos falsificado. Ese expediente obraba exclusivamente en poder de Erich y, por lo que veo, no pudo eliminarlo.

Jara vacilaba. Hasta ese momento los había considerado hombres de principios, pero, con lo que iba descubriendo a cada paso, ya no estaba segura de su buen juicio para calar a la gente.

—Tienes que creerme. —Su voz sonó a súplica. Se arrepentía por haber valorado siquiera

contravenir a la EMA.

—No sé qué decir, Pablo. Por un lado, quiero creerte, si bien, por otro, pienso que el medicamento no está a la venta porque Erich falleció.

—Entiendo que hayas llegado a esa conclusión. —Era consciente de que había perdido su confianza. Y no podía culparla. Cualquiera en su lugar recelaría.

Jara se tomó de un trago el vino que quedaba en la copa y se levantó. No había probado el tartar que le habían servido un rato antes, pero no podía estar sentada ni un minuto más a esa mesa. Tenía mucho en lo que meditar.

—Creo que es mejor que me marche. He de aclarar mis ideas.

El hombre la sujetó del brazo, entendía su estado escéptico, pese a ello, no podía dar por finalizada esa conversación.

—Antes de que te vayas, tengo algo para ti. Por favor, concédeme solo un par de minutos. Quizá te sea de utilidad.

Jara se volvió a acomodar en su asiento, la curiosidad superó a las ganas que sentía por desprenderse de su acompañante. Entonces observó cómo sacaba una carpeta del maletín que siempre llevaba con él, como si formara parte de su persona.

—Tal vez esto te sirva —repuso misteriosamente.

—¿Qué es? —Jara fue a abrir la carpeta, mas Pablo la detuvo.

—Es mejor que lo leas en casa, con tranquilidad. Creo que puede aportar una duda razonable en el caso de Carla.

Jara se quedó petrificada al escuchar esas palabras.

—¿Y cómo es que no me lo has proporcionado antes? —No comprendía, si contaba con información que podía salvar a su hija, por qué no se la había comunicado.

—Lo lamento, de verdad. Pero el contenido de esa carpeta puede hacer que la empresa se hunda, que nuestros inversores nos den la espalda y perder la reputación que nos avala. —Se detuvo un segundo a tomar aire y añadió—: Erich estaba siendo meticuloso y concienzudo con este asunto. No deseaba que salpicara a Pharma Jara. A fin de cuentas, levantó la compañía partiendo de una mísera farmacéutica a punto de quebrar y su sueño era que Carla se pusiera al frente.

—¿Soler? —consultó, creyendo que se trataría de alguno de sus trapos sucios. Con todo, Pablo negó con la cabeza.

—No. Soler es un cero a la izquierda, una marioneta de su mujer. No tiene la inteligencia ni el valor necesarios para hacer algo de envergadura. Solo hay que fijarse en que ha estado a la sombra de Erich desde que este lo desbancó de su puesto. Y, aunque siempre le guardó rencor por ello, nunca se atrevió a hacer nada que invirtiera las tornas. —Pablo no soportaba la simpleza de ese hombre. Si no hubiera sido por Erich, la farmacéutica, que hacía aguas cuando la llevaba Soler, habría ido a la quiebra inexorablemente.

—Hasta ahora —recalcó Jara.

—En realidad se ha dejado llevar por la situación. Carla pasaba por un momento difícil, estaba frágil, él ha visto su oportunidad y la ha aprovechado.

—Estoy convencida de que puso la toxina en casa de mi hija para que la acusaran.

—Es posible. No te digo que no. Pero a lo que me refiero es que no ha hecho nada de gran calado. Y aunque es Rosario la que maneja los hilos, ella tampoco tiene luces suficientes para trazar un plan como el del informe.

—Me estás asustando, Pablo.

—Erich estaba a punto de tomar cartas en el asunto, pero nos dejó antes.

—¿Me estás diciendo que este informe es de su asesino? —Jara no salía de su asombro.

—No lo sé. En mi mente nunca ha tenido cabida esa posibilidad. Sin embargo, ahora no sé qué decirte.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Supongo que el transcurso de los acontecimientos. Si te soy sincero, aún no me puedo creer que este dosier que te acabo de entregar sea la causa de que Erich ya no esté con nosotros. Lo que sí puedo asegurarte es que es un posible motivo para cometer un asesinato.

—Y ¿por qué no me lo has dicho antes? O ¿por qué no se lo has enseñado a la policía?

—Quería hacerlo, pero he de reconocer que no tengo pruebas. Lo que hay en esa carpeta no es más que una hipótesis. Erich lo estaba investigando, quizá él consiguió más datos.

Jara se levantó de la mesa. No podía seguir allí sabiendo que la carpeta que tenía entre sus manos podría ser relevante en la investigación policial, y más, si servía para sacar a su hija de prisión. Debía averiguarlo.

Pablo se puso en pie con el propósito de despedirse, se acercó a darle sendos besos en las mejillas y le susurró:

—Ten cuidado.

Ella hizo oídos sordos a su consejo y abandonó el restaurante manteniendo la compostura, no pretendía exteriorizar su desazón. Estaba ansiosa por conocer lo que encerraba esa documentación. No quería hacerse ilusiones, su cabeza le decía que se contuviera ya que no podía estar segura de que esa información fuera lo suficientemente significativa como para liberar a su hija, aun así, tampoco deseaba perder la esperanza.

En la entrada del local varios taxis aguardaban la llegada de clientes, por lo que Jara se subió al primero de la fila. Durante el trayecto no dejó de observar su bolso, ávida por estudiar el contenido de la carpeta. A pesar de ello, esperaría a llegar a casa. Allí nadie la interrumpiría y se sentiría más cómoda al poder extender cada uno de los folios sobre su escritorio.

En cuanto entró por la puerta ya no aguantó más. Sin siquiera quitarse el abrigo, extrajo la carpeta y la abrió. Al hacerlo se le cayeron al suelo varias de las hojas que estaban en su interior. No le importó. Solo podía prestar atención a la que tenía entre los dedos. Su sorpresa era mayúscula. Revelaba un nombre que no se habría imaginado.

Echó un vistazo al resto de páginas, todas con la misma rúbrica. No había ningún error. Hasta el membrete le delataba. Comenzó a leer los diferentes informes, anonadada por lo que revelaban.

Siempre había considerado que se trataba de una persona franca, agradable y que transmitía confianza. Pero ahora se daba cuenta de que solo era una fachada. Una apariencia que le había sido de gran utilidad para engañarlos y mantenerlos en la inopia.

Los dosieres, que finalmente había desparramado en el suelo del vestíbulo, lugar en el que se había sentado para analizarlos, hablaban de un fraude de enormes consecuencias. Una estafa protagonizada por Irene Molina.



29

—Ya han identificado el cadáver. —El subinspector Corrales se situó delante de la mesa de la inspectora con semblante orgulloso, a continuación, cogió una silla y se acomodó frente a ella.

—Y me lo vas a contar, ¿verdad? —Aunque solía hacerle gracia cuando su actitud se volvía jactanciosa, ese no era el caso. Blanca Garrido deseaba dar con nuevos datos, información que la guiara hacia la luz. Necesitaba saber cómo ordenar las piezas de ese rompecabezas que se veía incapaz de completar.

—El forense ha podido recuperar parte de sus huellas dactilares para la identificación. —La inspectora resopló y, ante su más que evidente impaciencia, Corrales optó por ir al grano—: Se llamaba Adler Zimmermann. Nacido en Berlín Este. Miembro del Ministerio para la Seguridad del Estado, más conocido como la Stasi.

—¡Esto no puede ser casualidad! —exclamó asombrada con la noticia—. Erich Müller y Jara Goebel escaparon de Berlín Este hace más de treinta años. Ahora encontramos asesinados al señor Müller y a un miembro de la policía secreta de la RDA. Tiene que haber una conexión.

—Era conocido como el Águila, lo cual es bastante poco imaginativo si tienes en cuenta que Adler, traducido del alemán, significa águila. —El subinspector se encogió de hombros—. Por lo que he podido averiguar, se cree que desde finales de los setenta ayudó a más de uno a cruzar al otro lado.

—Así que es posible que cooperara en su huida —dedujo la inspectora—. Tendremos que confirmarlo. Jara Goebel seguro que nos puede resolver esa duda. ¿Sabemos algo más de él? ¿A qué se dedicaba en la actualidad?

—Abandonó Alemania en la década de los noventa, poco después de la caída del Muro. Y desde entonces se le conocen dos direcciones, una en París y otra aquí, en Madrid. Ha estado viviendo en ambas localidades indistintamente.

»Por lo que he podido averiguar —continuó el subinspector al darse cuenta de que tenía la atención de su compañera—, sus negocios eran bastante turbios. Ahí, donde veía una oportunidad, metía la cabeza, pero, en la mayoría de los casos, con resultados pésimos. Abrió un par de bares de copas que acabaron siendo clausurados por la Junta Municipal de Moncloa tras hallarse irregularidades en sus licencias. Sospechaban que eran lugares en los que se cometían delitos de tráfico de drogas, si bien, no se pudo demostrar. Poco después, la Policía de Alcorcón desmanteló otro de sus locales por dispensar cocaína entre refrescos y tapas. —Corrales sonrió por su originalidad.

»Ha estado entrando y saliendo de prisión por delitos de este tipo a lo largo de los últimos años.

»Por añadidura, sus cuentas bancarias nos han confirmado que estaba arruinado. Su pequeña fortuna se la ha gastado en pagar abogados, deudas de juego y en mujeres. Las dos últimas parecen ser sus grandes pasiones.

—Da que pensar que un sujeto de esa calaña esté vinculado al señor Müller, un hombre sin ninguna tacha legal. Lo que me vuelve a llevar a suponer que su nexo es anterior. —La inspectora pensaba en voz alta, algo le decía que su vínculo estaba en la capital alemana—. De todas formas, la única relación que tenemos entre ambos casos es la tarjeta hallada en el abrigo de Zimmermann. Es una prueba que no hay que olvidar, pero tampoco obviemos que, si está ligado con los bajos fondos, tuvo que labrarse una cantidad infinita de enemigos. Cualquiera de ellos puede ser nuestro asesino.

—¿Crees que no tiene que ver con la muerte de Müller? —cuestionó el subinspector, a quien el haber encontrado la tarjeta de visita del empresario en el abrigo de la víctima le daba mala espina.

—No lo sé. Lo que digo es que no podemos centrarnos solo en eso. Tenemos que investigar a todos los que deseaban que Zimmermann desapareciera del mapa. Y estoy segura de que la lista es larga.

La inspectora no quería dejar ninguna vía sin explorar, no podía centrarse solo en el caso de Müller. Su instinto le decía que era mucha casualidad que hubieran descubierto su tarjeta de visita en el escenario del crimen, pero no quería tirar por tierra el resto de posibilidades antes siquiera de haberlas evaluado.

Su conversación se vio interrumpida cuando el móvil de la inspectora, que descansaba sobre la mesa, comenzó a vibrar. En la pantalla aparecía el nombre del comisario Narváez. Lo cogió de inmediato, convencida de que llamaba para ver cómo evolucionaban ambos casos. Lo que no sabía era qué iba a comunicarle porque, aparte de la identificación del cadáver, que siendo sincera consigo misma, era un gran paso, no habían avanzado más. Sentía que cada vez que daban un paso hacia delante, retrocedían dos.

Se sorprendió cuando le ordenó presentarse de *ipso facto* en su despacho con el subinspector Corrales. Su tono no admitía réplica. Ni siquiera le dejó preguntar el motivo, ya que colgó tras soltar lo que tenía que decir. Se figuró que querría ser informado en persona, no se le ocurría qué otro asunto podría ser.

—El comisario quiere vernos —le dijo al subinspector mientras se guardaba el móvil en el bolsillo—. Lleva ese informe. Imagino que querrá saber sobre Zimmermann.

Los dos caminaron hacia el despacho de su superior con rápidas zancadas, sabían lo que odiaba que le hicieran esperar. La única novedad con la que contaban era la identificación del cadáver y no confiaban en que fuera suficiente para mantener contento al comisario.

—¿Crees que nos llama por el caso? —preguntó el subinspector Corrales en cuanto se cerraron las puertas del ascensor, rompiendo el silencio que se había formado entre ellos.

La inspectora se encogió de hombros y puso cara de circunstancia.

—No tengo ni idea. No sé para qué otra cosa puede llamarnos. Aun así, me parece raro.

Blanca Garrido podía contar con los dedos de la mano las veces que había sido invitada al despacho de su superior. Si deseaba conocer los avances de los diferentes casos solía serle suficiente con una llamada telefónica o, si acaso, se juntaban en la sala de reuniones, a veces, incluso bajaba a sus puestos a informarse; no solía pedirles que se entrevistaran en sus dominios.

—Ahora lo averiguaremos —resolvió pragmática en el momento justo en que el ascensor se detenía.

Una vez hubieron llamado a la puerta, escucharon la voz del comisario dándoles permiso para entrar.

—Buenos días, os quiero presentar al Jefe Superior de la Policía de Madrid —repuso sin miramientos.

Los recién llegados se quedaron paralizados momentáneamente, no se esperaban una reunión de ese calibre.

—Buenos días, inspectores. Soy Anselmo Pardo —se presentó el aludido, intentando quitarle bombo al título.

—Inspectora Garrido. —Se adelantó con la mano extendida para estrecharle la suya.

—Subinspector Corrales —se presentó, imitando a su compañera.

—Imagino que querrán saber para qué les he convocado —continuó el comisario Narváez

sin andarse con rodeos—. Tengo entendido que ya han identificado el cuerpo hallado en la sierra.

—En efecto, se trata de Adler Zimmermann, originario de Berlín Este… —La inspectora fue interrumpida por el máximo superior presente en la sala.

—Y esa es la razón de que esté hoy aquí. —Ambos inspectores focalizaron su atención en él. Esas palabras habían estimulado su curiosidad—. Erich Müller era un viejo amigo mío. Nos conocimos hace años. Y, por supuesto, también tengo en gran aprecio a su mujer, Jara —comenzó—. No pude asistir al sepelio por encontrarme fuera de Madrid, pero lamenté mucho lo ocurrido. Aún me cuesta asimilar que alguien deseara su muerte. —Se quedó en silencio unos segundos, intentando eliminar de su mente la pena repentina que había surgido por la pérdida. Tras reponerse, prosiguió—: Desde lo sucedido, he estado en constante comunicación con Jara pues, como digo, me une a ella una vieja amistad y, la verdad, es que no he querido interferir en la investigación. He dejado que siga su curso sin involucrarme.

—Hasta ahora —susurró la inspectora, aunque los presentes la escucharon a la perfección.

—Ahora tampoco vengo a entrometerme, aun cuando Carla Goebel está en prisión —replicó el Jefe Superior, dibujando una sonrisa en la boca. Era consciente de que su sola presencia significaba exactamente lo contrario—. Estoy seguro de que están haciendo un gran trabajo y llegarán al fondo de la cuestión, porque ustedes saben, tan bien como yo, que Carla no es capaz de asesinar a su padre —les soltó, por el mero hecho de ver su reacción, y le resultó evidente que ellos eran de la misma opinión—. Sin embargo, tras dar con este segundo cuerpo, no he podido mantenerme al margen.

Ninguno entendía a qué se refería. No comprendían en qué podría afectarle el haber descubierto el cuerpo sin vida de Zimmermann. No obstante, no abrieron la boca, sabedores de que se enterarían en unos segundos.

—Una semana antes de que Erich falleciera, contactó conmigo. Quería comunicarme que Adler Zimmermann acababa de hacer acto de presencia en su despacho con el propósito de extorsionarle. —El gesto de confusión de los inspectores no le pasó desapercibido a Anselmo Pardo. Fue solo un instante, estaba claro que ambos sabían poner cara de póquer, pero él había sido testigo de esa décima de segundo—. No era la primera vez que le chantajeaba. En la ocasión anterior, se sintió en deuda con él y le pagó un buen dinero. Desconozco la cuantía del pago, pero me consta que fue importante; una pequeña fortuna. Por si no lo saben, aunque me imagino que lo habrán deducido, él fue quien les ayudó a cruzar el Muro —anunció en un sucinto inciso—. Consideraba que el que les hubiera sacado de Berlín Este bien merecía su favor, y más cuando el señor Zimmermann había caído en desgracia. Erich no se planteó dejarlo en la estacada, así que lo ayudó sin poner ninguna traba. El caso es que cuando volvió a recibirle, y buscaba más dinero, coligió que ya había pagado su deuda con creces. Por ello, se puso en contacto conmigo. Por la amistad que nos unía. Yo traté el asunto como corresponde, siguiendo los cauces pertinentes. Por esa razón, la Comisaría del Distrito de Moncloa se puso manos a la obra y comenzó a trabajar en el delito de extorsión, puesto que Zimmermann era un viejo conocido de sus calabozos. No obstante, intentaron dar con él para hacerle algunas preguntas y no lo localizaron por ninguna parte. Se lo había tragado la tierra. Ahora todos sabemos el motivo —concluyó—. Creo que era importante que contaran con este dato. No sé si aportará algo o no a sus indagaciones, pero no podemos eludirlo.

—Y nosotros le agradecemos que se haya tomado la molestia de presentarse aquí para hacernos llegar dicha información, señor —contestó el comisario.

El haber acudido a su despacho implicaba que estaba más que atento a los avances de su equipo, dejando entrever la presión que existía desde que había aparecido muerto Erich Müller.

—No ha sido ninguna molestia. Y ahora si me disculpan, he de marcharme. El deber me llama —manifestó a modo de despedida.

Tanto los inspectores como el comisario lo acompañaron durante el corto trayecto hacia la salida. Los primeros porque para llegar al Departamento de Homicidios tenían que realizar el mismo recorrido y el segundo por cortesía.

Aunque al comisario no le agradaban las visitas imprevistas —habitualmente arrastraban nubarrones en el horizonte—, no podía eludir la idea de que si la investigación llegaba a buen puerto, podría haber alguna recompensa en forma de ascenso. Y algo así, le vendría muy bien, sobre todo en ese momento en el cual la jubilación ya se vislumbraba.

Acababan de salir del ascensor cuando se toparon con Jara Goebel, quien preguntaba por la inspectora Garrido a uno de sus compañeros. En cuanto le señalaron el lugar por el que acababa de aparecer, se encaminó hacia ella. Mientras se aproximaba, se percató de la presencia de su amigo Anselmo, hecho que la chocó, ya que no esperaba encontrárselo allí.

—Anselmo, ¡qué alegría me da verte! Confío en que todos estéis bien —le dio sendos besos en las mejillas, confirmando la íntima relación que les unía.

—Jara, el placer es mío. Lamento la situación en la que se encuentra tu hija, pero sé que mis hombres están haciendo lo que está en su mano para descubrir la verdad —le anunció cariñosamente, pero sin ignorar su posición.

—Me consta que es así —lo secundó—. Yo venía —se volvió hacia la inspectora— a entregarle esta documentación que considero que puede ser de relevancia.

—Pues si no necesitáis de mí, no me entretengo más —se despidió Anselmo Pardo. Sentía curiosidad por la información que traía, pero se había prometido a sí mismo no inmiscuirse, y cumpliría su promesa. Ya leería el informe—. Jara, sabes que eres bienvenida en casa. Mi mujer está deseando verte.

—Sí, lo sé. Me llama cada día. Sois muy amables. Dale un fuerte abrazo de mi parte y dile que estamos bien. Tan pronto como todo se calme… —Dejó inconclusa la frase porque cuando las aguas volvieran a su cauce estaba segura de que no le apetecería nada más que celebrarlo en la intimidad de la familia. Disfrutar con ellos de unos días tranquilos, lo más alejados del caos que les rodeaba últimamente. Le agotaba ver a la prensa frente a su casa, tratar constantemente con abogados, pedir favores y un sinfín de actividades a las que no estaba acostumbrada. El mejor momento de su día a día era ir al museo y ver lo bien que funcionaba la exposición, pese a que cada vez tenía menos tiempo para poder pasar allí unas pocas horas.

El hombre le sonrió con cariño y se despidió con un abrazo. A continuación, prosiguió su avance a la salida del edificio escoltado por el comisario.

—Señora Goebel, si es tan amable, venga conmigo —le indicó la inspectora quien ya caminaba en dirección a su mesa.

Jara Goebel se sentó frente a ella y el subinspector Corrales se quedó de pie, apoyado en la pared, detrás de su compañera.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, procurando confraternizar con ella.

—No estoy en mi mejor momento, para qué decir lo contrario.

—Lo entiendo. Debo informarle de que seguimos investigando la muerte de su marido. No hemos dado el caso por cerrado. Aunque Carla Goebel se encuentre detenida, creemos que algo se nos está pasando por alto. Todavía hay cabos sueltos. Además, han aparecido nuevas pruebas —se sinceró.

—¿Qué pruebas? —consultó Jara con la esperanza reflejada en su rostro.

—Aún es pronto para hablar de ellas, pero estamos siguiendo más vías de investigación.

—Se detuvo un instante, dejando reposar la nueva información, no obstante, se lanzó a averiguar las dudas que le habían surgido a causa de los nuevos hallazgos—: Señora Goebel, ¿conocía a Adler Zimmermann?

La mujer se quedó unos instantes pensando, intentando recordar si ese nombre le decía algo, pero nada le vino a la cabeza.

—Así de primeras, no me suena. ¿Tiene que ver con el caso? ¿Es el asesino de Erich?

—Quizá lo conozca por su alias, el Águila. Por lo que sabemos, perteneció a la Stasi cuando usted vivía en Berlín Este —comentó, sorteando sus preguntas.

—¡¿El Águila?! —Sus ojos se abrieron como platos—. Perdone, pero es que hace muchos años que no lo escuchaba nombrar. Conocí a alguien con ese apodo hace más de cuarenta años. Fue quien nos ayudó a cruzar el Muro. Aunque murió aquel día, durante la huida. —Jara no salía de su asombro—. No entiendo qué tiene que ver él en esta investigación.

—Señora Goebel, hemos hallado el cuerpo del señor Zimmermann. Murió hace unas semanas —intervino el subinspector Corrales.

Blanca Garrido se fijó en la sorpresa que reflejó el rostro de Jara Goebel, había palidecido tras recibir la noticia.

—Creía que aquella noche había sido ajusticiado por sus propios compañeros de la Policía Secreta. No tenía constancia de que hubiera sobrevivido.

—Por favor, cuéntenos qué sucedió aquella noche —le pidió la inspectora. Quizá la clave del caso estuviera en ese acontecimiento tan lejano en el tiempo.

—Fue hace mucho, pero recuerdo cada instante como si lo hubiera vivido ayer. —Jara todavía se levantaba sudando y asustada al revivir en sus sueños aquella fatídica noche. Aun cuando había pasado toda una vida, no había superado el perder a Johannes. Ese día algo se rompió en su interior. Y, en los últimos meses, su recuerdo se había visto acrecentado. La exposición había removido aquellas dolorosas remembranzas. Ella, que pensaba que había aprendido a vivir con su pérdida, debía admitir que la triste realidad era que jamás lo había superado—. Todo empezó, o al menos se precipitó, cuando me quedé embarazada de Carla. Entonces supe que nos teníamos que ir de Berlín Este. Mi hija no podía crecer en un mundo como el que se nos ofrecía allí, un lugar en el que no estaba permitido pensar por uno mismo y, si lo hacías, te atenías a las consecuencias —repuso con tristeza—. Johannes, como siempre, apoyó mi decisión. Más de una vez me he preguntado qué habría sido de nosotros si él no hubiera consentido. Tal vez viviríamos los tres juntos y felices. Al fin y al cabo, unos años más tarde, ese Muro, que nos separaba del resto del planeta, fue derribado. Solo teníamos que haber aguantado un poco más. —A Jara se le escapó una lágrima al pensar en lo que podía haber sido y no fue. Notando cómo se abstraía en unas ensoñaciones imposibles, borró esos pensamientos de su cabeza y se quitó de la mejilla la escurridiza gota. Hecho esto, prosiguió con su relato:

»Discúlpenme, me estoy dispersando —respiró profundamente, con intención de darse el valor suficiente para contar en voz alta lo que tanto le atormentaba.

»En cualquier caso, tomamos la decisión de huir y, poco después, hablamos con Erich. Él era el mejor amigo de mi marido y para mí era parte de la familia. Ambos sabíamos, aunque nunca se pronunciara en voz alta, que ayudaba a camaradas a cruzar al otro lado. Al principio, se mostró reacio. Supongo que le preocupaba que nos sucediera algo. Él, mejor que nadie, conocía los peligros y a lo que nos enfrentábamos. Y más estando yo encinta. Era evidente que mi estado me limitaba, sobre todo si esperábamos demasiado. Sin embargo, finalmente se ocupó de organizar nuestra partida.

»Aquella noche nos dirigimos los tres a un bar ubicado cerca del Muro. Allí, Erich nos guio

al sótano donde nos presentó al Águila. Según nos contó, era un guardia de la Stasi que ayudaba a nuestros compatriotas a escapar.

»A partir de ese momento mis recuerdos son confusos. Todo ocurrió demasiado rápido. Los sucesos se agolpan en mi mente borrosos e imprecisos.

»Descendimos hacia los túneles y comenzamos a caminar con la escasa iluminación procedente de las linternas. Al poco, escuchamos los ladridos de los perros y los pasos de los guardias acercándose. Entonces, nos pusimos a correr. Apenas recuerdo por dónde fuimos. No sé si seguíamos un trayecto definido o solo procurábamos alejarnos de la policía. No me solté de la mano de Johannes en ningún momento, ambos seguíamos de cerca a Erich. Cuando, por fin, nos detuvimos, nos escondimos en un pequeño saliente de uno de los túneles. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que solo estábamos nosotros tres. El Águila había desaparecido. Tampoco se escuchaba el sonido de nuestros perseguidores, solo se oían nuestras agitadas respiraciones tras la carrera. Cuando conseguimos recuperar el aliento, sonaron varios disparos y, después, volvimos a escuchar a los perros y a los guardias. Era evidente que se dirigían hacia nosotros. Johannes y Erich salieron de nuestro escondite con el propósito de despistarlos. Yo me quedé aguardando a que volvieran. A fin de cuentas, poco podía hacer, estaba completamente desorientada en esos túneles. No sé cuánto rato pasó, lo que sí tengo retenido en mi cerebro es que la espera se me hizo eterna. Al regresar Erich, me enteré de la muerte de Johannes.

»Para mí, recibir esa noticia provocó que mi mundo se rompiera en mil pedazos. Sentía que estaba dentro de una pesadilla de la que sabía que no iba a despertar. Lo peor que podía suceder, había ocurrido. Ese día perdí a la única persona a la que he amado en mi vida.

Los inspectores la observaban con atención; se daban cuenta de que le estaba costando retener las lágrimas, el dolor se reflejaba en su rostro. Eran conscientes de que le habían hecho revivir uno de los peores períodos de su vida, si no el peor.

—Erich fue mi apoyo para poder continuar. Gracias a él, salí de allí. Pasado un tiempo me contó que el Águila nos había traicionado, aunque el plan no le salió como esperaba, puesto que perdió la vida. —Suspiró—. Ya veo que en realidad no fue así. Yo siempre creí que ese guardia de la Stasi nos había delatado y que por esa razón murió Johannes. La verdad es que esa fue la historia que se formó en mi cabeza y que me creí a pie juntillas. Supongo que parte fue producto de mi imaginación, conclusiones obtenidas de recuerdos borrosos. A saber, porque yo estuve algún tiempo perdida. Hasta que nació Carla, los días pasaban sin que yo percibiera mi propia existencia. Lo único de lo que estaba segura era de que había perdido a mi marido, al padre de mi hija, y necesitaba alguien a quien culpar. El Águila fue el elegido.

»Nuestra idea —prosiguió con su relato— era vivir en casa de una tía de Johannes en Berlín Oeste hasta que pudiéramos independizarnos. Yo no tenía familia. Mis padres habían fallecido unos años antes y no me quedaba nadie. Así que, me encaminé a su domicilio. Mas cuando llegué allí, los vecinos me informaron de que había sufrido un ataque al corazón inesperado. Tras ir a su tumba a dejarle unas flores, me hundí todavía más. No tenía a dónde ir. Había perdido a Johannes, estaba sola y embarazada. No era una gran situación en aquella época. En ninguna, imagino.

»Erich me salvó de nuevo. Él pensó que lo mejor era alejarnos lo más posible de Berlín y decidió que nos viniéramos a España, a Madrid. Tenía contactos aquí, conocía a gente que podría echarnos una mano. Así que me pidió que le acompañara y eso hice. Desde ese momento se ocupó de mi hija y de mí. Para Carla siempre fue el padre que nunca tuvo.

Los inspectores se mantuvieron en silencio mientras Jara Goebel les refería su triste historia. Tenían que admitir que les había puesto la carne de gallina.

Blanca Garrido despertó de su letargo, abstraída como estaba en la narración, para ofrecerle un pañuelo de papel, ya que las lágrimas que había intentado frenar, rodaban por sus mejillas.

—Gracias. Perdonen mi sensibilidad. Pero ese episodio de mi vida sigue afectándome —esbozó un amago de sonrisa mientras cogía el clínex.

—No tiene por qué disculparse. Lo comprendemos —la apoyó la inspectora.

—¿Quiere un té o un café? —le sugirió el subinspector Corrales sin saber cómo reconfortarla.

—Un té estaría bien. Gracias.

Guardaron silencio hasta el regreso del subinspector. Cada una de ellas ensimismada en sus cavilaciones. Jara reviviendo nuevamente aquella fatídica noche y Blanca pensando en qué tendría que ver Zimmermann en todo esto.

—Aquí tiene.

—Muchas gracias.

Una vez hubo bebido unos sorbos de la infusión, la cual le hizo entrar en calor, Jara Goebel dejó sobre la mesa de la inspectora la carpeta que hasta ese momento había permanecido en su regazo.

—Yo venía a traerles esta documentación. He estado indagando entre los papeles de Erich y he localizado estos expedientes. Por lo que parece, investigaba a Irene Molina, la presidenta de Pharma Genetics, y había encontrado pruebas contra ella. Si bien, no tuvo tiempo de denunciarla a las autoridades pertinentes.

—¿Pruebas de qué? —interrogó la inspectora sin comprender a dónde quería ir a parar.

—Irene Molina ha estado vendiéndonos humo.

—¿Perdón? —Blanca Garrido sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en la boca del estómago.

—Irene Molina estaba transmitiéndole a Erich, y posteriormente a Carla, unos avances en sus investigaciones que en realidad no se han producido. Se ha recaudado una gran suma de dinero con el propósito de invertirlo en el tratamiento. Este capital no solo proviene de fondos de Pharma Jara, sino de empresas privadas, instituciones y particulares interesados, todos ellos, en que una medicación de esta naturaleza viera la luz. No obstante, Erich descubrió pruebas de que el dinero iba directo al bolsillo de Irene Molina y que su filial apenas está realizando progresos en la investigación de enfermedades hereditarias.

—Tarde o temprano todo castillo de naipes acaba cayendo por su propio peso —comentó el subinspector alicaído.

Fernando Corrales se imaginaba lo mal que lo estaría pasando su compañera. Sus esperanzas acababan de ser tiradas al suelo y pisoteadas. Sabía que, tras sus charlas con Irene Molina, se estaba replanteando la posibilidad de volver a intentar quedarse embarazada. Pero lo que les había revelado la señora Goebel, como si se tratara de un jarro de agua helada, había tirado por tierra sus pretensiones. Deseaba abrazarla y consolarla, pero no eran ni el lugar ni el momento más oportuno. Además, sabiendo de la lucha que debía estar lidiándose en su interior, ella permanecía impertérrita, como si las palabras que acababa de expresar Jara Goebel no fueran con ella.

No obstante, Blanca Garrido sí experimentaba un tormento insoportable. Comprendía que había soñado con una quimera. Había llegado a creer que podría tener hijos sin transmitirles su gen defectuoso. Aun así, no se dejó controlar por sus sentimientos y mantuvo la compostura. Era consciente de que esa nueva información podía dar un giro de ciento ochenta grados al caso que tenían entre manos.

Abrió la carpeta y ojeó los documentos. Entonces notó cómo su compañero, quien se había mantenido a su espalda durante la conversación, avanzaba un paso para revisarlos sobre su hombro.

Por lo que pudo comprobar, había resultados del laboratorio, en su mayoría bastantes pesimistas. También pagos realizados por entidades privadas y distintos inversores, además de pruebas del desfalco. Se quedó sorprendida por la meticulosidad con la que habían sido llevadas a cabo las pesquisas de Erich Müller. Era evidente que un tema de este calibre debía ser tratado con sigilo y minuciosidad. Se fijó en que los últimos documentos estaban fechados en la semana en la que falleció, por lo que existía la posibilidad de que hubiera sido asesinado por este descubrimiento.

—Son pruebas de un fraude empresarial. Le entregaremos toda la información a la Fiscalía para que actúen en consecuencia. Y aunque no hay evidencias de que Irene Molina sea la asesina de su marido, cuenta con un móvil, así que lo investigaremos a fondo. Muchas gracias por venir con esta información tan significativa. Sabemos lo que representará para Pharma Jara si se hace pública.

—Celebro ser de ayuda. Por la empresa no se preocupen, ya lo he puesto en conocimiento de los abogados para que empiecen a trabajar en lo que se avecina y que nos salpique lo menos posible. Ahora lo único que me importa es demostrar que mi hija no está implicada en la muerte de Erich. Ella lo amaba como a un padre. Nunca le habría hecho ningún daño.

A Jara Goebel ya no le quedaba más que hacer en la comisaría, luego, se puso en pie y estrechó la mano de los inspectores. Se marchaba conforme al saber que indagarían en la posible culpabilidad de Irene Molina. Sabía que ahora su hija contaba con una duda razonable, por lo que auguraba que pronto se hallaría en libertad. Su abogado ya estaba trabajando en ello.

En cuanto la viuda salió por la puerta, Blanca Garrido se levantó de su mesa, cogió el abrigo y se dirigió al aparcamiento. Necesitaba salir de allí. Sentía una opresión en el pecho que no la dejaba respirar.

Al llegar a su coche, comenzó a buscar las llaves en su bandolera, sin embargo, debido al tembleque de las manos, fue incapaz de dar con ellas. Frustrada, la tiró al suelo, provocando que su contenido quedara desparramado.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Comenzó a golpear la puerta del coche hasta que la detuvieron unos brazos que la rodearon.

—¡Chsss! —le susurró el subinspector, procurando calmarla.

Corrales había ido corriendo tras ella, preocupado por su estado.

Blanca se dio la vuelta y se abrazó a su compañero, agradecida de tenerlo ahí. En muchas ocasiones era el pilar en el que se sostenía.

Al sentirse protegida, no aguantó más y comenzó a llorar.



30

Madrid, 9 de noviembre de 1989

—Estoy en disposición de ofrecerles la crónica de urgencia que antes les anunciábamos y que nos acaba de llegar ahora mismo desde Berlín. Al pie de la noticia está nuestro enviado especial: José María Siles.

Jara estaba viendo el telediario cuando el presentador, por fin, dio paso a la noticia que tanto ansiaba escuchar. Habían hecho un breve reclamo al comienzo del programa, pero, hasta ese momento, no la habían vuelto a mencionar. Se tensó en el sofá y subió el volumen del televisor; no estaba dispuesta a perderse ningún detalle.

—Normalidad absoluta en las calles de Berlín Este entrada ya la noche. —La pantalla mostraba cómo el periodista avanzaba en coche por las oscuras calles de Berlín Oeste—. Solo algunos curiosos se han acercado a la puerta de Brandemburgo. Al oeste, en el *Checkpoint Charlie*, paso fronterizo entre los dos Berlines, llegan los primeros curiosos y las primeras cámaras de televisión. —Las imágenes exhibían el lugar atestado de ciudadanos—. Todos esperan a los primeros que quieran cruzar, pero la policía del Este no sabe nada de la nueva normativa. Mientras sale la nueva ley sobre libertad de viajes, los otros alemanes tienen que solicitar salir al extranjero, pero ninguna autoridad puede rechazar esa petición.

Jara se levantó y se acomodó en el suelo, delante de la pantalla, no se podía creer lo que veían sus ojos. Palpó el aparato con suavidad, sentía cómo sus emociones la abrumaban. En primera instancia, consideró que la transmisión era mentira, un burdo engaño. Si bien, cada detalle apuntaba a que su tan anhelado sueño se estaba haciendo realidad.

«Cariño, unos pocos años más…».

No pudo evitar echarse a llorar ante el recuerdo de Johannes. Si solo hubieran aguantado unos años, habrían podido abandonar su ciudad natal por su propio pie y él continuaría vivo. Se culpó por no haber querido esperar, por ser tan impetuosa y cabezota. Aunque debía admitir que en aquel momento no habría pronosticado el final de lo que vivían ni en sus días más optimistas.

Volvió a centrarse en la emisión y en el reportaje del enviado especial de Televisión Española:

—Poco antes de la medianoche, la frontera se ha abierto de manera informal para todos los alemanes del este que querían venir aquí, al oeste.

»En veintisiete años es la primera vez que el Muro de Berlín deja de existir, de hecho, para los ciudadanos de la otra Alemania.

Dicho esto, una pareja apareció ante la cámara. En sus rostros se reflejaba la sorpresa del momento que vivían.

—El 9 de noviembre de 1989 es un día para la historia de Alemania. Y de Europa entera. Esta pareja acaba de llegar y no se lo pueden creer. Solo han tenido que presentar el carné de identidad y, luego, les han puesto un sello. Es la primera vez que están en el oeste, pero no se piensan quedar. En casa, en el este, en el otro lado, los espera su hijo y a las ocho el trabajo como cada día.

Tras ese breve mensaje, el informativo regresaba a los estudios, dejando a Jara con ganas de saber más, de conocer el sentimiento de euforia que se debía de estar viviendo al otro lado de la alambrada.

—Despedimos ya este telediario con la noticia histórica de esta jornada: la caída del Muro

de Berlín. La posibilidad de los alemanes del este de viajar libremente a todo el mundo.

El presentador continuó despidiéndose, pero Jara ya no escuchaba. Esa noticia había removido algo en su interior. Le había desolado saber que, si hubiera aguantado, en ese preciso instante podría estar con Johannes, con su familia completa, haciendo las maletas para comenzar una nueva vida juntos.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Qué te duele?

Jara se volvió para ver a su pequeña, quien contemplaba sus llantos con preocupación. Eliminó las lágrimas con ambas palmas de la mano, al tiempo que su hija se acercaba a abrazarla.

—Mami no llores —le rogó.

—Carla, son lágrimas de alegría.

—¿De alegría?

—Sí, cariño. El Muro ya no existe.

Aunque Carla no entendía muchas de las implicaciones de esa afirmación, se alegró junto a su madre, pues ella le había contado que existía una enorme pared que separaba a las familias y a los amigos en la ciudad que la había visto crecer.

Y así, abrazadas, permanecieron largo rato hasta que Carla se quedó dormida, momento que Jara aprovechó para acostarla.

Esa noche se tendió en la pequeña cama de su hija, a su lado. Necesitaba de su contacto para poder apartar esos lúgubres pensamientos que le habían sobrevenido al conocer la noticia.

Apenas pudo dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía a Johannes cayendo al suelo tras ser tiroteado por la Stasi. Por ese motivo, se dedicó a contemplar el rostro de Carla, la única forma que encontró de apaciguar su desazón.



31

La inspectora Garrido y el subinspector Corrales se hallaban en el piso de Adler Zimmerman. No les había resultado difícil acceder a él.

El portero se mostró de lo más colaborativo en cuanto se identificaron. Lo primero que hizo fue una breve llamada al casero para que tomara las riendas del asunto, intuyendo que, si no informaba a su patrón, no se lo tomaría bien.

El propietario del edificio no tardó en hacer acto de presencia. Era un hombre enjuto con unas gafas cuyo grosor de cristales daba a entender que no veía tres en un burro. Vivía en el ático y tenía arrendados la mayoría de los inmuebles. Ambos policías imaginaron que los inquilinos pagarían una mensualidad mínima, pues el hombre iba hecho una piltrafa, bastante mugriento y con andrajos por ropa.

El apartamento estaba sucio y ostensiblemente caótico. En un primer momento les dio la impresión de que había sido registrado con anterioridad, pero se dieron cuenta de que el caos lo había propiciado el mismo Zimmerman.

—¡Este hombre era un guarro! —Fernando Corrales no pudo evitar pronunciar en alto lo evidente. No era capaz de comprender cómo alguien podía vivir así.

La ropa sucia estaba tirada por cada rincón. Los cajones y armarios abiertos mostraban la anarquía de su interior. Y, aun así, lo peor no era eso. Lo peor era la atmósfera irrespirable que se concentraba en tan pocos metros cuadrados; el hedor era insoportable. Por ello, se vieron obligados a abrir algunas ventanas, de forma que se creara una corriente de aire que les permitiera respirar sin sentir arcadas.

—Nos costará encontrar algo —comentó la inspectora, observando la desorganización que poblaba la vivienda. Si bien, no se amilanó. Comenzó a rebuscar entre las pertenencias del fallecido cualquier indicio que lo relacionara con el señor Müller o que evidenciara el motivo de su muerte. Algo que les ayudara a avanzar en su investigación.

El piso constaba de un salón en el que apenas se apreciaba un sillón, un mueble con varios cajones y una televisión; todos ellos cubiertos por ropa que, por el olor que desprendía, necesitaba con urgencia ser lavada. La cocina y el baño, aparte de precisar una limpieza a fondo, no contenían nada de interés, solo los enseres típicos. El resto del piso lo componían dos habitaciones: el dormitorio principal, con una cama deshecha de la que emergía un colchón cubierto de manchas y más ropa amontonada en cualquier sitio menos dentro del armario, y un pequeño cuarto que aparentaba cumplir la función de despacho, repleto de archivadores y con un escritorio debajo de la ventana, enterrado bajo carpetas y folios. A esta última estancia le dedicaron la mayor parte de su tiempo, además, era la única medianamente organizada. Exceptuando los papeles sobre la mesa, el resto estaba recogido y clasificado.

—¿Crees que su muerte está relacionada con la de Erich Müller? —le preguntó el subinspector a la par que abría uno de los archivadores.

—No tengo ni la más remota idea. Este caso nunca ha tenido sentido. Las pruebas al principio apuntaban a alguien cercano a la víctima: su familia o las personas que estuvieron invitadas a la velada en la noche de autos. Y, desde luego, motivos no les faltaban a ninguno. Tenemos encerrada a su hija, Carla Goebel, aunque no creemos que sea culpable. Y por si no hubiera suficiente barullo en el caso, ahora el señor Zimmerman aparece en escena poniendo la investigación patas arriba y abriéndonos nuevas vías. No sé qué pensar, la verdad.

Mientras hablaban, ninguno dejó de revisar las diferentes carpetas guardadas en los ficheros,

la mayoría contenían documentación referente a sus antiguos negocios.

—De aquí vamos a obtener mucha información útil. La Comisaría del Distrito de Moncloa se va a poner las botas. Si no tenían pruebas sobre los delitos de tráfico de drogas, aquí las van a localizar, y nombres, muchos nombres. Nuestro señor Zimmerman era muy concienzudo. Es extraño que guardara el detalle de sus transacciones ilegales de forma tan accesible —reconoció el subinspector.

—Me temo que la policía nunca tuvo pruebas suficientes para pedir una orden de registro y él contaba con ello. Supongo que era una persona arrogante que no nos consideraba ningún peligro.

—Pues nos lo acaba de poner en bandeja.

Ya llevaban un buen rato inspeccionando el contenido de los archivadores, ni siquiera les resultó necesario el catalogarlos porque se hallaban pulcramente organizados, cuando dejó de entrar luz por la ventana, síntoma de que se les había hecho de noche allí confinados.

—Aquí hay una cajonera cerrada —comentó la inspectora al intentar abrir uno de los casilleros—. Hay algo en el interior de la cerradura que impide que podamos utilizar ganzúas o una horquilla. —Herramienta, esta última, con la que se encontraba enfrascada en un intento infructuoso de conseguir su objetivo. Al ver los reparos del mecanismo, que no cesaba de ignorar el empeño que ponía ella en ganar la contienda, decidió abandonar la tarea—. Creo que es mejor que lo dejemos por hoy —dijo al percatarse de la hora tan tardía— y llamemos a la Científica.

—Y a un cerrajero —repuso el subinspector, sonriendo por el esfuerzo de su compañera ante tamaña hazaña.



—Inspectora, acaba de llegar este paquete para usted.

Blanca Garrido levantó la cabeza y observó al joven agente que tenía delante. Le sonaba de haberlo visto un par de veces por la comisaría, una nueva incorporación.

—Gracias, agente… —Dejó inconclusa la frase con intención de que el novato rellenara el hueco faltante.

—Agente García.

—Gracias, agente García. Creo que no nos han presentado, soy la inspectora Garrido. —Le tendió la mano con intención de estrechársela, a lo cual el muchacho contestó como correspondía.

—Lo sé, inspectora —repuso con una sonrisa dibujada en el rostro por el trato dispensado. Hasta ahora le habían dejado claro que era el último mono de la comisaría y agradecía que ella se comportara de forma distinta. Dicho esto, dejó el sobre encima de la mesa y se marchó.

—Creo que te ha salido un pretendiente —declaró el subinspector Corrales con mofa. Acto seguido, se acercó a su mesa con curiosidad, esperaba que el paquete tuviera que ver con la investigación.

—¡No digas chorradas! —le reprochó mientras rasgaba el sobre.

En su interior se topó con una carpeta a rebosar de fotocopias y un listado que enumeraba el inventario del contenido. Era una copia completa de los documentos encontrados en casa de Adler Zimmerman, en el mismo cajón que no pudieron abrir por hallarse trabada la cerradura.

Esparció las hojas sobre la mesa y ambos se quedaron boquiabiertos al contemplar lo que allí se exponía. El señor Müller era el protagonista de cada una de las páginas desparramadas. Inclusive fotografías del empresario que, según indicaba la fecha impresa en una esquina de las

imágenes, eran de pocos días antes de su fallecimiento.

—Parece que Zimmerman acosaba al señor Müller —dedujo el subinspector.

—Supongo que, si su intención era chantajearlo y Müller se negó, buscaría algún otro modo de conseguir sacarle dinero —respondió la inspectora, contemplando los papeles diseminados sobre su mesa.

—Es un dosier bastante completo. Veo extractos de sus cuentas bancarias y un montón de información que se centra en la farmacéutica. Asimismo, sus horarios de varias semanas que solo dilucida su escasa vida social: recorridos diarios del trabajo a casa y de casa al trabajo; nada más.

—Piensa que era un recién casado, intentaría disfrutar de la compañía de su esposa al máximo.

—Si tú lo dices. —Hizo un gesto que ponía en duda la afirmación que acababa de lanzar su compañera.

Él tenía claro que no se quedaría en su piso, habría hecho planes con Álvaro, cenas en restaurantes románticos, teatro y distracciones del estilo, aunque se daba cuenta de que el matrimonio Müller tenía una edad. Quizá sí que era un buen plan para ellos disfrutar de su mutua compañía en la intimidad del hogar. Sin embargo, su opinión era que, viviendo en el centro de Madrid y administrando el capital del que disponían, lo lógico era pensar que no permanecerían en casa cada día.

«Tal vez su vida conyugal no era tan bonita como la pintaban», pensó.

La inspectora Garrido se fijó en que un par de fotografías se habían resistido a abandonar el sobre. Cuando las colocó encima de la mesa, los dos se quedaron mudos. No se podían creer lo que tenían ante sus ojos. Las imágenes mostraban que dentro del cajón había un par de objetos que no guardaban relación con documentos, sino con algo más palpable que no se esperaba ninguno: un frasco de botulina y un recipiente transparente que contenía algunas capsulas similares a las que ingería Erich Müler para su insuficiencia cardiaca.

—¿Crees que asesinó a Müller? —curioseó el subinspector Corrales, todavía confundido por el descubrimiento. Estaba convencido de que entre ambos asesinatos había una relación. Uno les había guiado al otro. Y no había sido una casualidad. Él no creía en las casualidades. Era de primero de manual. Pero lo que tampoco se le había pasado por la cabeza era que Zimmerman fuera el hombre que habían estado buscando las últimas semanas.

—No tiene sentido —murmuró la inspectora sin comprender.

En ese momento, como si alguien hubiera estado esperando a que dieran con esa pista, el sonido del móvil de Blanca Garrido los sacó de su aturdimiento. Ella, al no esperarse la interrupción, dio un leve bote en su asiento.

—Inspectora Garrido —dijo nada más descolgar—. Sí, señor. Ahora mismo. —Tras introducir el teléfono en el bolsillo del vaquero, añadió, esta vez dirigiéndose a Corrales—: Es el comisario Narváez. Quiere vernos.

El subinspector asintió y siguió a su compañera, quien ya se dirigía al ascensor.

Blanca Garrido aún no tenía claras las implicaciones del nuevo hallazgo, pero se imaginaba por dónde irían encaminadas las directrices de sus superiores. Y más cuando era un caso que había escocido desde el principio. No era habitual que uno de los empresarios más relevantes de España y con cuantiosas amistades en las altas esferas fuera asesinado en su vivienda y transcurriera el tiempo sin encontrarse un motivo ni un culpable. La presión del comisario a lo largo de la investigación había sido feroz, aunque lo más probable es que ni la mitad de dura que la que habría padecido él.

—De nuevo nos llama a su despacho. Esto no me gusta. ¿Qué crees que querrá? —interrogó

Corrales en cuanto se cerraron las puertas metálicas.

—Supongo que ya es conocedor de la existencia de botulina en el domicilio de Adler Zimmerman, así que esperará que demos el caso por cerrado —argumentó con sinceridad.

—¿Lo dará por cerrado? ¡¿Así, sin más?! —Si su compañera estaba en lo cierto, le parecía de lo más extraño que no les permitiera seguir indagando, todavía quedaban muchos hilos sueltos que resolver.

La inspectora no dijo más. Su mente estaba funcionando a mil por hora, procurando averiguar el significado de los nuevos hallazgos. Quería encontrarle un sentido a todo, pero no lograba verlo con claridad.

«Los árboles no te dejan ver el bosque», se reprendió, al no hallar la explicación que buscaba.

Una vez llamaron a la puerta del despacho de su superior, escucharon su voz al otro lado animándoles a entrar.

—Buenas tardes, señor —le saludaron.

—¡Enhorabuena! ¡Me acaban de notificar las novedades! El jefe superior me ha llamado para comunicármelas. Aunque me habría gustado enterarme por mis hombres —les regañó, pero con un gesto que evidenciaba su satisfacción.

—Perdón, señor. ¿A qué se refiere? —La inspectora estaba desconcertada, no estaba segura del significado de esas felicitaciones.

—Garrido, por favor, no me sea modesta —replicó el comisario con una sonrisa dibujada en el rostro—. Ya he visto el informe con el inventario de los objetos localizados en el apartamento de Adler Zimmerman. Los de arriba dan el caso por cerrado. Las pruebas que se han hallado son incriminatorias. Él fue el asesino del señor Müller. Y, como digo, Anselmo Pardo ha llamado hace unos minutos para felicitarnos. Y eso mismo es lo que quiero hacer yo: felicitarles por la gran labor que han realizado en este caso. No solo por dar con el asesino del señor Müller, algo que no dudaba, sino por descubrir la malversación de fondos. Irene Molina se estaba llenando los bolsillos a manos llenas. Me parece inaudito que una ejecutiva e investigadora seria, como se suponía que era ella, haya estafado a ricachones incautos que confiaban en los avances médicos que vendía. Ha sido un golazo por nuestra parte y así me lo han transmitido.

—Señor, es un gran halago, pero aún no estoy segura de que Zimmerman asesinara a Müller. Y sobre el fraude, en realidad, fue Müller quien lo descubrió antes de fenecer.

—No se quite mérito, inspectora. —Hizo una pausa y, tras cavilar unos segundos, añadió—: ¿Por qué cree que no es Zimmerman el asesino de Müller?, las pruebas son apabullantes. —No se esperaba ese dictamen de Garrido.

—Yo no he dicho eso, señor. Solo creo que hay que husmear más a fondo. Es verdad que hay evidencias indiscutibles de acoso al empresario, pero no podemos asegurar que la botulina hallada en el despacho de Zimmerman sea la misma que la suministrada a Müller, por poner un ejemplo —expresó uno de sus temores, aunque había más pormenores que no terminaban de encajar.

—Estoy seguro de que eso lo confirmará el laboratorio. De todos modos, estoy de acuerdo en esperar a cerrar el caso hasta que corroboremos esos detalles pendientes. —Respiró hondo y prosiguió con su verborrea—: Inspectora, acabamos de recibir las felicitaciones del jefe superior de la Policía de Madrid. Casi nunca nos llaman de las altas esferas, y menos para elogiarnos. Así que este momento es motivo de celebración. Rellene los informes pertinentes y concluya el papeleo y, si cuando reunamos las resoluciones en trámite del resto de departamentos, da con algo que no cuadre o con otro sospechoso, dígamelo. No obstante, hay que recordar que lleva

varios días dando tumbos, yendo de un socio del fallecido a otro, sin dar con un culpable. —El comisario se echó hacia atrás en la silla y acomodó las manos a la forma de la abultada barriga—. Por lo que veo yo, lo único que queda por resolver en este caso es el asesinato de Adler Zimmerman. Y un hombre de esa ralea tendrá numerosos enemigos. Uno no entra en el mundo de la droga y la prostitución y sale rebosante de fieles aliados, así que va a haber una cantidad ingente de posibles sospechosos. Si bien, no le estoy diciendo que no investigue, ¡claro que no! Tienen por delante un asesinato que resolver. Y como parece que no están para festejos, no les entretendré ni un segundo más. En cuanto reciban el informe del laboratorio confirmando nuestras conjeturas, saquen a Carla Goebel del calabozo.

—Sí, señor. —La inspectora se quedó más tranquila tras escuchar el discurso del comisario. Era verdad que daba el caso por cerrado, pero le había dejado una ventana abierta: si algo no cuadraba, podrían continuar con las averiguaciones.

La pareja de policías se dio la vuelta con intención de abandonar el despacho, ya que daban la reunión por finalizada. Sin embargo, cuando se disponían a salir por la puerta, la voz de su superior los detuvo:

—No siempre los casos son tan intrincados como los concebimos. A veces se resuelven de la forma más inesperada. No tienen por qué existir conspiraciones. —Al ver que ambos se volvían a escuchar sus palabras, agregó—: Así de sencillo, un viejo conocido de Müller que, por cierto, tomó el mal camino en la vida y se convirtió en un maleante, decidió deshacerse de él al no recibir el dinero que le demandaba. Caso cerrado. Han hecho un gran trabajo —repitió.

—Gracias, señor.

Salieron del despacho cabizbajos. La investigación se había resuelto de un modo tan repentino que no eran capaces de asimilarlo. Ninguno ponía en duda el que Zimmerman fuera el asesino de Müller, las pruebas apuntaban a él y, por si eso no fuera suficiente, su pasado así lo avalaba. Tampoco les cabía duda de que el laboratorio respaldaría esas suposiciones, lo más probable era que los informes preliminares confirmaran tales resultados. Mas sentían que algo se les escapaba; a su pesar, nada más podían hacer, solo esperar.

En cuanto arribaron a sus puestos, la inspectora Garrido cogió el teléfono y llamó al laboratorio, necesitaba comprobar esa hipótesis para poder dar carpetazo al asunto.

El subinspector, a su lado, la observaba sin obtener ninguna conclusión de lo poco que oía ni de la cara de póquer que mantenía mientras era informada. Una vez hubo colgado, le comunicó las nuevas noticias:

—Me han dicho que han recibido órdenes explícitas de los de arriba para dar prioridad a las muestras halladas en casa de Zimmerman. Acababan de obtener el resultado de los análisis justo en el momento de mi llamada. La botulina encontrada es del mismo lote que la suministrada a Müller. Por lo que he entendido, puesto que ha empezado a darme datos demasiado técnicos para comprender el detalle, ambas sustancias estaban compuestas por los mismos elementos en una cantidad exacta.

Se quedaron en silencio procurando digerir el reciente descubrimiento. Eso probaba, sin lugar a dudas, que Zimmerman era el asesino que buscaban. Con todo, Blanca Garrido notaba un malestar en su interior, su instinto le decía que algo no estaba bien, pero no sabía cuál era esa menudencia con la que no lograba dar.

Cuando salió de su letargo, se ocupó de iniciar los trámites para exonerar a Carla Goebel, tal y como les había ordenado el comisario. Esa diligencia le suscitó un tremendo placer, arrinconando su desasosiego anterior. Notaba cómo se quitaba un peso de encima.

Pese a ese hecho favorable, el fulminante cierre del caso le hacía vacilar.

—Voy a tomar el aire. Necesito pensar —le soltó a Corrales a la vez que se cubría con su chaqueta de plumas.

Aunque no había sido invitado, el subinspector cogió su abrigo y fue tras ella. Se apoyaron en un coche patrulla aparcado en la puerta del edificio y se mantuvieron largo rato en absoluto mutismo. Fue el subinspector quien lo rompió.

—¿No crees que Zimmerman sea el asesino? —Él debía admitir que había recelado, pero tras los datos obtenidos en el laboratorio, su desconfianza había desaparecido por completo.

—Es lo que señalan las pruebas. Además, como bien ha dicho el comisario, su pasado le respalda. Pero no logro comprender algunos puntos.

—¿Cómo cuáles? —le cuestionó el subinspector, quien estaba convencido de que habían encontrado a su hombre. Adler Zimmerman había estado hostigando a Müller y examinando con lupa su vida, incluso le había chantajeado; por lo que, al rechazar la extorsión, decidió asesinarle. A él le encajaba.

—¿Cuál es el motivo para que Zimmerman se lo cargara? Estando muerto ya no podría sacarle más dinero. No te deshaces de la gallina de los huevos de oro.

—Ten en cuenta que Müller se negó en redondo a pagarle un céntimo. Supongo que Zimmerman se mosqueó y, al comprender que de ahí no iba a sacar tajada, lo liquidó.

—Puede que tengas razón. Es un pretexto como otro cualquiera. Por lo que he leído de él, no le agradaba que le llevaran la contraria. —Se detuvo un segundo y disparó otra de las preguntas que le surgían—: Contéstame esta duda, ¿cómo pudo conseguir la toxina?

—Podemos averiguarlo. Aunque teniendo los contactos que tenía y en el mundo en el que se movía, no le debió de resultar una ardua tarea.

—Tal vez estés en lo cierto. Seguro que no tuvo problema. —La inspectora reparaba en que las explicaciones de su compañero eran de lo más lógicas. No comprendía por qué su estómago se empecinaba en llevarle la contraria.

—¿Alguna cuestión más?

—¿Cómo pudo introducir la botulina en una de las cápsulas que tomaba Müller? ¿Cómo pudo acceder a su medicación?

—Eso posiblemente nunca lo sepamos. La Científica no halló nada que sitúe a Zimmerman en la vivienda de Müller. Quizá se coló en su propiedad y fue especialmente cuidadoso, algo que me sorprendería por lo que he leído de él en los informes. A lo mejor contrató a alguien para que le hiciera el trabajo. O acaso en alguna entrevista con su víctima pudo aprovechar para introducirle la píldora letal en el pastillero.

—Creo que está cogido entre pinzas.

—Bueno, si queremos dar el caso por zanjado, aún tendremos que hacer varias comprobaciones. Y si hubiera algo que no nos cuadra, se lo comunicamos al comisario. Creo que el jefe superior estaba ansioso por descubrir un culpable porque la hija de su vieja amiga está encerrada y, por ese motivo, se ha adelantado con las felicitaciones. Aunque no quita que esté en lo cierto, como estamos averiguando. El que la botulina hallada en el despacho de Zimmerman sea del mismo lote que la suministrada a Müller es una prueba incuestionable.

—Eso es verdad. —La subinspectora puso sus ideas en orden y tuvo que admitir que esa confirmación era definitiva. Era probable que sus preguntas quedaran sin respuesta ya que el culpable había fallecido, luego no podría responderlas. Decidió dejar de dar vueltas al asunto porque era evidente que habían dado con el culpable—. Hemos encontrado a nuestro asesino.

—Correcto. Ahora solo nos resta averiguar quién se cargó a Zimmerman y por qué.

La inspectora suspiró. Todavía les quedaba un trabajo peliagudo.



32

Unas semanas antes

Adler Zimmerman llegó al área recreativa y aparcó el coche. Odiaba el campo, pero no le quedó más remedio que aceptar el lugar escogido.

Nada más apearse del vehículo, comprobó que otro, en este caso de alta gama, estacionaba a unos pocos metros de distancia. De él salieron su cita, un anciano con una mata de pelo blanco envidiable, vestido para la ocasión, y dos hombres que podrían haber sido confundidos con sendos muros de ladrillos, altos, de anchas espaldas y bien musculados; aun yendo cubiertos con gruesos abrigos, no podían ocultar esas facultades. No le cupo ninguna duda de que se trataba de sus guardaespaldas. Tragó saliva al verlos. Un sutil temblor se adueñó de su cuerpo, se daba cuenta de que no sería rival para ninguno de ellos.

El sujeto al que esperaba, escoltado en todo momento por los otros dos, se aproximó a él con una enorme sonrisa dibujada en el rostro.

—Adler, ¡cuánto me alegra verte! —exclamó con cierto tono de desprecio, contradiciendo el significado de sus palabras. Aunque al alemán le pasó desapercibida su desaprobación.

—Señor, aún no… —Deseaba explicarse, pero el otro no se lo permitió.

—No hablemos de negocios. Ahora hay que disfrutar del entorno. Respirar este aire limpio. Llena tus pulmones, ya verás que bien sienta. —El hombre hizo lo propio y Adler lo imitó. Era consciente de sus excentricidades y lo mejor era seguirle la corriente. Más, en la situación en la que se encontraba. Era lo menos que podía hacer.

Iniciaron el paseo siguiendo el camino marcado, y aun cuando los alrededores eran magníficos, pues el bosque estaba poblado de sauces llorones, chopos y alisos, no se podían ignorar la carretera ni el polígono industrial que se divisaban y que destrozaban el paisaje de forma deleznable.

—Te resultará extraño que haya concertado nuestra reunión en un lugar como este, ¿verdad? —Adler se encogió de hombros. Lo cierto era que no le había sorprendido ni lo más mínimo. Por todos era conocido lo mucho que le gustaba hacer excursiones a la montaña y caminar a diario. Lo que le chocaba era que utilizase ese paraje para hablar de negocios, puesto que era evidente que no se trataba de una zona apartada, al contrario, estaba bastante transitada, lo cual aplacaba sus nervios—. El caminar es bueno para la salud, como bien sabrás. No solo porque aumenta nuestra resistencia y hace que disminuya nuestra fatiga, sino que también es beneficioso para nuestra salud psicológica. Te aleja de la depresión, el estrés, el insomnio y otros tantos problemas emocionales y mentales. En resumen, es un gran ejercicio natural.

Adler asentía repetidamente, como si lo que estuviera escuchando fuera el discurso más interesante que había oído en su vida. No sabía a dónde quería ir a parar con su verbosidad excesiva. Estaba convencido de que disfrutaba con el sonido de su propia voz. No obstante, era lo que menos le preocupaba en esos instantes. De hecho, le tranquilizaba saber que su socio gozaba de buen humor.

Los gorilas de su compañero de paseo se mantenían a una distancia prudencial. Lo suficientemente lejos como para concederles intimidad, pero lo bastante cerca para defender a su jefe en caso de necesidad. Él, obviamente, no tenía intención de provocar una confrontación; tenía las de perder.

Adler no prestaba demasiada atención a las palabras de su acompañante, quien continuaba

departiendo sobre lo beneficioso que eran las salidas al campo y las caminatas. Su mente estaba concentrada en analizar maneras de disculparse por no haber cumplido con su promesa y los plazos marcados. Tenía que hallar una solución al retraso en el pago que complaciera a ambos, en especial a su benefactor. Sin embargo, no daba con una idea que lograra seducirlo. No era la primera vez que le solicitaba una prórroga y estaba convencido de que no transigiría. Era consciente de que trataba con un hombre peligroso, al que no le importaba utilizar la fuerza con tal de conseguir sus propósitos, aunque en ese momento aparentara ser un anciano encantador que disfrutaba con una vida sencilla. Él sabía que solo era una fachada. La realidad era que trataba con un individuo frío y calculador y que, de un momento a otro, esa faceta volvería a hacer acto de presencia para castigarlo por el incumplimiento de contrato.

El alemán empezaba a mostrar síntomas de su innegable falta de forma. El agotamiento y el sudor hacían mella en él. Comenzaba a serle imposible seguir el ritmo del anciano, quien marcaba el paso a su costado, muy poco acorde a su edad. Se había quitado el abrigo hacía un rato, pero, aun así, el sudor corría por su frente haciendo que se le encharcaran los ojos, provocándole un escozor que le resultaba de lo más molesto; apenas era capaz de distinguir lo que tenía delante. La camisa se le había pegado al torso y a la espalda formando una segunda piel. Además, calzaba unos zapatos de lo más inapropiados para transitar por un camino de tierra y cantos, por lo que los miembros inferiores de su cuerpo empezaban a quejarse de la jaula que los envolvía, sin contar con que las piedrecitas se le clavaban en las plantas de los pies como si anduviera sobre una cama de clavos; lo cual había provocado una suave cojera que ninguno de los presentes parecía notar. Lo más probable es que no les incumbiera su malestar.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban caminando. Desconocía si su cuerpo resistiría mucho más. Movía las piernas de forma automática, dejándolas a su libre albedrío. Lo único que pasaba por su mente era el deseo de hacer una breve parada y que alguien le diera algo de beber, pues presentaba señales de deshidratación. La tortura a la que lo estaban sometiendo era peor de lo que se habría imaginado. Sus vicios le estaban pasando factura.

Cuando su socio se detuvo, el sol desaparecía por el horizonte. Por esa razón, la cantidad de gente que había en los alrededores había mermado notoriamente, ya no se veía ni un alma. Eran los únicos viandantes que se encontraban sobre el puente. Intentó concentrarse en lo que le decía su benefactor, pero fue incapaz de interpretar los vocablos que salían de su boca. Se sentía tan mareado que no distinguía la distancia a la que corría el agua debajo de ellos. Le daba la impresión de que el río se acercaba y se alejaba a un ritmo hipnótico.

Entonces, su compañero detuvo la diatriba que le había acompañado a lo largo del trayecto y, al ver el estado del alemán, hizo un rápido gesto con la cabeza para que uno de sus hombres le diera agua. Prefería que estuviera consciente durante el resto de conversación.

Adler bebió un trago enorme, sediento como estaba, que no tardó en vomitar.

—Bebe a pequeños sorbos —le recomendó el anciano y él así lo hizo.

Cuando comprobó que estaba más o menos recuperado, entró de lleno en el tema que los había llevado hasta allí.

—Adler, tengo entendido que no has cumplido el plazo estipulado. —El hombre lo miró con una amenaza silenciosa reflejada en los ojos.

—Lo lamento mucho, pero no he podido reunir esa cantidad de dinero. Yo quería pedir… —El otro no le consintió proseguir con las justificaciones. Levantó la mano con el propósito de hacerle callar.

—Ya es tarde para más moratorias.

—Pero estoy a punto de conseguirlo. Solo necesito un poco más de tiempo —le suplicó.

—Por lo que sé, tus tejemanejes con el señor Müller no han llegado a buen puerto, no te ha dado ni un céntimo. —Se sorprendió cuando el empresario contactó con él una semana atrás para desvelarle el estéril plan de Adler. Sus revelaciones constataron que no recibiría el pago de su deuda, tal y como se acababa de demostrar. Era consciente de que Erich Müller contaba con su intervención y, aunque habría preferido no sentirse como una marioneta, no podía obviar que el abono no se efectuaría. Tenía una reputación que mantener.

Al alemán le sorprendió que conociera sus trapicheos, creía haber sido discreto.

—Está a punto de hacerlo, solo necesito algo más de tiempo —repitió, como si reiterar su ruego significara que se lo concedieran.

—El tiempo ha concluido —dijo tajante el anciano—. Y, a propósito, me consta que esa fuente se ha secado. El señor Müller ha fallecido.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! —No se lo podía creer. Aunque no dudaba de la veracidad de tal afirmación. Lo que le llevaba a inferir que, si Erich no le daba la cantidad de dinero que necesitaba para saldar su deuda, no tenía modo alguno de conseguirlo.

—Veo que son noticias nuevas para ti. Pero, en efecto, dejó este mundo anoche. —Hizo una breve pausa con el objeto de dar más énfasis al interrogante que venía a continuación—: ¿Cómo pretendes pagarme ahora?

Adler fue incapaz de responder. La noticia lo había dejado descolocado. No porque lamentara su muerte, esa cuestión le traía sin cuidado, sino porque no tenía otro plan para hacerse con el efectivo que tanto le urgía.

—Me lo imaginaba.

El anciano retomó el camino y Adler, sin otra opción, lo siguió. Al poco, comenzaron a descender por unas escaleras de piedra bastante empinadas y sin barandilla a la que agarrarse. El alemán empezó a sentir un poco de vértigo. Si bien, fue una sensación efímera, porque, antes de que se percatara de lo que sucedía, recibió un empujón por parte de uno de los guardaespaldas. Este rápido movimiento provocó que perdiera el equilibrio y cayera al precipicio.

—Comprueba que esté muerto. —Le ordenó su jefe a la vez que daba la vuelta con intención de desandar el camino por el que habían venido.

Uno de los escoltas procedió a cumplir el mandato. Reanudó el descenso por las escaleras hasta situarse al lado del alemán y, aunque le comprobó el pulso, dándole la impresión de que había muerto al golpearse en la cabeza con una de las rocas, se aseguró de ello, disparándole con su arma a bocajarro. Utilizó un silenciador con miras a amortiguar el estridente sonido. Hecho esto, trasladó el cuerpo y lo abandonó en un lugar recóndito y de difícil acceso. Con suerte pasaría algún tiempo antes de que unos desafortunados excursionistas dieran con él.

A continuación, regresó con los otros dos que lo esperaban a poca distancia. Se colocaron un frontal en la cabeza, con la finalidad de ver el camino y de deslumbrar a los montañeros con los que se cruzaran, si se daba el caso.

En esta ocasión no necesitaron regresar al área recreativa donde habían estacionado el coche, ya que otro vehículo los aguardaba en el aparcamiento más cercano.



33

Unos días antes

Aun cuando la televisión estaba encendida y en el telediario se emitían las noticas del día, Jara trasteaba en el ordenador, que era en lo único en lo que ocupaba su mente en los últimos tiempos. Sin embargo, hubo algo que llamó su atención, algo que provocó que levantara la cabeza de la pantalla del portátil y clavara sus ojos en el informativo. Ni siquiera fue consciente de qué fue lo que despertó su interés, quizá un movimiento o alguna palabra alertaron sus sentidos.

En cuanto se centró en las imágenes supo qué había suscitado su inquietud. Allí aparecía la inspectora Garrido junto a su compañero, el subinspector Corrales, ambos hablaban con alguien a quien no conocía, un guardia civil.

Aunque sus rostros aparecían en primer plano, era evidente que la prensa se mantenía a cierta distancia pues el lugar había sido acordonado. El cámara debía de estar utilizando un zoom con una alta potencia y resolución. Se los veía en algún punto del monte, a la orilla de un río, rodeados de una zona boscosa y rocosa que ella no reconoció. Algo que, por otro lado, no le extrañaba ya que últimamente no solía hacer escapadas a áreas rurales.

A pesar de que se figuró que ese caso no tenía ninguna relación con la muerte de Erich, prefirió asegurarse y subió el volumen del aparato para no perderse detalle. Por lo que decía la voz en *off*, unos senderistas habían descubierto un cadáver en la sierra de Madrid. Eso era lo poco que había sacado en claro porque, nada más centrar su atención en la noticia, esta concluyó y se dio paso a la siguiente.

No obstante, había visto lo suficiente como para que un ínfimo detalle, que al resto del mundo le habría pasado inadvertido, a ella le hubiera dejado atónita. De hecho, la grabación se había detenido en esa particularidad unos segundos, como si esa demora estuviera dedicada a su persona. De todos modos, cogió el mando y rebobinó. Necesitaba comprobar de nuevo que sus ojos no se habían inventado lo que no era.

Escuchó la noticia desde el principio y, cuando se enfocó al cadáver, pausó la reproducción, dejando la pantalla congelada para corroborar que no había visto un fantasma.

Las cámaras habían captado cómo introducían el cuerpo en una bolsa, instante que Jara tenía paralizado en la pantalla, en el momento preciso en el que introducían la mano derecha del difunto en su interior. El locutor había ratificado que todavía no se habían identificado los restos, si bien, ella sabía de quién se trataba. El tatuaje de un águila simulando un anillo en el dedo corazón dejaba constancia de que ese tipo no era un extraño para ella.

Se dejó caer en el sillón más cercano porque se sentía mareada. Había creído durante muchos años que el Águila había fallecido aquel fatídico día, mas esas imágenes corroboraban que no había sido así. Respiró hondo. La niebla se disipaba en su mente. Las dudas que surgían en su cabeza sobre lo que acaeció el horrible día en que perdió a Johannes se iban resolviendo gradualmente.

Una vez notó que el vahído había cesado, se encaminó a la cocina a prepararse un café bien cargado, necesitaba cafeína. Ese estimulante le servía para despejar la cabeza y pensar con claridad. Luego, se preparó la bebida y empezó a tomársela a pequeños sorbos mientras su cerebro trabajaba a marchas forzadas. El tiempo que le llevó dejar la taza sin rastro de contenido, fue lo que tardó en gestar un plan que solucionaría sus problemas, si era capaz de llevarlo a cabo hasta el final. Solo le quedaban por limar algunas asperezas, con todo, la idea principal estaba

desarrollada, pendiente de ser pulida.



Jara se hallaba delante de la desvencijada construcción. Un bloque de viviendas que desde el exterior mostraba un evidente estado de deterioro. La fachada necesitaba ser pintada y las ventanas actualizadas. Se imaginó que los inquilinos del inmueble pagarían un bajo alquiler por su ocupación. Había averiguado que los pisos que conformaban el edificio eran para arrendar, que el dueño residía en la última planta y que un portero, quien trabajaba por una miseria, se ocupaba del mantenimiento.

Tenía que admitir que le había resultado bastante fácil encontrar la dirección. Sabiendo qué buscar, con la ayuda de internet y tras unas cuantas llamadas, había dado con el domicilio.

Accedió al interior con suma facilidad, solo tuvo que esperar a que un vecino lo abandonara, entonces, aprovechó la circunstancia.

—Buenos días —saludó al desconocido como habría hecho cualquier inquilina de la comunidad, aunque nadie le devolvió el saludo.

Pensó en su escasa educación, pero le quitó importancia al darse cuenta de que sería mejor que no repararan en ella. Si los vecinos iban a la suya, ninguno se percataría de que alguien ajeno había hecho acto de presencia. Lo que le venía más que bien si, por alguna casualidad del destino, a la policía se le ocurría preguntar. Aunque rogaba por que algo así no sucediera. El Adler Zimmerman de la actualidad quedaba en bastante mal lugar con respecto a los valores esperados en una sociedad. Así que confiaba en que no surgieran reticencias.

Se disponía a pisar el primer peldaño de las escaleras cuando la voz de un hombre la detuvo:

—Señora, perdone, ¿a qué piso va?

Jara se giró sobre sus talones, topándose con un anciano con alopecia en la coronilla y la parte frontal de la cabeza y una pelusilla grisácea en la zona parietal, además, le faltaban piezas de la dentadura y la que le quedaba tenía un tono amarillento. Llevaba colocadas unas gafas, prácticamente en la punta de la nariz, con las cuales dudó de que viera algo porque los cristales parecían opacos debido a la cantidad de suciedad que los cubría. Vestía un uniforme gastado por el uso, pero limpio, cuya placa avisaba de que se trataba del portero.

—Buenos días, Fidel —leyó en la pequeña lámina de metal—. Venía a visitar a mi hermano —mintió.

—¿Su hermano? ¿Y quién es su hermano? —insistió al notar que su interlocutora había eludido la pregunta.

—Adler Zimmerman. —Sabía que tendría que resultar creíble, necesitaba colarse en el piso del Águila y, para ello, le vendría bien la ayuda de ese hombre.

—El señor Zimmerman. —Se rascó el mentón mientras observaba a esa mujer que se había presentado como familiar del alemán que vivía en el tercero. Vestía de forma elegante, lo cual no cuadraba con el vestuario del hombre al que él conocía y que últimamente parecía un vagabundo, solía ir sucio y ebrio.

—En efecto. Vengo a hacerle una visita ya que, según tengo entendido, está pasando una mala racha. —Al ver al portero asentir, comprendió que había dado en el clavo.

—Sí que la está pasando, sí. Hace solo un par de años su hermano siempre lucía como un pincel y ¡menudas gachís lo acompañaban! —Sonrió al recordar, colocando una mano delante de la boca para no mostrar su antiestética dentadura—. Sin embargo, se ha convertido en una sombra de lo que era. Ha caído en desgracia. De todas formas, no se encuentra en casa. Y, la

verdad, es que no sé cuándo regresará.

—¡Oh, qué mala pata! Sabía que no podía presentarme así, de improviso. Pero me daba miedo que, si le avisaba, no me permitiera venir o, peor aún, desapareciera. Es demasiado orgulloso para aceptar mi ayuda. —Su rostro mostró su decepción.

—Sí que lo es —asintió Fidel, dándole la razón por cortesía, porque la verdad era que la arrogancia que lo acompañaba con anterioridad había desaparecido de un plumazo.

—¿Y podría usted abrirme la puerta? —rogó—. Me encantaría esperarlo en su piso. Seguro que puedo ir acomodándome e, incluso, limpiándolo. —En su tono de voz puso énfasis al mencionar esa última tarea—. Es que vengo de muy lejos y no conozco la ciudad. No me había planteado ninguna otra opción que hospedarme en casa de mi hermano. —Jara señaló con la mirada la bolsa que reposaba a sus pies.

—Señora Zimmerman. Yo por usted, lo haría, pero compréndame, no puedo abrir la puerta de un inquilino sin que él mismo me lo pida o sin su conocimiento. —El anciano se sentía incómodo. Quería ayudar a la mujer que lo miraba cariacontecida, su atractivo no le había pasado desapercibido, y, por añadidura, comprendía la engorrosa situación en la que se encontraba.

—Lo entiendo perfectamente. Sé que lo que le he demandado puede acarrearle consecuencias negativas. Podría perder su puesto de trabajo. Disculpe por haberlo insinuado si quiera. —Jara se mostró apesadumbrada, pero no pensaba rendirse. Si bien, no fue necesario insistir.

—Se me ocurre una idea. —El portero sonrió como si acabara de discurrir un gran plan—. Su hermano debe unos cuantos meses al casero y este me presiona a mí para que los recaude. Si usted me entregara lo que debe, podría descerrar el piso e instalarse. Además, en realidad sería su alquiler, no el de su hermano. ¿Qué opina?

—¿Mi hermano le debe dinero? —interpeló avergonzada, completamente introducida en el papel.

—Sí, señora. Debe cuatro meses. Como decíamos, está pasando por un mal momento en todos los sentidos. —El hombre negó con la cabeza, apenado por ser él quien le abriera los ojos a esa mujer a la que ya consideraba compasiva y de gran corazón.

En cuanto el portero le expuso la cantidad adeudada, Jara suspiró, le iba a salir caro, pero la recompensa bien lo merecía. Además, debía admitir que su plan no podía estar saliendo mejor. Ese hombre, que lo más probable es que le estuviera cobrando de más para quedarse con un porcentaje, también le facilitaba la tarea que la había guiado hasta allí. Por lo que no le molestaba que le sisara una pequeña parte. Y, aunque podría referirle a la policía ese episodio, con el maquillaje y el disfraz que ocultaban su melena y sus facciones más características, sería imposible que la relacionaran con el incidente, si se daba el caso.

—¿Le importa si dejo la bolsa aquí mientras voy a por el dinero? —interrogó.

—Claro, no hay problema. Déjela ahí mismo que yo me ocupo de vigilarla —repuso el anciano, señalando la garita en la que se pasaba la mayor parte de día.

—Muchas gracias.

Jara abandonó el vestíbulo con prisa, como si en verdad buscara un cajero en donde sacar efectivo para pagar las deudas de su hermano. No obstante, no anduvo más que unos metros, se detuvo a la vuelta de la esquina con intención de ocultarse del portero. Llevaba suficiente dinero en el bolso como para saldar el agujero del Águila, no obstante, supuso que al anciano le habría resultado, cuando menos, insólito que portara encima tal cantidad de metálico. Debía disimular. Cualquier error estúpido podía tirar por tierra su plan y la vida de su hija dependía de ello.

Había analizado la posibilidad de darse de bruces con el portero tras acceder al inmueble,

por ello, iba prevenida, su idea era tentarlo de alguna manera. Y había salido sobre ruedas. No había tenido que inventarse ninguna estrambótica historia porque el hombre había sido el artífice.

Cuando regresó al vestíbulo, se fijó en que una prenda asomaba de su bolsa. Como había supuesto, había cotilleado el contenido. Se imaginó que era una manera de corroborar el cuento que le había relatado. No le importó. Esa era la idea de mantener el escueto equipaje a su alcance, contaba con que le picara la curiosidad. No había guardado más que unas pocas prendas, la ropa más vieja que había hallado en su hogar, la mayoría de María, la mujer que se encargaba de las tareas domésticas, y un neceser; un pequeño conjunto de artículos que hicieran suponer a cualquiera lo mismo: elementos imprescindibles para pasar unos días fuera de casa.

Tras pagarle lo estipulado, el anciano la escoltó a la vivienda. Subieron en el único ascensor existente, el cual chirriaba a cada centímetro que avanzaba. Jara se preguntaba si no acabaría cayéndose al vacío de un momento a otro.

—Ya sé que está viejo, pero no ha sufrido ninguna avería en años. Se lo prometo —explicó como si le hubiera leído el pensamiento.

El portero estaba acostumbrado a disculparse por ese trasto que sonaba de forma exagerada y que al propietario no parecía importarle, ya que no entraba en sus planes gastarse dinero en renovarlo, aun cuando era un tema candente en cada junta de vecinos.

Una vez estuvieron delante de la vivienda de Zimmerman, el hombre sacó un juego de llaves y, tras probar con varias, logró abrir la puerta.

—Bienvenida a su casa, señora Zimmerman —dijo a modo de despedida. A continuación, se giró y regresó al ascensor, dejando que Jara se familiarizara con su supuesto nuevo hogar.

Entró en el piso con cierta inquietud. La realidad era que Adler Zimmerman estaba muerto y, según lo que había investigado, vivía solo. De hecho, llevaba un par de días vigilando desde una cafetería situada frente al portal y no había visto a nadie que le hiciera pensar lo contrario. Los que entraban y salían del edificio eran siempre los mismos, y los había vinculado con las diferentes puertas del bloque. Sin embargo, le preocupaba estar equivocada, no haber tenido el tiempo suficiente para realizar una vigilancia más exhaustiva. Existía la posibilidad de que se hubiera colado alguno de sus amigos, esos pocos que todavía mantenía por hallarse en peor situación que él, o, tal vez, una de sus fulanas.

Tras cerrar la puerta y quedarse aislada, confirmó que el silencio era absoluto. Allí no había ni un alma.

Echó un vistazo por encima a las diferentes estancias con el fin de localizarse y tener referencia de la función de cada una de ellas. Lo primero que le llamó la atención, aparte del considerable desorden que dominaba en cada una de las habitaciones, fue el mal olor imperante: una mezcla de sudor y alcohol que hizo que se le revolviera en el estómago lo poco que había ingerido ese día. A decir verdad, se vio obligada a correr al baño a vomitar y, aunque intentó contenerse, su cuerpo no se lo permitió. No estaba segura de si ese efecto adverso era debido al ambiente asfixiante o era por la tarea que se había propuesto llevar a cabo, la cual le suscitaba auténtico pudor. Tras tirar varias veces de la cadena del inodoro y asegurarse de que no dejaba ningún resto, prosiguió con lo que la había arrastrado hasta ese mugriento lugar. Con todo, su estómago no cesó de importunarla, como si estuviera juzgando su ilícita conducta. Los calambres la atormentaban provocando que su cuerpo se doblara de dolor. Sin embargo, su malestar no la hizo cambiar de opinión. El Águila estaba muerto y ella tenía que aprovechar la tesitura.

Decidida, se encaminó al despacho, el lugar óptimo para disponer los objetos que había traído consigo. Registró algunos de los archivadores y comprobó que muchos de ellos contenían información que podía haberlo metido entre rejas durante una larga temporada; a él y a sus

socios. Le extrañó dar con documentos tan esclarecedores de sus negocios ilegales.

«Muy listo no eras, ¿verdad, Águila?», se susurró al cuello de la camisa mientras proseguía inspeccionando los casilleros.

De repente descubrió un dosier que no se esperaba y que le venía como anillo al dedo. En él había varias carpetas que contenían información de Erich Müller, algo exigua. A pesar de ello, era evidente que se había ocupado de analizar su nivel de vida. También halló datos de ella misma y de su hija Carla, ahora bien, en este caso apenas había profundizado. Era obvio que se había centrado en su marido.

Una vez dio con el archivo, supo que ese era el lugar idóneo donde realizar el montaje que tenía en mente. Introdujo una carpeta con un análisis más pormenorizado de las actividades de Erich, incluyendo fotos que indujeran a pensar que lo había estado acechando. Y, para concluir con la farsa, instaló en el fondo del cajón un frasco con botulina, sin identificación, y un botecito que contenía las mismas pastillas que su marido tomaba a diario, lugar donde se había encontrado el tóxico. Suficientes pruebas incriminatorias que desviaran la atención sobre Carla.

Cuando hubo concluido con su puesta en escena, se preparó para marchar. Revisó cada una de las habitaciones con el propósito de no cometer ningún error. Había sido cuidadosa, pero no quería dejar nada al azar.

Se dirigía a la puerta, cuando se le ocurrió un pequeño golpe de efecto: atascar el archivador en el que había dejado las pruebas, intentando simular que Zimmerman guardaba algo especial en él.

No le costó dar con una llave que encajara en la cerradura. Había varias encima de los archivadores, todas iguales, de esas baratas que se rompían con solo mirarlas y que valían para cualquiera de esos ficheros. Cogió una, cerró el archivador en cuestión y, manteniendo el llavín en el ojo de la cerradura, lo partió, de modo que se quedó con la mitad en la mano y la otra mitad permaneció en la bocallave. Entonces, tiró el trozo que sujetaba a una esquina y se dispuso a salir de allí lo más rápido posible. Ya había terminado, así que no era buena idea perder más el tiempo en un lugar en el que no le correspondía estar.

En esta ocasión no cogió el ascensor, no deseaba que nadie se percatara de su presencia. Descendió por las escaleras con sigilo. Al llegar a la planta baja, se encontró con que el portero discutía con un inquilino, quien no ocultaba su indignación por una avería en su vivienda a la que nadie le daba solución. Se asomó con cautela y comprobó que tenía vía libre, ninguno estaba atento al pasillo que debía atravesar ni a la salida del edificio. Luego, aprovechó la suerte que le ofrecía el destino y se alejó de allí sin ser vista.

Tan pronto consideró que había puesto suficiente distancia, se internó en un bar que se hallaba atestado de clientes y, tras pedir un café con leche, que pagó en el momento, se encaminó al lavabo donde se cambió de ropa. Guardó en una bolsa de plástico la peluca, los guantes y demás objetos que había utilizado a modo de disfraz. Y, acto seguido, abandonó el local con un aspecto completamente diferente al que llevaba al entrar en él.

A unas cuantas calles se deshizo de la bolsa en un contenedor, ya que en ese preciso instante hacía su aparición el camión de la basura. Agradeció estar teniendo tanta suerte mientras ejecutaba su despreciable plan.

Se detuvo unos segundos y observó cómo la bolsa era tragada por la tolva del vehículo, desapareciendo entre desperdicios e inmundicias.

Satisfecha, avanzó hasta que se topó con un taxi, al que llamó con el propósito de regresar a la protección de su hogar.

No se había dado cuenta de lo agitada que se sentía hasta que se acomodó en la parte trasera

del automóvil. Se trabó al indicarle al conductor su dirección y se percató de que las manos le temblaban y su cuerpo tiritaba de frío.

Su plan había salido a pedir de boca. Solo quedaba que cuando arribara la policía dieran el caso por cerrado y su niña fuera absuelta de todo cargo.

Al llegar a la tranquilidad de su salón, se acomodó en el sofá y se echó por encima la manta que descansaba sobre el respaldo, en un intento de apaciguar sus temblores. No comprendía cómo en casa de Zimmerman había mantenido una serenidad y una templanza que no se conocía. Daba las gracias porque así hubiera sido. No obstante, la tensión contenida había despertado y parecía no estar dispuesta a desaparecer.

Se preparó una tila, que se tomó a sorbos lentos, aferrada a la idea de olvidar lo que acababa de ocurrir. Su lógica le decía que era mejor que culparan a un muerto que a Carla. Asimismo, ya no había marcha atrás. Debía tener fortaleza y valor para afrontar lo que había hecho.



34

Jara se preparó una taza de té como hacía cada mañana tras ducharse y acicalarse. Hecho esto, se acomodó en el sillón del salón, donde el periódico del día la aguardaba. Le gustaba estar al corriente de los acontecimientos políticos y sociales antes de dirigirse al museo. Era su momento de relax, como ella acostumbraba a llamarlo. Y, aunque hacía tiempo que no lo disfrutaba, ahora que las cosas parecían regresar a la normalidad, había retomado ese hábito con la actitud positiva de siempre.

Hacía solo un par de días que Carla había vuelto a su hogar, junto a su familia. El momento había sido de lo más emotivo. Nada más verla salir del coche, abrazada a su marido, que fue el encargado de ir a recogerla, Marcos y Paula salieron corriendo y se lanzaron a sus brazos. Jara contemplaba la escena desde el portal, feliz porque su estancia en prisión hubiera concluido. Cuando tuvo la oportunidad, se acercó a su hija y la abrazó con todo el cariño que es capaz de dar una madre. Las lágrimas corrían por los rostros de la familia mientras se fundían en un conmovedor abrazo. La emoción los embargaba. Se sentían aliviados de que la pesadilla en la que habían estado inmersos hubiera terminado.

El día anterior, tras un generoso descanso de Carla, lo habían celebrado. María se había encargado de preparar un estofado para volver a llenarles el estómago. Si Carla había perdido bastante peso mientras había estado encerrada, el resto no le había ido a la zaga. Tanto a Jaime como a la propia Jara, la ropa que vestían les quedaba mucho más holgada. Por ese motivo, la mujer se había puesto a trajinar en la cocina con el objetivo de prepararles un buen guiso que rellenara esos cuerpos demacrados. Incluso los mellizos habían comido como hacía tiempo no lo hacían. La dicha había llenado esa noche el hogar de Jara. Ninguno olvidaba la falta de Erich, pero agradecían el regreso de la paz y tranquilidad a sus vidas.

Como Jara había planeado, su hija había sido puesta en libertad tras encontrar un nuevo sospechoso de la muerte de Erich: Adler Zimmerman. Habían hallado pruebas suficientes para no dudar de su culpabilidad. Por otro lado, el alemán no podía defenderse ni confesar hasta donde llegaban sus pecados. Y la verdad era que él no había asesinado a Erich Müller. Jamás lo habría hecho, puesto que era la única persona en el mundo que podría haberle salvado de la muerte.

La policía había dado por cerrado el caso. Ya no les molestarían más con sus pesquisas y sus recelos. En ese momento, necesitaban pasar página y retomar el control de sus vidas.

Esa mañana, otra buena noticia le hizo esbozar una amarga sonrisa. Figuraba en la portada del periódico, en primera plana, ratificando su importancia. Era consciente de que ella había sido la artífice de que el hecho saliera a la luz; no obstante, debía admitir que no le agradaba lo ocurrido. Siempre había admirado a Irene Molina, era una persona de gran inteligencia y talento, si bien, se había quedado de piedra el enterarse en qué había centrado esas habilidades que tan beneficiosas habrían resultado en la investigación. Aún le costaba creer que fuera un fraude cuando en la compañía todos habían confiado en ella. Cada uno de ellos hubiera puesto la mano en el fuego por su integridad y saber hacer y, desde luego, se habrían quemado.

«¡Qué equivocados hemos estado! ¡Menuda decepción!», pensó. Sobre todo Erich y, después, Carla. Ambos tuvieron una fe ciega en sus capacidades. ¡Qué error!

Comenzó a leer el artículo en el que aparecía una foto de archivo de Irene Molina. Se la veía con unos años menos, pero con la misma mirada inteligente y decidida que ella le conocía:

«La joven promesa de Pharma Genetics que ha engañado al mundo», rezaba el titular.

«De hallarse en la cima a caer en picado. Esto es lo que le ha sucedido a Irene Molina, quien apuntaba a ser la gran esperanza del tratamiento de las enfermedades hereditarias. Sin embargo, estaba vendiendo una quimera.

Irene Molina era la CEO de Pharma Genetics, una de las filiales de Pharma Jara, una de las principales empresas farmacéuticas de España. La joven científica había convencido a gran parte de las élites políticas y económicas del país de que revolucionaría el tratamiento de las enfermedades genéticas.

La terapia consistía en corregir en el feto, o en el recién nacido, el gen defectuoso que entrañaba el trastorno hereditario, de forma que se erradicara la enfermedad desde la raíz.

Aunque hay numerosos estudios que investigan la posibilidad de conseguir una cura de esa naturaleza, todavía no se ha llegado a consumar.

Según Irene Molina, su laboratorio lo había conseguido con resultados muy alentadores. Esta promesa sedujo a muchos fondos de capital de riesgo e inversores privados, quienes aportaron una generosa cantidad de dinero al proyecto (la cuantía de esta contribución todavía no ha sido publicada puesto que aún se está investigando). Además, atrajo a cientos de científicos interesados en sus avances en el estudio de la genética, un estudio destinado a cambiar la biología hereditaria. Pese a ello, resultó que había vendido la piel del oso antes de matarlo.

Entretanto, su cuenta bancaria crecía como la espuma. Estafó cientos de miles de euros a los inversores y a la propia compañía Pharma Jara, quien tendrá que reponerse de este duro golpe. Y más, cuando hace solo unos meses del trágico fallecimiento de su máximo dirigente: Erich Müller, asesinado en la comodidad de su hogar. Esta investigación, llevada a cabo íntegramente por el Departamento de Homicidios de la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Madrid, ha sido la que se ha encargado de destapar este desfalco tan escandaloso…»

Jara detuvo su lectura, el contenido del texto se lo sabía mejor que nadie.

Aún le costaba asimilar que esa muchacha, que tan bien se había portado con ella y con su hija, fuera una embaucadora. Le dolía en lo más profundo de su ser. Se daba cuenta de que el mundo en el que había vivido Erich no era tan bonito como él lo pintaba. La realidad que había descubierto en las últimas semanas era que se trataba de un sector repleto de buitres dispuestos a llevarse por delante a quien se interpusiera en su camino.

No dudaba de que su marido había sabido manejarse con soltura por ese mundo. Era evidente que no lo había conocido tan bien como creía. En los últimos tiempos había descubierto facetas suyas que nunca habría imaginado. Lo que era incuestionable era que sus actos los había realizado por amor. Mas a ella no le parecía viable la popular frase: «En la guerra y en el amor todo vale».

Soltó el periódico sobre la mesa, junto con la taza vacía, y se dispuso a abandonar la vivienda con intención de ir al trabajo. Debía retomar su labor en el museo. Reanudar la gestión de esa exposición que le había abierto los ojos a su pasado.

Cuando se planteó rendir homenaje a aquel hecho histórico, la caída del Muro de Berlín, jamás habría adivinado el giro que tomarían los acontecimientos. A su pesar, reparaba en que ese tributo había traído consecuencias imprevistas.

Era sabedora de que debía vivir en el presente y olvidar el pasado. Sobre todo ahora que había recibido unos resultados médicos tan adversos.



35

Cinco meses antes

Jara regresó al museo después de unos días de vacaciones, un breve intervalo en el que había disfrutado de su reciente matrimonio. Aunque no habían sido demasiadas jornadas, solo había podido juntar algo menos de una semana, reconocía que ese reducido período lo atesoraría durante largo tiempo en su memoria. Había sido una luna de miel espléndida. Erich la había mimado y había estado pendiente de ella hasta decir basta.

No obstante, era el momento de tornar al día a día. Y esa cotidianidad estaba marcada por la exposición, la cual se hallaba cerca de su apertura. Se le ponía el bello de punta al pensar en ella. Por un lado, el entusiasmo de un nuevo proyecto la tenía absorbida, por otro, el nerviosismo de no saber si atraería al público y, por si eso no fuera suficiente, era un tema que le afectaba de cerca. Se trataba de un acontecimiento inclemente en la historia reciente, pero, con todo, dudaba de cómo sería recibido en su treinta y cinco aniversario. La organización se encontraba bastante más avanzada de lo que era de esperar a esas alturas, y más habiendo desaparecido unos días por sus nupcias. A pesar de ello, la dedicación y la gran labor del equipo en su ausencia habían dado sus frutos.

Le correspondía reemprender la traducción de cartas y documentos. Tenía presente que era un cometido inmenso, casi infinito, pero había seleccionado una muestra, lo que reducía en gran medida su ardua tarea, por lo que todo estaría dispuesto para la inauguración.

Acababa de sentarse delante de su escritorio, donde la montaña de documentos en alemán la esperaba, cuando se asomó por la puerta Carmina, su mano derecha, la persona que se ocupaba de cada detalle en caso de no estar ella presente. Además de considerarla compañera de trabajo, la contaba entre sus amigas.

—Jara, ¡ya estás aquí! ¡Bienvenida! Una luna de miel corta, ¿no? —Ni siquiera esperó a ser invitada a entrar, se encaminó hacia ella como un torbellino—. Te veo radiante.

—Gracias. Se me ha pasado volando, la verdad. ¿Qué tal todo por aquí? He visto que no habéis parado. —Lo primero que había hecho nada más llegar había sido comprobar la lista de tareas pendientes, chequeando las que se habían concluido durante su viaje.

—Te invito a un café y te cuento.

—Perfecto —aceptó, cogiendo el bolso y el abrigo que descansaban sobre el perchero—, aunque invito yo.

—Pues no te lo voy a discutir. —Sonrió Carmina, agarrándose a su brazo.

Salieron a la calle sin parar de chismorrear y se encaminaron al bar al que solían ir la mayoría de los trabajadores del museo, los dueños los conocían y los trataban con familiaridad. Ella acostumbraba a estar tan inmersa en su trabajo que rara vez se apuntaba. Por esa razón, Carmina se había extrañado de que hubiera aceptado su propuesta, si bien, se alegraba de constatar que su ansiedad había menguado, supuso que debido a ese pequeño lapso de desconexión.

El desayuno no se demoró en demasía, a Jara le quedaba mucho por hacer, pero agradecía que la hubiera sacado del despacho para ponerle al corriente de los avances, era una forma más distendida.

La entrevista resultó de lo más fructífera. Ya no necesitaba organizar una reunión con el equipo. Había obtenido la información que precisaba y había repartido las tareas pendientes

mientras se tomaba un delicioso café con leche acompañado de una suculenta porra.

Una vez se acomodó de nuevo ante su escritorio, inició la traducción. Tras varias horas de trabajo sin pausa, imprimió los documentos creados y los dejó junto a sus homólogos en alemán.

A continuación, se levantó a estirar las piernas y se dirigió a por un café a la máquina. En el camino no se cruzó con ningún compañero, solo con el escaso público que se hallaba visitando las colecciones del museo. Comprendió el porqué en cuanto contempló la hora en el reloj. La mayoría del personal estaría disfrutando en ese momento de su descanso para almorzar. Sin embargo, ella no sentía ni un ápice de hambre. Todavía notaba cierta pesadez en el estómago debida al grasiento desayuno ingerido. Estaba habituada a pasar la mañana a base de café y ese pequeño exceso la había dejado sin apetito.

Tras ese breve respiro, prosiguió con la traducción de algunas cartas. En contraste con los documentos, fríos e impersonales, las misivas, en su mayoría escritas por presos injustamente encarcelados, resultaban devastadoras. Las historias que en ellas se contaban eran tan estremecedoras que no se permitía traducir más que un par al día. La dejaban descompuesta. Lo que habían padecido sus camaradas no se lo deseaba ni a su peor enemigo. El Partido Comunista presumía de no golpear a los detenidos, y así era; la Stasi no dejaba cicatrices en la piel, su maltrato era psicológico.

Mas no le quedaba otra opción. En el museo nadie hablaba alemán. De hecho, solo una persona era capaz de distinguir algunas palabras y frases, lo que le servía para la selección de documentación, pero no para una traducción de calidad. Y tampoco contaban con presupuesto para contratar a un traductor. Así que era un cometido que había asumido ella por completo, aun cuando le afectaba más que a nadie, al haberlo vivido en carne propia.

La primera que cogió se trataba de una carta de un prisionero a su madre. Era distante y fría. Se imaginó que no querría contarle la verdad de lo que estaba viviendo durante su cautiverio. Aunque, leyendo entre líneas, se podía apreciar el dolor y el sufrimiento que lo acompañaban. No era un manuscrito largo, al contrario, suponía que cuanto menos escribiera y más falso sonara todo, más posibilidades habría de que esas letras llegaran a manos de su progenitora. Algo que no había sucedido, pues el destinatario final había sido el museo. Se entristeció por ello. Lamentaba que esos intentos de consuelo no los hubieran recibido sus allegados. Estaba segura de que el filtrado de los guardias sería exhaustivo, una palabra fuera de lugar implicaría que esa carta se desechara.

La siguiente le llamó especialmente la atención porque iba dirigida a alguien con su mismo nombre:

«*Querida, Jara:*

Ya tengo asumido que nunca recibirás estas letras y, a veces, me pregunto por qué sigo escribiéndote. Creo que lo hago porque siento que así te tengo más cerca; aun cuando es una falacia de mi mente. El caso es que desahogarme contigo me ayuda a aguantar. Me da las fuerzas y energías necesarias para levantarme cada mañana y seguir viviendo. Si a esto se le puede llamar vida. Pero no pierdo la esperanza. Quizá algún día me sea posible salir de aquí e ir a buscarte. Sin embargo, cada día que pasa, ese pensamiento se va desvaneciendo para enfrentarme a la cruel realidad: moriré aquí encerrado. Muchos camaradas están enfermando y yo me siento demasiado débil. Padezco dolores en el pecho y me levanto tosiendo como si fuera un anciano. Creo que no seré capaz de sobrevivir al próximo invierno en esta fría y húmeda celda. El único consuelo que me queda es la ínfima posibilidad de volver a verte. Sigo soñando con que ese momento llegue algún día.

En mis fantasías lo lograste, conseguiste cruzar y ya no estás sola, sino con nuestro bebé.

Calculo que tendrá 3 años. Me duele en el alma morir y no saber si tuvimos una niña o un niño. El no llegar a conocerlo hace que mi corazón se rompa en mil pedazos. Me queda el consuelo de saber que tú te mantendrás a su lado, que le amarás tanto como yo y que le hablarás de mí, sé que no permitirás que se olvide de su padre.

En más de una ocasión me he imaginado que tuvimos una niña, una pequeña Jara correteando por la casa, tan hermosa e inteligente como su madre. En otras, veo a un pequeño Johannes, clavado a mí. Un niño que haga que no me borres de tu memoria. Sé que es un sentimiento egoísta, y me regaño por ello, pero deseo estar siempre a tu lado, que me tengas presente en tus pensamientos. Y qué mejor forma que criar a un hijo que sea la viva imagen de su padre. Lo siento de verás. Vuelvo a repetirte que es muy egoísta por mi parte, así que espero que finalmente hayamos tenido una pequeña: rubia y con unos preciosos ojos verdes que cambien de tono según les refleje la luz, exactamente igual a los tuyos.»

Jara se percató de que estaba llorando. Las lágrimas inundaban sus ojos y corrían a raudales por sus mejillas. Esas palabras le habían hecho experimentar una sensación de nostalgia que era incapaz de reconducir. Lo que estaba leyendo concordaba con su vida pasada. Le daba la impresión de que su Johannes se había levantado de la tumba con intención de expresarle sus sentimientos. Cuántas veces le había mencionado lo que le gustaban sus ojos porque, según les diera la luz, tenían un color u otro. Cómo podía ser que también la mujer de este Johannes estuviera encinta. Si bien, se daba cuenta de que esta carta no podía ser de él. Era imposible. Su marido había perecido aquella fatídica noche en la que intentaron escapar.

Se limpió las lágrimas con la palma de la mano, respiró hondo varias veces para tranquilizarse y prosiguió con su lectura:

«*Aún recuerdo el último día que estuvimos juntos. Nos despedimos en aquel túnel como si fuéramos a vernos en unos minutos. Yo solo quería despistar a los guardias para que no siguieran nuestros pasos. Fue una idea estúpida. Aunque, ¿quién se iba a imaginar que Erich, mi hermano, mi camarada, pensaba traicionarme? En la vida lo habría creído. Confiaba en él. ¡Qué tonto fui!*»

Jara abrió los ojos exageradamente, en un gesto de asombro. No podía ser una coincidencia. Era evidente que el que escribía era su Johannes, su marido, el amor de su vida, y acusaba a Erich, su fiel amigo, su actual marido, de traicionarlo.

La carta se le escurrió de la mano y cayó sobre su regazo. Estaba en *shock*. No podía creer que lo que acababa de descubrir fuera real. Si esa carta era de Johannes, había estado mucho tiempo engañada. Debía confirmarlo. Quizá ella no era la Jara del manuscrito, ni Erich el traidor, y el que escribía no era su verdadero amor. Se preguntaba si sería posible que los mismos actores participaran en un drama tan similar al suyo. Lo creía poco probable, pero no imposible.

Recogió la carta de su falda y continuó leyendo, aun cuando las manos le temblaban y tenía los ojos anegados de lágrimas.

«¿Habré estado confundida todos estos años?»

Borró esas cuestiones de su mente, confiaba en que esa carta se las resolviera.

«*No estaba ciego. Era consciente de lo que sentía por ti. Era tan evidente… Pero de ahí a deshacerse de mí como si nada, como si todo lo que vivimos juntos no hubiera existido.*

No he dejado de darle vueltas en la cabeza. Pretendiendo dilucidar si mi mente me jugaba malas pasadas. Si lo que había ocurrido no era tal cual yo lo recordaba. Pero por más que intentaba hallar una justificación, más me convencía de que no había ningún otro modo de interpretarlo. Erich me traicionó porque estaba enamorado de ti, Jara. Porque yo era un estorbo y su deseo era que solo uno de los dos formara parte de esa ecuación. Yo me entrometía

en su camino y optó por lo más cruel, quitarme de en medio y enviarme a prisión.

¿Recuerdas al Águila? Sí, aquel guardia que ayudaba a nuestros camaradas a cruzar el Muro. Él lo secundó. Fueron cómplices. Pensamos ridículamente que había sido asesinado aquella misma noche, pero no, todo fue un teatrillo. Una obra pactada por ambos con el propósito de entregarme a las autoridades. Ellos se encargaron de que los guardias me detuvieran. Para el Águila capturar a un enemigo del régimen fue un progreso en su carrera. Y para Erich fue escapar a una nueva libertad acompañado de la familia que anhelaba, mi familia. Cada vez que pienso que él se va a encargar de criar a nuestro pequeño se me revuelven las entrañas. Odio que esté ahí, convertido en tu apoyo, y yo aquí, sin poder hacer otra cosa que maldecirlo.

Han pasado varios años y, sin embargo, mi dolor y mi pena no desaparecen, y mi ira y mis ganas de venganza se incrementan de forma alarmante. Nunca podré perdonar a Erich. Ha destrozado a mi familia. Me ha arruinado la vida. Solo espero que tú y el pequeñín no tengáis que enfrentaros a una situación comparable. Aunque yo ya no esté con vosotros, deseo que disfrutéis de una vida plena.

Sé que es una quimera, que no saldré de esta celda con vida, que me sacarán de ella con los pies por delante. Pero esta rabia que me domina me hace más fuerte, me hace soportar lo que ocurre aquí.

Ahora, he de dejarte. Escucho pasos acercándose. Imagino que se trata de otra inspección. Noche sí y noche también los guardias revisan nuestras celdas para encontrar cualquier objeto que nos pertenezca y que crean que el destruirlo nos producirá dolor. En mi caso, estas cartas que te escribo. Sé que acaban en el fuego, pero no desisto, quizá algún día logres leer alguna.

Ante todo, no olvides que te quiero y que siempre te querré, lo mismo que a esa cosita que creamos juntos y que no conoceré. Solo rezo para que el pequeñín no olvide que tiene un padre que daría cualquier cosa por tenerlo cerca.

Te amo,

Johannes»

Jara lloraba desconsoladamente, si había tenido alguna duda de que esas palabras venían de su Johannes, habían sido eliminadas de un plumazo. Tenía la certeza de que esas desoladoras letras iban destinadas a ella. Un grito gutural, producido por el dolor, emergió de su garganta sin control. Toda su vida se había basado en una mentira. La persona a la que más había amado y a la que jamás había olvidado se había convertido en un daño colateral de la codicia de Erich Müller, su actual marido, la persona a la que con el tiempo había aprendido a querer.

Sus reflexiones volaban del amor al odio en un santiamén. El tormento que le había causado el conocer la verdad la dejaba sin respiración. Apenas era capaz de afrontar la realidad que se cernía sobre ella, como si le hubieran echado un jarro de agua helada por encima.

Llevaba horas embebida en los recuerdos, enfrentándose a lo que acababa de descubrir, sobrellevando el dolor más lacerante que había sentido desde la pérdida de Johannes. Había regresado a aquella noche. Cada instante se había repetido en su cabeza, pero con otra perspectiva muy distinta. Sabía lo que había sucedido. Las dudas de lo acontecido en aquellos túneles habían sido solventadas.

La peor de las pesadillas de la pareja al intentar cruzar el Muro era el ser detenidos por la Stasi. Preferían la muerte. No obstante, no hubo misericordia para Johannes. Tuvo que sufrir las penurias de estar encerrado durante el régimen.

Y qué podía decir de Erich. En ese momento habría sido capaz de asesinarlo a sangre fría. No podía creerse la confianza que había depositado en él. Le había permitido cuidar a Carla

como si fuera su propio padre. Y, por su culpa, su verdadero padre no había ejercido esa labor.

Al menos sentía que ella no lo había traicionado, no había caído rendida a sus pies como él deseaba. Guardó luto a lo largo de su vida por Johannes.

Desconocía cuánto tiempo llevaba llorando y abstraída en sus reflexiones, cuando escuchó que alguien golpeaba la puerta. Entonces se fijó en la hora que marcaba el reloj y se sorprendió de que ya fueran más de las doce de la noche.

—Señora Goebel, ¿está bien? —Oyó que decía alguien al otro lado de la puerta. De inmediato reconoció su voz.

—Sí, Manuel. Estoy enfrascada en el trabajo.

—Como siempre. —Resopló el hombre al escucharla desde el pasillo. Sabía que en numerosas ocasiones olvidaba hasta comer puesto que se quedaba ensimismada en su tarea. Y, sobre todo, desde que estaba preparando esa exposición que tantos recuerdos le traían—. Si quiere algo de comer o beber, solo ha de decírmelo —se ofreció.

—Gracias, Manuel. Pero creo que me voy a ir a casa.

—De acuerdo. Buenas noches, señora Goebel.

El vigilante nocturno continuó haciendo su ronda. Le había llamado la atención su voz gangosa, pero lo atribuyó a que debía de estar pillando un catarro. Ni se le pasó por la cabeza pensar que había estado casi toda la tarde sollozando.

Jara se limpió las lágrimas secas que recorrían sus mejillas con un pañuelo. Era momento de marcharse. Llevaba varias horas en su mesa; unas veces, gimoteaba, otras se hallaba ida, pero también había reflexionado.

Se levantó y se aproximó a uno de los archivadores, recordaba haber tenido el informe en sus manos, quería utilizarlo en la exposición. Cuando dio con él, pasó sus páginas a toda velocidad hasta llegar a 1985, fecha en la que Carla cumplió tres años. Tanto en el anverso como en el reverso de cada hoja se mostraba un listado de nombres, antes creía que de desconocidos, ordenados por fecha de defunción. Avanzó por los renglones con ímpetu, procurando no saltarse ninguno y, tras largo rato, descubrió el que buscaba:

«Johannes Göbel, muerto en prisión en enero de 1986 por bronquitis», rezaba su miserable esquela.

Jara se hallaba estupefacta, ese documento atestiguaba lo sucedido. Johannes había muerto por una enfermedad que no entrañaba riesgo alguno siempre que se tratara. No obstante, tal y como él había pronosticado, no sobrevivió al invierno.

Aun cuando creía que no le quedaban lágrimas, sus ojos se volvieron a empañar. Ahí, escrita, estaba la desgarradora verdad.

Justo en ese preciso instante tomó la decisión de lo que le correspondía hacer a continuación. Estaba decidida. Era su deber.

—Yo te vengaré, mi amor —dijo en un susurro, pero con convicción.

Abandonó el museo como alma que lleva el diablo, guiada por una única idea: venganza. Su ira contra Erich era infinita. El sufrimiento le desbordaba con intensa potencia y no era capaz de controlarlo. Sabía lo que tenía que hacer, solo le quedaba averiguar cómo. Debía trazar un plan y llevarlo a cabo.

Era consciente de que no era el momento de planear nada, estaba demasiado alterada como para esbozar algo coherente. Ya lo dilucidaría al día siguiente, cuando estuviera más serena.

Llegó a casa y, sin pensarlo, se encaminó al dormitorio de Erich. Abrió la puerta sabiendo que lo encontraría dormido. Lo observó atenta. Ya no era el joven que había conocido tiempo atrás. Su pelo, otrora castaño, se había convertido en una mata de canas y las múltiples arrugas

en la piel corroboraban el paso de lo años. Ella tampoco era aquella chica ingenua. Sin embargo, le resultaba incuestionable que su vida habría sido más feliz si a su lado hubiera estado Johannes. Mas él no lo pensó dos veces y se lo arrebató por puro egoísmo, por envidia, por celos.

Sin ser consciente de ello, comenzó a avanzar hacia él, cogió un cojín, situado en una silla cercana a la cama, y lo llevó sobre su cabeza. Deseaba acabar con su vida. Así de grande era el odio que sentía por él. No obstante, cuando la tela estaba a punto de rozar sus facciones, lo apartó. No quería hacer nada repentino, antes tenía que pensar y aclarar sus ideas. Era un error asesinarlo por el ataque de rabia que estaba experimentando. Debía ser racional y tan lista, o más, que él.

Tras ese arrebato, decidió marcharse a su habitación. Tenía muchas cosas en las que pensar.



Epílogo

Un año más tarde

—Mamá… —Carla no pudo terminar la frase. No se le ocurría qué decirle aun cuando tenía tanto que contarle. No sabía cómo despedirse de ella. No estaba preparada. En las últimas semanas había pensado en ese fatídico momento de forma constante y, sin embargo, se veía incapaz de enfrentarse a él.

—Cariño, hazme un favor. Abre el cajón y coge lo que hay dentro.

Carla siguió las órdenes de su madre y se encontró con el medallón que siempre llevaba colgado al cuello. Desde que tenía uso de razón nunca la había visto sin él. Sabía a la perfección lo que guardaba en su interior: la fotografía de su padre y otra de ella misma de cuando era pequeña.

—Quiero que te lo quedes y que, cada vez que lo mires, te acuerdes de tu padre y de mí. Donde quiera que estemos, ten por seguro que estaremos protegiéndote. —Jara observó cómo se lo colgaba y lo agarraba como si fuera el único hilo que las uniría a partir de ahora. Sentía su profundo dolor—. Cariño, estate tranquila. —Jara se daba cuenta de lo que le costaba a su hija mantener las lágrimas bajo control, deseosas por rodar en cascada sobre sus pálidas mejillas—. No te preocupes por mí. Yo estoy bien. Sé que Johannes me está esperando.

Carla, tras escuchar esas palabras de consuelo, cuando debería ser ella la que se ocupara de aliviar la pena de su madre, no pudo resistirse más a lo inevitable, las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas, nublándole la vista. Llevaba reprimiéndose esos pocos minutos que le habían concedido para despedirse, pero no lo soportó más. El acuífero que brotó de sus ojos empapó de inmediato su rostro. Sentía una vorágine de sentimientos que le producían un intenso y apabullante dolor.

Aun así, comprendía la calma de su madre, pues confiaba en reencontrarse con su padre al otro lado, mas ella no las tenía todas consigo. Desconocía lo que aguardaba tras la muerte, y dudaba de que se produjera tal reencuentro. Además, de forma egoísta, no quería que se marchara de su lado. La necesitaba. No podía dejarla partir. Todavía no.

No obstante, allí, sentada al costado de la cama, impotente, y cogiéndole la mano, vio cómo paulatinamente abandonaba el mundo terrenal. El agotamiento y el sufrimiento la obligaron a cerrar los ojos y dar el último suspiro.

Carla no recordaba el tiempo que estuvieron en esa postura y en completo mutismo, tras las escasas palabras que habían intercambiado a modo de despedida.

El insistente pitido de las máquinas la obligó a abandonar el cuarto, no podía aguantar ese espantoso zumbido continuado. Una vez hubo salido de la habitación, se tropezó con su marido quien, cabizbajo y abatido, la rodeó con sus brazos para brindarle su apoyo incondicional.

En el corredor, junto a Jaime, permanecían Almudena y Pablo de la Villa; ninguno de los dos había querido separarse de Jara. Habían demostrado su lealtad y amistad hacia la familia en todo momento. La mujer, en cuanto vio a Carla ausentándose de la habitación en ese lamentable estado, se echó a llorar, comprendiendo que su amiga los había dejado atrás. Pablo se encargó de dar aviso, yendo a buscar a un médico o una enfermera.

El fuerte timbrazo provocó que Carla se sobresaltara y volviera a la realidad. No esperaba a nadie. Se encontraba sola. Jaime se había llevado a los mellizos al parque a que socializaran con sus amiguitos y que se despejaran del sofocante ambiente que reinaba en la casa. Les vendría

bien no ver la cara mustia de su madre que, aunque hacía un gran esfuerzo por sonreír cuando estaba con sus hijos, era consciente de que la mayoría de las veces no conseguía su objetivo. Desde el entierro, Carla y Jaime habían intentado que volvieran a su rutina: colegio y juegos. Si bien, ella todavía sentía una profunda opresión en su corazón que no les pasaba desapercibida a los pequeños. La pérdida la había sumido en una melancolía a la que no veía final. Así que cuando podía, Jaime los sacaba del piso.

En poco más de un año había perdido a Erich y a su madre y todavía le costaba asimilarlo.

Aun cuando la muerte de Jara no había sido repentina, había luchado largo y tendido contra la enfermedad sin conseguir ganar la guerra, ya que el cáncer no había tenido clemencia, se la había llevado después de unos meses de atroces dolores, seguía echándola mucho de menos. Sentía necesidad de ella a cada instante. Estaba segura de que el tiempo la ayudaría a sobrellevarlo, pero aún quedaba mucho para llegar a ese punto.

Se levantó del sillón en el que se encontraba recostada y se dirigió a la puerta. Caminaba algo mareada, síntoma evidente de que su continua desgana estaba haciendo mella en su salud.

Volvió a escuchar el sonido del timbre. Quienquiera que fuera el que se hallaba al otro lado de la puerta era insistente, no se marcharía sin asegurarse de que no había nadie en la casa. Le habría gustado decir a voz en grito que ya iba, que se tranquilizara quien estuviera esperando, aunque solo fuera con la intención de no oír ese estridente ruido, mas las palabras no fluyeron por su boca. Ningún vocablo salió de su garganta.

Abrió la puerta sin comprobar por la mirilla de quién se trataba, algo bastante habitual en ella, a decir verdad. Si lo hubiera hecho, no se le habría dibujado esa expresión de sorpresa en el rostro al descubrir quién aguardaba en el rellano.

No sabía de ellos desde hacía varios meses. Desde que la pesadilla concluyó. Desde que el homicidio de Erich se resolvió tras dar con un viejo camarada, un tal Águila, que lo asesinó por venganza, porque no continuó pagando una deuda que ya había sido saldada. Hecho que quedó demostrado con las innumerables pruebas halladas en su vivienda.

—Buenas tardes, señora Goebel —saludaron ambos al mismo tiempo.

—Buenas tardes. No los esperaba —respondió con educación, sin comprender el motivo de su visita.

—Hemos venido a darle el pésame por la muerte de su madre —empezó la inspectora Garrido, adelantándose a su compañero—. Nos hemos enterado de su reciente fallecimiento.

—No la conocimos a fondo, pero era evidente que se trataba de una gran mujer, una luchadora —la secundó Fernando Corrales.

—¡Oh, gracias! Son ustedes muy amables. —Las palabras de los policías estuvieron a punto de hacerle soltar unas cuantas lágrimas, pero en esta ocasión fue capaz de contenerse—. ¿Quieren pasar a tomar un café? —les invitó, aun cuando lo que menos le apetecía era compañía. Su deseo era continuar compadeciéndose de sí misma hasta que regresaran los niños y su marido, momento en el que se obligaría a levantar el ánimo.

—No, no se preocupe. No queremos molestar.

—No es ninguna molestia —repuso mecánicamente, maldiciéndose por seguir soltando frases de cortesía.

—Muchas gracias, pero estamos trabajando, no podemos quedarnos —se disculpó la inspectora, comprendiendo, por su gesto de alivio, que no era lo que deseaba.

—Será mejor que nos marchemos —comentó el subinspector quien se sentía algo incómodo. Le había parecido una buena idea acercarse a ofrecer sus condolencias, pero ahora que estaban allí, no le pasaba desapercibido lo inconveniente de su presencia.

—Lo siento. No me han pillado en un buen momento. Aunque tenía en mente que no tardaría en abandonarnos, he de admitir que no lo estoy llevando tan bien como cabría esperar —se sinceró.

—Lo entendemos —asintió el subinspector, ya que notó cómo a su compañera se le formaba un nudo en la garganta.

—Por cierto, inspectora, ¿está usted…? —Carla no se había fijado hasta ese preciso instante en la redondez de su vientre, pero era obvio que estaba embarazada de unos cuantos meses.

—Sí. —Blanca Garrido fue consciente de a dónde se dirigía la mirada de la mujer, así que la respondió con una sonrisa dibujada en los labios. Las primeras semanas había sido sencillo ocultar su progresivo abultamiento, pero al estar ya de siete meses, su prominente barriga no pasaba inadvertida.

—¿Todo bien? —le preguntó con curiosidad. No había olvidado lo interesada que estuvo en el pasado en las investigaciones llevadas a cabo por Irene Molina sobre trastornos genéticos.

—Es niña. No heredará la enfermedad, aunque sé perfectamente que hay posibilidades de que sea portadora; como yo. Solo espero que la medicina continúe avanzando a pasos agigantados y que, cuando crezca, no se encuentre en la misma tesitura que yo.

—Seguro —le dijo Carla con convicción, augurándole un futuro prometedor. Porque, aun siendo Irene una estafadora, el mundo de la investigación, en especial en ese campo, progresaba a una velocidad vertiginosa.

Finalizada esa efímera conversación, los inspectores se giraron y Carla contempló cómo desaparecían de su vista tras adentrarse en el ascensor. A continuación, regresó al interior, se tumbó en la cama y, acurrucándose, permitió que las lágrimas volvieran a brotar. Necesitaba desahogarse.

Cuando la inspectora se acomodó en el coche, esperó a que Fer arrancara para comenzar a hablar. Hacía unas semanas que no conducía, prefería delegar esa tarea en su compañero, pues sentía que el volante la aprisionaba.

—Espero que la mala racha de esa familia haya terminado.

—Supongo que será así. Ha sido un año complicado para ellos. La muerte de Erich Müller, el escándalo de fraude de Irene Molina, los problemas internos en la empresa, que al menos conllevaron algo bueno, es decir, se deshicieron de ese imbécil de Cándido Soler, y ahora el fallecimiento de Jara Goebel. Son muchos palos en poco tiempo.

—En efecto, pero si Carla ha heredado la mitad de la fuerza de su madre, se repondrá en seguida —manifestó Blanca Garrido esperanzada. Admitía que tenía debilidad por esas dos mujeres que habían demostrado su espíritu de superación.

—En eso tienes razón. —Fernando Corrales conducía en dirección a la comisaría. Desde que Blanca estaba embarazada, intentaba que permaneciera en la oficina lo máximo posible mientras él se encargaba de patear las calles. Era sabedor de lo que ella odiaba esa situación, pero también se daba cuenta de que lo asumía—. Por cierto, ¿no se te habrá olvidado lo del sábado?

—¿Lo del sábado? —vaciló, con la sorpresa perfilada en el rostro—. ¿Qué ocurre el sábado? —preguntó a su vez.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó con cierto resquemor—. Día sí y día también te lo recuerdo y parece que a ti te entra por un oído y te sale por el otro. ¡Con lo importante que es para mí! En realidad para nosotros. Álvaro está henchido de felicidad. Es la primera celebración. Y yo también…

Blanca no pudo evitar echarse a reír a carcajadas. Su regañina, que consistía en escupir frases sin molestarse en respirar, le había hecho demasiada gracia como para contenerse.

—¡Me tomabas el pelo!

—Claro, tonto. ¿Cómo iba a olvidar algo así? No todos los días vuestro hijo cumple cinco añitos. Ya verás lo que disfruta cuando vea el regalo que le tenemos preparado Rubén y yo.

Fer le sonrió. Estaba emocionado por el cumpleaños de su pequeñín. Tras mucho luchar, finalmente habían conseguido adoptar a un niño de casi cinco años de edad del que ambos se enamoraron en cuanto atravesó la puerta. Todavía se estaban acostumbrando los tres a la convivencia, apenas llevaba seis meses con ellos. Era un niño que había sufrido de maltratos y cuyos progenitores murieron de sobredosis. Por esa razón, le estaba costando adaptarse y confiar en ellos. Pero, poco a poco, notaban que se abría y que les iba cogiendo cariño.

La correspondiente investigación por la muerte de sus padres biológicos la habían llevado a cabo unos colegas de otro departamento, sin embargo, ellos habían ayudado a custodiar al muchacho mientras Asuntos Sociales le encontraba un hogar. El caso es que una cosa llevó a la otra. Y por primera vez, la suerte estuvo de su lado, permitiéndoles quedarse con el niño. Comprendía que había sido gracias a la intervención de Blanca, quien le había pedido un favor al comisario Narváez y al mismísimo Anselmo Pardo, Jefe Superior de la Policía de Madrid. De este modo, los trámites prosperaron a su favor. Y él se sentía en deuda con todos ellos. Jamás lo olvidaría.

—Álvaro ha contratado a un payaso. Está tirando la casa por la ventana. Hugo está muy nervioso. Creo que es la primera vez que celebra su cumpleaños. Van a venir todos sus amiguitos del cole, del edificio y del parque. —Respiró profundamente—. No sé yo. Quizá nos hemos pasado.

A Fernando le sobrepasaba la celebración que estaba preparando su marido.

—¡No será para tanto!

—Es peor que el día de nuestra boda. Ya lo verás.

—¡Dios Santo! —profirió Blanca con tono burlón.

—No te rías. Pero ha estado a esto —separó del volante la mano derecha y juntó el índice y el pulgar— de organizar una fiesta temática. Le convencí para que solo hubiera gorritos, matasuegras y poco más.

—Seguro que Hugo se lo pasa bomba, que, al fin y al cabo, es el importante.

—Eso espero —concluyó, deteniendo el coche a la entrada de la comisaría.

Se estaban bajando del vehículo, cuando sonó el teléfono de la inspectora.

—Sí, señor… De acuerdo, nos ponemos en marcha. —Blanca Garrido sujetó el brazo de su compañero, quien ya salía por la puerta—. Era el comisario. Han descubierto un cadáver en el centro. Tenemos que ir para allá.

Fernando Corrales asintió y volvió a poner el coche en marcha. Otro asesinato los aguardaba.

Nota de la autora

Los que hayáis leído alguna de mis novelas, sabéis que suelo añadir una nota en la que os cuento diferentes detalles sobre cómo he creado la historia. Así que vamos con ello.

Lo primero que quiero comentar, de lo que seguro os habréis dado cuenta, es que utilizo el apellido Göbel cuando la historia se desarrolla en Alemania y Goebel cuando lo hace en España. No es un gazapo, está hecho adrede. He querido reflejar lo que hacen muchos extranjeros al comenzar su vida en otro país que no es el suyo, es decir, he intentado españolizar el apellido, manteniendo la misma raíz, pero escrito y pronunciado de diferente forma.

Como sabéis, tras la II Guerra Mundial, los países vencedores (Estados Unidos, Francia, Reino Unido y la Unión Soviética) impusieron su dominio sobre Alemania dividiendo el territorio en cuatro zonas de ocupación y controlando el gobierno y la economía. Berlín se hallaba dentro de la República Democrática Alemana, pero como todos querían tener su trocito de pastel en la capital, acordaron dividirla. De esta forma, en 1949 se fraccionó en dos estados: el lado este quedó bajo el control de la República Democrática Alemana con su política comunista y el oeste bajo la influencia de las potencias occidentales sustentadas en el capitalismo, República Federal Alemana.

Al principio los berlineses podían desplazarse libremente de un lado a otro para visitar a amigos, familiares, ir a trabajar o a la universidad. Algo que contrastaba con el resto de fronteras alemanas que dividían la zona capitalista de la comunista, pues se hallaban militarizadas. Debido a esta facilidad en el tránsito, varios millones de alemanes huyeron de Berlín Este entre 1945 y 1961. Buscaban una vida mejor, escapando de un régimen comunista en el que estaban rodeados de pobreza y en el que no podían expresar libremente sus pensamientos por miedo a ser detenidos.

Ante esta fuga masiva, el 13 de agosto de 1961, mientras los ciudadanos dormían, se construyó un muro que dividió la ciudad en dos. Inicialmente, esta separación física fue algo improvisada, es decir, se levantó con sacos de arpillera y alambradas. Sin embargo, el muro fue creciendo hasta convertirse en una fortificación con guardias, torres de vigilancia y búnkeres a lo largo de todo su perímetro. Tanto la policía como los militares de la RDA, bajo control soviético, vigilaban la frontera e impedían el paso.

Imaginad lo que debió de impactar este hecho en los habitantes de la metrópoli. Encontrarse de la noche a la mañana, no solo con un muro físico, sino también con la imposibilidad de cruzarlo. De repente, se les prohibió ver a sus familiares y amigos, incluso el poder llegar a su entorno laboral o estudiantil.

Esta barrera no detuvo a los berlineses. Muchos intentaron traspasarla, algunos murieron en el intento, otros fueron arrestados, pero hubo quien lo consiguió. Y no olvidemos a los que fueron juzgados por ayudar a otros en su huida. Los números varían según el artículo que leáis.

El 9 de noviembre de 1989 marcó un punto de inflexión en la Guerra Fría. Cinco días antes, un millón de berlineses se concentraron en Alexanderplatz, en la parte oriental, para pedir igualdad y el cese de la represión. En la noche del jueves 9, la concentración forzó a las autoridades fronterizas a abrir los puestos de control. Se empuñaron martillos y cinceles para agrietar el muro y sentenciar su caída.

Pero ¿cuál fue el detonante?

Esa misma tarde hubo una rueda de prensa en la que se anunció que los alemanes orientales podrían viajar y que este permiso se aplicaba de forma inmediata. Por ello, miles de personas se agolparon en el Muro exigiendo pasar. «El gobierno de este país ha declarado que podemos viajar a donde queramos», decían. En esa situación, con los puestos fronterizos cerrados, multitud de personas que se acercaban, los guardias sin entender qué ocurría y, al teléfono, nadie contestaba; solo quedaban dos opciones: o disparar y provocar una masacre o permitir el paso.

El caso es que cuando vi aquel histórico momento en el telediario, se me pusieron los pelos de punta. No entendía cómo se había creado esa monstruosidad, el muro de la vergüenza, y me alegraba de que, por fin, fuera derribado.

Por cierto, el capítulo 30, en el que Jara plantada ante el televisor contempla lo que ocurre en la ciudad que la vio crecer, he de deciros que es exactamente la misma noticia que se emitió entonces, palabra por palabra, ya que la obtuve del archivo de Radio Televisión Española.

Me he tomado la libertad de que la Torre Cepsa, uno de los rascacielos de la zona financiera Cuatro Torres Business Area, sea la sede de Pharma Jara, mi ficticia farmacéutica. Sin embargo, allí ha estado ubicado Repsol, Caja Madrid / Bankia y desde 2017 pertenece a Amancio Ortega, dueño de Inditex.

Por último, solo me queda agradecerte a ti, lector, que le has dado una oportunidad a esta novela, el haberla tenido en cuenta entre tus lecturas. Espero que la hayas disfrutado y te haya hecho pasar un buen rato que, en verdad, es de lo que se trata.



Biografía de la autora

Conchi Aragón, Licenciada en Informática por la Universidad Politécnica de Madrid, es una escritora madrileña de novelas de misterio y *thrillers*. En la actualidad compagina su afición literaria con el trabajo en una multinacional donde ejerce la labor de jefe de proyecto. Además, acaba de adentrarse en el mundo infantil con la serie: Sofía y sus misterios. En ella se mantiene en su género habitual, pero dirigido a los pequeños de la casa.

Entre sus publicaciones se encuentran:

Círculo cerrado — Serie Laura Valero I (2015)
Asesinato en antena — Serie Laura Valero II (2016)
La casa del arroyo (2017)
Oculto tras el cuadro (2017)
Secretos en la tormenta (2018)
Juego terminado (2019)
Masada, el secreto mejor guardado (2020)
Intereses ocultos (2021)
El faro, un lugar donde empezar (2021)
Los crímenes del bosque (2022)
La carta (2024)

Participante en la antología: La noche de los borrachos (2019)

Sofía y el misterio del campamento de los osos (2020)
Sofía y el misterio del castillo Rocamar (2020)
Sofía y el misterio del circo Elefantín (2020)
Sofía y el misterio de la estación espacial (2021)
Sofía y el misterio de la capitana Escarlata (2021)
Sofía y el misterio del templo del Nilo (2022)
Sofía y el misterio del dragón de jade (2023)

Sus obras están posicionadas en la lista de los más vendidos de Amazon en formato *ebook*.

A continuación os voy a hacer un pequeño regalo, los primeros capítulos de mi novela *El Faro, un lugar donde empezar*:





1

—¡Venga, que vamos a llegar tarde! —les apremió.

Lucía se encontraba al pie de la escalera esperando a que su marido y su hijo se dignaran a bajar. Habían ido al parque mientras ella terminaba la tarta y, como siempre, se les había echado el tiempo encima.

Cuando, por fin, los dos hombres de la casa aparecieron en el rellano, mostraban su rostro más angelical, como si no hubieran cometido ninguna infracción en su vida. Sabían que sus semblantes la desarmarían y los perdonaría a ambos.

—Mamá, ya bajamos. Ya verás cómo la abuela no se enfada con nosotros. ¡Llevamos la tarta! —le informó mientras bajaba torpemente los peldaños.

El niño le sonrió como solía hacer cuando cometía una falta, era el único que era capaz de derretirla con tanta facilidad y conseguir que olvidara el retraso.

—Anda, vamos. Que tienes más cuento.

Su marido supo entonces que no estaba enfadada. Se acercó a ella antes de salir y le dio un dulce beso en los labios a modo de disculpa. Le resultaba imposible decirle a su hijo que no, por lo que cuando le pedía un rato más, no se lo podía negar.

Ya en el coche, de camino a casa de sus padres, Lucía miró por el espejo retrovisor a su hijo que iba muy callado mientras jugaba con su dinosaurio preferido.

—¿Y no me vais a contar qué habéis hecho en el parque para demoraros tanto?

—Papá y yo estábamos en los columpios y entonces apareció Jorge —repuso Hugo.

Su hijo acababa de cumplir cinco años y en lo único en lo que pensaba era en estar en la calle e ir al parque a jugar. Y si se encontraba a algún amigo con el que disfrutar de esas actividades, era casi imposible hacerle regresar a casa.

—Ya te imaginarás, cariño. Ambos se pusieron a jugar y me costó bastante sacarlo de allí —se encogió de hombros. No era una gran excusa, pero ella lo entendería.

—¡Ya! —resopló.

Conocía a la perfección la forma de actuar de su marido. Sabía que le costaba mucho

oponerse a las peticiones de Hugo, lo mimaba en demasía. Pero, era verdad, que comprendía sus motivos. Marcos se sentía culpable por la cantidad de horas que echaba en el trabajo, por no estar lo a menudo que le gustaría al lado de su pequeño. Apenas lo veía entre semana, así que los fines de semana intentaba recompensarlo de alguna forma y lo que solía hacer era consentirle. Aunque había que reconocer que era un hombre con carácter y, si se enfadaba con él, no era de los que se acobardaban; era capaz de ponerse serio cuando correspondía.

—¿No vas a coger la M-30? —le preguntó Marcos al ver que su mujer no seguía su camino habitual.

—No, voy a ir por la M-40. Se da algo más de vuelta, pero no hay tanto tráfico. —Mientras los esperaba, había estado comprobando el navegador en su móvil para ver qué camino elegir. Intuía que un domingo a la hora de comer pillarían atasco—. He visto que había un tramo obstruido, quizás se haya producido un accidente. A saber.

—Hugo, ¿no le cuentas a mamá qué te ha dicho Jorge?

—¡Ups, es verdad! Sus padres lo van a llevar al zoo el sábado y me han invitado. —Esperaba que su madre estuviera de acuerdo con ese compromiso. Le encantaba ir al zoológico, y era mucho más divertido si lo acompañaba su amigo.

—¿Solo a ti, Hugo? —Marcos se giró sonriendo, parecía que el niño quería evitar la compañía de sus progenitores. El pequeño advertía la generosidad de la que hacían gala los padres de Jorge y sospechaba que prefería ir sin ellos para que le compraran lo que se le antojara.

—No. A todos. Vosotros también podéis venir —se explicó.

—¡Hombre, gracias! —exclamó su padre agradecido por haberles otorgado su consentimiento.

—Pues parece un buen plan —confirmó Lucía.

Hugo disfrutaba con los animales. Siempre le estaba pidiendo que le leyera cuentos donde ellos eran los protagonistas. Aún era muy crío para plantearse algo así, pero era verdad que ya se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que acabara convirtiéndose en veterinario. Sonrió por ese pensamiento tan precipitado.

—Ya estamos llegando. ¿Recuerdas la canción que le ibas a cantar a la abuela por su cumpleaños? —Llevaban días practicando el cumpleaños feliz, el niño no quería trabarse.

—Claro, mamá.

—¡Cuidado! —el grito de Marcos la dejó por un segundo bloqueada, no sabía qué podía haber asustado tanto a su marido. Y cuando se dio cuenta de qué lo había causado, supo que ya era tarde para reaccionar.

Miró a su derecha, donde se encontraba él, y lo comprendió. Una furgoneta venía a toda velocidad hacia ellos. Los iba a embestir y ella no podía hacer nada. Era evidente que se había saltado el semáforo y, aunque intentó acelerar para evitar la acometida, la colisión resultó brutal. Los airbags del coche saltaron y los cristales de las ventanillas se rompieron en mil pedazos.

La escena a su alrededor parecía avanzar a cámara lenta. Vio como la silla de su hijo se echaba hacia delante arrastrando a Hugo con ella y chocando con el asiento de Marcos, el rebote lo llevó a la ventanilla donde se golpeó con el airbag lateral. Su marido, a su lado, estaba inconsciente con una fea brecha en la frente de la que no dejaba de emanar sangre. Ella también se había golpeado la cabeza, lo que provocó, un instante más tarde, que perdiera la consciencia. De repente todo estaba negro. Lo último que escuchó fue el fuerte alarido que había salido de la garganta de su hijo al sufrir el impacto.

Cuando despertó, se encontraba inmovilizada en la cama de un hospital. Trató de incorporarse, pero su cuerpo no le respondió, por añadidura, padecía un intenso dolor en la cabeza, sentía que de un momento a otro le iba a estallar.

A su lado, su madre le sujetaba la mano, pendiente de cualquier movimiento. En cuanto la vio abrir los ojos, mostró una gran sonrisa y, de inmediato, avisó a una enfermera pulsando el botón del llamador.

—Cariño, estás despierta. Me tenías muy preocupada. —A Lucía no le pasaron desapercibidos sus ojos hinchados, síntoma indudable de que había estado largo rato llorando.

—¿Dónde…? —le costaba pronunciar las palabras que pugnaban por salir de su boca.

Su madre, entonces, le aplicó un paño con agua para humedecerle los labios, esperando así aliviarla.

—Cariño, no hables. Ahora viene el médico —le aconsejó. Tenía tanto que decirle y no sabía por dónde empezar.

—Pero, mamá… —no pudo continuar la frase puesto que entró una enfermera en la habitación. Tenía muchas preguntas, aunque la principal era saber dónde se encontraba su familia. Su mente se hallaba borrosa, le venían algunos destellos del accidente, pero no sabía con exactitud qué había sucedido.

—Buenos días. ¡Ya ha despertado! Me alegro. Acabo de llamar al doctor. Seguro que en un par de minutos lo tenemos por aquí —le dijo mientras comprobaba sus constantes vitales.

—¿Dónde está Hugo? ¿Y Marcos? —interrogó deseosa de saber cómo se encontraban los suyos.

—Ahora viene el doctor y le informará de lo ocurrido.

Lucía no comprendía esa respuesta a unas consultas tan sencillas. Miró a su madre, confiaba en que ella le contestase, sin embargo, su reacción no fue la que esperaba, salió de la habitación como alma que lleva el diablo. Lucía supo que algo malo había sucedido al verla abandonar el cuarto tan abruptamente y tapándose la cara con las manos. Estaba segura de que se marchaba llorando.

Se le pasó por la cabeza pensar que se había quedado tetrapléjica, no sentía su cuerpo ni podía reclinarse. Una noticia de esa índole explicaría la forma de actuar de su madre. Estaba dándole vueltas a algunas de las horribles opciones que podían presentársele que no reparó en el hombre que acababa de cruzar la puerta.

—Buenos días, señorita Rivera. Soy el doctor López, su médico. Tengo que decirle que ha sufrido un accidente de tráfico de cierta gravedad, lo que le ha provocado diferentes contusiones y rotura de varias costillas, además de un esguince cervical producido por la brusca flexión del cuello. Ahora mismo está inmovilizada, queremos que se suelden los huesos lo mejor posible. También decirle que le estamos realizando algunas pruebas. Por ahora los resultados son optimistas, no parece que tenga nada grave. Tendrá que llevar durante un tiempo un collarín, pero no va a perder movilidad. —Lucía respiró aliviada, se recuperaría, no tenía sus extremidades paralizadas—. Ahora padecerá de dolores de cabeza, mareos y molestias cervicales. Síntomas normales en su estado.

Lucía escuchaba atenta las indicaciones del médico. No obstante, cuando se detuvo a tomar aire, aprovechó para preguntar por su familia. Seguía sin noticias de ellos y empezaba a asustarse.

—¿Mi hijo dónde está? ¿Está bien? ¿Y mi marido? —Su voz sonó demasiado aguda, estaba histérica.

—Lamento comunicarle que ellos no tuvieron tanta suerte. La furgoneta colisionó de lleno contra el lateral derecho del coche, lugar en el que iban sentados. El impacto debió de ser terrible. Ambos sufrieron traumatismos craneoencefálicos. Murieron en el acto.

El facultativo procuró hablar despacio y claro para que su paciente, quien se mostraba algo desorientada, comprendiese sus palabras. Era consciente de que sería un *shock* para ella, pero, por experiencia, él era partidario de informar lo antes posible de las noticias, tanto de las positivas como de las negativas. No le gustaba mantener en Babia a nadie, creía que, a la larga, resultaba peor ocultar información.

Tras oír al médico, Lucía se sintió desfallecer. No se podía creer lo que le acababa de comunicar. Su hijito no podía haber muerto, era demasiado pequeño, aún le quedaba mucha vida por delante. No era posible que no volviera a verlo. Ni a él ni a Marcos, su gran amor, la persona que le había proporcionado lo que más quería en este mundo, a Hugo. Ellos eran todo lo que tenía. ¿Cómo podía haberle sucedido algo así? Era inconcebible.

No comprendía por qué el accidente no se la había llevado a ella en su lugar. Por qué seguía viva cuando ellos ya no estaban. No tenía sentido.

Entonces notó que su rostro estaba empapado, las lágrimas habían empezado a derramarse en cascada y ni siquiera se había dado cuenta. Sentía un dolor tan insoportable que parecía apreciar cómo se le iba desgarrando el corazón.

Recordó el último instante que pasó con ellos, la última sonrisa que le dedicaron ambos y decidió que era una equivocación. Se confundían de personas. El hospital había cometido una torpeza y había mezclado expedientes por error. Debía ser un descuido provocado por una mala gestión.

—¡Es un error! —le dijo al médico— ¡Es un error! —empezó a repetir esa frase a voz en grito. Estaba segura de que todo era producto de un fallo humano. De un momento a otro, Marcos y Hugo entrarían corriendo en la habitación y se abalanzarían sobre su cama, felices porque estuviera sana y salva, como ellos.

El doctor no se sorprendió por la reacción de la mujer, no esperaba un comportamiento diferente. Llamó a la enfermera con la intención de que le administrara un sedante. El estar tan alterada no era lo más adecuado para su pronta recuperación.

En cuanto le suministraron el fármaco, Lucía cayó en un profundo sueño.



2

Dos años más tarde

—¿Estás segura? —le preguntó el médico a la par que revisaba sus notas.

—Sí, le he dado muchas vueltas y creo que es lo mejor.

«Desde luego, se muestra convencida.»

Era la primera vez que la veía decidida a tomar las riendas de su vida desde aquel día, hacía ya casi dos años, que atravesó la puerta de su consulta. Aún lo recordaba como si hubiera sido el día anterior: había sentido lástima por ella, parecía un alma en pena incapaz de levantar cabeza.

—¿Y tus padres?

—Ellos lo entienden.

—¿Qué entienden exactamente?

—Que la única forma de pasar página es empezar de nuevo. Y aquí en Madrid no voy a conseguirlo. Da igual por dónde vaya, por qué esquina gire, cada rincón de esta ciudad me recuerdan a mi niñito y a Marcos. Necesito no ver sus rostros en cada recoveco para poder avanzar.

El psicoanalista la contempló con atención, sus palabras sugerían lo mismo que su cara, una determinación que hasta ahora no había encontrado. En ese momento no dudó de que lo conseguiría.

—Pues no me queda otra que animarte. Ya veo que la decisión está tomada —claudicó.

—Sí. Y he de reconocer que agradezco francamente tu apoyo. Sin estas sesiones, no hubiera sido capaz de mejorar.

—No es para tanto. Tú has tenido mucho que ver en tu recuperación. Aunque eso no quita que haya sido un placer ayudarte. Y después de este período de terapia, espero haber aportado mi granito de arena.

—Sin tu ayuda no hubiera levantado cabeza. Llevo meses sin sufrir ningún ataque de ansiedad, y eso solo te lo debo a ti. —Hizo una pausa. Le estaba costando despedirse de ese

hombre que se había convertido en el bastón en el que sostenerse—. Estoy dando un paso enorme, pero creo que es lo que me conviene. Es un paso hacia delante.

Lucía se daba cuenta de que desde el accidente su vida había dado un vuelco considerable, se había hundido en un pozo repleto de lodo del que le había costado salir. Y en todo este tiempo, por fin, sentía que avanzaba por el buen camino. Solo esperaba no estar equivocada. Si volviera a derrumbarse, no creía ser capaz de levantarse de nuevo.

—Estoy de acuerdo. El final de una etapa siempre es el comienzo de otra.

—Eso es verdad, cuando una puerta se cierra, se abre una ventana —le sonrió con cariño.

Sabía que el anciano que la observaba al otro lado del escritorio había sido el responsable de que volviera a desear vivir, a tener esperanza en lo que le deparaba el futuro. Y no pensaba desaprovechar esa nueva oportunidad que le ofrecía la vida.

Tras el fallecimiento de su familia, había pensado muchas veces en suicidarse para reencontrarse con ellos, donde fuera que estuviesen. Por ese motivo, tenía mucho que agradecerle a su psicólogo. Gracias a él seguía viva, luchando y deseando enfrentarse a lo que se le presentara.

Estaba convencida de que si había sobrevivido al accidente había sido por alguna razón. Retomaría su carrera de abogada, que había sufrido un *impasse* durante los últimos dos años. Sin embargo, no entraba en sus planes regresar al bufete que la acogió al salir de la Facultad. Su idea era montar su propio despacho. Quizás no llevara casos de gran envergadura, pero trabajaría en lo que más le gustaba.

—Conozco a alguien que vive muy cerca del lugar al que te mudas. Es un viejo colega. Muy bueno en su campo. —El médico cogió una de las tarjetas de visita que descansaba sobre la mesa y anotó sus datos en el reverso—. Te he apuntado su nombre y dirección por si necesitaras reanudar el tratamiento.

Lucía tomó la tarjeta que le ofrecía, le echó un rápido vistazo y, hecho esto, la guardó en el bolso. Esperaba no tener que utilizarla, pero se sentía más segura contando con un sitio a donde recurrir en caso de debilidad.

—Montó una pequeña clínica con su hijo en Santander —continuó.

—Muchas gracias de nuevo.

—Nada que agradecer, mujer. Me alegraría enormemente recibir noticias tuyas algún día y que me contaras lo fabulosa que es tu vida —reconoció.

—¡Ojalá! —Ella también deseaba que eso mismo llegara a suceder, todavía le parecía algo muy lejano.

Se levantó de la silla y estiró el brazo con la intención de darle un apretón de manos a modo de despedida, sin embargo, el anciano hizo algo que la sorprendió, rodeó la mesa y la abrazó con cariño.

El psicoanalista no era dado a mostrar sus sentimientos para con sus pacientes, pero esa mujer que había tomado la decisión de encarar de nuevo su vida tras sufrir un suceso tan traumático, le había calado hondo en el corazón. Le agradaba saber que iba a dar un paso al frente y seguir adelante.

Cuando se separaron, Lucía levantó la mirada y sonrió:

—Sé que nunca podré superarlo, pero aprenderé a vivir con ello.

Esas fueron sus últimas palabras antes de girarse y atravesar la puerta sin mirar atrás. Mientras, el médico la observaba abandonar la sala, se sentía orgulloso, esa era la actitud.

ENLACE DE COMPRA > https://www.azonlinks.com/B09HLDBR9P